ANDREA MAX



ACADEMIA DE MUSAS I

EXILIO

CROSS BOOKS

Índice

Portada

Portadilla

Dedicatoria

GREMIOS DEL INSTITUTO GÉNESIS

Mapa

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

25

26

27

28

29

30

31

32

33

34

35

36

37

38

39

40

41

42

43

Agradecimientos

Créditos

Academia de musas 1
Exilio

Andrea Max



Traducción de Albert Gómez

CROSS BOOKS

Dedicado a los profesores y profesoras que, a pesar de las incontables adversidades, todavía luchan para enseñar la importancia del arte, la honradez de la ciencia y las verdades de la historia.

GREMIOS DEL INSTITUTO GÉNESIS





Sofistas—humanidades y ciencias sociales
Gema gremial: zafiro
Material precioso: dones

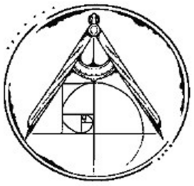


Artesanos—bellas artes y teatro
Gema gremial: amatista

Material precioso: marga



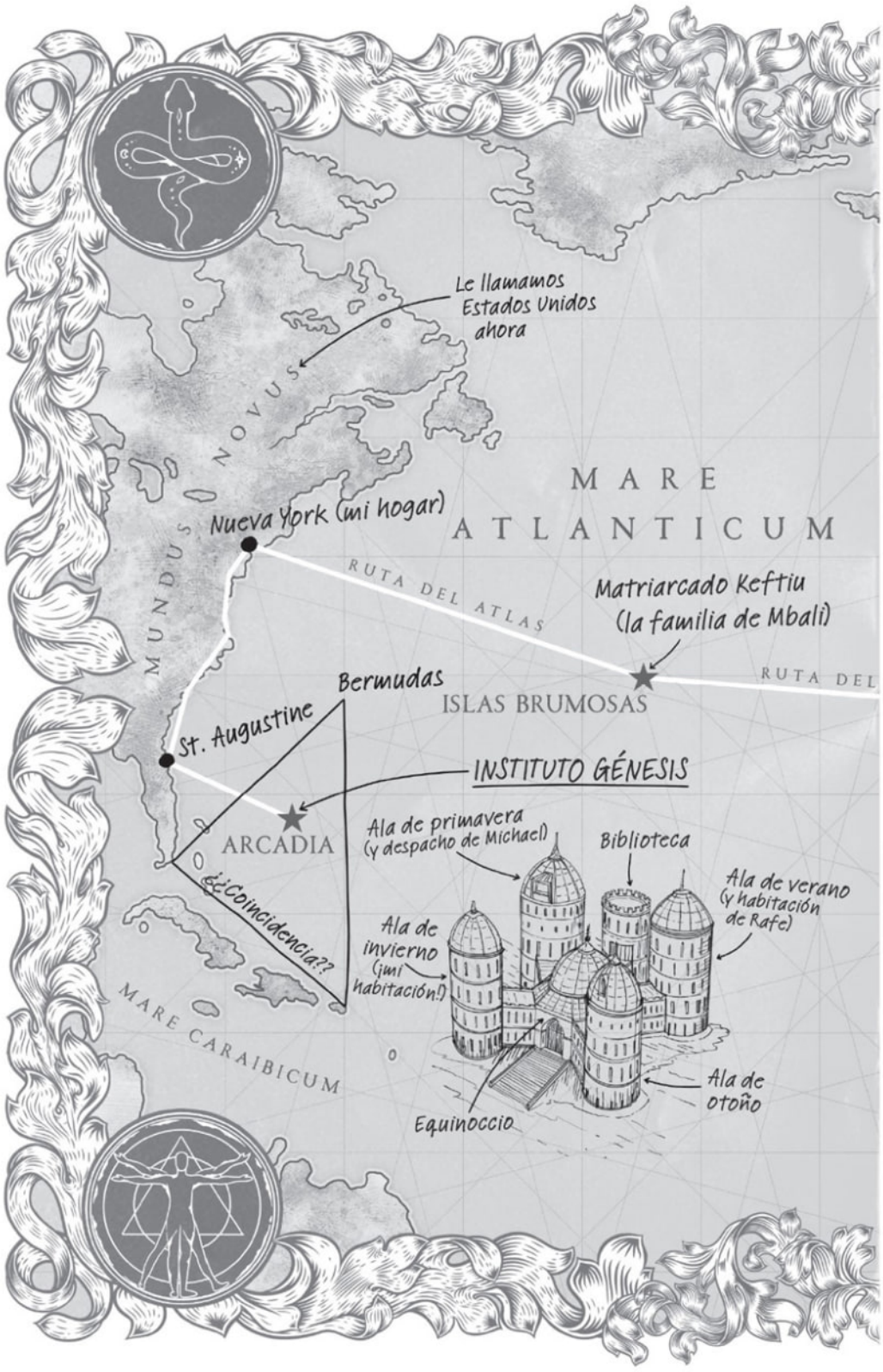
Alquimistas—química y ciencias de la tierra
Gema gremial: esmeralda
Material precioso: vidriado



Codificadores—matemáticas y física
Gema gremial: perla
Material precioso: seda de araña



Biocientíficos—biología y ciencias de la salud
Gema gremial: ámbar
Material precioso: savia


Le llamamos Estados Unidos ahora
MUNDUS NOVUS
MARE ATLANTICUM
Nueva York (mi hogar)
RUTA DEL ATLAS
Matriarcado Keftiu (la familia de Mbali)
RUTA DEL
ISLAS BRUMOSAS
Bermudas
St. Augustine
INSTITUTO GÉNESIS
ARCADIA
¿¿Coincidencia??
Ala de primavera (y despacho de Michael)
Biblioteca
Ala de verano (y habitación de Rafe)
Ala de invierno (¡mi habitación!)
Ala de otoño
Equinoccio
MARE CARAIBICUM


MARE NORDUM
Gremios místico y de ciencias de la sangre = peligrosos
Florencia (donde me secuestraron)
EUROPA
AVANT
La otra academia para Hacedores (la vieja escuela de Rafe)
Venecia
Carnaval (donde me secuestraron DE NUEVO)
PONTO EUSINO
MARE
ASIA
EDEN
MEDITERRANEUM
ATLAS
Marrakesh
Pueblo de los antiguos profetas
NAIOT (¿Supongo que las profecías son reales?)
ÁFRICA
Campamento de Hilde
MARE RUBRUM
(NO miraré hacia otro lado)
MAPA DE LAS
DELEGACIONES
— DEL CONSEJO DE —
LOS HACEDORES
(con útiles anotaciones de Ada Castle)

1

Cuando al fin me eligen para algo especial resulta que es para secuestrarme. Estoy atrapada en una especie de caja o contenedor. Tengo las rodillas pegadas al pecho, y no siento mi lado izquierdo de estar tirada así durante tanto tiempo. La cabeza me palpita por el golpe con el que me noquearon antes y algún tipo de guantes metálicos me sujeta las manos a la espalda, quemándome dolorosamente la piel. Al relajarme, el ardor disminuye, pero es difícil dadas las circunstancias. Si alguna vez logro salir de aquí —por favor, por favor, dejadme salir de aquí—, temo encontrarme con las palmas abrasadas con ampollas como el queso planchado en la sartén.

Se me escapa un sollozo y, en esta reducida extensión en la que apenas puedo respirar, no hay espacio para que corra el aire, que vuelve caliente y pegajoso contra mi mejilla. Hebras de mi pelo castaño se me pegan a la cara y entorpecen mi visón, obligándome a mantener los ojos cerrados.

Quizá sabría qué hacer si hubiera recibido algo de entrenamiento antes de este nefasto viaje. En cambio, estoy totalmente indefensa.

No tengo ni idea de lo que me va a pasar.

El *allegro* de mi corazón late más deprisa, y se me hace un nudo en la garganta. Mis palmas pican con un calor familiar. «No».

«Respira. No dejes que el pánico te domine».

Bebí una copa de vino antes del secuestro, lo que al principio ayudó a calmar mi histeria. Pero ahora sus virtudes se han

esfumado, y el vino ha viajado de mi cabeza a mi vejiga, donde se ha instalado con una presión incómoda y creciente. No podré aguantar mucho más.

«Inhala».

«Exhala».

«Piensa en cachorros y chicos con hoyuelos».

De hecho, estaba con un chico con hoyuelos cuando me capturaron. Un tipo que claramente no era quien parecía ser.

«Tsss». Jadeo cuando el guante me abrasa la palma de la mano, cerca de la base de la extremidad.

«No pienses en él».

«Inhala».

«Exhala».

«No dejes que el pánico te domine».

¿Quién sabe cuántas horas antes...?

Cuando planeaba mi viaje a Italia, soñaba despierta con enamorarme de un italiano, así que una parte de lo sucedido no fue ninguna sorpresa. Sin embargo, no esperaba que tuviera quinientos años. Tampoco esperaba llorar, aun así, brotan lágrimas nublándome la vista mientras lo observo.

El *David.*

Las venas de su mano palpitan con tensión. Casi puedo sentirlo respirar, casi puedo ver cómo la sangre orquesta la vida bajo su piel fría y dura como el mármol, mientras se va preparando para enfrentarse a un enemigo poderoso. He oído hablar de su expresión decidida, pero, por la manera en que su mirada se clava ahora en mí, parece más... inseguro, cohibido.

«Lo sé, cariño, lo sé, a mí me pasa lo mismo».

No puedo creer que casi estuviera a punto de saltarme visitar la Galleria dell'Accademia donde el *David* de Michelangelo está preparado para dejar pasmados a los turistas desprevenidos a sus pies.

He visto suficientes cuerpos masculinos desnudos (en persona solo uno y medio, pero quién lleva la cuenta) para darme cuenta de lo increíblemente realista que es. Vaya, aunque nunca haya visto a nadie sin circuncidar, así que no puedo comentar mucho más acerca de ese apéndice en particular. No es que me esté fijando.

El hecho de que una persona pudiera tallar a este hombre de piedra me deja absolutamente perpleja.

Mi padre cita a menudo que «el hombre fue creado a imagen y semejanza de Dios». Pese a tener un padre judío, una madre agnóstica y un abuelo católico, el concepto de Dios siempre me ha parecido bastante abstracto. Pero, por primera vez, creo que tal vez entienda lo que significa esa cita. Se refiere a la capacidad de crear algo tan bello como el *David,* fabricar carne y hueso a partir de un simple bloque de mármol es sin duda algún tipo de poder divino.

Pero esta certeza de las cotas del potencial humano es un poco bajonera.

Porque ¿cómo aprovecho yo mi potencial?

La pregunta se instala en mí, y por un momento me odio. Por cada cuadro inacabado, cada canción a medio escribir, cada relato abandonado. Cada intento que no fue lo suficientemente bueno. Incluso este viaje, que ya casi ha terminado, y todavía no he hecho lo que se me encargó. Sabía que iba a resultar complicado encontrar a ese hombre en toda Florencia, pero esperaba finalmente poder demostrar mi valía a mi familia. Y está a punto de escurrirse, es la única oportunidad que tengo para hacerlo.

Vuelvo a mirar al *David*, su intensa mirada parece ahora acusatoria.

Es una sensación familiar. He crecido como el miembro menos habilidoso en una familia de artistas y eruditos, estoy acostumbrada a que me juzguen. Sé que tengo talentos, pero a menudo se sienten más como expectativas.

Y siempre me quedo corta.

Moqueo y miro a mi alrededor para ver si puedo limpiarme la nariz con la manga, pero alguien me está mirando. Alguien muy guapo. Y ese alguien tiene un corazón de verdad, aunque sea muy alto sigue dentro de los parámetros del tamaño humano, a diferencia de mi nuevo novio que los supera. Ahora soy aún más consciente de mis lágrimas.

Vuelvo a mirar al chico, quien vive y respira, y sigue mirándome. Sonríe cuando nuestros ojos se encuentran, y tiene unos hoyuelos que son tan encantadores que decido romper con el *David* en el acto.

«Lo siento, mi amor. De todas formas, compraré una postal con tu cara».

El señor Hoyuelos se está dirigiendo hacia mí, o tal vez solo esté tratando de ver la escultura desde otro ángulo. Es todavía más mono de cerca, con sus largas extremidades y el pelo castaño oscuro. Un aro de azuladas piedras preciosas abraza el lóbulo de su oreja derecha. He andado a la caza de alguien que lleva un pendiente de zafiro, pero... no así. No tiene nada que ver con el reclutador que me han pedido que busque: un hombre negro que rondará los cincuenta años, con un parche en el ojo o unas gafas de sol, y tres pendientes en una oreja: un zafiro, una esmeralda y una perla. Este tipo tiene un pendiente de zafiro, sí, pero él es blanco, parece como

si estuviera en la universidad, y no tiene nada que oculte sus brillantes ojos marrones de pestañas demasiado largas.

En su camiseta, aparece una imagen del *Hombre de Vitruvio* de Da Vinci tocando la guitarra eléctrica.

Le pido a mi corazón que lata más despacio.

Finjo rascarme la nariz para poder lidiar con la situación de los mocos tan discretamente como sea posible. Yo también decido ver al *David* desde otro ángulo, situándome lo suficientemente cerca para darle la oportunidad al señor Hoyuelos de flirtear conmigo, aunque el hecho de que acabe de verme llorar enfrente de una estatua podría reducir mis posibilidades.

Él sonríe de una manera que demuestra que ha visto mi estrategia, y ahora está lo suficientemente cerca para que advierta que el hoyuelo de su mejilla izquierda es más profundo que el de la derecha.

—Bonita camiseta —le digo.

—Es un alivio ver como alguien aprecia de verdad una obra de arte.

Una ola calor invade mis mejillas.

—¿No es de mala educación venir aquí presumiendo del trabajo de un rival? —le pregunto mirando su camiseta significativamente.

—Da Vinci y Michelangelo no eran rivales —dice con total seguridad.

Considerando que no sé prácticamente nada de los maestros del Renacimiento, le tomaré la palabra.

Me tiende la mano:

—Soy Michael.

Le estrecho la mano con torpeza. Está caliente y callosa, pero con las uñas bien mordisqueadas.

—Soy Ada —respondo mientras retiro mi mano, aunque no puedo decir que quiera hacerlo.

—Como Ada Lovelace —dice arqueando una de sus oscuras cejas. Esto me coge por sorpresa. Solo una cierta clase de persona asocia mi nombre inmediatamente con el de Ada, condesa de Lovelace, la primera programadora de ordenadores—. La inventora de la Ciencia Poética —continúa, divertido—, mi tipo favorito de ciencia.

—La física teórica es mi tipo favorito de ciencia —respondo—. Lástima que no se me den bien las matemáticas.

—La física teórica está definitivamente en mi top tres —afirma.

—Para viajar en el tiempo, ¿verdad?

—¿Cómo lo has adivinado?

Debería dejar de sonreír tanto, no quiero parecer demasiado ansiosa. Pero él está sonriendo también.

—¿Así que te gusta la escultura? —pregunta.

—No lo sabía hasta el día de hoy.

La verdad es que ninguna escultura me había afectado así.

—Ah, sí, el *David* puede surtir ese efecto en la gente.

Siento el fácil flujo de la conversación que llega a una conclusión natural, puedo ver el cambio cortés en sus gestos que indica que se prepara para seguir adelante. Pero dejé al *David* por este chico, así que no puedo permitir que se escurra todavía de entre mis dedos. Decido continuar con las preguntas:

—Si sabes tanto sobre su creador, ¿qué más puedes decirme sobre mi nueva obra de arte favorita?

—Ah, así que no he salido airoso de ocultar que soy un insufrible sabelotodo —dice Michael antes de pasar las manos por su espeso pelo castaño, apartándolo de sus ojos, y su antebrazo se flexiona de una manera que me hace querer inspeccionar su forma tan de cerca como la del *David*.

—Tú dices sabelotodo, yo digo amable educador de turistas ignorantes e indefensas.

—Ah, sí, ignorante e indefensa, los dos adjetivos exactos que usaría para describirte —dice con su ya característica sonrisa—. Bueno, ¿sabías que para familiarizarse con la anatomía humana Michelangelo diseccionó cadáveres?

—No lo sabía.

Michael imita con su mano la posición de la mano del *David*.

—Esas dosis de realismo se deben a que él era tan conocedor del cuerpo humano como cualquier médico.

—También era pintor, arquitecto e ingeniero, hablando de sabelotodos —añado antes de poner los ojos en blanco.

—Tú dices sabelotodo. Yo digo verdadera encarnación del ideal renacentista —dice antes de bajar la mano.

—El epítome de un hombre del Renacimiento —declaro con algo de deseo y un poco de amargura.

El concepto de hombre del Renacimiento, alguien experto en múltiples áreas, es una ambición que conozco muy bien. Es el mismo ideal que ha sido inculcado en mi familia y en mí desde que mis manos eran lo suficientemente grandes como para sostener un pincel y pulsar las teclas de un piano. Pero no pude estar a la altura de las expectativas. Así que mientras mis brillantes mejores amigos, Kor e Izzy, pasaban años formándose en todo tipo de disciplinas, yo me quedé en casa para simplemente practicar varias aficiones el tiempo suficiente como para salirme bien antes de aburrirme y pasar a algo nuevo.

—Y aquí va otro dato curioso —continúa Michael—. El trozo de piedra utilizado para el *David* había sido descartado por otros artistas por ser demasiado imperfecto. Pero Michelangelo vio su potencial. Lo talló a mano alzada, sin modelo, afirmando que estaba

revelando la forma que ya estaba dentro, oponiéndose a diseñarlo él.

Detecto en ese gesto la sombra de un niño subestimado a punto de luchar contra un gigante con nada más que un tirachinas. Saber que la estatua fue creada a partir de piedra desestimada añade una capa adicional a mi apreciación.

¿Me subestiman? ¿O simplemente no lo valgo?

Teniendo en cuenta que estoy ligando mientras que muchas personas confían en mí para llevar a cabo una tarea crucial, me inclino por lo segundo.

—Eso es realmente genial —digo—. Ver el verdadero potencial de algo en lugar de su lado más negativo. Por desgracia, soy una cínica crónica.

—¿Eso es así? Entonces, ¿cuál es el resultado más negativo de esta interacción? —dice gesticulando con las manos hacia nosotros.

—Que resultes ser un secuestrador que espera añadir mis dientes a su colección escondida detrás del espejo de la habitación.

Sus cejas se levantan y sus ojos se abren como platos.

—Vale, gracias por recordarme las dificultades de una mujer sola en una gran ciudad. Mi respuesta hubiera sido que te fueras antes de que pudiera invitarte a salir. Pero estás en lo cierto, la extracción de muelas es mucho peor.

Me coloco las ondas de pelo castaño que se han escapado detrás de la oreja. He oído bien: el tío bueno e inteligente quiere invitarme a salir.

—Bueno, creo que no puedo salir contigo ahora que sé lo que guardas detrás del espejo —le digo.

Michael se acerca.

—O, en vez de buscar el resultado más negativo, podrías pensar en el potencial que tiene.

Se me corta la respiración.

—Bueno, ¿y cuál crees que es el resultado más positivo de nuestra interacción?

—Tengo algunas ideas.

—¿Es así?

—En efecto —dice mientras me guiña un ojo—. Empezando por excitantes discusiones sobre escultura.

—Crees que estás bromeando, pero a mí me parece excelente.

Sonríe de ese modo tan particular.

—En ese caso... —Me hace un gesto para que le siga mientras se dirige lejos del *David* por el pasillo. Está lleno de estatuas de hombres, pero están incompletas, sus formas emergen de la piedra en bruto, sin pulir—. Esos son los *Prisioneros* de Michelangelo. Los dejó a propósito sin terminar para representar la lucha de la humanidad.

Prisioneros... Como si estuvieran atrapados en la roca, intentando escapar. Madre mía, ¿acaso no me siento así a veces? Como si pudiera liberarme solo si...

—A veces me siento así —dice Michael. Nuestros ojos se encuentran, y me siento abrumada por el calor de la experiencia compartida.

—Sé a lo que te refieres —digo. Me cuesta romper con su mirada. Parpadeo y me aclaro la garganta—. Entonces, ¿de dónde vienen todos tus conocimientos de escultura? ¿Lees curiosidades sobre arte solo para captar turistas?

—La verdad es que sí —responde Michael.

—Lo sabía —digo mientras sonrío demasiado—. Vale, pero ¿cuál es la verdadera respuesta?

—Bueno, tengo un interés personal en Michelangelo porque me pusieron el nombre por él.

Tardo un momento en darme cuenta. Michael, Michelangelo. Enarco una ceja.

—Aplaudo tu valiente esfuerzo por no burlarte de mí —dice Michael.

Arrugo la nariz.

—¡No! Solo estaba... pensando en qué tipo de padres tienes.

—¡Ja, ja, ja! El tipo de padres que nos leían a mi hermana y a mí a Maquiavelo y a Maimónides antes de que tuviéramos edad para leerlos solos.

—Ya veo. A esa edad yo estaba aprendiendo a Shakespeare. Mi abuelo no me introdujo a los filósofos hasta la secundaria.

—¿Un espíritu afín? ¿Tú también fuiste criada con miedo a caer del pedestal en el que te habían colocado?

—Oh, no. Me caí de él hace ya mucho tiempo. Ahora soy oficialmente la decepción.

—¿Tú? ¿Decepcionante? Los estándares deben de ser altos.

Siento que el rubor sube por mis mejillas.

—No tienes ni idea. —Y es que realmente no la tiene. Los estándares con los que me comparan son gigantescos. Kor está en Columbia acumulando una creciente colección de honores, tiene sus obras de arte expuestas en prestigiosas galerías de la ciudad de Nueva York, y ¿he mencionado su reciente nominación a los Grammy? Izzy está en el primer año del MIT, y una aplicación que diseñó acaba de ser comprada por una de las empresas más punteras del mundo, Ozymandias Tech. Mientras tanto, algo en lo que he evitado pensar es que ya he incumplido los plazos del proceso selectivo de varias universidades de grado medio.

Aparto mis amargos pensamientos y le pregunto a Michael:

—¿Qué te preocupa de caerte del pedestal?

—A veces... Deseo cuestionar el *statu quo* —dice mirando hacia otro lado, hablándole a la estatua en vez de a mí—. Pienso en hacer lo que creo que es correcto en lugar de lo que me han enseñado que lo es.

—¿Qué es lo peor que podría pasar si no lo haces?

—Decepcionaré a la gente, perderé su confianza. —Hace una pausa y añade—: No sé quién sería si no soy el que se supone que debo ser.

Me asusta lo bien que lo entiendo. Creo que nunca me he sentido tan conectada con alguien tan rápido. Y eso también me asusta, es como sostener algo increíblemente delicado esperando a que se desmorone.

—¿Y qué es lo mejor que podría pasar? —pregunto.

Me mira contemplativo sin responder. Le pellizco burlonamente el brazo.

—¿Qué pasó con ver el verdadero potencial en lugar del resultado más negativo?

Ladea la cabeza, me observa un momento y luego dice:

—Necesitaba escuchar esto. Siento que estaba predestinado a conocerte hoy.

«Predestinado». Eso parece, pero no voy a admitirlo.

—No lo sé. Suena a algo que diría un secuestrador —bromeo.

Levanta los dedos hacia la boca como para seguir mordiéndose las uñas, pero se contiene, baja la mano y en su lugar dice:

—Sal conmigo a tomar una copa.

Mi corazón late muy rápido. Quiero decir que sí, pero hay un pequeño tirón en el fondo de mi mente diciéndome que es demasiado guapo, demasiado sofisticado, para estar realmente interesado en alguien tan normal como yo. No puedo evitar

preguntarme si está interesado por otra razón. Sabe muchísimo sobre Historia del Renacimiento...

No. No le he dado ninguna pista para que sospeche quién soy. Me está invitando a salir de verdad.

—Una copa suena muy bien —le digo.

Al salir del museo, el sol se ha puesto casi por completo. Los días son cortos en estos meses de invierno.

Mamá no estaría contenta. Salir con un chico no era definitivamente algo que ella tuviera en mente cuando accedió a dejarme ir a esta misión durante mis vacaciones invernales. Para aliviar mi culpa, le envío un mensaje rápido diciendo que la llamaré antes de acostarme. He sido buena llamándola a diario, aunque no sé por qué me molesto, ya que siempre anda demasiado ocupada para hablar. También le escribo otro a mi tía, con la que me hospedo, para avisarla de que volveré tarde.

Al parecer, además de arte, Michael también es un gran conocedor de Florencia y, mientras caminamos hacia un restaurante que me recomienda, me cuenta sobre las distintas iglesias y plazas por las que pasamos. Nos detenemos varias veces para escuchar a los músicos callejeros, quienes llenan las plazas con sus versiones de los grandes éxitos de cada generación. Incluso escucho tocar una *cover* de «La sonrisa de Mona Lisa», el *single* que catapultó a Kor del *underground* de la escena musical universitaria de Columbia a lo más alto de las listas Billboard el año pasado. Todavía continúa cabreado por ello, teniendo en cuenta que todo el mundo piensa que es una canción de amor, aunque él insista en que no lo es.

Pero, aunque conozca las intenciones de Kor con la canción, no puedo evitar considerar romántico el momento en el que la letra

«*Verás lo que quieras ver, su verdad es la que tú quieres que sea*» atrae la mirada de Michael y la mía. Y después sigue «*Si ella es lo que buscas, seguro que te seduce, no te pierdas en la sonrisa de Mona Lisa»,* que atrae su mirada hacia mis labios. No creo que esté malinterpretando la situación, estoy bastante segura de que me besará esta noche.

Michael le deja un puñado de monedas a cada músico callejero antes de seguir adelante. Me gusta esto. Me gustan muchas cosas de él. Cuando estamos callados hay un silencio confortable entre nosotros que revolotea esperanzado. Observo su mano, que se balancea junto a la mía, está constantemente animado, estirando y enfatizando sus palabras. Con un leve movimiento, nuestras manos se rozarían inevitablemente la próxima vez que mueva el brazo. Me imagino la emoción del contacto, pero no me arriesgo.

Llegamos al restaurante que está abarrotado de gente disfrutando de sus comidas, copas de vino y suculentos platos de carbohidratos. La sala es pequeña y retumba con el sonido de un piano en directo. Con un pianista realmente bueno. Respiro los aromas del pan crujiente, de las salsas hirviendo a fuego lento y de la cera derritiéndose.

Michael está familiarizado con la escenografía necesaria para acomodarnos en un lugar acogedor, una mesa con velas y un banco enfrente del músico. Se desliza a mi lado y me pregunta si quiero algo para comer o solo una bebida.

—Solo una copa de vino tinto —digo tratando de sonar como el tipo de chica que podría preferir vino tinto o blanco. Debe funcionar bastante bien porque nadie me pide el carné de identidad.

Mientras esperamos las bebidas, Michael me pregunta:

—¿Qué instrumento tocas?

—¿Cómo sabes que toco un instrumento?

—Me doy cuenta. Tengo un sexto sentido cuando se trata de músicos guapos.

Sonríe y veo sus hoyuelos. Sube una ceja más expresiva que toda mi cara.

—Además, estás acompasando tus dedos con la música de una manera muy reveladora.

Mis mejillas se ruborizan.

—Toco la guitarra, apenas puedo llamarme músico. Soy bastante desastre en realidad.

A pesar de haber crecido rodeada de múltiples músicos, es verdad. Sueno todavía peor con los instrumentos con los que estoy familiarizada. Trato de mantenerme en la descendente ola de mediocridad y concentrarme en la parte en la que insinúo que soy guapa.

—Yo también toco la guitarra —dice.

—Sí, tenía un presentimiento.

Su mano está apoyada sobre la mesa junto a la mía. Decido armarme de valor y rozar con las puntas de los dedos los callos de su mano. El tipo de callo que consigues al intimar con instrumentos de cuerda. Él traga saliva y percibo cómo su nuez de Adán se balancea.

—No se me da mal.

—Apuesto a que sí.

¿Quién diría que pudiera gustarme una nuez de Adán? Pues la suya me gusta mucho.

Mis dedos todavía tocan su mano y él entrelaza suavemente nuestros dedos. Su mano es fuerte y cálida, cualquier centímetro de la piel es extremadamente sensible cuando nuestras pieles se tocan, como si los nervios estuvieran directamente conectados con mi estremecido estómago.

El camarero llega con nuestro vino. Michael levanta la copa con la mano que no está enlazada a la mía.

—Brindemos por ver el verdadero potencial de las imperfecciones.

Chocamos nuestras copas. A la luz de las velas, sus ojos marrones parecen casi ámbar bajo sus espesas y largas pestañas. Su pulgar traza círculos sobre la palma de mi mano, extendiendo el calor a lo largo de mi piel. Mi respiración empieza a agitarse.

Es todo demasiado intenso, así que retiro la mano. También instintivamente me concentro para calmar la sensación de hormigueo de mis manos. Ese hormigueo es algo que me pasa a menudo cuando estoy nerviosa o excitada, pero no quiero preocuparme por eso ahora, aunque esté estrechamente relacionado con el motivo por el que estoy en Florencia.

Bebo un sorbo de vino. Es ácido y, sinceramente, no muy sabroso. Pero sigue siendo definitivamente mejor que la cerveza artesanal que le gusta a Kor y que finjo que me gusta para impresionarlo. Tomo otro sorbo y siento cómo calienta mi estómago vacío y mis excitados nervios.

—Pareces muy familiarizado con la zona —le digo—. ¿Vives por aquí?

—No. Vivo bastante lejos —dice sin dar más detalles. Su expresión dice que tengo razones para sentir curiosidad.

—¿Dónde es lejos?

—Dudo que hayas oído hablar de ese sitio —dice con una sonrisa que inunda también sus ojos.

¿Por qué es tan reservado?

La piedra preciosa de su pendiente brilla a la luz de las velas y siento un zumbido en mi sangre, el retorno del molesto sentimiento de antes. Él se me acercó primero. No me dice de dónde es. Sabe

más sobre Historia del Renacimiento que la mayoría de los universitarios.

No, estoy siendo tonta. Me invitó a salir porque coqueteé descaradamente con él. ¿De verdad me cuesta tanto creer que alguien quiera salir conmigo sin tener segundas intenciones?

—¿Y tú? ¿De dónde eres? —pregunta Michael desviando la atención de sí mismo.

Aparto la sensación de que esto es una cosa distinta de la que es.

—Nueva York —respondo antes de beber otro sorbo de vino—. ¿Cómo sabías la existencia de este lugar?

Tal vez sea el alcohol en mi sangre lo que me anima a acercarme para que se nos oiga por encima del ruido creciente de la sala, tan cerca que nuestros muslos se rozan. Michael se inclina todavía más para responder. Su aliento me hace cosquillas en la oreja.

—He estado viniendo aquí por el pianista. Estamos considerando reclutarlo para la escuela donde trabajo.

Su nariz está tan cerca que roza mi mejilla, pero no reacciono ante el contacto físico porque estoy confundida por lo que ha dicho.

¿Reclutar para una escuela? Es demasiada coincidencia.

Pero, además, si no es universitario, ¿qué edad tiene este chico?

Supuse que alrededor de los diecinueve años. De hecho, que fuera claramente mayor que yo me había parecido excitante, pero ¿cuánto mayor es en realidad? Intento no mirar mientras hago de nuevo cábalas. Cabeza llena de pelo oscuro. Arrugas alrededor de los ojos, pero solo porque está sonriendo. Hay una cierta madurez en él que no había notado antes. De repente, parece no tener edad, y siento pánico. ¿Cuántos años tiene? ¿Cuántos años cree que tengo? ¿Importará? Realmente no quiero arruinar esto.

—Entonces, ¿eres profesor? —le pregunto.

—Supongo que podría decirse así. ¿A qué te dedicas? Supongo que todavía estudias.

Su sonrisa es amplia y, por la forma en que pronuncia «estudias», sé que se refiere a la universidad y que se va a incomodar cuando sepa que solo estoy en el último año de instituto.

—Mmm... sí, todavía estudiando. Estoy en mis vacaciones de invierno —respondo.

—¿Qué estás estudiando? Espera, déjame adivinar... ¿Historia del Arte? —pregunta con esa sonrisa y esos hoyuelos tan juguetones. De verdad que no quiero, pero... sé que tengo que decírselo.

—En realidad, Michael, todavía voy al instituto.

Su muslo, que está apretado contra el mío, se tensa. Sus ojos se abren como platos y evalúa mi aspecto igual que yo lo hice justo antes.

—¿Cuántos años tienes?

—Casi dieciocho —digo jugando con el concepto «casi».

—Oh —se endereza, moviéndose para que ninguna parte de su cuerpo roce el mío. Siento cómo el aire frío se apodera de su calor.

—Debería de haber... simplemente supuse... Quiero decir, una mujer inteligente, hermosa, viajando por su cuenta...

El banco es estrecho y estamos muy cerca. La música está muy alta y esto es demasiado para mí. Me levanto y mi servilleta cae al suelo.

—Tal vez es mejor que salgamos a tomar el aire.

—Buena idea.

Me apresuro a adentrarme en la frescura de la noche mientras Michael deja unos euros sobre la mesa. Me sigue cauteloso. Esquivamos a un par de fumadores y nos apoyamos en un tramo de la verja de hierro forjado. Sobre esta, caen las hojas de una pobre planta. Paso mis dedos por su tallo. Michael empieza a

mordisquearse las uñas, luego se da cuenta y, en su lugar, saca del bolsillo una navaja suiza. Con el dedo abre y cierra el sacacorchos. Los dos miramos hacia el suelo.

Me llamó inteligente y guapa.

Soy demasiado blanda, estoy demasiado lejos de alcanzar el canon estándar de belleza. Tengo algunos rasgos bonitos, eso sí: unos grandes ojos marrones y una nariz respingona, también un trasero que es demasiado grande o demasiado pequeño, depende de a quién le preguntes. Soy del promedio bonito. Pero entiendo que hay una clara diferencia entre bonita y hermosa. Por desgracia, bonita nunca ha sido suficiente para los estándares de un chico como Kor, pero a Michael parece gustarle. Ya no importa. La decepción me quema profundamente. Supongo que tendría que haber sabido que Michael era demasiado bueno para ser real.

—¿Cuántos años tienes? —le pregunto al fin.

—Veintiuno.

Vale, eso no es tan malo. Salí con un estudiante de último año durante mi primer año de instituto, ahora él debería de tener alrededor de veintiuno. Kor ya tiene veinte años. Pero la marcada distancia que Michael mantiene entre nosotros manifiesta que mi edad es un duro obstáculo para él.

Sigo toqueteando la planta, enroscándola alrededor de los barrotes de la verja. El roce me produce un plácido hormigueo en la piel de mis dedos, una sensación que estoy tan acostumbrada a reprimir que inmediatamente quito la mano de las hojas. No sé muy bien hacia dónde mirar o qué pensar mientras el silencio se cierne entre nosotros; el buen ambiente de antes se ha esfumado, rociado con el frío de la incomodidad.

Lo fácil sería marcharme, pero no puedo. No importa cómo de decepcionada me sienta ahora mismo, el hecho de que Michael esté

aquí para reclutar estudiantes no es algo que se pueda ignorar. Necesito averiguar si es la persona a quien me han enviado a buscar.

A pesar de que mis instintos se oponen a ello, alargo la mano para tocar la planta de nuevo, puedo usar la sensación para confirmar mis sospechas. Normalmente intento evitar a toda costa el hormigueo en las manos, pero ahora hago lo contrario y dejo que fluya libremente. Mientras lo hago, indago para obtener más información.

—Veintiuno me parece muy joven para ser profesor —digo. Resulta imposible que enseñe a gente menor que él; ese pianista, por ejemplo, era un adulto de pleno derecho.

Michael se sonroja y baja la mirada mientras dice:

—Yo era el licenciado más joven en mi campo de las últimas dos décadas.

Guapo, dulce y un prodigio. Me lo imagino.

Me pican los nervios al sentir el calor que fluye de mi mano hacia la planta. No puedo evitar oír la voz de mi madre en mi cabeza advirtiéndome de que alguien me está observando, mi padre me dice que respire hondo y disimule. Pero cuando Michael mira la planta, que se enrosca alrededor de mis dedos, sus ojos se iluminan de asombro.

—¿Qué haces? —pregunta.

—Solo ajusto el tallo para que tenga una mayor luz solar por la mañana.

—Ada, mírala. Estaba prácticamente muerta hace unos segundos. Ahora parece que esté a solo un día soleado para polinizar.

—Siempre se me han dado bien las plantas —digo. Es verdad, pero no es solo eso.

Esa soy yo usando las habilidades que me hacen diferente. La anormalidad de que, si juego bien mis cartas, podría alcanzar el objetivo por el que me han hecho dar la vuelta al mundo. La

maldición que, hasta hace poco, estaba convencida de que nadie debería conocer, pero ahora puede que finalmente sea útil para algo.

Los ojos de Michael me recorren rápidamente, pero no de forma sugerente, sino más bien clínica.

—¿Te curas con facilidad? —pregunta.

La alarma se enciende en mis entrañas. Este tipo de pregunta prácticamente confirma mi corazonada. La respuesta es afirmativa: aunque me haya lesionado muchas veces, nunca ha sido nada grave. Como la primera vez que fui a hacer *snowboard* y choqué con un árbol, pero salí ilesa, o cuando me corté a través del guante con las tijeras de podar y no necesité puntos. No contesto, él insiste.

—¿Te crece rápido el pelo?

La respuesta vuelve a ser afirmativa. Mi pelo ondulado y las uñas también, no importa cuántas veces me las corte parecen constantemente crecer, crecer, crecer. Siempre he sospechado que estos rasgos son síntomas de lo que me hace diferente, pero de la única manera que Michael podría adivinar estas cosas es si este encuentro resulta ser menos fortuito de lo que pensaba.

Aún no he respondido, pero él percibe la afirmación en mi mirada.

—Eureka —dice en voz baja. Su jovialidad ha sido sustituida por seriedad y ahora parece mayor, más de su edad.

—He estado viniendo a este lugar cada noche de la semana para contratar a un pianista cuando debería haber estado buscándote a ti durante todo el tiempo.

Esto debería ser emocionante, pero mi estómago está lleno de decepción. Yo solo quería tener una cita con un chico guapo. No un chico, me recuerdo a mí misma. Un hombre.

Y en el transcurso de nuestro flirteo no he aprendido casi nada sobre él. No sé de dónde es o lo que realmente está haciendo aquí en Italia.

Seguro que tiene que ver con el motivo por el que me enviaron a Italia. Se me acelera el pulso. Estoy cerca de lo que vine a buscar hasta aquí, pero también estoy asustada. Estoy sola de noche con un extraño mayor que yo del que acepté un trago y que me observa como si fuera un experimento científico. Necesito algo de espacio.

—Tengo que ir al baño —digo.

—Oh, vale, te esperaré aquí.

Vuelvo a entrar al restaurante y me abro paso entre la multitud hasta el pasillo de atrás. Una corriente de aire, que va desde la entrada del personal hasta el aparcamiento, me produce escalofríos mientras atravieso la puerta del baño. Dentro me echo agua fría en mis mejillas sonrojadas. La puerta cruje y me doy la vuelta, pero no hay nadie. Se me eriza el vello de la nuca y cierro el grifo, que sigue goteando.

Una gota.

Otra gota.

Veo que algo se mueve en el espejo, pero cuando me doy la vuelta de nuevo, no hay nada. Busco mi teléfono en el bolsillo, intentando desbloquearlo con torpeza, asustada incluso de respirar. Un gran brazo serpentea alrededor de mi torso. El pánico se apodera de mí cuando mi teléfono cae y se estrella contra el suelo embaldosado. Empujo contra mi atacante y casi consigo escabullirme de su agarre, pero entonces el dolor estalla detrás de mis ojos al recibir un golpe en la nuca. Todo se va emborronando.

Es entonces cuando me meten en una caja.

2

Estoy considerando seriamente orinarme en los pantalones.

He invertido todo este tiempo en la caja procurando calmar mis miedos para evitar el hormigueo en las manos, lo que parece haber provocado que los guantes me quemen, pero ahora todas mis preocupaciones se han visto reducidas a un solo pensamiento:

Aguanta el pis.

Pero ¿quién sabe durante cuánto tiempo más estaré aquí?

Izzy me había dicho que tenía un mal presentimiento sobre este viaje y ahora desearía haberla tomado más en serio.

Quizá debería...

¿Hasta esto hemos llegado? Cuando por fin voy a formar parte del legado histórico de mi familia. Cuando por fin tengo la oportunidad de hacer algo significativo en la vida. ¿Y lo hago todo tan mal que acabaré meándome en los pantalones? ¿Estoy realmente sopesando esto?

Contras de hacerlo sin más:

1. Mi ropa se mojará.
2. Estaré atrapada en una caja que apestará a orina.
3. Me habré meado en los pantalones.

Ventajas de hacerlo tal cual:

1. La gloriosa sensación de la ausencia de pis en mi vejiga.

Definitivamente, voy a tope con esto.

Aunque antes de relajar los músculos necesarios, oigo algún movimiento fuera de la caja. No hay forma de enfrentarme a mis captores cubierta de pis. Mi vejiga es una fortaleza de acero. No cederá.

Las paredes de la caja crujen y tiemblan. Alguien finalmente está abriendo la caja. El miedo vuelve, y sigo con la dolorosa quemazón de los guantes. Soy muy consciente de la presión que siento ahí abajo, pero, al saber que estoy a punto de salir de aquí y probablemente enfrentarme a algún nuevo tipo de horror, dejar que fluya ya no me parece una buena idea.

Mearse ya no es una opción. Mi vejiga es un dique de hormigón. Sus compuertas no fallarán.

Noto mucha torpeza. Estos chicos no suenan muy bien orquestados.

No son chicos en plural, es solo un chico. Eso veo cuando mis ojos se acostumbran a la luz que entra a raudales una vez que consigue abrir la caja. La cara que me saluda es la misma que ha estado en mi mente la mayor parte de mi intolerablemente largo cautiverio. La decepción se mezcla con el miedo, esperaba que, en realidad, él no estuviera implicado. Michael me ayuda a incorporarme, e inmediatamente tropiezo y caigo de culo en el suelo del que parece un garaje vacío. No tengo sentido del equilibrio con los brazos todavía inmovilizados y las piernas acalambradas. Michael me ayuda a levantarme de nuevo. Tiene una gran herida en la frente, con una costra de sangre y un moratón.

Me dedica una sonrisa cansada.

Confiaba en esa sonrisa. Me da tanta rabia que me olvido de tener miedo, así que, a pesar del riesgo de perder accidentalmente el control de mi vejiga, muy enfadada clavo mi rodilla en su ingle. Sus ojos se abren como platos y se dobla sobre sí. Por suerte para él,

mis piernas todavía siguen bastante flojas y no he ejercido tanta fuerza en el golpe como me hubiera gustado.

—¿A qué ha venido eso? —se le escapa.

—¡Me metiste en una caja!

—¡Claro que no! —dice todavía dando saltitos torpes, protegiéndose la entrepierna con las manos—. ¡Estoy aquí para rescatarte! Sabía que podías estar en peligro, así que, al ver a dos tipos cargando una caja del tamaño de una niña en un camión y luego ver tu teléfono tirado en el baño, decidí ir tras ellos. De hecho, le robé una bicicleta a un niño para seguirlos. Robé una bicicleta. De un niño —remarca antes de dejar caer las manos y suspirar—. He estado esperando durante horas para poder colarme sin que me vieran. Ahora estoy aquí disfrutando de tu gratitud —dice con una mirada acusadora hacia mi rodilla.

El corte en su frente está goteando sangre fresca y tiene bastante mala pinta.

—¿Qué te ha pasado en la cara? —pregunto.

Mira hacia otro lado y murmura algo sobre su inexperiencia en bicicleta.

—Vaya. Bueno, ¿qué quieres decir sobre que pensaste que estaba en peligro?

—Cuando me di cuenta de que eres una sire —responde.

—¿Una qué?

—Una sire. Fue obvio al verte revivir la planta.

Mis habilidades, en su mayoría un gran misterio para mí, tienen un nombre y este chico, quien no sé si es de fiar o no, parece saber lo que son. Lo que solo refuerza mis sospechas sobre quién debe ser.

—Te explicaré más cuando te saquemos de aquí —dice.

—No. ¿Por qué ser una sire significa estar en peligro?

—Ha habido un montón de secuestros de sire recientemente. Es por eso por lo que mi escuela ha estado reclutando sire para llevarlos a un lugar más seguro.

Secuestros. No estaba preparada para nada de esto.

Por supuesto, todo esto ha ido demasiado rápido.

A pesar de que mi familia perteneciera a una histórica orden durante generaciones, nunca pude formar parte de ella. Yo había crecido sabedora de todas las historias, había oído muchas de sus teorías salvajes y secretas, no podía esperar para empezar a iniciarme y formar parte de su gran labor. Kor e Izzy fueron instruidos en la orden desde sus decimoterceros cumpleaños, pero luego llegó el mío y se fue como si nada. Mi madre dijo que probablemente solo tenía que esperar hasta que me valoraran. Me preparé. Trabajé muy duro los años siguientes, esperando impresionar a quien fuera, necesitaba impresionarlos, pero nada de lo que hacía parecía ser suficiente. Al final, dejé de intentarlo.

Hasta el mes pasado, cuando las Familias descubrieron la condición que había estado ocultando durante todo este tiempo. Y resultó que necesitaban a alguien exactamente como yo para este trabajo. Me dieron un itinerario, explicaciones básicas sobre lo que debía tener en cuenta, y eso fue todo. Sabía que había algunos riesgos, pero nadie me había dicho nada de ningún secuestro.

Siento que mi pánico aumenta, pero sigo llevando los guantes y no estoy de humor para que se me chamusquen las manos de nuevo. Al menos estoy fuera de la caja.

Estaba en una caja.

La realidad de lo que acaba de pasar me sacude. He estado reprimiendo mis emociones tanto como mi necesidad de orinar, pero ahora son como un volcán.

—Estuve atrapada durante horas —digo ahogándome en un sollozo—. ¿Por qué no llamaste a la policía o algo así?

Michael está inmediatamente a mi lado, apoyando una mano reconfortante sobre mi brazo.

—Ada, lo siento, pero no es gente de la que la policía pueda protegerte. Espero poder hacerlo yo. Te prometo que estoy aquí para ayudarte, pero tenemos que movernos deprisa. Los guardias se han ido de momento, pero no quiero correr riesgos. Hasta ahora hemos tenido una suerte increíble.

Trago más allá del nudo de mi garganta e intento recuperar el control tanto como puedo.

—Bueno, si estás aquí para ayudar, ¿puedes conseguir sacarme esto? —Sacudo las manos a mis espaldas, el metal tintinea y provoca mucho ruido—. Realmente duele.

—¿Te causan dolor? —parece confundido por esto.

—Muchísimo —digo apretando los dientes.

Michael me rodea y se agacha para inspeccionar los guantes. Hace un gesto de dolor al inclinarse y siento una punzada de culpabilidad por mi agresión en su entrepierna. Palpa el guante y lo huele.

—¡Por el Conductor! —susurra asombrado.

¿Quién demonios es el Conductor?

Giro el cuello para ver lo que hace. Él mira las diferentes multiherramientas de su navaja y utiliza una para manipular el mecanismo de cierre.

—¿Todavía puedes conducir? —me pregunta.

—¿Qué?

—Lo siento, me refiero a lo que hiciste con la planta. ¿Puedes conducir la energía a través de tus manos?

Le miro fijamente, pero mi mente es un lugar turbulento ahora. ¿Conducir la energía a través de mis manos? ¿Es eso lo que llevo

haciendo toda la vida?

—No importa —dice Michael en respuesta a mi clara confusión—. ¿Todavía te duelen los guantes? ¿Ahora mismo?

En realidad, ahora mismo no se me están friendo las manos. Mi malestar actual es por las quemaduras preexistentes. Sacudo la cabeza. Se muerde los labios y sigue trabajando en la cerradura, con más y más urgencia. Se frota la frente, irritándose la sucia herida que sangra de nuevo. Ver su pánico hace que el mío aumente y por ello mis manos empiezan a hervir contra el metal.

—¡Ay! —grito apartando las manos de él.

—Bien —dice con alivio—. Si te están quemando, significa que todavía puedes conducir energía y que el compuesto no habrá causado ningún daño irreversible a tus habilidades.

Sea lo que sea lo que esto signifique.

Al fin consigue abrir la cerradura y los guantes caen golpeando el suelo con un ruido metálico. Todavía agachado detrás de mí, Michael inspecciona mis manos con cuidado. Sus ásperos callos se posan sobre mis sensibles quemaduras. Me escuecen las palmas con ese familiar y caliente cosquilleo, pero esta vez en lugar de dolor siento otra cosa. Él me suelta y se levanta.

—Parece que tus habilidades están funcionando.

Estiro los brazos hacia arriba y los ejercito antes de mirarme las manos. No me encuentro con las desastrosas ampollas que esperaba. De hecho, parecen casi normales, excepto por el hecho de que a cada una de mis palmas la atraviesa una cicatriz, conectando mi pulgar con el índice. Medias lunas gemelas de carne. Nunca había tenido una cicatriz. ¿Qué me han hecho los guantes?

Pienso en el calor curativo que acabo de sentir. Siempre me he curado rápido, pero nunca al instante.

¿En qué me he convertido? ¿Qué me he hecho?

—Vale, vayámonos de aquí —dice Michael, que usa el dobladillo de su camiseta para limpiarse la frente ensangrentada, dejando al descubierto un abdomen que algunos creerían que es demasiado maduro para mí.

Mi instinto me dice que no debería ir a ninguna parte con él, pero el sonido de un portazo seguido de unos pasos amenazantes hace que cambie de opinión y esté a favor de cualquier opción que me saque pronto de aquí.

—Rápido —me insta Michael tirándome del brazo, y yo le sigo deseando volar lejos de la gente al otro lado de la puerta. Los que me noquearon y me metieron en una caja.

El pomo de la puerta vibra con el tintineo de una llave cuando Michael levanta la puerta del garaje, cuya cerradura ya había forzado para que nos escabulléramos en la fresca noche. Tira de la puerta otra vez hacia abajo y luego me coge de la mano y echa a correr.

—Te llevaré a un lugar seguro —dice por encima del hombro—. Te explicaré todo una vez que estemos allí.

Sus largas zancadas son demasiado rápidas para que pueda seguirlas, pero el sonido mecánico de la puerta del garaje levantándose a nuestras espaldas me convence de que no tengo otra elección. Me agarro con fuerza a su mano y corro hasta que mi pecho se agita, mis muslos arden y siento mi vejiga como un globo de agua a punto de estallar.

Ese lugar seguro espero que tenga baño.

3

Al empezar la tarde, la idea de que acabáramos jadeantes y con el corazón acelerado en casa de Michael había resultado tentadora.

Huir de secuestradores no es exactamente lo que tenía en mente.

Seguimos corriendo durante mucho tiempo antes de que Michael pensara que nos habíamos distanciado lo suficiente de los captores. Estamos entrando a tientas en un edificio. Estoy sudorosa y temblorosa, y trato todavía de recuperar el aliento mientras lo sigo a través de un estrecho pasillo hasta alcanzar la que aparenta ser su puerta. Miro a mi alrededor y me doy cuenta de lo solos que estamos y lo difícil que me resultaría escapar si hubiera tomado una drástica decisión.

Entramos en un acogedor estudio en el que solo caben una pequeña cocina, un escritorio y una cama. Hago todo lo posible por ignorar la intimidad del espacio mientras me lanzo al diminuto baño.

Orinar por fin es muy satisfactorio. Sin embargo, las paredes están demasiado cercanas. El lento goteo del lavabo hace que se me contraigan las tripas y ansío largarme de aquí.

«Inspira. Espira».

Es solo un baño.

Cuando el pánico se calma, me palpo la cabeza con los dedos. No me duele donde me golpearon, pero hay un poco de sangre seca. La hinchazón debe haberse sanado con mis palmas. Mi larga melena castaña luce salvaje y llena de enredos. Me la peino con los dedos

húmedos y me hago un moño bajo. Me limpio la cara con agua y me quito los restos de maquillaje.

No, no me importa que el apuesto desconocido al otro lado de la puerta haya visto mi versión de Picasso. O que probablemente me haya oído orinar. No puedo preocuparme por nada de eso, porque necesito concentrarme en no dejar escapar algo que pudiera alertarle de por qué estoy aquí.

«Inspira. Espira».

Tengo un trabajo que hacer.

No puedo distraerme por el miedo. Y definitivamente no puedo distraerme con... los hoyuelos de Michael. Sobre todo ahora que creo saber quién es.

Estoy aquí para hacer lo que siempre he querido: ser miembro de las Familias, la orden histórica a la que mis antepasados han pertenecido desde hace mucho tiempo. Yo también seré finalmente parte de todo esto.

Las Familias han pasado generaciones transmitiendo la historia secreta de un grupo de exiliados que se rumorea que están escondidos. En teoría, tienen talentos artísticos y conocimientos científicos mucho más desarrollados de los que hay en nuestra sociedad. He crecido con las historias de las increíbles innovaciones de los exiliados y de su trágica desaparición, también he oído innumerables fantasías de lo que el mundo podría llegar a ser si alguna vez los volvemos a encontrar y compartimos sus conocimientos.

Y estoy bastante segura de que Michael es uno de los exiliados.

Respiro tranquilamente unas cuantas veces más, preparada para afrontar lo que ocurra a continuación.

Cuando salgo, Michael está sentado en el escritorio mordiéndose las uñas e inspeccionando los guantes. Su rostro está iluminado por

los rayos del alba que asoman a través de la ventana. Su herida ha curado y apenas hay rastro de que alguna vez existiera.

No hay otro sitio donde sentarse, así que me recuesto en el borde de la cama. Cruzo una pierna sobre la otra y luego las descruzo torpemente.

—Aquí está tu teléfono —dice Michael mientras me lo entrega.

—Gracias.

La pantalla está agrietada y la batería está muerta. Nadie sabe dónde estoy y no tengo modo de comunicarme. Estupendo.

Michael sigue jugueteando con los guantes. Levanta su navaja y utiliza una pequeña lupa para examinar el metal.

—¿Cómo consiguieron antimateria? Estoy impaciente por llevarlos de vuelta a Génesis, son increíblemente valiosos —murmura antes de levantar la vista—. Y tú también.

Nadie me ha llamado nunca valiosa.

Cuando su mirada se posa en la mía, con el pelo alborotado, me recuerdo que no tengo motivos para confiar en él. Pero realmente necesito convencerlo de que puede confiar en mí. Parpadea, mira hacia otro lado y luego vuelve a mí.

—Mmm, lo que quiero decir es que a ti también tenemos que llevarte al instituto.

Trago saliva.

—¿Qué instituto? ¿Por qué? —No tengo que disimular mi interés, no ando tan perdida como él cree. Averiguar sobre este supuesto instituto es el propósito de mi misión. A lo largo de los años, las Familias se han ido acercando cada vez más al secreto de los exiliados. Información reciente les ha hecho creer que alguien con mis habilidades podría ser capaz de contactar con los exiliados en el momento y lugar correctos, e incluso llegar a ser invitado a

unírseles. No estoy segura de si creía que eso fuera posible, pero aquí estamos. De repente, parece muy muy posible.

—Eres una sire. Necesitas ser entrenada y protegida.

Misión aparte, no puedo negar que estoy desesperada por saber qué significa ser una sire. Esas personas entienden una parte de mí que ha sido un misterio y una losa sobre mis hombros desde hace demasiado tiempo. Puede que esa curiosidad no sea el objetivo principal de esta misión, pero un poco más de sondeo es lo natural que haría cualquier chica que nunca ha oído hablar sobre nada de esto.

—Entonces, ¿soy una especie de anomalía científica?

—¿Cómo? No, en absoluto. Tener habilidades de sire es una genética recesiva normal. Igual que los ojos azules o el pelo rojo.

«Normal». Siento tanto alivio en una sola palabra. Jamás olvidaré la primera vez que mis padres vieron evidencias de mis habilidades. Por accidente reviví algunas rosas marchitas de la mesa del comedor, y ellos se asustaron tanto como si me hubiera tatuado en la cara. Mi madre echó las flores inmediatamente, las manos de mi padre continuaban temblando. Es una sensación horrible ver el miedo en la cara de tus progenitores y saber que los aterrorizas. Nunca pude entender por qué tenían tanto miedo, hasta que vi el libro. Estaba en primaria y el abuelo me había llevado a visitar a mamá a su oficina. Mientras la esperaba, me di cuenta de que el gran libro dorado de su escritorio era el tipo de cosas que no se les permitía ver a los no iniciados en las Familias. Por supuesto, no podía dejar de mirarlo. Estaba todo en un idioma que no podía leer, pero las ilustraciones eran bastante gráficas y comprendí por qué mi madre lo leía. No era capaz de hacer crecer una enredadera de mis manos, lanzar un rayo o parar el corazón de alguien con un sencillo toque como sí lo era la gente de los bocetos coloridos, pero, quienesquiera que fueran, mi

madre pensó que yo era como ellos. Y las fotos me dijeron lo que le pasó a la gente como yo: ahogados, quemados en la hoguera, excomulgados... Fue suficiente para hacerme querer hacer todo lo posible por demostrar que yo no era uno de esos monstruos.

¿Es posible que algo reprimido durante tanto tiempo sea... *normal*?

—Ser una sire —continúa Michael— significa que puedes conducir el ha'i, la energía de la vida, como cuando hiciste crecer la planta o te curaste rápidamente.

Ha'i. Lo dice como la palabra hebrea *chai*, con un sonido gutural que a veces me costaba pronunciar. *Ha'i*. El calor que me recorre y me hormiguea en las palmas de las manos es fuerza vital. Siempre vi esa sensación más como si fuera una reacción, un rubor o un escalofrío.

—Entonces, ¿tú puedes tocar los guantes sin que te duelan? —le pregunto.

—Porque no soy un sire. Estos están hechos con antimateria, que anula el ha'i e incapacita a los sire.

—¿No eres un sire? Pero tu corte sanó muy rápido.

—Ah, cierto —dice señalando un tubo de pomada—. De donde procedo la medicina está más avanzada.

—Ya veo —digo mirando su frente en la que apenas se nota la herida.

—Bueno, si tenéis una medicina tan buena, ¿cómo es que no la habéis compartido con los demás?

En realidad, desconozco cuánto más avanzados están estos exiliados realmente en comparación con el resto de nosotros; sé que sus conocimientos médicos son una de las cosas que las Familias esperan obtener. Exactamente ¿qué tipos de curaciones son capaces

de hacer estas personas? No puedo evitar pensar en lo enfermo que ha estado el abuelo recientemente.

—Lo hemos intentado —responde Michael vagamente, con los labios fruncidos—. Muchos de nuestros avances médicos dependen de las habilidades de los sire. Si tú las entendieras, podrías haberme curado sin la pomada.

¿Es eso cierto? Por un momento me pregunto si tal vez ha reclutado a la persona equivocada después de todo. Por lo que sé, mis habilidades son más propensas a herir que a ayudar. ¿De verdad puedo usar mis poderes para curar a otros? Y si hay más gente por ahí con mis habilidades, todos aparentemente capaces de una curación avanzada, entonces, ¿qué demonios están haciendo estos tipos custodiando estos conocimientos?

Me levanto de la cama y me acerco a la ventana.

—Lo siento, debes de estar saturada —dice Michael.

—Sí, pero estoy preparada para que me lo expliques todo. —No me giro, pero puedo verlo a través del cristal. Deja los guantes y se vuelve para prestarme toda su atención; me encuentro con el reflejo de sus ojos.

—Mi pueblo se llama los Hacedores y yo soy del Instituto Génesis, del que no habrás oído hablar...

Exhalo y mi aliento empaña la ventana, paso el dedo por el vaho.

—Aunque mantenemos nuestra existencia en secreto, algunas veces reclutamos a sire como tú para que se nos unan.

Se me hace un nudo en la garganta.

—Mira, Michael, o cual sea tu verdadero nombre...

—Me llamo Michael, no te he mentido en nada.

Yo no puedo decir lo mismo.

—Bueno, te olvidaste mencionar que pertenecías a una sociedad secreta que quería reclutarme —digo con amargura.

—No me di cuenta de que era relevante —dice antes de levantarse —. No tenía ni idea de que eras una sire. Eso ha sido una casualidad. Nos dieron el chivatazo de que había un sire por la zona, pero pensé que era el pianista...

—Entonces, ¿por qué me pediste salir? —pregunto girándome para mirarle. Esto de repente me importa mucho. ¿Fue todo una actuación? ¿Sabía que yo era una sire desde el principio?

—Porque pensé que eras... ¡genial! —Sus ojos de cachorro son asquerosamente sexis.

—Pero habrías desaparecido y nunca nos habríamos vuelto a ver.

No sé por qué estoy tan molesta. Pero si voy a tratar de averiguar más sobre estas personas, necesito saber con quién estoy tratando. Necesito saber si es el tipo de hombre que usaría la seducción para manipularme o si nuestro encuentro fue realmente una extraña coincidencia.

—Esto... yo no estaba pensando más allá. No me di cuenta de lo joven que eras. Además, a veces eso es normal, dos personas salen y no vuelven a verse.

Me ruborizo ante la insinuación de sus palabras.

—No fue así.

Sacude la cabeza.

—Puede que no. Pero ¿y tú? Vas a volver al instituto en unos días; sabías perfectamente que tampoco funcionaría.

Tiene en parte razón.

—Pasemos página —digo. Él desvía la conversación.

—Estamos de acuerdo; fue un error.

A pesar de que estoy de acuerdo con que «fue un error», molesta escuchar esas palabras de alguien tan guapo.

—Bueno —digo, y me siento infantil.

—Mira, Ada, lo importante es que aprendas sobre tu genética sire.

—Sí, bueno, si ser una sire es tan normal como dices, entonces, ¿por qué no es de conocimiento público?

A más de una década de inseguridades realmente les gustaría conocer la respuesta.

—Porque en el mundo provincial la manipulación de la fuerza vital por medio de habilidades sire se ilegalizó hace más de seiscientos años. Y muchos sire han sido reclutados para unirse a los Hacedores, lo que ha ido limitando la reserva genética. Así que habilidades como la tuya se han vuelto raras en tu mundo, o tan latentes que nunca aparecen de manera obvia.

Tu mundo.

¿Cuál es su mundo?

Al haber sido criada entre las Familias, aunque no iniciada en la orden, escuché muchas leyendas sobre los exiliados antes del exilio. Todo lo demás era confidencial, solo me habían hablado del secreto por encima cuando me prepararon para este viaje. Ni siquiera sé si lo que las Familias saben es veraz.

Pero puedo ser yo quien lo averigüe. Es decir, si no meto la pata hasta el fondo.

«De acuerdo, irritantemente atractivo reclutador, es hora de que exprima algo de información sobre ti».

—Bueno —digo—. Háblame de estos Hacedores.

Me vuelvo a acomodar con cautela en el borde de la cama, asustadiza como un pájaro en el alféizar de una ventana, inseguro de qué es cristal y qué es cielo.

Michael gira la silla del escritorio hacia mí y se sienta. Respira hondo, luego dice:

—Imagina una sociedad dedicada a desarrollar el mundo científica, artística y socialmente. Donde todos se comprometen a

aportarle más belleza y a erradicar los horrores de la desigualdad, la enfermedad y los daños ecológicos.

Detecto la pasión en su voz y me da envidia.

—Estás describiendo una utopía.

—No del todo, pero es tan cercana a ese concepto como jamás ha ocurrido en la historia.

Una ola de emoción se expande en mi vientre.

—¿Y dices que esta sociedad existe?

—Digo que existe y que quiero llevarte hasta allí.

Sus ojos brillan de emoción y su sonrisa es tan amplia que casi me olvido de que se supone que no debería confiar en él.

—Pero si lo que hacen es tan genial, ¿por qué nadie lo sabe? ¿Por qué no ayudan al resto del mundo?

—Porque nos persiguen —dice Michael con naturalidad—. Estamos obligados a escondernos. Lo hemos hecho desde que los Hacedores originales se vieron obligados a huir durante la época de la Inquisición. Antes de esto, eran eruditos de una academia en Italia, famosa por sus avances en arte, ciencia y filosofía. En su momento atrajo a estudiosos de todo el mundo, ávidos por convertirse en «musas» modernas, como las diosas míticas que inspiraron las artes y las ciencias.

Esta es la confirmación que estaba esperando. Sin duda, esos Hacedores son los exiliados.

—¿Qué ha pasado con la escuela? —pregunto curiosa por ver si su versión coincidirá con la del impreciso resumen que me han contado.

—La Iglesia odiaba la ciencia y la filosofía de los Hacedores. Algunas de las investigaciones de la academia eran definitivamente cuestionables desde el punto de vista ético. Brillantes, pero demasiado experimentales. Ellos creían que el hecho de afirmar que la humanidad está «hecha a imagen y semejanza de Dios» los

obligaba a «continuar con la creación del mundo» para perfeccionarlo. Y esta filosofía fue considerada sumamente herética. Cuando la academia se negó a ceñirse a las duras restricciones de lo que podían enseñar y estudiar, vinieron los Inquisidores —dice bajando el tono de voz—. Y entonces quemaron la academia hasta los cimientos.

Desvía la mirada y su garganta se tensa al tragar. Es una historia antigua, sin embargo, él actúa como si el dolor todavía siguiera a flor de piel, igual que si se tratara de un asunto personal.

Michael se encoge y luego estira sus largas piernas. Sus pies tocan los míos y rápidamente los vuelve a encoger. Continúa sentado con la espalda recta:

—Por suerte, gran parte de la investigación de la academia pudo ser rescatada y ocultada antes de la destrucción. Los Hacedores, como otros grupos de la época, se vieron obligados a renunciar a sus costumbres o a ser expulsados, incluso ejecutados. Algunos lo hicieron, otros se escondieron y continuaron con sus estudios. Un grupo de los escondidos consiguieron dar con el pasaje al Nuevo Mundo donde fundaron el Instituto Génesis.

Mi embelesado interés por esta historia no es solo una mera actuación. Es impresionante escuchar hablar a alguien ajeno a las Familias que corrobore las cosas que solo he conocido a través de la teoría. Intento hacerme a la idea de lo mucho que se podría haber llegado a perder con la destrucción de dicha academia.

Un mechón de pelo oscuro oculta la cara de Michael y me entran ganas de apartárselo. Estamos sentados lo suficientemente cerca, creo que podría hacerlo si ambos nos inclináramos un poco. En lugar de eso me reclino hacia atrás, juntando los dedos en mi regazo. Intento parecer escéptica al formular la siguiente pregunta:

—Si lo que dices es verdad, ¿no deberían todos haber oído hablar de la Inquisición?

—¿Has oído hablar del juicio a Galileo por defender que la Tierra gira alrededor del Sol? ¿Y de que la Inquisición española presionó para que los judíos y los musulmanes fueran expulsados de España?

—Sí, de ambas, pero para nada de la pérdida de grandes avances científicos.

—Eso es porque la Iglesia negó su existencia. Enterró todas las pruebas de los experimentos heréticos y blasfemos de los Hacedores y prohibió a cualquiera hablar de ellos. A excepción de un grupo de élite de los Inquisidores encargados de dar caza a los que quedaban —dice cuando sus ojos se clavan en los míos, telegrafiando sinceridad y urgencia—. La pérdida de todo ese conocimiento hizo retroceder varios siglos los avances logrados. Pero los Hacedores lo guardaron todo y continuaron su misión de progreso en secreto.

—No lo entiendo —interrumpo—. Si esos avances fueron tan grandes, ¿cómo es que todo el mundo se puso de acuerdo con la Iglesia y fingió que nunca existieron?

En otro intento por estirar las piernas, Michael me da una patadita de nuevo. Las echa hacia atrás y se pone de pie, recorriendo de largo a largo la pequeña habitación...

—Disculpa —dice pasándose la mano por el pelo—, la versión real de la historia siempre ha estado en mi mente y explicársela a alguien con un paradigma totalmente diferente es siempre confuso. Pero no subestimes el poder de la Iglesia. Incluso en tu propia vida, has observado lo suficiente como para ver cómo se forman las narrativas del mundo, lo fácil que es remodelar la historia mediante la propaganda y la desinformación.

Empieza a sonar como mi abuelo.

—Da miedo lo rápido que se puede reescribir la verdad —continúa —. La verdad de los Hacedores originales y de sus descubrimientos fue casi toda olvidada una generación después del Éxodo. Quedan vestigios de su legado, pero solo en forma de mitos y leyendas.

Había una parte de mí que nunca estuvo del todo segura sobre la veracidad de las historias de las Familias, que se preguntaba si todo había sido exagerado o si se había distorsionado el sentido de la traducción con los años. Pero me hace pensar que podría ser real al ver cómo la historia de Michael encaja con todo lo que me han enseñado. Me siento casi ingrávida, con los músculos tensos y temblorosos por una mezcla de excitación y confusión.

Michael se pasea hasta la cocina.

—Ha sido una noche larga. Deja que te haga algo de comer.

Mientras empieza a prepararlo, lo observo con otra mirada, buscando señales de que pertenece a una sociedad oculta al amparo de una gran conspiración histórica. Parece normal, pero hay sutiles detalles. No hay ninguna mancha en lo que lleva puesto. Sus zapatos parecen poco usados, de buena calidad y un tanto anticuados. No lleva reloj. Y no creo que tenga móvil o, si lo tiene, no lo ha sacado en toda la noche. Quiero decir, son señales de algo raro.

Se sienta a mi lado en la cama y coloca una bandeja con una taza de té y algunas galletas entre nosotros.

He estado demasiado distraída para darme cuenta del hambre que tenía. Me tomo mi tiempo para comer las galletas y acompañarlas con el té. A Michael no se le da bien quedarse sentado y quieto: se pasa las manos por el pelo, se muerde las uñas y tamborilea los dedos sobre las rodillas.

—Sabes que pareces un loco, ¿verdad? —le pregunto de la forma que lo haría cualquier adolescente que no hubiera crecido en las

Familias—. ¿Sociedades ocultas, conspiraciones de siglos y todo eso?

Detiene sus dedos y se gira para mirarme.

—Entiendo que es difícil cuestionar todo lo que has aprendido. Y hay mucho más que todavía no te he dicho. Si vienes conmigo a Génesis, podré mostrártelo todo.

Es la invitación exacta que estaba esperando y suena increíble, pero el secuestro ha mermado mi entusiasmo.

Los ojos de Michael se iluminan y su hoyuelo hace acto de presencia.

—Tienes que saberlo: Michelangelo era un Hacedor.

Eso sí que llama mi atención.

—¿Cómo?

—Sí, y también un sire, estaba en la academia antes de la Inquisición. Él y otros, quienes no querían abandonar sus vidas, optaron por quedarse y renunciar a la previa actividad de los Hacedores considerada herética. Cada vez que contemplo sus estatuas de prisioneros, veo el tipo de lucha vital que eligió. Como si fuera él quien está atrapado en un estado inacabado, confinado por las nuevas reglas del mundo, confinado mientras que la mayoría de sus compañeros Hacedores se habían ya marchado.

Es irritantemente adorable cuando se apasiona por el arte. Y esto es algo nuevo que no había oído jamás. Las Familias adoran algunos maestros históricos, seguro, pero no de la misma manera que lo hacen los exiliados.

—¿Y qué otras celebridades históricas te gustaría reivindicar? —pregunto.

—Muchas. Da Vinci, Ada Lovelace... los dos Hacedores.

—Increíble —musito. Pienso en si lo sabrán las Familias.

—Es verdad. Da Vinci fue otro de los que se quedó atrás. Ada fue una sire reclutada ya de anciana; no murió siendo joven como dice

su historia. Uno de sus descendientes directos es mi maestro del gremio.

Esto va mucho más allá de lo que creía saber. Mi mente se acelera, intentando reorganizar lo que cree que es verdad.

—Mira, si todavía no te he convencido, al menos entiende lo siguiente —y espera a que lo mire, la expresión de sus ojos se ha vuelto alarmante. El calor de su cuerpo está demasiado cerca del mío en la cama—: alguien ha estado secuestrando sire por todo el mundo, pero los Hacedores pueden mantenerte a salvo.

¿Y por qué alguien capturaría unos sire? Me pregunto si está relacionado con lo que vi en el libro y en la insistencia de mis padres por reprimir mis habilidades.

—Tu secuestro significa que los Inquisidores saben quién eres, lo que significa que sigues siendo un objetivo.

—Espera, ¿Inquisidores? ¿De quiénes estás hablando?

—Nunca se detuvo al grupo principal de Inquisidores a los que se encargó cazarnos. Nuestros antepasados esperaban que se olvidaran de nosotros, pero no sucedió. Ellos transmitieron el odio a su progenie, y desde entonces nos hemos estado escondiendo de ellos.

Bueno, al menos en eso anda totalmente equivocado. He oído historias de las Familias sobre los Inquisidores y, definitivamente, ya no existen. Pero alguien intentó secuestrarme. ¿Quién querría hacer daño a los sire?

—Ada, ¿no entiendes que estás en peligro? Tenemos que llevarte al Instituto Génesis lo antes posible.

«Lo antes posible». De ninguna manera voy a salir del país con este... extraño.

—No puedo ir contigo ahora —le digo.

Se frota la frente como si así fuera a encontrar las palabras para convencerme.

—Por favor —dice—, te secuestraron porque eres una sire. Puedo ayudarte.

«Sire». Sigue siendo extraño tener un nombre que designe lo que soy. Intento invocar el caliente hormigueo entre mis dedos, pero no pasa nada. Quiero saber cómo controlarlo. Y les quiero demostrar a las Familias que soy digna de ser una de ellos. Pero no debería tomar ninguna decisión impulsiva por mi cuenta. Siento que mi secuestro no forma parte del plan. He dado con el reclutador, tengo la invitación y ahora debo largarme de Italia. Solo espero que el rechazar irme con Michael no me haga perder mi oportunidad.

—Te creo, pero necesito ir a casa con mi familia antes de tomar cualquier decisión definitiva.

—Eso es justo —dice Michael resignado—. Te enviaré una solicitud formal para Génesis y espero que elijas venir.

Me alivia saber que su oferta está abierta, pero es más seguro fingir indiferencia que decir la verdad.

—Lo pensaré —digo.

—Hasta entonces —su tono se agudiza— no puedes contarle a nadie nada de esto.

—De acuerdo, nada de escondidos durante cientos de años, nada de persecuciones de gente peligrosa, lo pillo.

—Hemos permanecido ocultos durante mucho tiempo, pero las cosas han cambiado en las últimas décadas. Tu mundo tiene aviones, satélites e internet; por lo que ocultar un secreto se ha vuelto más complicado. Hablar con cualquiera es correr un gran riesgo. ¿Puedo confiarte estos conocimientos?

—Sí —digo desviando la mirada hacia las cicatrices de mis manos.

—Bien. Porque no quiero tener que pasmarte.

Levanto la vista bruscamente.

—¿Pasmarme? —El pavor se agita en mi vientre.

—¿Podemos fingir que no lo he mencionado?

—Michael, ¿qué significa eso?

—Pasmar a alguien es hacerle olvidar.

El pavor me sube hasta la garganta y me pongo de pie, alejándome unos pasos de él.

—Odio pasmar a la gente, pero a veces es necesario. No te preocupes. No te lo voy a hacer.

—¿Puedes robar recuerdos?

—No, no, es solo una mezcla en el té...

—¿Ibas a drogarme? —digo mirando horrorizada mi taza vacía.

—¡No! —dice antes de levantarse, pero no se mueve hacia mí, solo alza las manos en señal de tregua—. Ada, cálmate. No voy a pasmarte. Voy a asegurarme de que llegas bien a casa y luego esperaré que vengas a Génesis cuando estés lista.

Respiro hondo. Dice que no me ha echado nada en el té y no me queda otra opción más que creerle.

—De acuerdo.

Ya ha salido el sol; la mañana ilumina la habitación y me doy cuenta de lo completamente agotada que estoy. Necesito dormir y luego pensar en todo con la cabeza despejada y con copiosas cantidades de cafeína. Michael saca una cartera de cuero del bolsillo de su chaqueta, la abre y saca un papel blanco con pliegues. Es un pájaro de origami.

—Todavía me preocupa dejarte ir sabiendo que los Inquisidores te están buscando. Coge esta paloma y úsala si me necesitas.

Aunque sé que no son estos los Inquisidores que me buscan, parece que alguien sí que lo hace, así que debo tener cuidado. Le quito el pájaro y con el tacto descubro que no es de papel, sino de algo parecido a la arcilla ligera. Michael se acerca y acaricia el pico del pájaro. Las alas se despliegan y empieza a volar. El pájaro se

eleva sobre la palma de mi mano y revolotea con la cabeza sin rostro, moviéndose de izquierda a derecha. Me impresiona su delicada belleza.

—Es como magia —digo asombrada.

—O ciencia avanzada —dice Michael guiñándome un ojo—. Este es un gólem de paloma mensajera. Me encontrará dondequiera que esté, en cualquier parte del mundo. Escribes un mensaje dentro o simplemente lo envías si estás en peligro. Basta con tirar de su cola y sabrá encontrarme.

—Eso es... imposible.

—Tu noción de lo que es posible e imposible está a punto de cambiar —dice Michael con una sonrisa. Un extraño sentimiento crece en mi pecho, me cuesta respirar, ya sea por asombro o por miedo, no lo sé seguro.

—Este gólem utiliza la magnetorecepción, la misma fuerza que permite a las palomas navegar usando la energía magnética de la Tierra. Es algo completamente científico.

Se acerca y acaricia de nuevo el pico del pájaro, que se pliega y vuelve a caer en mi mano. La mano de Michael desciende y lo presiona contra mi palma. Sus dedos son cálidos y fuertes. Trato de ignorar la creciente tensión que me invade cuando sus ojos se encuentran con los míos.

—Prométeme que enviarás la paloma si me necesitas y que la mantendrás contigo en todo momento mientras corras peligro.

—Vale —le digo, bastante segura de que estoy en riesgo; eso sí, aunque no sé de qué.

4

—¿Y era un angloparlante con acento norteamericano? —me pregunta por tercera vez el consejero Avellino.

—Sí —le confirmo, intentando sonar educada en lugar de cabreada. Las Familias me han estado interrogando sobre cada interacción con Michael y luego me lo han hecho repetir. A pesar de la promesa que le hice a Michael, les he contado todo. Bueno, todo salvo que mantuve una cita con mi objetivo antes de darme cuenta de quién era.

—¿Y dijo que solo algunos de los exiliados viajaron hasta las Américas?

El consejero Avellino es el abogado de las Familias y déjame decirte que sabe cómo interrogar a un testigo.

Llevamos horas con esto. Me duele la cabeza y solo quiero irme a casa. Uno podría pensar que, después del atroz trauma de un secuestro y del agotamiento de un vuelo internacional, se le permitiría recuperarse en casa. Pero, por lo visto, resulta que al convertirte en espía de una orden histórica no recibes este trato. En cambio, tan pronto como el avión aterrizó en el aeropuerto JFK, me llevaron hasta la sede de la Cámara Interna de las Familias para interrogarme, en los archivos del sótano de los Claustros del Fort Tryon Park.

El vuelo de regreso no ha sido fácil. Me lo he pasado mirando constantemente de reojo en busca de alguna amenaza. Cuando intenté usar el servicio del avión, casi me dio un ataque de pánico

por el reducido espacio y me prohibí beber para no tener que volver a hacerlo. Y no es que nadie me haya ofrecido un trago desde entonces, así que tengo la boca tan seca como los antiguos manuscritos expuestos en el museo de los Claustros, en el piso de arriba.

A pesar de estar en un edificio famoso por su arquitectura clásica, la sala donde se reúne la Cámara Interna no es más que una aburrida sala de juntas, con una larga mesa con asientos para gente muy importante. No toda la Cámara está presente, pero entre ellos hay miembros tan ilustres como un senador estadounidense —que si las Familias se salen con la suya podría llegar a ser nuestro próximo presidente—, la ministra de Cultura de Francia, un importante director de cine, un diseñador de moda italiana aún más importante y mi madre. Cada uno es el representante de una de las Familias que han custodiado la memoria de los exiliados —o de los Hacedores, según Michael— durante cientos de generaciones. La orden se construye en torno a esta administración, con la intención de recuperar las innovaciones perdidas de los exiliados y compartirlas con la sociedad. Y ahora que por fin tengo un sitio en la mesa, no quiero meter la pata.

—Me gustaría echar otro vistazo al pájaro gólem —dice el senador.

Kor me golpea una rodilla con la suya y, al mirarlo, me lanza una sonrisa alentadora.

—Un poco más —murmura.

A pesar de la sutileza de las acciones de Kor, este ha atraído la atención de la mesa de la Cámara, y ahora todos nos observan inquietos. Ya estoy acostumbrada cuando estoy en público con Kor. De pómulos bien marcados, tez pálida y pelo negro, Korach Chevalier es el tipo de persona que siempre atrae mucha admiración, pero que parece completamente inaccesible. Cada vez

que alguien que lo conoce lo ve actuar de forma cercana y cómoda conmigo —una persona normal en todos los sentidos—, la imagen que tiene de su naturaleza fría y enigmática se tambalea.

Me resulta difícil ver a Kor como al resto de la gente. Para ellos es un misterioso genio artístico. Para mí es solo Kor, uno de mis mejores amigos, dos años mayor que yo, y técnicamente un primo lejano (muy lejano, solo por matrimonio). Kor se aclara la garganta y se reanuda la actividad en la mesa.

—Lamentamos las repeticiones —dice el doctor Ambrose, un amable físico con el pelo entrecano y gafas de montura dorada. Durante el proceso, mi madre permitió a regañadientes que la Cámara Interna evaluara mis poderes, y él se mostró paciente y transparente intentando comprenderlo—. Sabemos que has pasado por un calvario, pero debemos asegurarnos de reunir los datos adecuados por el bien de nuestra investigación y por tu seguridad. Si decidimos enviarte a estudiar a ese instituto, necesitamos toda la información.

La Cámara Interna está dividida sobre si debo o no infiltrarme en Génesis. La mayoría de ellos están a favor, pero hay voces displicentes que no confían en mí.

—Por no hablar de que tu historia no cuadra —interviene el más ruidoso representante del equipo—. No podemos fiarnos de Ada.

Lo dice Alfie Avellino: hijo del consejero Avellino, y la persona más molesta que conozco.

—Todavía no has respondido por qué no seguiste el protocolo cuando te encontraste con el exiliado —dice con una mirada acusadora mientras acaricia un mechón de su pelo repeinado, de un castaño tan claro que intentará convencerte de que es rubio.

Le caí bien a Alfie cuando nos conocimos hace unos años. De hecho, trabajó duro para hacer migas conmigo y acercarse a Kor

pero, en cuanto se dio cuenta de que no iba a ser iniciada en las Familias, me borró de sus amistades como el agua de las alcantarillas.

—No pudo seguir el protocolo porque estaba secuestrada —suelta Kor en mi defensa.

Está claro que Alfie tiene más que decir, pero no quiere llevarle la contraria a Kor. Sin embargo, se endereza su fea corbata de cachemira y frunce el ceño haciendo todo lo posible por hacerme sentir que no merezco estar aquí.

No tiene que currárselo mucho. Ya estoy bastante segura de que no encajo. Nada puede hacerme sentir tan inferior como estar rodeada por estas personas, quienes han forjado sus vidas en función de los valores de los exiliados y han mejorado de forma activa el mundo a través de la innovación y del arte. Mis habilidades para que me iniciaran tal vez significan que necesito menos tiritas que una persona normal, y claro que se me dan bien las plantas, pero nadie busca un ficus en la Universidad de Met. Los demás de esta mesa se ganaron sus asientos gracias a sus esfuerzos por ser maestros del Renacimiento moderno.

Bueno, tal vez Alfie no. Estoy bastante segura de que lo ha obtenido a través de generaciones de nepotismo y por el capital económico familiar. Pero incluso él estuvo años entrenándose antes de ser iniciado. Mientras que yo nunca fui lo suficientemente brillante para ser considerada hasta que las Familias necesitaron usar mis habilidades como cebo. Qué más da, al menos tengo poderes. No es lo mismo que si Alfie trajera algo nuevo a la mesa, además de su interminable colección de corbatas horribles.

«Si él merece estar aquí, tú también», me recuerdo mientras intento reunir la confianza de un niñito mediocre.

—Ada no solo tuvo éxito en Italia, también superó todas nuestras expectativas —dice Kor—. Con la complicación añadida de no tener la información correcta.

Todos escuchan absortos siempre que Kor habla. La ministra de Cultura de Francia le hace ojitos y se enrolla un mechón de pelo en el dedo. Incluso mi madre, quien evita mirarme cuando hablo, escucha atentamente a Kor. Él ha transformado a las Familias en los últimos años. A lo largo de los siglos, la influencia de la orden no había dejado de crecer a medida que se fueron reintroduciendo algunas de las innovaciones perdidas de los exiliados, procedentes de los extensos archivos de la orden y de siglos de búsqueda de reliquias en la sociedad. Han financiado muchas investigaciones basadas en sus conocimientos que han contribuido a mejorarlo todo, desde la asistencia sanitaria hasta la agricultura y la energía limpia, pero la mayor parte se sustentaba en los saberes ancestrales. Ahora, gracias a Kor, las Familias tienen acceso a los descendientes vivos de los verdaderos exiliados y a cualquier innovación mucho más avanzada que puedan haber desarrollado. Y todo esto es posible debido a que Kor contactó con Prometeo, el informante que se había infiltrado en los exiliados, quien le sopló cómo y dónde estos iban a reclutar. Entre el éxito de Kor con Prometeo y la gran influencia que ha generado su reciente fama y apoyo popular, toda la Cámara Interior está tan obsesionada con Kor como los adolescentes de un club de fans de internet.

—Ada tiene la tapadera perfecta, también una invitación explícita. Además, ha demostrado sernos de ayuda —continúa Kor—. Infiltrarse en el instituto es el mejor modo de operar.

Suena muy seguro de este plan. Muy seguro de mí. En cambio, yo estoy muy lejos de estar convencida.

—No tiene formación —argumenta Alfie. Y no se equivoca.

—¿Cuál de nuestras formaciones la habría preparado para esto? —pregunta Kor—. ¿Las clases de Arameo y Latín? ¿Las de Conservación y Restauración de Arte?

—Es una adolescente inmadura e indisciplinada, podría ponernos a todos en peligro si revela su tapadera.

Me encanta que hablen de mí como si no estuviera en la sala. Si Izzy estuviera aquí, me diría que reafirmara mi feminidad y que no lo permitiera. Hablando de eso, ¿dónde está Izzy? Esperaba que apareciera. Su hermano mayor Roman ya está aquí, sentado tranquilamente en el otro extremo de la mesa.

Izzy King es mi otra mejor amiga. Es medio coreana, una gran amante de los videojuegos y una de las personas más inteligentes que conozco. Al crecer en Nueva York, ella era la única chica de mi misma franja de edad en las Familias de allí, por lo que siempre estábamos juntas. Realmente esperaba verla antes de su regreso a Massachusetts al final de las vacaciones de invierno.

—Ada no tendrá problemas con su tapadera —asegura Kor a la sala—. Necesitará adaptarse en una escuela en la que, ya de entrada, la considerarán una extraña. Además, que sea una adolescente del montón hará que su tapadera sea más fuerte. —«Adolescente del montón». Auch, Kor—. Independientemente de todo lo demás, ella fue secuestrada por sus habilidades. Solo por esta razón debemos enviarla a Génesis, donde puedan mantenerla a salvo.

—Estoy de acuerdo —dice el doctor Ambrose.

—Yo también —dice mi madre, quien habla por primera vez en la reunión.

Por lo demás, se ha contentado con dejar que me planearan la vida. ¿Y cómo es que su maquillaje y su moño rubio siguen impolutos? Parece imposible que haya permanecido atrapada en esta

habitación tantas horas como yo, que estoy sudorosa, despeinada y ojerosa. Seguro que todos los presentes se han olvidado ya de que somos parientes.

A veces me pregunto si eso es lo que quiere, que se olviden. Tal vez soy una vergüenza por haberme iniciado en la orden solo por un mero tecnicismo, por no tener ninguno de los galardones que sus amigos presumen de sus hijos.

Mientras me deprimo, el argumento de que debo ir a Génesis como una cuestión de seguridad va cogiendo peso entre la mayoría de la mesa.

—Tendremos que consultarlo con el Gran Maestro —dice el consejero Avellino con la chulería de saber que es una de las pocas personas acreditadas en la sala para hablar directamente con el jefe de las Familias.

Mientras dejo que la Cámara continúe con la toma de decisiones sobre mi futuro sin molestarse en saber mi opinión, me inclino hacia Kor y le susurro:

—¿Dónde está Izzy?

—No va a venir —musita—. Te lo explicaré más tarde.

Sus ojos contienen una tristeza que me provoca una fuerte presión en el pecho. Justo antes de marcharme a Italia, Izzy me envió un mensaje diciéndome que creía que no debería ir, aunque no el porqué. Cuando no respondió a ninguno de mis mensajes, supuse que era por la diferencia horaria o porque estaba enfadada por estar perdiéndome nuestro viaje invernal de cada año. Ahora me preocupa que su silencio se debiera a algo más importante.

Escondo el teléfono en mi regazo, preparada para enviar mensajes a Izzy en cada una de sus redes sociales hasta que me responda. Sin embargo, por alguna razón, no se carga ninguno de sus perfiles.

Debo de tener una mala conexión a internet. Pero... no, el resto funciona bien.

¿Qué ocurre? Refresco y vuelvo a refrescar las pestañas.

Nada. Todos sus perfiles han desaparecido.

O ha borrado sus cuentas, o me ha bloqueado.

¿Por qué lo ha hecho? Mi respiración se entrecorta, mi mente es como un partido de ping-pong entre la preocupación y el dolor.

Abro el último mensaje de texto que me envió Izzy.

> Por favor, no vayas a Italia. Vi algo que no debería haber visto y... ahora tengo un mal presentimiento sobre tu viaje.

Como no había respondido a ninguna de mis preguntas, borré su advertencia de mi mente y pensé que me lo habría enviado estando borracha. Tampoco hubiera sido el primer mensaje en ese estado. Pero ahora no estoy tan segura. Kor ve la expresión de mi cara y me aprieta la mano por debajo de la mesa con ternura.

—Continuemos mañana con esta discusión. Ada necesita ir a casa, ha pasado por mucho.

—La hemos expuesto a información increíblemente confidencial —objeta Alfie—. No podemos dejar que se vaya a casa sin más.

—Claro que podemos —dice Kor con rotundidad. Y porque Kor es Kor, todos lo escuchan y se levanta la sesión, dándome vía libre para irme.

En cuanto abandonamos la Cámara, intento preguntar a Kor por Izzy.

—Todavía no —responde. Me hace callar y me arrastra detrás de él.

Usa una brillante tarjeta naranja para salir de los archivos privados de las Familias, la misma que me denegaron, y me lleva hacia las escaleras que conducen al museo de arriba.

El museo está cerrado al público a estas horas y, con poca luz, el eco de la quietud de las antiguas capillas y galerías es lo bastante inquietante como para darme escalofríos.

El Claustro —un edificio diseñado combinando distintos elementos arquitectónicos de abadías, monasterios y conventos medievales— guarda una enorme colección de arte y arquitectura medievales. Pero solo una parte está abierta al público. Arriba, en la torre, y abajo, en los archivos, se encuentran muchas más piezas, incluida la colección privada de las reliquias de las Familias emparentadas con los exiliados.

Mi madre me manda un mensaje para avisarme que recogerá algunas cosas de su oficina y que estará lista en quince minutos, así que dejo que Kor me guíe por los silenciosos y espeluznantes pasillos del Claustro hasta alcanzar su galería favorita, la Sala del Tapiz del Unicornio. Siete magníficos tapices, con detalladas figuras a escala natural, representan una historia que ha desconcertado a los historiadores del arte durante años. Los tapices tienen un origen misterioso: nadie sabe quién los encargó ni quién los hizo.

Tengo muchas preguntas para Kor, pero mi agotamiento está alcanzando ya cotas abrumadoras. Me tumbo en el suelo, en el centro de la habitación. Con un fuerte jadeo, cierro los ojos.

Y entonces aparece otro cálido cuerpo junto a mí y Kor me aprieta contra su pecho. Parpadeo sobre su suave jersey de cachemira, aspirando el aroma de su caro perfume de sándalo con un toque de carbón que me dice que ha estado dibujando.

Reprimo el familiar sofoco que Kor me produce cada vez que es dulce conmigo.

Claro que estoy un poco enamorada de él, es imposible no estarlo. Pero él jamás sentirá lo mismo por mí. Me llevó demasiados años darme cuenta. Por suerte, nuestra amistad sobrevivió a mi doloroso

y solitario enamoramiento y salí relativamente ilesa. Competir con un número cada vez mayor de fans y *groupies* es excelente para superarlo.

Estar entre sus brazos con nuestros cuerpos apretados no lo es. Kor me coge una mano y roza con sus yemas la cicatriz de la media luna.

—Siento lo que pasó en Italia —dice—. Ante todo, es culpa mía que estuvieras allí.

Entiendo que se sienta culpable porque me secuestraron, pero me molesta que piense que yo no era capaz de cuidar de mí.

Pero tal vez esa sea la verdad. Tal vez Alfie tiene razón en todo. Yo no estaba lista para Italia y no estoy lista para Génesis. No tengo la formación necesaria y no hay manera alguna de que pueda sacar esto adelante.

—Por curiosidad —le digo—, si la Cámara Interna decide que debo ir a Génesis, ¿podría... negarme?

—Estás en peligro. Esa es ya razón suficiente para que vayas. La escuela puede protegerte de cualquier secuestrador.

Eso puede ser cierto, pero no responde a mi pregunta.

—¿Tienen las Familias alguna idea de quién me secuestró?

Me alejo rodando del cuerpo de Kor. Ahora no es el momento de ponerme sentimental. Izzy dice que lo hace a propósito, porque necesita que todos estén enamorados de él. Que se obsesionen con él. Nació para ser adorado.

—Llevamos investigándolo sin parar desde ayer —dice.

El suelo del museo está frío y duro debajo de mi cuerpo. Kor y yo ya no nos tocamos, pero nuestras caras están lo suficientemente cerca para que, incluso en la penumbra, pueda ver la pequeña cicatriz que atraviesa su labio superior. Una cicatriz que la revista *Rolling Stone* describió como «la herida que todo el mundo quiere

besar» (no he dejado de burlarme de él por ello y no pienso dejar de hacerlo). Me doy la vuelta y miro hacia el oscuro techo del museo.

—Michael dice que se han producido más secuestros además del mío.

—Sí, hemos confirmado que es verdad. Ahora mismo nuestra principal sospechosa es Nora Montaigne.

—¿La CEO de Ozymandias Tech? —pregunto incorporándome. Kor asiente.

La billonaria francesa siempre sale en las noticias por haber diseñado jets privados de energía limpia, por los que hacen cola ricos y famosos. Por no mencionar que es la CEO de la compañía que acaba de comprar la aplicación de Izzy. Pero es descabellado pensar que Nora Montaigne esté involucrada en esto. A pesar de la ambigüedad ética de ser multimillonaria, su imagen pública es en general bastante positiva, respetuosa con el medio ambiente, filantrópica.

—¿Cómo podría estar conectada con los secuestros?

Kor permanece tumbado, hablando hacia el techo.

—Ozymandias Tech ha estado realizando experimentos genéticos que se beneficiarían del conocimiento de habilidades como las tuyas —explica—. Desde hace mucho tiempo, las Familias sospechan que Montaigne está al tanto de los exiliados. Las Familias perdieron una serie de subastas de objetos, supuestas reliquias de los exiliados, frente a empresas fantasma que nos condujeron hasta ella.

—Izzy trabaja en su compañía ahora. ¿Puede ayudar a averiguar algo más?

Ya de paso, tal vez ahora Kor pueda decirme por qué no está aquí. Mi reacción hace que se reincorpore, pero no me mira a los ojos.

—Izzy no va a ayudarnos con nada.

Siento frío por todas partes.

—¿Qué quieres decir?

—Ha dejado a las Familias, Ada —dice mientras pone una mano sobre mi pierna. Las palpitaciones de mi cabeza vuelven con fuerza.

—Yo... ¿Acaso es algo que se pueda hacer?

Él se encoge de hombros.

—Pero ¿por qué?

—Ella dijo que quería salir y no ha hablado conmigo desde entonces. Por eso la Cámara Interna duda en confiar en ti después de una reciente traición. Especialmente, porque tú e Izzy sois íntimas.

¿Por qué Izzy haría algo así? ¿Y por qué no nos lo explicaría a Kor y a mí? Saco mi teléfono y vuelvo a mirar su último mensaje.

> Por favor, no vayas a Italia. Vi algo que no debería haber visto y... ahora tengo un mal presentimiento sobre tu viaje.

Habla de algo que se suponía que no debería ver, ¿podría haber ocurrido en Oz Tech? ¿Se enteró de que estaban secuestrando a los sire y por eso no quería que fuera a Italia? Tiene sentido. ¿Son peligrosas las personas con quienes trabaja?

—Espero que esté bien —digo.

—Roman sí que se ha puesto en contacto con ella y dice que está bien.

Estoy muy confundida. Necesito a Izzy. Francamente, no tengo muchos amigos de confianza... Quiero decir, el hecho de pertenecer a una familia que forma parte de una extraña sociedad secreta dificulta conectar con gente de fuera.

—No te preocupes —dice Kor—. Ella hizo un montón de dinero con la venta de su aplicación y ahora solo quiere centrarse en otras cosas. Se ha ido distanciado desde que fue a la universidad. Esto no es una gran sorpresa.

No, no explica por qué me haría *ghosting*. O por qué seguiría trabajando en una compañía que cree que está dañando a personas.

—Venga —dice Kor pateando ligeramente mi pie con el suyo—, deberíamos estar celebrándolo.

Tan pronto como me meto el teléfono en el bolsillo, me agarra de las manos y me levanta, tirando de mí para ponerme de pie.

—Claro, porque vas a aprender a usar tus habilidades.

«Mis habilidades».

Es tan desconcertante pensar en ellas como algo positivo que pueda entrenarse y emplearse para hacer el bien. Además de la curación fácil y de mi talento con las plantas, rara vez me he sentido diferente del resto. Por el miedo de mis padres, me he acostumbrado a ocultar cualquiera de mis singularidades a lo largo de los años. Y casi siempre ha funcionado. Es bastante fácil convertirte en otra persona cuando tu yo verdadero asusta a la gente que quieres.

Pero en los últimos meses, todo se había vuelto más difícil de ignorar. El estrés de las solicitudes universitarias me calentaba las manos, me producía un hormigueo constante, y mantenerlo a raya me estaba tomando demasiada energía emocional. Sabía por experiencia que hablar de ello con mamá no era una opción. Al final confié en Kor y en Izzy, pensando que tal vez encontrarían el libro que había visto yo tantos años atrás, en los archivos, para ayudarme a entenderme mejor. Todavía no he superado el *shock* de lo que siguió. Kor se puso eufórico y enseguida me convenció de que debía informar de mis poderes a las Familias y ser iniciada. Cuando le pregunté a mi madre por qué no me había dicho antes que las Familias necesitaban a alguien como yo, se escudó en que no se había dado cuenta de que era la misma enfermedad que habían estado investigando. Pero, tan pronto como se barajó la opción de

meterme en ese instituto, aceptó, como si no pudiera lidiar con el problema de «¿Qué va a hacer Ada con su vida?».

Kor está igual de entusiasmado ahora que el primer día en el que le hablé de mis habilidades.

—¿Te haces una idea de lo que eres capaz de lograr? —dice mientras sujeta mis manos con fuerza.

No. No tengo ni idea.

—Si nuestra investigación es correcta, habilidades como las tuyas podrían cambiar el paradigma de la medicina moderna. Y Prometeo ha dado a entender que existe una manera de compartir esas habilidades con quienes no son sire. Puedes ayudarnos a encontrar el camino. Vas a ayudar a cambiar el mundo.

Siempre he sabido que Kor cambiaría el mundo. Ahora cree que yo también.

—Aprenderás directamente de los descendientes de los maestros con mayor talento. Esta es la oportunidad de tu vida. ¡Una de entre cientos!

Es verdad. Y parece ser algo demasiado grande para creerlo, especialmente porque es obvio que quien debería tener esta oportunidad es Kor, no yo. Él encajaría perfectamente en Génesis. Parece un error cósmico del destino, las habilidades concedidas a la peor persona. Él tiene el talento y el valor para usar los poderes correctamente, a diferencia de mí.

—Me doy cuenta de que todavía no lo entiendes —expresa con los ojos avellanados y brillantes de la emoción—. Pero te enseñaré los archivos. Una vez que veas los pergaminos, las pinturas y las innovaciones que creemos que tienen estos Hacedores... —dice extendiendo los brazos y señalando de pared a pared donde están los tapices—. ¡Como estos unicornios!

—¿Qué pasa con ellos?

—Eran reales.

—Oh, vamos. No, no lo eran —me burlo. Pero no hay rastro de humor en su rostro.

—La información transmitida a través de las Familias apunta a que eran reales, a que eran experimentos.

—¿Qué significa eso?

—Ya fueran motivados por los mitos de las generaciones anteriores o para aplicaciones militares, los unicornios son un ejemplo del tipo de ciencia que practicaban los exiliados y considerada herética, lo que los condujo a la expulsión. Ellos criaron con éxito estas magníficas criaturas y ahora el mundo piensa que nunca existieron.

Miro fijamente los tapices, hermosos pero espeluznantes en la penumbra del oscuro museo. Ilustran la caza de un unicornio y su matanza. Pero el último tapiz muestra al unicornio vivo y domesticado en cautividad. Pienso en todo lo que Michael me dijo, pero continúa siendo demasiado inverosímil como para que sea posible.

Formar parte de la orden tiene infinitas ventajas. Todos los miembros utilizan sus conexiones para ascender a puestos de poder e influir en el cambio global. A menudo he asumido que esa es la verdadera razón por la que la mayoría de los miembros permanecen involucrados y no que crean en todas esas historias fantásticas y sus maravillosas y míticas vidas. Pero está claro que Kor realmente sí.

—Mira cómo los tapices narran la historia de los exiliados —dice él. Se acerca por detrás, posa sus manos en mis hombros y me hace girar lentamente para hacerme ver por orden las siete escenas ilustradas—. Los unicornios fueron cazados como los exiliados —añade señalando el tapiz que representa la caza—, después fueron erradicados —sentencia apuntando la ilustración de los cazadores

con el unicornio muerto—. Pero en realidad no acabaron del todo con ellos. —Miramos juntos el más famoso de los tapices, en el que aparece un unicornio con un collar y cercado por una valla—. Siguen vivos en alguna parte, en cautividad.

Estoy empezando a creerlo. Quiero que sea cierto.

—Vamos a ser nosotros quienes los liberen, Ada. Reuniremos las dos sociedades y con ello daremos comienzo al próximo Renacimiento.

En la teoría, suena muy bien.

—Pero ¿y si no se quieren reunir? Parecen decididos a permanecer ocultos.

—Si eso es lo que quieren, ya no importará una vez que te tengamos ahí dentro. Ellos no nos ocultarán sus conocimientos y tú podrás compartir con nosotros lo que encuentres, lo sepan o no.

Su cálido aliento en mi cuello me da escalofríos mientras dejo que sus palabras me calen hondo. La Cámara Interior me insistió mucho en aprender de los exiliados, en averiguar lo que han estado haciendo y en qué tipo de cosas saben. Pero Kor está claramente diciendo que debo ir más allá. Me está pidiendo que les robe.

—No me dijo la Cámara Interna que ese fuera mi trabajo.

Kor me voltea hacia él y sus brillantes ojos con motas de azul, amarillo y gris están llenos de pasión.

—No todos lo saben —me explica—. Infiltrarte en Génesis será lo más importante que las Familias hayan logrado jamás. Recibirás instrucciones directas del Gran Maestro en persona y te darán detalles reservados para el escalón más alto de la Cámara Interna.

—¿Estás hablando del Oculus?

El Oculus es el círculo interno más exclusivo de la orden. Su base se encuentra en algún lugar de Europa, y no estoy segura de que la institución siga en pie, ya que nunca he conocido nadie de un rango

lo suficientemente alto como para confirmarlo. A pesar de saber lo mucho que Kor había escalado en las Familias, no se me habría ocurrido pensar en que Kor hubiera ascendido tanto como para alcanzar puestos de ese nivel.

—Sí —confirma—. Mientras que el resto de las Familias se han centrado en la memoria de los exiliados y en aplicar sus ideas a la sociedad moderna, el Oculus siempre ha buscado la localización física de los exiliados para trabajar por la reunificación.

—¿Cómo sabes todo esto? ¿De qué manera te has visto involucrado?

Se saca una fina cadena de debajo de la camisa, jugueteando distraído con ella. Le cuelga una cruz plateada entrelazada con una parra dorada. El emblema de las Familias. El colgante había pertenecido a Aragon, el padre de Kor, antes de morir.

—Mi padre era miembro del Oculus.

Eso tiene sentido. Sé que Aragon había ocupado un muy alto rango en las Familias, y que Kor siempre se ha estado esforzando por seguir sus pasos. Aunque no puedo evitar que me duela que Kor me lo haya estado ocultando durante tanto tiempo. Quizá no deba culparlo, ya que hace poco que le hablé de mis habilidades. Todos tenemos nuestros secretos. Kor vuelve al grano:

—Para el resto de las Familias, tu misión será estrictamente reconocer el terreno. Pero, en realidad, esperamos contar contigo para asuntos más prácticos.

Por supuesto, no me han consultado nada de esto. ¿Acaso quiero ir a Génesis si tengo que mentirles y robarles?

Kor, como siempre, puede leer mi mente. Me aprieta los hombros.

—Ada, la humanidad tiene un potencial increíble, desconocido y enterrado en nuestra genética, sin explotar ni entrenar. Sin embargo, estamos viviendo a oscuras —dice con un destello de ira en los ojos

—. No entiendo por qué los exiliados han sido tan egoístas hasta ahora. De verdad que no lo entiendo, con las habilidades de los sire y su ciencia médica... Nosotros seguimos siendo esclavos de los virus y las enfermedades, pero ellos no. Hay tanto sufrimiento que podría mitigarse.

Le pregunté a Michael por qué los Hacedores no habían compartido sus conocimientos médicos y su respuesta fue vaga. Si tienen la información que las Familias afirman, entonces sé que Kor tiene razón.

Kor se sorbe la nariz y se la palpa. Me suelta los hombros y se pasa los dedos por debajo de la nariz. Salen manchas de sangre. Se queja con fastidio mientras saca pañuelos de su bolsillo y echa la cabeza hacia atrás para contener el torrente.

—¿Te sigue sangrando a veces? —Me había dicho que ya no le sangraba la nariz.

—Ha vuelto a hacerlo desde hace unas semanas —me explica con la voz ahogada al taponarse la nariz—. El doctor Ambrose me dijo que es normal con todo el estrés por planificar la gala benéfica y estudiar para los exámenes parciales. Por ese motivo pospusimos la gira de presentación del álbum.

Kor es el tipo de hombre que trabaja hasta caer enfermo y entonces, cuando algo cae por su propio peso, él deja de priorizar su carrera para darlo todo a la caridad y a su compromiso con las Familias. Mientras tanto, aquí estoy yo lloriqueando por no estar segura de poder ofrecer lo mínimo. Kor se limpia la última gota de sangre y su mirada sigue brillando con determinación.

—Ada, las Familias han pasado siglos tratando de vivir de acuerdo con los valores de los maestros, pero eso ya no es suficiente. Ahora que sabemos lo que sabemos nuestra obligación es utilizar todo ese conocimiento para ayudar al resto del mundo, aunque los

descendientes de los maestros no quieran. Y tú eres la clave. Esta es tu oportunidad para salir de tu zona de confort.

Mi zona de confort, que está a buen recaudo en su sombra. Kor siempre me ha pedido ayuda y consejo. Consejos sobre su arte y sus canciones, el apoyo entre bastidores durante sus giras y antes de las entrevistas. A veces, cuando me siento mal por mi mediocridad, esto me consuela. Me digo que estoy dejando huella al formar parte del viaje de Kor.

Y ahora me dice que puedo tener el mío.

Quiero ser digna de la misión de nuestra orden, ser capaz de probar que los escépticos de la Cámara se equivocan.

El problema es que quien más duda soy yo.

5

Duermo durante toda la mañana y una parte de la tarde siguiente. Me sienta tan bien despertarme en mi propia cama... Desde la escuela primaria, cuando mis padres se separaron, mi madre y yo hemos vivido con mi abuelo en su vieja mansión del Bronx. Si alguna vez pudo tener algún lujo, se desvaneció hace mucho tiempo, pero me encanta estar aquí.

Estoy tan agradecida de volver a casa que casi se me olvida que estoy a punto de dejarlo todo atrás, que los unicornios quizá existan o que posiblemente una secuestradora multimillonaria me persiga.

Avanzo grogui por los pasillos empapelados en busca de cafeína, pero me detengo al pasar por la habitación de mi madre y oigo que levanta la voz. Nunca pierde la calma, a menos de que esté hablando con mi padre. Pero si él tuviera la línea telefónica operativa, ya me habría llamado.

Tras el divorcio, mi padre tuvo una especie de crisis de la mediana edad y recorrió como mochilero todo el mundo. Suele trabajar en granjas de permacultura en medio de la nada sin servicio telefónico. O al menos eso es lo que creo. Estoy bastante segura de que está actualmente en Centroamérica. La última vez que supe de él fue en otoño, justo antes del Año Nuevo judío. La llamada duró apenas diez segundos, todavía alcanzo a recordarla:

—Hola, papá.

—Hola, hijita. Solo llamaba para desearte un feliz shana tova.

—Gracias, igualmente.

Pausa incómoda.

—Quizá esté sin cobertura más tiempo de lo habitual a partir de la próxima semana.

—De acuerdo.

—Pero iré a verte en cuanto pueda.

—Eso estaría bien.

—Adiós, hijita, te quiero.

—Yo también te quiero, papá, y te echo de...

«Clic».

Teníamos tanto que decirnos cuando era más joven, pero ahora es como hablar con un extraño. Eso si hablamos. Su previsión de que estaría más tiempo fuera ha demostrado ser un acierto.

Mi madre vuelve a alzar la voz:

—¿Al menos, no podrían probar primero el tratamiento estándar aunque sea improbable que cambie el pronóstico?

Eso no suena bien. Me acerco a hurtadillas a la puerta para escuchar mejor.

He visto cómo las ojeras de mamá han aumentado en los últimos meses (tanto como lo permite el bótox) y he oído sus conversaciones en voz baja con el doctor Ambrose. Si me dieran un dólar por cada vez que la he pillado con el abuelo y los dos se han callado de golpe... No soy idiota, sé que el abuelo está enfermo, y sé que debe ser algo serio. Ha perdido un montón de peso en los últimos meses y apenas come. Pero nunca había oído palabras aterradoras como «tratamiento» y «pronóstico» hasta ahora. Ojalá me dijeran lo que está pasando en lugar de ocultármelo todo, como de costumbre.

Mi madre levanta la voz y exclama:

—¡No, no puedes analizar la sangre de Ada! ¡No la metas en esto!

¿Cómo? ¿El abuelo necesita una transfusión de sangre o un donante?

¿Por qué no les dejaría analizar mi sangre? Con gusto daría mi sangre para ayudarlo. Trato de oír más, pero mamá se ha calmado y solo distingo murmullos entrecortados, algo sobre los trasplantes de células madre y luego la palabra de dos sílabas que más me temía: cáncer.

Parpadeo para no llorar, apretando tanto los puños que las uñas se me clavan dolorosamente en las palmas. Sabía que el abuelo no se encontraba bien, pero me habían asegurado que era algo típico de la gente mayor. Nada grave.

Los pasos de mamá se hacen más fuertes y me escabullo antes de que me pille. De inmediato, me dirijo hacia la terraza acristalada, donde sé que encontraré al abuelo. Le gusta que le haga compañía; dice que les gusto a sus plantas y que crecen mejor cuando estoy cerca.

La terraza acristalada es luminosa y entra la luz del sol de la tarde. El aire es fresco y respiro el olor de los recuerdos creados en esta habitación. Desarrollé mi interés por las plantas gracias a mi abuelo: trasplantando plantas de áloe vera, intentando cuidar orquídeas, podando el rosal favorito de mi abuela...

El abuelo está sentado leyendo el periódico en su sillón favorito, por el que trepan las enredaderas por la tapicería. Hace unos meses, si hubiera entrado en este momento, lo habría encontrado con la muñeca hundida en la tierra. Sin duda parece enfermo. Peor que antes de irme de viaje.

—Buenos días, mi reina —dice cuando me ve acercarme.

—Hola, abuelo.

Le beso la mejilla y me siento a su lado en un taburete. Agarro su mano curtida. Sus huesos son tan ligeros. Sus ojos centellean y su

piel se arruga cuando sonríe. Está más delgado, más demacrado, menos vibrante. Parece estar... marchitándose.

—Algo te preocupa.

—Solo tu salud, abuelo.

—¿Mi salud? No te preocupes por mí, simplemente tengo la edad que tengo.

¿Qué se supone que debería contestar a eso? ¿Preguntarle si se está muriendo?

—Tu madre me ha comentado que puede que vayas a la universidad antes de lo previsto. ¿Estás contenta?

Después de lo que acabo de descubrir, es difícil que me importe Génesis o cualquier otra cosa relacionada con las Familias.

—No estoy segura —le digo.

—¿Por qué no?

—No sé si estoy hecha para eso.

—Tonterías. ¿No eres mi nieta? —pregunta dándome un golpecito en la nariz—. En esta familia sabemos llegar hasta la cima y convertirnos en lo que estemos destinados a ser.

A pesar de que los demás no hayan creído en mí y me haya acostumbrado a ello, el abuelo siempre ha tenido una confianza inquebrantable en mí. Sonrío débilmente, no quiero decepcionarlo con mi baja autoestima.

—Tu madre también era insegura a tu edad —dice el abuelo.

—¿En serio? —pregunto, ya que esa sería la última palabra que usaría para describir a mi tan centrada madre.

—Oh, sí, ella lo pasó fatal durante meses antes de decidirse por ir a una escuela de negocios.

—¿Cómo se decidió?

Él se ríe entre dientes.

—Creo que eligió lo contrario a lo que tu abuela o yo hubiéramos hecho nunca.

No sé si está bromeando. Estamos conectados con la orden a través del linaje de mi abuela, para quien fue muy importante que su hija fuera un miembro activo de la Cámara Interior. Pero siempre había tenido la impresión de que eso era lo que mi madre quería también.

Si me pongo empática, me siento mal porque mamá tenga que vivir con unas exigencias aún más altas que las mías. Nunca conocí bien a mi abuela, ya que murió muy poco después de que yo naciera, pero fue una experta asesora política de las Naciones Unidas y también tocó para la Filarmónica de Nueva York de adolescente. Y el abuelo tiene un doctorado y fue un epidemiólogo de renombre mundial hasta que se retiró. Al parecer, viajó mucho por trabajo, así que no pudo participar en todas las actividades de las Familias que dominaban la vida de mi madre, y los dos nunca estuvieron tan unidos como lo está conmigo.

Es bueno saber que mamá no siempre lo ha tenido todo tan claro. Tal vez su cara más rebelde fue la que la llevó a casarse con un músico como mi padre.

—Ven, lee conmigo —dice el abuelo.

Leer con el abuelo es un ritual diario. Mi padre solía tocar música cada noche hasta que me dormía, y cuando se fue no pude pegar ojo durante una semana. El abuelo empezó a leerme. Cada noche, hasta que empecé a leerle yo a él. Echo mucho de menos a mi padre, pero nunca me ha dolido demasiado porque el abuelo siempre ha estado ahí en su lugar. Pero ahora podría perderlo a él también.

Si el abuelo ve que se me llenan los ojos de lágrimas, no lo admite.

Se limita a pasarme el periódico.

El abuelo está suscrito al menos a diez periódicos locales y extranjeros y los lee todos. Dice que es importante estar al tanto de lo que pasa en el mundo. Por lo general, eso significa saber lo mal que están las cosas y lo incapaz que soy yo de cambiar algo, así que prefiero ignorarlo todo.

Como era de esperar, los titulares son desalentadores. El aumento de mortalidad de personas sin hogar durante los meses de invierno, los refugiados que mueren por una pandemia o un famoso científico desaparecido y dado por muerto.

Mientras leo, los párpados del abuelo se van cerrando y pronto se queda dormido. Al menos parece cómodo. Me seco las mejillas con la manga, mientras veo cómo mis lágrimas han manchado el papel del periódico.

Odio sentirme indefensa.

Sal, el ama de llaves del abuelo que es ya básicamente parte de la familia, viene con un paquete en la mano. Dejo el periódico y me levanto para darle un abrazo.

—Bienvenida de nuevo —susurra para no despertar al abuelo.

—Hola, Sal.

La abrazo y respiro su particular aroma a lavanda y a jazmín.

—Acaba de llegar esto para ti por correo.

Me pone el paquete en las manos. Está envuelto en un grueso papel marrón y en letra de imprenta dice: «SOLICITUD AL INSTITUTO GÉNESIS».

Al cogerlo, mi corazón se acelera.

Tal vez ya no deba seguir desprotegida.

Michael me dijo que tengo habilidades curativas. Los Hacedores han avanzado eones en medicina. ¿Podrían sus conocimientos ayudar al abuelo?

Cuando Kor dijo que emplearíamos los conocimientos de los Hacedores para ayudar a nuestro mundo, eso había sido inspirador, pero puramente teórico.

Esto es personal.

Cuando Sal abandona la estancia y veo cómo el abuelo sigue durmiendo, abro el paquete con las manos temblorosas.

Dentro hay un cubo. Es del mismo tamaño que la caja de música que mi padre me regaló de niña y que descansa en mi mesilla desde entonces. La caja de música resulta ser una comparación acertada porque, al girar el cubo entre mis manos, suena una amalgama de tonos musicales. Cada una de sus paredes es de un material diferente. Una cara es tan transparente como el cristal, otra es de madera, otra de resina ambarina, otra de arcilla parecida a la de la paloma de Michael, otra de algún tipo de metal, y la última es de seda.

Al pulsar una pared, cada una toca una nota musical distinta. Agito la caja, pero no se oye nada desde dentro. La pongo a contraluz e intento mirar a través de la pared de cristal, pero no veo nada. Creo que es un puzle.

Por supuesto, una simple solicitud sería demasiado pedir por parte de una misteriosa escuela. Sencilla, como las de las universidades estatales que ocupan espacio en el primer cajón de mi escritorio.

Levanto el cubo, lo sacudo y presiono cada lado, creando una melodía a partir de los diferentes sonidos. ¿Quizá hay un código musical que tocar para desbloquearlo? Nada de lo que intento funciona. Ni siquiera sé si abrir la caja es el objetivo.

Estoy harta de que todo el mundo sea tan críptico. Me invaden las ganas de simplemente echarla por la ventana y ver qué pasa cuando se estrelle contra el pavimento, pero me contengo.

Utilizo un bolígrafo e intento encajar la punta entre las paredes del cubo, pero no cabe. Miro por la habitación en busca de otra cosa para probar. La vieja máquina de coser Singer de mi abuela está en un rincón, no es más que un adorno. Me acerco a ella y rebusco en sus cajones. Hay carretes de hilo, dedales e innumerables botones sueltos. Allí, en la esquina, encuentro lo que busco: un alfiletero empalado con múltiples alfileres y agujas.

Me siento cerca de la ventanilla con una aguja de coser e intento clavarla por el lado sedoso del cubo, que emite una nota fuerte y discordante hasta que lo suelto, pero el tejido es sorprendentemente fuerte. Introduzco la aguja por una arista de las paredes de la caja, insertando la punta un centímetro, pero se niega a moverse. En un intento de hacer palanca para separar dos caras del cubo, presiono la aguja con fuerza, pero salta y se me clava en el pulgar.

«Auch».

Qué tontería. Un puntito de sangre brota del pinchazo y gotea sobre la madera de la caja. Trato de limpiarlo al instante, pero la cara de madera se abre.

¿Mi sangre acaba de abrir la caja?

No estoy segura de que importe teniendo en cuenta que, aparentemente, la caja está vacía.

Miro en el interior, examinando los reversos de las seis paredes diferentes. No hay nada. Intento tocar las notas musicales, pero ahora que la caja está abierta, no funcionan. La frustración hierve en mí. Si hay una prueba más, me echaré a gritar.

Mi rabieta se interrumpe con el zumbido de mi teléfono y mi cólera se calma, sustituida por inquietud cuando veo que se trata de un correo electrónico de la oficina de admisiones del Instituto Génesis. Lo abro y veo en la parte superior el logotipo de una figura andrógina, sin duda basada en el *Hombre de Vitruvio*, el dibujo de

Da Vinci de un cuerpo humano superpuesto a otro: cuatro brazos, y cuatro piernas perfectamente proporcionados. El correo electrónico dice así:

> Estimada Ada Castle:
>
> Nos complace notificarle su admisión en el Instituto Génesis. La matrícula, el alojamiento y la manutención se incluirán como parte de una beca completa durante su formación académica. Esperamos con impaciencia su respuesta.
>
> Atentamente,
>
> Maestro Michelangelo Loew, Enlace con la Comunidad

Me meto en su página web. En ella aparece en grande «INSTITUTO GÉNESIS: PARA ALUMNOS SUPERDOTADOS», con el mismo logotipo. El sitio tiene un aspecto normal, como cualquier otro colegio privado. Pero yo sé que no es así.

Por un instante me planteo borrar el correo y esconder el cubo en el fondo de la papelera. Nadie tiene por qué saber que me han admitido. Podría ir arriba ahora mismo y rellenar las otras solicitudes para la universidad. Un inútil grado de artes liberales y una vida de deuda estudiantil todavía podrían ser mías.

Y no tendría que pensar en robarle nada a nadie.

El recuerdo de cómo me sentí cuando vi las estatuas de los prisioneros de Michelangelo se apodera de mí. Miro el periódico sobre la mesita, los titulares llenos de calamidades. Observo cómo el pecho del abuelo sube y baja de manera constante, sabiendo que su salud empeora día tras día.

O podría decidir dejar de estar desprotegida.

Un hormigueo de calor punza las cicatrices de mis palmas y esta vez no lo reprimo.

6

Tres días más tarde, estoy deambulando por una de las galerías de arte contemporáneo de las Familias a la espera de que me lleven hasta Génesis. He pasado una mañana agotadora en las oficinas de arriba recibiendo instrucciones de los miembros de las Familias, quienes me trataban como a un niño al que no se le debía confiar ninguna información. Como si pudieran lograr esto sin mí.

También he estado despierta media noche con Kor, quien me ha dado un conjunto de instrucciones aparte del Oculus.

Todavía me estremece que el Oculus sepa siquiera que existe alguien como yo. Yo pensé que trabajaban con gente más como... No sé, el papa y la CIA. Pero, al parecer, también trabajan con Kor, y, por extensión, con su amiga.

Además de aprender sobre los Hacedores, quieren que les encuentre cómo acceder a la escuela. También creen que existe alguna forma de ritual o dispositivo que otorga a los que no son sire la capacidad de crear y utilizar ha'i. Debo confirmar si existe y reunir la información necesaria para robarlo.

Porque su servidora también es ahora una ladrona, supongo.

Me detengo ante un cuadro de un ángel que está volando. Las pinceladas capturan el movimiento de sus alas extendidas, y la imposibilidad de su belleza vívida y etérea. Ya me lo conozco bien, es de Kor, uno de los más antiguos. El mundo del arte reconoció el talento de Kor hace años, pero ahora, con su fama musical, el valor de su obra se ha disparado.

Recuerdo el momento en el que Kor terminó este cuadro. Lo miró con nostalgia, luego se cuestionó a viva voz si su chica perfecta era demasiado perfecta para este mundo. Eso fue cuando todavía esperaba que se diera cuenta de que yo era su chica perfecta. Incluso años más tarde, con ese vago deseo persiguiéndome, no puedo olvidar la angustia que sentí al saber que jamás sería lo suficiente para él.

Definitivamente, no soy un ángel.

El familiar taconeo y el sutil aroma a bergamota y a azahar hacen que me gire con una agradable sorpresa.

—¿Pensabas que no vendría a despedirme? —pregunta mi madre.

—Nos despedimos anoche.

Mamá había pedido una ridícula mezcla de mis tres lugares favoritos de comida para llevar y habíamos cenado con el abuelo, Sal y Kor. Había sido muy agradable, aunque no fue lo mismo sin Izzy.

—Dame un voto de confianza —dice cuando me abraza—. Ya te echo de menos.

Yo también ya la echo de menos. Echo de menos la relación que solíamos tener en comparación a lo ocupada y distante que se ha vuelto. Siempre ha sido una adicta al trabajo, pero estos últimos meses ha pasado al siguiente nivel.

—Sabes que lo único que quiero es lo mejor para ti, ¿verdad?

—Claro, mamá —digo mirando su sedosa americana de color champán, que permanecerá impoluta al final del día. Me besa en la cabeza—. Ada, lo digo en serio. Nunca habría permitido que te enviaran a esa escuela solo para ser su chica de los recados. Solo te dejo ir porque considero que te irá bien aprender de esa gente.

Pongo los ojos en blanco. Te dejo ir. Quizá podría confiar más en mí para que tome mis propias decisiones, en vez de intentar microgestionarlo todo. Sé que intenta ser amable, pero sus palabras

son un alivio para mí. Podré desarrollar al fin algún talento real, diluyendo su cutre creencia de que jamás lograría nada significativo para las Familias.

Kor dijo que esto es lo más importante que las Familias han hecho y, sin embargo, mi madre solo me ve como su chica de los recados.

Ella pensará que es porque nunca he estado a la altura de sus estándares de excelencia. Es la más perfeccionista; desde su aspecto hasta su ingesta nutricional, pasando por la redacción de sus mensajes de texto. Todo debe ser perfecto, perfecto, perfecto. Todo lo que no sea excepcional es un fracaso.

Para ser justos, nunca me lo ha dicho directamente, pero es claramente la misma exigencia que se inflige, así que asumo que me ve como un barco a la deriva.

Aun así, la estrecho con más fuerza.

Nuestro abrazo se interrumpe con el zumbido de su teléfono, que la avisa de una importante reunión. Con un último beso, se marcha a toda prisa.

Me doy la vuelta para mirar la calle desde la cristalera de la galería. Las aceras rebosan de peatones abrigados y apresurados por afrontar el día. Yo debería ser uno de ellos. La escuela se reanudó a principios de esta semana y resulta extraño no volver a la rutina familiar de exámenes de matemáticas y libros por leer. Me pregunto si me arrepentiré de haberme perdido la graduación.

Esperaba un vehículo, así que Michael me pilla por sorpresa al otro lado del cristal, de pie, con el pelo alborotado por el viento. Abro la puerta de un empujón.

—Hola —me dice con su sonrisa de hoyuelo a hoyuelo.

Si se pregunta por qué le he pedido que se reúna conmigo en una galería en lugar de en mi casa, no lo menciona. Todas nuestras interacciones están siendo observadas a través de cámaras de

seguridad para que el resto de la Cámara Interna lo analice todo de Michael.

—¿Lista para salir? —pregunta con misterio.

—De ninguna manera —respondo mientras contradigo mis palabras y salgo a la fresca mañana, enrollándome la bufanda alrededor de la cara para protegerme del viento cortante.

Un mensajero me recogió ayer el equipaje. Kor sospecha que querían analizar lo que me llevaba, así que hoy solo cargo con mi mochila. Mi móvil está escondido dentro de una caja de tampones. No me dijeron explícitamente que no lo llevara, aunque me dejaron claro que no habría cobertura, pero sigue pareciéndome una mercancía ilegal. El teléfono por satélite, escondido junto a mi móvil, es definitivamente una mercancía ilegal. Uno de los expertos en tecnología de las Familias había volado desde Bélgica para dármelo y enseñarme a usarlo.

Pensé que conocer a un experto en tecnología significaría conseguir todo tipo de artilugios de espía, pero no. Solo un teléfono por satélite que me han dicho que jamás use. Se ve que les preocupa que no sea seguro y que la señal pueda ser interceptada, pero quieren que tenga una vía de escape para contactarles en caso de emergencia. Cuando le pregunté acerca de las cámaras espía y dispositivos de grabación, el técnico me dijo que la cámara de mi teléfono sería más que suficiente. Cuando le pregunté acerca de las gafas de visión nocturna, me preguntó por qué necesitaría ver en la oscuridad en lugar de pulsar el interruptor de la luz. Qué falta de imaginación.

—Me alegro mucho de que todo esto haya salido bien y de que tu familia lo haya aprobado —dice Michael mientras nos dirigimos hacia el oeste, sorteando una montaña de bolsas de basura.

—¿Hacerles creer que he conseguido una beca completa en un colegio privado de élite? Fue fácil —digo sin mirarle a los ojos mientras se me escapa la primera de muchas mentiras—. La página web y las llamadas telefónicas fueron muy convincentes.

—Sí, tenemos una oficina provincial que se encarga de las tapaderas —añade Michael antes de detenerse en la esquina, esperando obedientemente la señal de paso a pesar de que no hay tráfico en sentido contrario. Intento reprimir mi instinto neoyorquino de ir deprisa.

—¿Hay muchos? Me refiero a reclutas que necesiten tapadera.

—No muchos en los últimos años. Fingir muertes es nuestro método más común.

Bueno, eso es morboso. La señal se pone en verde y seguimos caminando.

—No se alienta a los reclutas a mantener vínculos con el mundo provincial, por lo que la muerte suele ser la solución más sencilla.

—Pero ¿se me permitirá volver de visita? —pregunto mientras mi corazón se estremece con la necesidad de esa garantía.

—Como eres joven y estás en peligro, se hará una excepción contigo.

No sé hacia dónde esperaba que me llevara, probablemente a un aeropuerto, pero no esperaba bajar al metro. Y, sin embargo, aquí estamos, en el abarrotado andén de la línea 6, que va hacia el centro. Aquí el clima es mucho más cálido que afuera y con la ropa de invierno me estoy sofocando. Me siento como si me hubieran metido en un microondas: partes mías demasiado calientes y partes mías que todavía continúan descongelándose del frío. No echaré de menos la especial temperatura de los andenes del metro mientras esté fuera.

—Qué sistema tan terriblemente ineficaz —dice Michael con voz molesta mientras mira a su alrededor.

No me gusta que nadie, por muy adorable que sea su pelo al viento, menosprecie mi ciudad.

—Este sistema ineficaz transporta a millones de personas cada día —respondo secamente.

Su sonrisa se ensancha, pero cuando se da cuenta de que no le sonrío, su mirada se vuelve pensativa.

—Tienes razón. Es asombroso e ineficaz a la vez.

El metro llega y está lleno, pero nos las arreglamos para pillar dos asientos en los que sentarnos. En las paredes del vagón, hay una serie de anuncios con brillantes letras rojas de «RIGHTEOUS», el nuevo *single* de Korach Chevalier, con su cara mirando a los viajeros con romántica tristeza. Uno pensaría que ya estoy acostumbrada, pero no es así.

Cuando nos alejamos de la estación, el vaivén del vagón y la presión de los cuerpos me empujan contra Michael. Con cada golpe de nuestros muslos y el choque de nuestros hombros, cada vez me gusta más este ineficiente medio de transporte. Puedo tener muchas reservas sobre el tipo, pero no dejará de ser atractivo.

—¿Cómo tienes las manos? —me pregunta Michael en un momento dado.

—Bien. Con una cicatriz. Nunca había tenido una antes.

—Tu ha'i es energía creativa. La antimateria es lo contrario —susurra a pesar de que a los demás pasajeros les da igual—. Es la única sustancia existente que contrarresta el ha'i, y puede causar lesiones que las habilidades sire no pueden curar. Nuestros laboratorios están analizando los guantes. Seguro que los Inquisidores han logrado hacer avances tecnológicos con los años.

Es una información útil. Había descrito los guantes a las Familias durante mi interrogatorio, pero nadie parecía haber oído hablar de la antimateria. Definitivamente, parece el tipo de cosa a las que Ozymandias Tech tendría acceso, sin embargo, cuanto más pienso en el mensaje de Izzy, más sentido tiene que Oz Tech esté detrás de los secuestros.

Viajamos en metro hasta el centro y el vagón se vacía poco a poco. Una vez que ya no necesitamos estar tan apretados, Michael se desplaza ligeramente para que ya no nos toquemos. De repente, el viaje es mucho más aburrido.

—Entonces, ¿a dónde vamos? —pregunto finalmente. Hay toda una orden histórica esperando esta respuesta.

—Tenemos que coger un tren —dice Michael—, pero la entrada a su estación es un poco... de difícil acceso.

¿Dónde podríamos tomar la línea 6 para coger un tren? Ya hemos pasado la parada de Grand Central.

—Cuando se construyó la primera línea del metro de Nueva York, los Hacedores diseñaron su propio tren desde la estación del Ayuntamiento —explica Michael—. Por desgracia, en los años cuarenta la estación no cumplía con las necesidades de los nuevos vagones de metro, así que fue abandonada. Tan ineficaz, tan derrochadora —dice meneando la cabeza con pesar y luciendo su sonrisa con hoyuelos. Lo dice con orgullo, el de un niño pequeño que lo intenta, pero fracasa. Pongo los ojos en blanco y me contengo para no volver a atacarle—. Por suerte, todavía tenemos maneras de acceder a la estación: esta es la más sencilla.

Introduce la mano en la parte delantera del abrigo y saca una bolsa de Cheetos.

—Estoy hambriento. ¿Tienes hambre? —dice antes de coger un *snack* de queso naranja brillante de la bolsa, metérselo en la boca y

echar la cabeza hacia atrás con un gemido demasiado sensual—. Disfrútalos mientras puedas. En Génesis no hay delicias ultraprocesadas —añade con nostalgia, tendiéndome la bolsa.

Unos minutos más tarde la bolsa está vacía y estoy intentando lamer el colorante naranja brillante de mis manos. La mayor parte de mis intentos es infructuosa. Miro a Michael y veo que está lamiéndose los dedos con la misma torpeza. Nuestras miradas se encuentran en un momento de pánico y vergüenza compartidos.

—Señoras y señores —dice la educada voz de megafonía—. Esta es la última parada en el centro de la ciudad. La próxima parada será el Puente de Brooklyn / Ayuntamiento en la zona alta —reconozco el aviso de toda una vida viajando en metro, pero esta vez es distinto, la voz continúa—. Señoras y señores, cruzar de convoy a convoy no solo es peligroso, sino también delito excepto en caso de emergencia, o si lo indica un agente de policía o del personal del tren.

Me levanto para salir con los demás, pero Michael niega con la cabeza.

—Pero esta es la última parada —le digo.

—Sí, pero nosotros bajamos a la siguiente —replica mientras los rezagados se dirigen hacia la salida.

—Aléjense de las puertas que se cierran, por favor —se oye.

Me siento incómoda y un poco nerviosa. ¿No vendrá un revisor a echarnos? Al cabo de un momento, el metro se aleja del andén y atraviesa un oscuro túnel.

Pero la oscuridad no dura mucho. La luz entra por una claraboya mientras giramos hacia otra estación. Una hermosa, decorada con elaborados azulejos.

—Vamos —dice Michael enfrente de las puertas automáticas que no se han abierto porque seguimos en movimiento. Está

manipulando su navaja multiuso—. Solo tenemos un momento. Prepárate para saltar.

Las puertas se abren un poco y Michael las separa más tirando de ellas con las manos.

—Voy a mantener esto abierto para ti —dice Michael con sus largos brazos en alto para que me agache debajo—. Pero tienes que saltar rápido. ¿De acuerdo?

Asiento con la cabeza, sin saber muy bien a qué estoy accediendo, teniendo en cuenta que el metro sigue avanzando por la vía. La abertura es lo bastante ancha para que quepa su esbelto cuerpo. Echa un vistazo a mis caderas y otras curvas y abre un poco más la puerta. No hay tiempo para ruborizarse. Al llegar a una curva, el metro frena un poco.

—¡Ahora! —apremia Michael.

Me agarro los tirantes de la mochila y salto de la vía al andén, con el corazón latiéndome tan fuerte que temo por mis otros órganos. Oigo a Michael aterrizar a mi lado y tropiezo con él. Me sostiene mientras me tiemblan las rodillas por la inyección de adrenalina.

El vagón del metro se va chirriando por las vías. Respiro hondo y me aferro a Michael durante un momento más. Luego me suelto y miro a mi alrededor, descubriendo que estamos en una época totalmente distinta. Nunca he estado en una estación de metro tan vacía, tan tranquila. Y permanece perfectamente conservada debajo de Nueva York. ¡Ni siquiera es un secreto!

—Nunca se usó mucho —dice Michael—. Ahora siempre está vacía, salvo por las visitas privadas puntuales. ¿No te parece que tiene mucho carácter? —pregunta, y pienso que así es—. Tenemos que coger el próximo tren, así que iremos por la ruta más rápida. O la que opino que es ¡la ruta de la diversión!

Baja de un salto a las vías y contengo un chillido de sorpresa. Tocar los raíles de un tren resulta casi tan maleducado como mantener contacto visual con un extraño.

—Evita ese —dice Michael señalando hacia el raíl central.

No soy una experta. A continuación, me ayuda a bajar.

Necesito luchar contra todos mis instintos para considerar una acción tan temeraria. Mis únicas referencias con gente que salta a las vías son muy desafortunadas: pérdidas de vidas y, lo que es peor, retrasos en hora punta. En cuanto pasamos bajo el arco del oscuro túnel, levanta lo que parece ser la tapa de una alcantarilla. Miro por el agujero y veo... ¿un poste?

—No lo pienses demasiado, te cogeré en el fondo —dice, y se sienta, cuelga las piernas en el agujero y luego las enrosca alrededor del poste—. Espera unos treinta segundos y me sigues.

Empuja su cuerpo hacia el agujero y la oscuridad lo aspira, su ropa chirría contra el metal. Tan pronto como su cabeza está dentro, la tapa se cierra de golpe con un estruendo que resuena a lo largo del oscuro túnel.

Mi corazón se acelera ante la idea de seguirlo. Pero el terror de estar sola en medio de una vía de metro sin saber cuándo vendrá el próximo a arrollarme es suficiente como para que me siente, mantenga la tapa abierta y envuelva las piernas alrededor del poste. Gracias a Dios que hoy llevo pantalones.

Oh, vaya. Oh, Señor. Oh, *snacks* de queso que podría vomitar.

Allá voy.

El aire corre a mi alrededor mientras chillo, con los dedos ardiendo de agarrar el poste en vez de aflojarlos como debería, pero me agarro con más fuerza. Tengo los ojos cerrados y mi corazón late errático. Y entonces unos brazos cálidos me agarran, me sostienen. Estoy en tierra firme. Se acabó. En realidad, fue divertido.

Todavía podría vomitar *snacks* de queso.

Un par de pasillos y unas cuantas respiraciones tranquilizadoras más tarde, llegamos a otro andén vacío.

—Bienvenida al Atlas —dice Michael señalando el tramo de vía que tenemos delante—. Es un sistema de tren tipo maglev de alta eficiencia que conecta a la sociedad de los Hacedores.

Paredes de cristal opaco bloquean la vía en ambas direcciones, así que no estoy segura de cómo llegaremos a alguna parte.

—¿Maglev? ¿Utiliza la levitación magnética?

Le leí al abuelo hace unos meses una noticia sobre unos empresarios que invertían dinero en Ozymandias Tech para financiar un proyecto de levitación magnética.

—Sí, los provincianos se están poniendo al día con esta tecnología. Permite viajar sin problemas a velocidades asombrosas.

El clima aquí es agradable y Michael se quita el abrigo. Lleva una elegante corbata atada al cuello y una chaqueta larga. Bueno, vaya, no se puede negar que todo este aire de profesor *vintage* le sienta bien. Conmigo funciona.

—Ah, aquí vamos —dice, y me giro para ver un tren que entra en la estación, a través de una abertura redonda que ha aparecido en la pared—. Son esclusas, al reducir el aire en los túneles hay menos resistencia en el tren, lo que permite una mayor velocidad.

El tren parece una bala gigante de bronce. Se detiene ante nosotros totalmente silencioso y se abren numerosas puertas. Entramos y el interior es aún más magnífico. Las paredes son de madera de cerezo pulido, hay sofás y sillas tapizadas en terciopelo de tonos joya. Del techo, cuelgan lámparas de araña.

Michael se acomoda en un diván azul marino y yo suspiro en un sillón granate mientras sigo observando el ambiente. Con la luz que va cambiando a través de la ventana, me doy cuenta de que ya llevamos un rato moviéndonos.

—Si vamos tan rápido como dices, ¿cómo es que no lo noto en absoluto? —pregunto con asombro.

Michael sonríe tanto que incluso me duelen las mejillas.

—Bienvenida a los resultados de una sociedad en la que todo el mundo dedica su vida a la creatividad y la innovación —dice.

¿De verdad? Tengo curiosidad por ver cómo es el estilo de vida ideal de los Hacedores en realidad, más allá de las ventajas que tienen por el mero hecho de acaparar sus recursos.

—Puede que el Atlas no transporte ni de lejos millones al día, pero puede llevarte de Nueva York al Globe Theatre de Londres en menos tiempo del que se tarda en representar *Hamlet*.

De acuerdo. Esto es bastante alucinante. Me pregunto cuándo me daré cuenta de que todo esto es real.

Mi atención se centra en la pareja sentada delante de nosotros. La mujer lleva un sofisticado peinado trenzado y viste un corpiño con mangas abullonadas, pero en lugar de vestir una falda ancha, como es lo habitual, lo tiene metido dentro de unos vaqueros y calza unas botas altas de montar. El hombre, a su lado, lleva una chupa de cuero sobre un jersey de cuello alto, unos bombachos cortos sobre unas mallas ajustadas y botas militares. Me muerdo el labio para no jadear. Están guapísimos. El choque de estilos es, de algún modo, increíblemente chic. Una mezcla de clásico y moderno que rivaliza con cualquier cosa que haya visto durante la semana de la moda de Nueva York. Me muero por sacar una foto del peinado de la mujer para hacérmelo.

—¿Mi ropa no encajará? —le pregunto a Michael, fijándome de nuevo en su chaqueta larga, en la pareja tan bien vestida y luego en mi conjunto de vaqueros y sudadera con capucha, con el que suelo ir.

—No te preocupes. La moda de los Hacedores es tan variada que lo que lleves estará bien —dice, y se mira la ropa con un leve desagrado—. Este es el código de vestimenta del instituto. Quien no esté de servicio lleva lo que quiere.

Cierto. Es un profesor.

También una distracción para mí aquí.

—¿Puedo explorar un poco? —pregunto levantándome de la silla. Debería investigar el tren, por lo del espionaje y todo eso.

—Claro, ahora te lo enseño —dice a punto de desplegar sus largas extremidades.

—No, tranquilo, está bien —insisto rápidamente—. Me has estado guiando durante todo el día. Puedo pasear por mi cuenta. —Luego, para estar segura, añado—: Además, necesito ir al lavabo.

Uf, ¿por qué he dicho esto? Ahora pensará que siempre necesito ir al baño.

Pensará que tengo problemas estomacales y me asociará con la diarrea.

—Tengo la vejiga pequeña —aclaro para luego arrepentirme de inmediato.

«Cállate, Ada».

Se aclara la garganta y vuelve a sentarse.

—Hay un lavabo por allí —dice señalando el vagón contiguo. Cojo la mochila y salgo corriendo por la puerta con la cara encendida.

Me tomo mi tiempo para explorar el tren. Cada vagón tiene su propia personalidad. Hay un vagón cafetería con una preciosa barra de madera y mesas a la luz de las velas, e incluso un vagón

biblioteca con estanterías de libros y cómodos rincones de lectura. Aprovecho el vacío de la biblioteca y saco el móvil. Quiero ver hasta dónde puedo seguir teniendo cobertura. Cuando desbloqueo la pantalla, la última barra parpadea. Sin servicio, sin internet, sin GPS.

Estoy oficialmente sola.

Escribo algunas notas rápidas con detalles del tren y de la estación para que no se me olviden, guardo el teléfono en su escondite y me voy a curiosear un poco más.

Cerca del final del tren, entro en un vagón no muy diferente al de Michael, pero la decoración es más oscura y severa, casi de estilo militar. Está vacío, salvo por dos chicos. Uno parece más joven, con el pelo desgreñado y la piel con granos. Lleva pantalones de chándal, lo que me hace sentir mucho mejor con mi ropa, y está profundamente dormido, con las piernas apoyadas sobre una funda de música con la forma de lágrima. El otro chico está sentado en un escritorio, escribiendo un pergamino con una pluma estilográfica y... Así, sí. Así es cómo esperaba que fuera la gente de una utopía. Él es el tipo de espécimen exquisito que rara vez he visto en la vida real. Su pelo es de un tono rubio cobrizo, recogido en una coleta corta. La inclinación de su nariz y el ángulo de su mandíbula están perfectamente proporcionados, parecen haber estado tallados en piedra y salidos de un museo. Izzy puede llamarme ansiosa y todo lo que quiera por querer tener un nuevo *crush* cada semestre, pero con Michael fuera de la ecuación, me merezco un caramelo para los ojos. No es que este caramelo vaya a estar nunca en el menú. Reconozco lo que está fuera de mi liga cuando lo veo. No debería mirarlo, pero creo que es justo decir que hay un cierto nivel de atracción que es tan inalcanzable y que excusa los buenos modales.

El chico me mira con sus ojos azules como el hielo. Lleva un pendiente ámbar en el lóbulo derecho. Probablemente sea un año o

dos mayor que yo, aunque ya no me fío de mi radar de edad. Se levanta y me tiende la mano.

—Raphael Vanguard —dice como si debiera reconocer el nombre.

—Ada Castle —le digo, pero, cuando le alargo la mano en lugar de estrechármela, la sujeta y se inclina para besarme los nudillos. Aunque sus labios apenas me tocan, el calor me quema la piel, y la base de mis dedos se calienta con ese pinchazo familiar para el que ahora tengo nombre: ha'i.

Sus ojos se abren como platos y luego se dirigen hacia mi mano derecha, que acaba de soltar, y después hacia mi oreja derecha.

¿Es posible querer ser una prenda de vestir? Ahora mismo me gustaría ser la chaqueta de cuero de Raphael Van-*loquesea*. Parece muy acogedora descansando sobre esos hombros esculpidos.

—Castle —dice—. Nunca había oído ese nombre. ¿Eres de las Islas Brumosas? —pregunta, e incluso su voz es perfecta. Es profunda y suave con un casi imperceptible acento extranjero que me recuerda a pasteles de lujo y pijamas de seda.

—Soy de Nueva York —respondo.

El brillo coqueto de sus ojos se apaga y su expresión se torna amarga.

Se limpia la mano en sus pantalones perfectamente entallados. Me arden las mejillas y se me retuercen las tripas, aunque no tengo ni idea de por qué debería avergonzarse. Vuelve a su asiento, ignorándome, y su belleza ahora me transmite frío y peligro.

—Bueno, encantada de conocerte —murmuro sintiendo el impulso de huir.

Como no responde, me doy la vuelta y regreso por donde he venido, esforzándome por mantener un ritmo normal en lugar de echar a correr, que es lo que quiero. Me aseguro de hacer una parada al lavabo. En realidad, no necesito ir, pero... Prefiero lo que

sea antes que decirle a Michael que necesito ir al baño otra vez, así que fuerzo el acto.

Para cuando vuelvo con Michael, el tren está entrando suavemente en otra estación. Michael está profundamente dormido con la cabeza echada hacia atrás y las piernas abiertas.

Ligeramente, le toco el hombro con la mano y se despierta sobresaltado. Parpadea, mira a su alrededor y exclama:

—¡Ah, estamos en casa!

Tal vez él esté en casa, pero yo estoy lejos, muy lejos de la mía.

7

Seguimos a los demás pasajeros hasta un ascensor de cristal que nos sube a través de un pozo en el que se ven estalactitas y estalagmitas, también todo tipo de rocas brillantes. Cuando llegamos a la superficie y salimos de la estación, estamos en un pequeño pueblo cerca del agua. No puedo ver directamente el océano, pero la sal en el aire y el graznido de las gaviotas me dicen que está cerca. El viento es fresco, pero no hace tanto frío como en Nueva York; a la velocidad a la que viajamos podríamos estar en cualquier parte del mundo.

—¿Dónde estamos? —le pregunto a Michael.

—En Arcadia.

—¿Y dónde está eso? —pregunto pensando que si les pudiera proporcionar coordenadas GPS específicas sería de mucha ayuda.

—En el océano Atlántico...

Michael se calla cuando el chico desconcertantemente guapo del tren nos adelanta. Detiene el paso y me mira con desprecio antes de dirigirse a Michael.

—¿Otra vez sacando las malas hierbas, maestro Loew? —dice con una voz suave en la que se intuye un tono hiriente.

Michael se tensa y responde:

—Oficial Vanguard, tratarás a todos los miembros de esta institución con respeto.

—Por supuesto, mis disculpas —dice el chico con sarcasmo mientras se aleja.

Se acerca a una maraña de gente guapa, que inmediatamente se pone en órbita a su alrededor. Imagino que una de las chicas debe de ser su novia al besarlo en la boca, pero entonces otra se apodera de sus bíceps y se pone de puntillas para hacerlo también. Me obligo a apartar la mirada.

—Debería advertirte —dice Michael con rigidez mientras seguimos caminando—, hay algunos en nuestra sociedad que no aprueban que se acepte a aquellos criados en el mundo provinciano. Si alguien te da algún problema, ven a verme inmediatamente.

Ah. Así que incluso la utopía tiene racistas. ¿Por qué no me sorprende?

—Qué raro —murmura Michael entrecerrando los ojos ante dos guardias que observan impasibles a los que salen de la estación. Parecen superhéroes medievales, con chaquetas de cuero debajo de capas negras hasta la rodilla, con botones plateados en la pechera y un dragón del mismo color bordado a la izquierda.

—¿No suelen estar aquí? —digo pensando que tener guardias en la estación de tren de una isla secreta me parece normal, aunque sus largas espadas atadas a las espaldas resultan muy inquietantes.

—No, la Guardia Avant es un grupo militar entrenado para proteger los territorios de las amenazas provinciales. Suelen tener su base en Avant, donde los Hacedores que no quisieron viajar al Nuevo Mundo fundaron otra academia.

Debería estar tomando nota. ¿Saben las Familias de la existencia de Avant?

A pesar de los guardias, el pueblo en sí no puede ser más acogedor. Una franja de pintorescas tiendas de distintos tamaños, formas y colores, como si un niño hubiera recortado con sus tijeras edificios de distintas épocas y los hubiera pegado, bordean desordenadamente una plaza central con una gran fuente. La zona

está llena de transeúntes, muchos de ellos visten la misma mezcla de ropa antigua y moderna que la pareja del tren.

Otros pasajeros de nuestro tren se unen a una fila de personas a la espera de subir a unos planeadores, que parecen el resultado de un cruce entre una bicicleta y un avión de papel hecho de pergamino viejo. Se me revuelve el estómago al ver cómo uno baja por una pequeña pista, se eleva en el aire y sale volando. Es endeble, como si pudiera ser derribado por una gaviota agresiva. Será mejor que no nos subamos a uno.

—No es Nueva York ni Florencia —dice Michael mirando hacia el pueblo—, pero es el hogar de las mejores galletas y del mejor té del mundo —añade señalando hacia una tetería construida en un vagón rehabilitado de tren. El brillo de sus ojos me dice que está feliz de estar en casa.

Al pasar por la plaza central, hay un hueco en la fila de tiendas y una verja de hierro da a una cascada lejana. Me apresuro hacia allí y recupero el aliento al darme cuenta de que no hay nada al otro al otro lado, solo una caída en picado de cientos de metros hasta la cala de abajo, donde el agua choca violentamente contra las rocas. Desde aquí, veo que el pueblo se ha construido en el borde de un acantilado, que se curva para formar la cala aislada. La cascada bloquea el punto en el que los lados del acantilado casi se unen en un estrecho barranco, el único paso de la cala al océano.

El viento me revuelve el pelo en la cara, cierro los ojos e inhalo el olor de la brisa.

—Me encantaría bajar al agua —le digo a Michael, quien me ha seguido y observa mi asombro con una sonrisa.

—Eso sería un reto —responde—. Los fundadores de Génesis eligieron esta isla por la protección que ofrecían sus escarpados acantilados. No es fácil bajar hasta la playa.

Correcto, esta isla es para esconderse de gente como yo.

—Vamos al instituto —dice Michael—. ¿Prefieres ir a pie o subir a un ornitóptero? —pregunta señalando los planeadores.

—No hay forma humana de que me meta en uno de esos aviones de papel de gran tamaño. Por favor, caminemos.

Michael tose para reprimir una carcajada.

—Es la primera vez que oigo el diseño original de Da Vinci descrito de ese modo.

Después me lleva por un sendero de árboles, donde me rodea el olor fresco de muchos tonos verdosos. Un sabueso baboso corre hacia nosotros desde la dirección opuesta, seguido por un hombre que sonríe ampliamente cuando ve a Michael. El tipo lleva un pendiente de piedra preciosa azul como el de Michael, aunque parece un poco mayor.

Su camiseta y sus pantalones de pana son bastante normales, o lo serían si no los acompañara de una capa de terciopelo rojo y unas botas de cordones hasta la rodilla. Voy a tener que practicar para no reírme cuando vea a adultos con capas. Pero, además, quiero esas botas.

Los dos hombres se cogen de los brazos por debajo del codo en señal de saludo y Michael rasca al perro detrás de las orejas.

—Ada, te presento al maestro Ravi Bose. Será tu profesor de Testamentos de los Aprendices.

Asiento cortésmente como si supiera qué diablos es un testamento y emplear palabras como «maestro» o «aprendiz» fuera normal.

—¿Sabes por qué la Guardia vigila la estación? —le pregunta Michael a su amigo. El hombre me mira de reojo antes de responder.

—No sé nada seguro —dice—. Pero parece que ha habido más secuestros de sire provinciales, así como la alerta de un informante

en Avant, por lo que están tomando medidas para evitar infiltraciones.

El perro olisquea mis pies. Se me contrae el pecho. ¿Sus militares andan buscando espías? Mi llegada no podría ser en peor momento. El hombre me mira mientras dice:

—De hecho, me sorprende que permitan recién llegados.

—Solo en casos especiales —responde Michael.

Siento un temblor de culpa, pero parece que los Hacedores tienen a alguien mucho más peligroso que yo de quien preocuparse. Como la persona que me secuestró. Aparto el recuerdo antes de que el temor familiar se me instale.

—Pues bien —me dice el hombre—, bienvenida, Caso Especial. Yo, por mi parte, estoy contento de ver sangre nueva en esta isla. Con suerte, todo se resolverá pronto y la Guardia Avant con sus posturas agresivas volverá a su torre sombría.

Le da una palmada en la espalda a Michael y luego silba al perro.

—¡Vamos, Munch! —le grita mientras se dirigen hacia el pueblo.

A medida que Michael y yo continuamos por el camino, el follaje se espesa y el aire se llena de niebla.

—Los provincianos piensan que esto es solo una isla de propiedad privada, así que usamos la niebla para ocultar el instituto. A la humedad le gusta acumularse en el bosque —explica Michael. Se acaricia el pelo, que se le ha alborotado una barbaridad. Estoy segura de que la humedad me ha dejado el mío mucho peor.

Finalmente, la fila de árboles se rompe y el instituto aparece a la vista, grandioso e imponente. La mitad delantera del edificio tiene un majestuoso techo acristalado con paneles, una gran cúpula en su centro y torres que se levantan a su alrededor. El pináculo más alto queda oculto por una niebla lechosa que filtra la luz del sol y hace que parezca un decorado pintado con acuarelas.

Cruzamos el patio y entramos en el edificio a través de unas imponentes puertas de roble. La luz del sol se cuela por el techo de cristal del vestíbulo e ilumina las paredes cubiertas de frescos de colores. Un gran árbol crece y sus raíces se extienden por toda la sala, incrustándose entre las baldosas de mármol.

Me detengo en seco y contemplo un colosal mural que es una recreación perfecta de uno de mis cuadros favoritos.

—*La Escuela de Atenas* —murmuro acercándome para examinarlo. Siempre me ha cautivado el fresco de Raphael que representa a los más brillantes matemáticos, científicos y filósofos de la Antigüedad clásica, compartiendo sus ideas y aprendiendo unos de otros.

—Ese no era su nombre original —dice Michael. Lo miro con rostro interrogante—. En realidad, se llama *Causarum Cognitio*, *Conocimiento de las causas*, pero antes de la Inquisición se conocía como *L'Accademia delle Muse, La Academia de las musas.*

Respiro profundo.

—¿Estás diciendo que se supone que este es el instituto que fue destruido durante la Inquisición?

Asiente con la cabeza.

—Se dice que la academia fue fundada por Alejandro Magno, pero cobró importancia durante el Renacimiento, cuando las mentes más creativas de todo el mundo viajaron hasta allí para formar a los Hacedores, o *le muse,* como se los conocía en aquella época. Entre ellos Raphael, quien inmortalizó la academia en su mayor obra maestra.

—Pero Platón, Aristóteles, Sócrates... ¿Pitágoras? Todos los representados en la pintura son de la antigua Grecia y no del Renacimiento.

—Tienes razón, por supuesto. Pero mira otra vez. Fíjate en la cara de Platón —dice, y examino la figura central del cuadro—, ¿a quién

más se parece?

De repente es imposible obviarlo.

—A Leonardo da Vinci —digo.

Michael asiente.

—¿Y Heráclito?

Tiene que señalarme la figura esta vez, ya que no sé a quién se refiere. Pero cuando escudriño el rostro que indica, veo el claro parecido.

—A Michelangelo.

Michael vuelve a asentir.

—Y aquí —añade apuntando una figura en el lado derecho, el más apartado— es el mismísimo Raphael.

Es definitivamente él, prácticamente idéntico al autorretrato que vi expuesto en la Galería Uffizi la semana pasada.

Observo el fresco con nuevos ojos, viendo ahora la representación de Raphael de sí mismo y de sus contemporáneos, aprendiendo unos de otros en una gran academia, cuya memoria ha sido robada al mundo. Pero el corazón de ese centro de aprendizaje aún existe, aquí en este edificio.

Donde voy a tener la oportunidad de aprender. Se me hace un nudo en la garganta.

—Vamos a ver al director —dice Michael.

Caminamos por pasillos decorados con magníficos cuadros y a través de escaleras de caracol y extraños laboratorios. El director nos espera en un despacho que huele a hojas de menta y a papel envejecido. Es un hombre imponente con corbata y chaqueta hasta la rodilla como la de Michael. Lleva un monóculo de cristal ahumado sobre el ojo izquierdo. El otro me mira fijamente.

Tiene tres aros en la oreja: un zafiro, una esmeralda y una perla. Los mismos que debía encontrar en Florencia. Apuesto a que esto es

lo que Prometeo había predicho que yo encontraría.

Michael se acerca a él y le da un medio abrazo rápido.

—Bienvenido, muchacho —dice con la cara llena de afecto mientras le devuelve el abrazo.

—Ada —dice Michael girándose hacia mí—, este es el maestro rector Bloche.

—Bienvenida a Génesis —dice el director, con una voz grave y severa.

Después, me hace un gesto para que me siente. Me hundo en un sofá bordado y trato activamente de no mirar su monóculo con descaro.

—¿Qué tal con Chorus? —pregunta Michael en voz baja, lo que me indica que no se dirige a mí, aunque sabe que puedo oírle.

—Ella simplemente fue... Chorus —dice Bloche con un suspiro.

—¿Qué dijo?

—Que enseñar a la chica es la voluntad del Conductor.

Michael me mira y luego al maestro rector.

—¿Eso satisfará al resto del Consejo?

—Tendrá que hacerlo.

Me pregunto si yo soy «la chica». ¿Y quiénes son Chorus y el Conductor? Pero mi atención se desvía al ver un gran óleo sobre el escritorio del maestro rector. Es un barco atrapado en una tormenta y se parece mucho a un original de Rembrandt. La perfección en el contraste de la sombra y la luz coincide con su estilo característico. Es impresionante. Pero Rembrandt solo pintó un paisaje marino, que fue famoso y trágicamente robado. Una burbuja de inquietud flota en la parte posterior de mi garganta.

El maestro rector se acomoda y asiente al verme admirar el paisaje marino. Hago lo que puedo para acallar las preguntas que

tengo sobre el tema. En su lugar, trago saliva y sonrío al maestro rector.

—Señorita Castle, ha sido invitada a unirse a esta ilustre institución para comprometerse con nuestra misión de hacer avanzar a la sociedad, a través de todo tipo de arte, filosofía y ciencia.

—¿Avanzar a la sociedad? —pregunto—. ¿O solo a su sociedad secreta?

Frunce los labios y dice:

—Ya veo por qué ella le cae tan bien, maestro Loew. —Tras un momento de contemplación continúa—: Señorita Castle, venir aquí significa dejar atrás su pasado. La mayoría de los reclutas cortan todos los lazos con cualquiera del mundo provincial. El Consejo está dispuesto a permitir que se quede aquí debido al peligro que corren actualmente los sire como usted —dice con la mirada fija, y el cristal del monóculo se vuelve completamente negro—, pero, al final, tendrá que elegir entre su mundo y el nuestro. ¿Lo entiende?

Me doy cuenta de que en realidad no ha respondido a mi pregunta. Michael está parado cerca de un reloj de pie con grabados de planetas y constelaciones, pero sin números.

En la punta de la lengua, mi respuesta es que todo esto ha sido muy rápido y que aún no puedo comprometerme con nada. Pero no estoy aquí para ser sincera. Estoy aquí para hacer que esta gente confíe en mí. Así que, en su lugar, digo:

—Por supuesto, señor. Estoy emocionada por la oportunidad de aprender.

—Gracias, señorita Castle. Dispondrá hasta el próximo aniversario del Éxodo. En ese momento, tendrá que decidir si desea establecer su hogar aquí y renunciar a su antigua vida o si desea marcharse para no volver jamás.

Asiento y trago saliva, sin saber cuánto tiempo me da eso exactamente. ¿Y qué me van a hacer cuando les diga que quiero irme? ¿Me dejarían ir después de saber todos sus secretos? No estoy muy segura.

—Nuestra comunidad funciona con un sistema de gremios —continúa él—. Tendrá que montar una galería para que la acepten en un gremio en el Quórum.

—Una galería es un porfolio de tus habilidades e intereses —explica Michael—. El Quórum es cuando los aprendices las presentan a los maestros del gremio para convertirse en oficiales. Tu gremio te proporcionará toda la formación, orientación y recursos necesarios para tus actividades artísticas y científicas y, a cambio, tú compartirás tus investigaciones e innovaciones con tu gremio.

Todo esto suena complicado. Pensé que había hecho lo que debía para entrar en esta escuela, pero ¿ahora también tendré que presentarme y ser aceptada en un gremio? Siento los coletazos del trauma de las admisiones a la universidad que creía haber dejado atrás. Michael continúa:

—Los cinco gremios de Génesis son los sofistas, los artesanos, los alquimistas, los codificadores y los biocientíficos. En los próximos meses te ayudaremos a familiarizarte con cada uno para que, en el Quórum, puedas elegir entre todas tus opciones.

Hago lo posible por ocultar mi horror ante el carácter intimidatorio de la lista. Bloche prosigue:

—Como aprendiz la mayoría de tus necesidades estarán cubiertas, pero deberías tener algo de dinero para imprevistos. —Busca en un cajón y saca una bolsa que me entrega—. Esto debería ser suficiente para mantenerte hasta que cobres un estipendio del gremio.

Miro en su interior y veo monedas de oro un poco más pequeñas y gruesas que una moneda de diez centavos. Su forma y textura son

imperfectas, inconsistentes, aunque todas tienen la misma huella, un elaborado diseño de un circuito como un laberinto.

—Dones —dice Michael por mí.

—¿Dongs? ¿Como la moneda vietnamita?

—No, dones de don. —Se da golpecitos en la sien—. Como *donación* o *superdotado*.

—Consérvalos. Te serán útiles para algo más que para las transacciones —dice el maestro rector.

—¿Puedo cambiar dólares por dones? —pregunto nerviosa. No había considerado que las divisas fueran distintas.

—No, pero no hace falta —me asegura Michael—. Recibirás un estipendio del instituto como aprendiz y todas las necesidades se cubren gratuitamente: solo se necesitan dones para comprar lujos.

¿Las necesidades son gratuitas? ¿Cuándo el país más poderoso del mundo no puede ni siquiera proporcionar una asistencia sanitaria asequible? Quizá esto sea una utopía después de todo.

Pero no puedo permitirme pensar así. Cualquier atisbo de ideales utópicos solo dura hasta los límites de esta isla y tengo que prepararme para poder robar a esta gente.

El maestro rector se levanta, así que supongo que yo también debería hacerlo. Le dice a Michael:

—Tengo que viajar otra vez, así que te pediré que me sustituyas en alguna de mis reuniones que no se puede aplazar, alguien debe tener la llave del Consejo en caso de emergencia en la isla.

Michael parece muy inquieto.

—Tal vez uno de los maestros del gremio...

—Sé que te preocupas demasiado —le interrumpe el director— porque eres joven y sabes que los maestros del gremio cuestionarán tu autoridad, pero ninguno de ellos ha trabajado como mi aprendiz directo. Sé que puedo confiar en ti y eso es más importante que los

celos profesionales de tus colegas. Has demostrado tu valía una y otra vez, y los que todavía no la han visto pronto lo harán —añade antes de sacar una gran llave adornada del bolsillo y entregársela a Michael—. Ahora, por favor, acompaña a la aprendiz Castle hasta su apartamento.

—Sí, maestro Bloche —dice Michael con un suspiro.

Antes de salir, echo un último vistazo al cuadro que podría tener un valor incalculable, el Rembrandt robado. Quiero preguntarle a Michael sobre eso, pero no sé cómo hacerlo sin sonar acusadora. Necesito parecer emocionada de estar aquí, no suspicaz. Así que sonrío y le sigo.

De camino hacia mi habitación, Michael me da una pequeña vuelta por el instituto. El vestíbulo se llama Equinoccio y se ramifica en cinco alas periféricas. Un ala es la biblioteca, el corazón del instituto. Las alas de otoño y primavera albergan aulas, oficinas e instalaciones comunes. Las de verano e invierno son principalmente para los residentes. Mi habitación está en esta última.

Sé que hemos entrado en el ala de invierno cuando los tonos cálidos del papel pintado y la ornamentación de las ventanas pasan a azules más fríos y a verdes más oscuros. Hay adornos y lámparas de cristal que recuerdan al hielo e incluso las escenas de los cuadros de la pared han cambiado de estación y de tono.

Entramos en un pasillo cuyas paredes tienen el mismo color del crepúsculo tras una nevada y nos detenemos ante una puerta de arco. Hay una aldaba de latón en forma de ramas de árbol y una pequeña hendidura en lugar de pomo.

—Tu huella dactilar está vinculada con la cerradura —dice Michael indicando el pequeño agujero y moviendo el dedo índice.

Presenté un juego completo de mis huellas en la solicitud. Meto el índice en la ranura y la puerta se abre a una zona común.

El apartamento tiene el aire de una cabaña de invierno, con paredes de madera envejecida llena de vetas y nudos y en el suelo una alfombra de terciopelo en tonos rojos profundos y ocres suaves. Numerosas esferas de cristal cuelgan de las vigas de obra vista del techo, iluminando el espacio con el resplandor de las cálidas bombillas. Un gran ventanal da a la niebla y una chimenea hace crepitar la leña. Mi torre de maletas ya está aquí, apilada ordenadamente delante de una de las dos puertas cerradas; la tercera da a un pequeño cuarto de baño.

—¿Hola? —grita Michael, pero nadie responde.

Me quedo en la entrada, sin saber qué va a pasar. Él también parece inseguro y se toca incómodo el aro de zafiro de la oreja. Todos los Hacedores que he conocido hasta ahora llevan piedras preciosas en las orejas.

—¿Qué os pasa con los pendientes? —le pregunto. Parece confuso un momento, luego sigue los movimientos de su mano y da con la solución.

—Ah, las gemas gremiales. Obtendrás una en cuanto te unas a un gremio en el Quórum. Las gemas comunican gremio y rango. Así, un aro de zafiro indica que soy un maestro del gremio de los sofistas...

Una de las puertas se abre y sale corriendo una adolescente con una espectacular nube de pelo rubio y morado.

—¡Estáis aquí! ¡Hola! ¡Pasad! —nos saluda.

—Ella es Georgia Vega, tu compañera de apartamento —dice Michael.

—Llámame Georgie —dice con una sonrisa amplia y contagiosa de brillantes dientes blancos y ligeramente torcidos. Viste una camisa de cuadros, un tutú negro con medias a juego y botas militares de color púrpura—. Hola, maestro Loew —añade mirando a Michael como si fuera raro que estuviera en nuestro apartamento.

Y supongo que lo es.

—Os dejo para que os conozcáis —dice Michael.

Me dedica una sonrisa alentadora y se va.

—¡Bienvenida! Ponte cómoda.

Georgie se deja caer en un sofá, se aparta el pelo de la cara y se lo ata torpemente con una cinta. Además de una gema gremial púrpura, de los lóbulos de sus orejas cuelgan unos hombrecillos que parecen haber tenido una vida anterior como clips de papel. Me siento en el segundo sofá enfrente de ella y de repente me doy cuenta de lo cansada que estoy tras el largo día.

—Hay tan poca gente del mundo provincial aquí... Es muy agradable conocer a alguien que lo sea —dice Georgie.

—Espera, ¿tú también eres del... mundo normal?

—Sí, vine aquí hace tres años cuando reclutaron a mi madre. Ella no quería venir sin mí ni sin mi padre. Fue toda una movida. No suelen aceptar a nadie que no sea especial de alguna manera.

—¿Qué hace de especial a tu madre? —formulo, preguntándome si es una sire como yo.

—Ella es historiadora del arte, y se supone que el gremio de los sofistas quería que formara parte de su investigación esotérica. Pero creo que es porque los Hacedores estaban más preocupados por la publicación de sus resultados, que podría provocar que la gente comenzase a hacerse preguntas equivocadas. Así que... ¿cuántas veces se han metido contigo hasta ahora? ¿Mala hierba? —pregunta con algo oscuro en su tono.

Recuerdo el comentario de Raphael que enfureció a Michael: «¿Otra vez sacando las malas hierbas, maestro Loew?».

—Una vez —respondo.

—¿Fue Rafe?

—Eh...

—¿Un chico tan hermoso que duele? ¿Más arrogante que Zeus? ¿Con apariencia de creerse un regalo divino para todas las vaginas?

Me rio.

—Sí, eso suena al tipo que conocí.

—Me lo figuraba.

—¿Qué significa aquí mala hierba? —le pregunto.

Ella frunce la nariz.

—Alguien que no fue criado como parte de la sociedad de los Hacedores. Como algo que crece en el lugar equivocado.

Empieza a acariciar un mullido cojín azul que desentona con el resto de la decoración. Luego añade:

—Hay quien piensa que, cuando los Hacedores dejaron atrás el mundo provincial, todos los que allí vivían dejaron de importar. Y existe mucha animosidad y miedo en torno a la gente provincial.

—Pero todos los que he conocido hasta ahora han sido muy amables —digo.

—Sí, la mayoría de la gente de aquí es estupenda. Pero también es cierto que la mayoría no entiende el mundo provincial como él.

—¿Te refieres a Michael? —le pregunto.

Ella me mira con condescendencia.

—El maestro Loew —aclara.

Claro, es un profesor. Me va a costar acostumbrarme. Pero quizá ahora que tengo una nueva amiga para ayudarme a navegar por este mundo, no me pegaré a Michael como un percebe.

El cojín azul de Georgie levanta la cabeza, abre la boca y bosteza. Luego, dos ojos de color verde esmeralda parpadean y la no-almohada me mira con desconfianza.

—Buenos días, bella durmiente —dice Georgie antes de rascarlo detrás de las orejas.

Esto cierra los ojos y emite un zumbido.

—¿Qué es eso? —pregunto, aunque está claro que es un gato. Pero... azul.

—Esta es Bastet —dice Georgie besando la nariz del gato—. La encontré escarbando, buscando comida en el jardín de compostaje. Ella debió de ser un experimento de los biocientíficos, aunque sea ilegal experimentar con seres vivos. Probablemente llegó de Avant, como Raphe. Allí todavía hacen cosas crueles con la ciencia de la sangre. Todo ha empeorado desde que llegaron aquí.

—¿Cómo pueden volver azul a un gato? —digo obsesionada con el peculiar felino.

Georgie me mira con las cejas arqueadas.

—No lo volvieron azul. Probablemente nació así con una alteración genética basada en un semental. Pero un gato azul es lo mínimo que pueden hacer aquí. Si esto te sorprende... vaya. Espera hasta que conozcas a las valquirias, vas a flipar.

Georgie alcanza su bolsillo y saca una navaja igual que la de Michael, excepto porque esta es rosa y con joyas incrustadas. Abre una herramienta y apunta con un pequeño puntero del láser rosa a la pared. Bastet salta del sofá tratando de atrapar la luz mientras Georgie mantiene el láser que rebota por la habitación. Me planteo preguntarle si los unicornios son reales, pero me acobardo porque me parece demasiado ridículo decirlo en voz alta.

—Me dieron mucha más información que a ti antes de venir aquí —dice Georgie—. Pero no te preocupes, te ayudaré.

No podría haber pedido otra mejor compañera de habitación. Y estar cerca de alguien de mi mundo me permite respirar con tranquilidad, cosa que no he podido hacer durante todo el día.

Estoy aquí, en este lugar donde puedo aprender a usar mis habilidades, en el mismo instituto al que asistieron grandes mentes como Ada Lovelace. Sé que tengo un trabajo que hacer para las

Familias, pero, por un momento, me permito imaginar que estoy aquí solo para aprender de esta gente.

Estoy impaciente por empezar.

8

El día siguiente es un caleidoscopio de novedades. Mi mañana comienza en la enfermería, donde una esbelta pelirroja, con la espalda un tanto encorvada, llamada Kaylie Botticelli me inyecta una serie de vacunas. Kaylie es una maestra del gremio de biociencia (la gema gremial es un aro de ámbar, por lo visto), y es amable y extremadamente paciente con todas mis preguntas. También me regala un pendiente de diamantes, que es algo que llevan todos los sire. Nunca he tenido nada tan valioso en mi vida y no dejo de comprobar que no lo he perdido todavía.

La primera clase a la que asisto es Testamentos, impartida por el maestro Bose, a quien conocí ayer en el bosque. Los Testamentos son los registros escritos de los Hacedores, incluyendo los *Testamentos de la Historia* (registro de la historia de los Hacedores), los *Testamentos del Consejo* (las leyes de los Hacedores) y los *Testamentos de los Profetas* (profecías porque, oh sí, aparentemente la habilidad profética existe, y ser un profeta es también una «condición genética perfectamente normal»). La clase está estudiando las profecías de una mujer llamada Psalm, así como las de su hija, Chorus, la última Profeta conocida, que tiene el mismo nombre que la mujer sobre la que Michael y el director charlaban ayer.

Reconozco que todos los Testamentos están llenos de información de gran utilidad para las Familias, pero irrelevante para ayudar al

abuelo, así que estoy ansiosa por pasar a la siguiente clase, que podría marcar la diferencia.

La clase de ha'i es específica para que los aprendices de sire dominen el control, un dato crucial para las Familias y para mí. Cuanto antes aprenda a usar mi ha'i, antes podré aprender a usarlo para curar.

La clase se imparte en una sala iluminada con velas, suelo de hierba y un hombre que toca una combinación de lira y cuencos tibetanos en una esquina. La instructora, la maestra Liu, es una señora mayor elegante con el pelo recogido en una larga trenza plateada que guía a través de varias meditaciones con movimientos parecidos al taichí.

La cabeza me da vueltas al saber que todos los presentes tienen habilidades como las mías. Jamás había conocido a otra persona que compartiera mi condición y mi corazón se acelera por la emoción de ya no estar sola. Cierro los ojos y respiro profundamente, escuchando el eco de los cuencos y sintiendo la hierba bajo mis pies. Pero la ensoñación da paso a la frustración por lo poco prácticos que resultan estos lentos movimientos. Lo que quiero es aprender a utilizar mis habilidades con rapidez.

La maestra Liu me hace practicar una configuración de manos llamada «shiin», que es ideal para dirigir el ha'i. El shiin se hace apretando los dedos medio, anular y meñique juntos, con el índice y el pulgar estirados a lo ancho, de modo que la mano forme una uve inclinada. Cuando lo hago, siento cómo el ha'i me atraviesa y calienta la piel que une los dedos pulgar e índice en el mismo lugar que mi cicatriz de media luna. Pero, aunque sienta su calor, parece que no puedo manipular el ha'i igual que los otros.

Observo a los demás jóvenes aprendices encender las llamas de las velas, crear bolas brillantes de luz y hacer brotar plantas del

suelo terroso. Es asombroso y no estoy convencida de que alguna vez sea yo capaz de hacer algo así. Todavía dudo si Michael no se habrá equivocado al decirme que soy una sire y que mis rarezas no son un síntoma de algo totalmente distinto. Mi sentimiento de incompetencia se dispara cuando hago repetidamente un gesto tonto con la mano sin resultado visible.

—No tengas prisa en aprender la lengua de tu ha'i —me tranquiliza la maestra Liu—. Céntrate en encontrar el pozo dentro de ti.

Pero tengo que darme prisa. Mi tiempo aquí es limitado y mi abuelo está enfermo. Cierro los ojos, fingiendo concentrarme en ese estúpido pozo interior, pero en realidad estoy conteniendo lágrimas de frustración.

Después de la clase de ha'i, una de mis compañeras se me acerca. Ella es una adolescente de unos trece o catorce años, y definitivamente está pasando por su fase menos agraciada, con el pelo rubio peinado en una trenza torcida y unos grandes ojos avellanados demasiado desproporcionados para su cara delgada y pálida.

—¡Hola! Soy Hypatia, también soy nueva aquí. ¿Es verdad que eres de Nueva York?

Se alegra mucho cuando asiento con la cabeza.

—Nunca había conocido a alguien del mundo provincial. Tengo muchas preguntas. —Como habla rápido sus palabras salen con un ligero y adorable ceceo—. ¿De verdad hay islas hechas de basura?

—Mmm, creo que he oído hablar de algo así. Se formó por accidente en el océano —digo.

Antes de que pueda terminar, Hypatia ya ha pasado al siguiente tema.

—Los otros aprendices tienen muchas preguntas también, pero están demasiado intimidados para preguntar.

Estoy bastante segura de que ellos me intimidan más a mí. Le lanzo una pregunta:

—¿No les parece raro que sea mucho mayor que los demás?

—Lo dudo. En Génesis están mucho más acostumbrados a los reclutas que en Avant. De allí vengo yo.

—Es un alivio. Me siento bastante incompetente.

—Bueno, estaré encantada de ayudarte. Soy muy competente —dice Hypatia mientras levanta la mano, y, sin siquiera hacer el shiin, suelta una sarta de chispas.

Me quedo impresionada y los ojos se me agrandan.

—Es precioso —digo alargando la mano e intentando atrapar la luz que se desvanece—. ¿Qué es exactamente?

—¿El ha'i? —Se encoge de hombros—. Fuerza vital, energía creativa.

—Sí, claro, pero ¿qué significa eso en realidad? Todo el mundo tiene fuerza vital, así que ¿qué tiene de diferente una sire?

Tal vez si soy capaz comprenderlo de manera más tangible sea capaz de moverla a voluntad. Hypatia se queda pensativa, se pasa la lengua por los dientes.

—Bueno, el ha'i está en todas partes y la mayoría de la gente se limita a moverlo. Pero los sire crean nuevo ha'i dentro de sus cuerpos y lo conducen hacia el exterior —dice moviendo la mano como si dirigiera una orquesta y haciendo más de esas luces encantadoras—. Cualquier persona puede cultivar energía creativa, pero solo un sire puede crearla desde la nada.

—¿Hay alguna manera de que alguien que no es un sire pueda crear ha'i? —pregunto pensando en el dispositivo o lo que sea que Kor quiere que encuentre.

Hypatia niega con la cabeza, pero ella es solo una aprendiz, tal vez lo desconoce todavía. Intento imitar el movimiento de su mano, pero no aparece ninguna luz.

—Déjame que te enseñe —me pide.

Nos sentamos juntas en el aula vacía. Es una buena profesora, porque puedo hacer chispas una de cada tres veces que lo intento, así que me siento mucho mejor. Aunque mi viejo instinto de ocultar cualquier signo de mis habilidades me sigue nublando la cabeza.

—Tienes una paloma —dice Hypatia, y me giro para ver un gólem revoloteando sobre mi hombro.

Lo atrapo al aire, lo despliego y leo el mensaje escrito a mano que contiene en su interior.

> Por favor, ven a verme a mi oficina cuando te vaya bien. La paloma te guiará – M. Loew

Hago todo lo posible por ignorar el aumento de mi pulso.

—Tengo que irme —le digo a Hypatia.

—Vale. Espero que practiques, y mañana tendremos otra lección después de la clase de ha'i —dice con determinación.

—Sí, señora —digo con una sonrisa. Después me miro con impotencia las manos—: Pero, antes, ¿puedes ayudarme a volver a doblar esta paloma?

Sigo a la paloma a través del ala de primavera hasta una puerta al final de un luminoso pasillo que huele a madreselvas. Hago una pausa para peinar mis largas ondas y morderme los labios para darles color.

Nada de esto es porque me importe mi aspecto delante de Michael, por supuesto. Solo soy consciente de que vengo de una

clase que implicó mucha actividad física y quiero verme bien al reunirme con un miembro de la facultad.

La puerta del despacho de Michael está abierta. Él está sentado mordiéndose las uñas mientras estudia un gran libro que ocupa la mitad del escritorio. El despacho es pequeño, con muchas estanterías repletas que le dan un aspecto serio. Contra la pared hay un sofá de un tono amarillo verdoso alarmante y junto a él hay una mesa con un viejo tocadiscos, un candelabro de plata de siete brazos y un shofar.

¿Michael es judío? El instinto me hace comprobar el marco de la puerta y está clavada una mezuzá, como las que mi padre colgaba en todas las jambas del antiguo apartamento.

—Oh, Ada, hola —dice Michael después de levantar la vista de su libro—. Gracias por venir.

Sonríe cálidamente y me hace un gesto para que tome asiento enfrente de él. Me siento y resisto el impulso de ajustarme la ropa o atusarme el pelo.

—¿Te estás adaptando bien?

No puedo evitar notar lo distante y profesional que parece detrás de su escritorio. Sin embargo, tampoco se me olvida la cálida presión de su muslo, la forma en que su respiración se detuvo cuando nuestros dedos se entrelazaron, la certeza de saber que iba a conocer la textura de sus labios. Bueno, esto es incómodo. Me aclaro la garganta.

—Mmm, sí, bastante bien. Georgie es muy agradable y mi apartamento es genial.

Me he prometido que intentaré mantenerlo limpio. Llevo prometiéndome eso mismo durante la última década. Tal vez este nuevo inicio me ayude.

Se le dibuja una sonrisa en la cara, con hoyuelos y todo.

—Sabía que te gustaría estar aquí. Espero que, cuando llegue el momento, elijas quedarte.

¿Cómo se supone que debo responder a eso? No puedo decir la verdad sobre mis intenciones. En su lugar, cambio de tema.

—¿Hay muchos Hacedores judíos? —pregunto echando un vistazo al candelabro, a los mezuzot y al shofar.

—Los judíos constituyen solo el cero coma dos por ciento de la población mundial y esa proporción es casi la misma entre los Hacedores.

—Mi padre es judío —le digo.

Lo digo así porque no sé cómo me considero, pero quiero que Michael sepa que compartimos esta parte de nuestra identidad. Que puede que hayamos aprendido algunas de las mismas oraciones y costumbres a pesar de los mundos tan opuestos de los que venimos.

Eso significa algo para él: lo veo en su expresión y en el brillo de sus ojos. Reaviva una chispa de la tensión entre nosotros. O tal vez esto solo sucede en mi cabeza. Desvío la mirada antes de hablar:

—Siempre he asociado el Renacimiento con el cristianismo europeo blanco.

Lo comento, porque la diversidad que he visto en Génesis hasta ahora no se ajusta a esa vieja imagen. Los estudiantes y el personal son de una variedad de etnias tan múltiples como las que estoy acostumbrada a ver en la ciudad de Nueva York.

—Es una asociación lógica, ya que la Iglesia dictó la historia conocida. Pero no fueron solo las culturas griega y romana las que dieron forma al Renacimiento. Gran parte de las matemáticas y de la ciencia procedían de países islámicos. La Academia de las musas tenía estudiantes de todo el mundo y era conocida por aceptar a los marginados de otros lugares. De hecho, aunque las comunidades judías estaban confinadas en guetos y tenían limitadas las

profesiones que se les permitía ejercer, la influencia de la Academia llevó a Italia a convertirse en uno de los primeros países en admitir a que judíos estudiaran medicina. Muchos médicos, impresores y mecenas de las artes judíos influyeron en el Renacimiento.

—Oh, vaya, vale. Entonces, ¿existe algún tipo de religión de los Hacedores?

—No, los Hacedores continúan con la creación del mundo y eso significa cosas diferentes para cada persona. Aunque fue la Iglesia la que exilió a los Hacedores, todavía hay muchos que son cristianos. Y hay al menos veinte religiones más en nuestras comunidades, así como muchos ateos. Aunque la religión ha sido una de las principales causas de guerra y división en la historia del mundo provincial, los Hacedores creen que es algo que debería unir a la gente, no dividirla. Muchos Hacedores utilizan el término «el Conductor», el que orquesta todas las cosas, para referirse a un concepto general compartido de Creador.

Ah, eso explica aquellos comentarios.

—Así que, ahora que has tenido la oportunidad de instalarte, deberíamos discutir sobre tu galería para el Quórum —dice Michael directo al grano—. Me han asignado como mentor de tu aprendizaje. La mayoría de los aprendices se convierten en oficiales a los trece o catorce años, así que creo que lo mejor para nosotros sería celebrar el Quórum en primavera. De lo contrario, tendrás que esperar hasta el próximo otoño. Ahora faltan menos de tres meses para este Quórum.

Michael se lanza a profundizar en cada uno de los cinco gremios mientras tomo algunas notas básicas. Cuando termina tengo la siguiente lista:

- Sofistas (zafiro): ciencias sociales y humanidades
- Artesanos (amatista): bellas artes y teatro

- Alquimistas (esmeralda): química y geología
- Codificadores (perla): matemáticas y física
- Biocientíficos (ámbar): biología y medicina

Siento una ansiedad familiar en mi pecho. No domino ninguna de estas asignaturas, no sé nada de estos temas.

—Entonces, ¿cómo me preparo exactamente para el Quórum?

—Como tu mentor, mi trabajo consiste en ayudarte a organizar una colección de trabajos que demuestre tus habilidades, pasiones y talentos.

Esto se parece de nuevo a las solicitudes de ingreso a la universidad. Y tres meses pasan volando.

—En cuanto a tus habilidades, sé que tocas la guitarra...

—No muy bien —le recuerdo. Hay una pausa mientras ambos navegamos por el recuerdo de la última vez que hablamos de esto y del flirteo que lo siguió. Al menos, eso es lo que estoy haciendo. Él tal vez ya lo ha superado.

—Es un buen comienzo —dice Michael—. La mayoría de los Hacedores toca al menos un instrumento.

No bromea. Como mínimo, he contado cuatro estuches de instrumentos en esta habitación, la mayoría con formas similares a las de la guitarra, y luego uno cuadrado y más pequeño, que debe de ser algún tipo de trompa.

—Deberíamos asegurarnos de que puedas interpretar una canción. ¿Compones música?

—He hecho mis pinitos —digo pensando en que ayudé a Kor con algunas de sus primeras canciones. Me parece que eso debería contar.

—Perfecto. Una canción bien ensayada de cosecha propia sería un bonito toque. Le daremos prioridad —dice, y garabatea algo en un cuaderno elegante con el papel amarillento y la cubierta de cuero

que se ata con un cordón—. También sabemos que se te dan bien las plantas. Me aseguraré de que estés apuntada en las actividades del invernadero e informaré a tus instructores para orientar esa fortaleza —sigue garabateando—. ¿Cuáles son tus otros talentos?

Este interrogatorio hace rechinar cada una de mis inseguridades. ¿Lo decepcionaré con facilidad por no tener ningún talento? Estoy bastante segura de que lo que tiene en mente no es mi destreza con el *snowboard*.

—Me gusta escribir historias —digo como si me rindiera.

Sonríe mientras también anota eso en sus apuntes.

—Contar historias es un punto fuerte de mi gremio, los sofistas. Sin duda, sería una buena opción para ti. ¿Qué hay de algún otro arte? ¿Pintas?

Me gusta pintar. Bueno, me gusta empezar a pintar, luego ya. Se me da mejor dibujar. Aunque la última vez que Kor trató de ayudarme con mi dibujo dijo que mi trabajo no mejoraría hasta que aprendiera a «observar correctamente» y estuviera dispuesta a tener paciencia para «deconstruir las distintas capas de una pieza».

—Sé dibujar, pero no se me da muy bien —le digo a Michael.

Me mira frunciendo el ceño.

—¿Por qué sigues haciendo eso?

—¿El qué?

—Restar importancia a tus habilidades.

—No estoy restando importancia a nada. Soy mediocre a mi manera —digo con una sonrisa exagerada—. Aprendiz de mucho, maestro de nada, encantada de conocerte.

Esto es lo último que quiero admitirle a Michael, pero es mejor expresarlo ahora que ver su decepción cuando se dé cuenta por sí mismo. Resopla.

—Estás muy lejos de la mediocridad. ¿Acaso conoces el resto de ese dicho?

—¿Hay más?

—«Aprendiz de mucho, maestro de nada, pero a menudo es mejor que maestro de uno» —cita—. ¿Y sabes a quién se refería? —dice con tono de escarmiento—. A un joven actor novato de quien se burlaban por intentar escribir, más conocido como William Shakespeare. —Su voz se suaviza y su mirada se encuentra con la mía—. Aquí, en Génesis, siempre se anima a los alumnos aficionados.

Cuela. Suena bien sobre la teoría. Aunque no ha visto lo principiante que es mi nivel en comparación con los años que ellos llevan desarrollando su talento.

—Si tú lo dices.

Tanto él como los demás lo verán por sí solos muy pronto.

Rompe el contacto visual y sacude la cabeza mientras vuelve a mirar su cuaderno.

—Vas a tener que practicar para ser menos dura contigo misma si quieres fomentar tu propio crecimiento. Me aseguraré de añadir otros estudios de arte en tu agenda para que puedas preparar algunas piezas para tu galería. Cuando nos acerquemos al Quórum podemos reunirnos de nuevo para ver cómo lo llevas.

Luego me ofrece su teléfono para llamar a casa. Aunque Arcadia está aislada en su mayoría y por desgracia lejos de cualquier torre con cobertura, la oficina de Michael dispone de un teléfono para su trabajo como enlace oficial de Génesis con la sociedad provincial. Antes de aceptar venir, me dijeron que podría usarlo para mantenerme en contacto con mi familia.

Una de las primeras directrices que tengo de las Familias es encontrar un modo alternativo de comunicación con Kor, quien será

mi enlace. No puedo confiar en que este teléfono o cualquier correo que envíe sean seguros, pero si no puedo encontrar una alternativa mejor de pasarle información a Kor esperaré a dársela en persona cuando viaje a casa para las vacaciones. O, en el peor de los casos, usaré el teléfono con conexión por satélite.

Michael me deja sola en su despacho para que tenga intimidad en la llamada. Me enferma la idea de violar su espacio personal, pero me sobrepongo sabiendo lo que tengo que hacer. Empiezo usando el teléfono para llamar a mi madre y avisarla de que he llegado bien. No contesta, pero le dejo un mensaje.

Luego cuelgo y evalúo la habitación. ¿Por dónde empiezo?

Las tres primeras directrices de Kor con respecto a las cosas que debo identificar son:

1. Un modo de comunicación seguro.
2. La ubicación del instituto y el modo para acceder.
3. Un método para dotar de habilidades a los que no son sire.

Y he añadido la última:

4. Una cura para el abuelo.

Las estanterías parecen un buen lugar para empezar, pero hay demasiados libros. Saco mi móvil —que había sacado de su escondite para este fin— y lo uso para fotografiar las estanterías. Las fotos me servirán más tarde para ver si hay algo que merezca la pena.

Me apresuro a acercarme al escritorio de Michael. El gran libro que estaba leyendo está escrito en hebreo. Echo una foto, ¿por qué no? Rebusco en sus cajones, pero todo parece estándar y corriente, excepto una caja con bombones de chocolate para emergencias. Seguimos.

Hago fotos a todo tipo de documentos, pero mi ansiedad empieza a dispararse al imaginar que Michael puede volver en cualquier momento. Hay un montón de cartas lacradas en un libro, que tiene la balanza de la justicia estampada en la cubierta. Este es el emblema de los sofistas, el gremio de Michael. Por fortuna, todos los sellos están rotos, por lo que soy capaz de fotografiar fácilmente sus contenidos sin demasiado alboroto. Grabo un vídeo mientras hojeo su cuaderno en caso de que haya algo útil allí. Lo comprobaré más tarde. Tengo que seguir moviéndome. El corazón me late tan fuerte en los oídos que me preocupa no oír si viene alguien. Hay un cajón delgado debajo del centro del escritorio que casi paso por alto. Cuando lo abro, está vacío, excepto por la gran llave que el maestro rector Bloche le dio a Michael ayer. Es tan larga como mi mano de la punta del dedo a la muñeca y pesa mucho. Hay un grabado del emblema de Génesis del *Hombre de Vitruvio*, y los dientes de la llave parecen increíblemente intrincados. Hago una foto, guardo la llave y cierro el cajón.

Paso del escritorio a un armario alto lleno de archivos sobre lo que parecen ser otros reclutas, o reclutas potenciales. Foto, foto y foto. El siguiente estante es todo de vinilos provinciales. Muy chulos, pero inútiles.

Grito al oír un portazo en algún lugar del pasillo. Probablemente no es Michael, pero la cantidad de ansiedad que puede contener mi cuerpo ha llegado a su límite. Cotillearé más la próxima vez que venga a pedir prestado el teléfono.

Respiro hondo unas cuantas veces antes de salir con despreocupación del despacho de Michael, como si tuviera todo el derecho a estar aquí, porque lo tengo.

Estoy mareada por la adrenalina mientras navego por el laberinto de corredores hasta mi habitación en el ala de invierno, pero me

encuentro totalmente perdida en un pasillo desconocido. Hay fragantes glicinas colgando del techo y un mural impresionista de un jardín se extiende por la pared. Retrocedo y reconozco de golpe el rígido cuero y la brillante plata de la Guardia Avant cuando dos soldados doblan la esquina.

Vaya... ¿Por qué ahora?

Paso junto a ellos aparentando la mayor inocencia posible, pero no funciona.

—Buenas, ¿cómo te llamas? —me dice un guardia con una nariz afilada y el pelo canoso que no pegan con su apariencia juvenil.

—Ada —digo con una sonrisa, sin detenerme ni aminorar el paso.

—Esa es —apunta el otro guardia, fornido y rubio.

—¿Seguro?

Hacen una pausa, pero sigo andando, y ellos no me impiden atravesar el pasillo hasta el siguiente vestíbulo, más familiar, pues es la luminosa sala del Equinoccio.

¿«Esa es»*?* ¿Qué significa eso?

Tan discretamente como puedo saco mi móvil del bolsillo de la sudadera y lo meto entre la cintura de las mallas y las bragas. Cuando el ruido de las botas se vuelve más fuerte detrás de mí, mi instinto es huir, pero me obligo a mantener un ritmo normal. Relajo los hombros y contengo la respiración entrecortada.

—Alto —me dice uno de los guardias.

Obedezco con el corazón acelerado. Me reajusto la ropa, tiro de mi sudadera hasta los muslos y también contraigo el estómago, todo para que no se vea el contorno del dispositivo. El móvil está bloqueado, pero podrían obligarme con facilidad a desbloquearlo. Y no existe ninguna excusa inocente para las fotos y vídeos que acabo de hacer. Pero lo pienso mejor y estos guardias no tienen

motivos para sospechar de mí, ¿verdad? Tal vez solo tienen una simple pregunta.

—Ada Castle —dice el guardia con una voz que resuena en todo el Equinoccio—. En nombre de la Corona de Sangre y el Consejo de Hacedores le ordenamos que se someta a un registro de sus pertenencias.

Siento un peso gigantesco en el estómago. Estoy atrapada.

9

Intento tragar saliva, pero tengo la garganta demasiado seca. ¿Por qué esto me pasa a mí? La carcasa rígida del móvil me aprieta incómodamente la entrepierna. Intento poner cara de inocente mientras cumplo con la orden de los guardias y, con manos temblorosas, vacío los bolsillos de la sudadera.

Todo lo que hay son mis notas de la reunión con Michael, mi bolsa de dones, una moneda de veinticinco centavos y un chicle que ha estado viviendo en los recovecos del bolsillo desde la última vez que lavé esta sudadera.

El guardia rubio examina minuciosamente los objetos provinciales.

El guardia canoso me cachea. Primero los brazos, luego la espalda, finalmente el estómago. Sus ojos son grises como su pelo. Y crueles. Me retumba el corazón cuando me recorre las piernas, después los muslos. Por primera vez en mi vida, estoy agradecida por esos dos kilos de más que moldean ahora el cómodo escondite alrededor de mi móvil y lo mantienen en su sitio.

Una oficial que pasaba por allí se detiene en seco y pregunta:

—¿Sabe el Consejo que estáis cacheando a una aprendiz?

—Métete en tus asuntos, muchacha —dice Pelo Canoso. Pero ella no se mueve y empieza a formarse un grupo de observadores a su alrededor.

—Aquí no hacemos las cosas así —dice otro oficial.

Pelo Canoso cesa el cacheo y Pelo Rubio me devuelve las cosas, confiscando la moneda y el chicle.

—Hemos terminado. Por ahora.

Tras alejarse, algunas personas se quedan para asegurarse de que estoy bien, detalle muy amable, pero yo solo quiero salir de aquí. Me los quito de encima y corro hacia el ala de invierno, maldiciéndome por pensar que alguna vez podría hacer este trabajo.

Cuando llego a mi habitación, me tiro en el sofá y saco el móvil de mis pantalones. Mis manos tiemblan incontrolablemente mientras miro la pantalla. Sin servicio, por supuesto. No existe ningún portal a las distracciones instantáneas donde pueda esconderme de la humillación y del miedo de toda esta experiencia. Solo un montón de fotos que son terriblemente incriminatorias.

Me siento fuera de mí. Es prácticamente mi primer día aquí y ya he atraído la sospecha de los guardias. Ni siquiera sé lo que he hecho para ganarme su desconfianza.

Ahora no puedo arriesgarme a fisgonear de nuevo. ¿Decidirán registrar mi habitación?

Me recuesto en el sofá y cierro los ojos para no sentir el escozor de las lágrimas.

«¿Cómo se supone que voy a hacer esto?».

Alfie tenía razón. Nadie debería haberme confiado este trabajo.

Necesito orientación sobre cómo debo manejar esta situación. Tal vez debería volver a la oficina de Michael y llamar a Kor.

De ninguna manera. Nunca voy a salir de esta habitación de nuevo.

—¿Estás bien? —me pregunta Georgie cuando entra unos minutos después y me encuentra intentando abrazar a su gato sin éxito.

—Sí —digo mientras reprimo mis sentimientos de pánico y busco una excusa para mis lágrimas—. Es que echo mucho de menos a mi familia. Me está afectando lo aislados que estamos.

Ella me dedica una sonrisa socarrona.

—Da la casualidad de que puedo ayudarte con eso.

—¿Puedes?

Me hace un gesto para que la siga a su habitación y lo hago, pero me detengo una vez que entramos. A pesar de la increíble tecnología de este lugar, hasta ahora no he visto ningún ordenador. Ni pantallas.

Sin embargo, la habitación de Georgie tiene pantallas suficientes para toda la isla. El cuarto está iluminado con el resplandor azul de muchos monitores y luces parpadeantes.

Me recuerda a la habitación de Izzy, lo que añade una punzada más a mi miserable estado de ánimo.

Georgie se acomoda en una silla giratoria acolchada, se aparta de la cara unos mechones rubios y morados y empieza a hacer clic en una de las pantallas.

—Me costó convencerlo, pero el maestro rector Bloche cedió y me dejó tener mi instalación aquí. Mi plan es lograr que el gremio de los codificadores se sume al campo de la informática.

—¿Codificadores? Son matemáticos e ingenieros, ¿verdad?

Ella asiente.

—Pero ¿no eres una artesana? —digo fijándome en su gema gremial de amatista.

—Sí, pero solo porque los codificadores no me aceptaron. Los artesanos son un buen gremio, pero me desanimé bastante cuando me rechazaron.

—No lo entiendo, parece que eres material perfecto para los codificadores —digo señalando con un gesto a todo el arsenal informático de nuestro alrededor.

—Aquí es diferente. No entienden de ordenadores. No me dejaron presentar el código que había creado en mi galería y yo no estaba familiarizada con sus estilos de ingeniería. La tecnología de los

Hacedores evolucionó de manera completamente diferente a la tecnología provincial, y gran parte de ella depende de las habilidades sire y la manipulación del ha'i.

Georgie pronuncia «ha'i» como «hai», en lugar de guturalmente, pero sé por experiencia que puede ser difícil acostumbrarte si no creciste oyéndolo.

—Utilizan sistemas nerviosos artificiales de alto nivel para la informática y la secuenciación genética. Pero con respecto a la realidad virtual, al aprendizaje automático y a internet, no tienen nada de eso aquí. Y creen erróneamente que todo lo que hacen los provinciales debe ser ineficiente o inmoral de alguna manera. Pretendo mostrarles cómo la informática podría hacer avanzar este mundo aún más. —Sus ojos brillan con intensidad—. Mientras tanto, también me gusta mucho el diseño de ropa.

Ah, eso explica los pernos de tela en la esquina y el maniquí en un escandaloso estado de medio vestir.

—Entonces..., ¿tienes conexión de internet? —pregunto, cautelosamente optimista.

—Sí. Es por satélite y pasa por un montón de sitios, así que puede ser algo lenta, pero es el viejo y fiable internet.

¡Genial! No puedo creer mi suerte.

—¿Puedo usarlo alguna vez?

—¿Por qué crees que te he traído aquí? Dijiste que querías hablar con tu familia. No hay red para que conecte tu móvil, pero te puedo configurar una videollamada en mi ordenador.

Hace clic para abrir la configuración necesaria. Luego continúa:

—Pero no se lo digas a nadie. Los Hacedores no quieren que divulgue «basura provincial» por ahí. También tienen miedo de que internet conduzca a la gente hasta aquí. Y no están equivocados,

pero soy lo suficientemente buena ocultando las señales para evitarlo.

—¿Así que lo que diga seguirá siendo privado?

Georgie se ríe.

—Incluso si hubiera alguien en esta isla que entendiera cómo funciona internet, no sería capaz de superar mi encriptación. Muchas agencias gubernamentales no pueden hacerlo —dice mientras agarra un cuaderno de dibujo y unos auriculares rosa brillante—. Y no te preocupes por mí —añade cuando se pone los auriculares—. Tengo un nuevo álbum que escuchar y un vestido que diseñar. Tómate tu tiempo.

Georgie sale de su habitación y cierra la puerta.

Cuando Kor responde a mi llamada y su cara sonriente y sorprendida aparece en la pantalla, la ansiedad sale disparada de mí como un globo que estalla.

—Esta es una conexión encriptada.

—¿Estás segura?

—Sí.

Siento que los músculos de mi cara se van ablandando a medida que se derrite cualquier artificio.

—Vaya, has sido muy rápida. Supongo que eres bastante buena en esto —dice guiñándome un ojo. Es agradable dejárselo creer por un momento.

—En realidad no va tan bien.

—¿Por qué? ¿Qué ha pasado? —pregunta con gesto de preocupación, que no sé si es por mí o por una posible falla en el plan.

—Toda la isla está en alerta máxima debido a los secuestros de sire. Hay una guardia extra y al ser forastera la gente desconfía de mí.

—¿Te has metido en algún problema?

—Bueno, no exactamente, pero...

—Vale. ¿Por qué no empiezas contándome lo que has aprendido?

Estamos en tiempo prestado, así que intento no enfadarme demasiado porque vaya directo al grano. Le hablo del Atlas y todo lo que puedo sobre Arcadia. Cuando le cuento sobre la otra escuela, Avant, me dice que las Familias ya la conocen porque Prometeo es de allí.

—Apuntamos a Génesis para la infiltración, ya que Avant tiene una mayor presencia militar.

—¿Y sabes algo de las Islas Brumosas? —pregunto. Ya he oído hablar de esas misteriosas islas más de una vez.

Kor jamás ha oído hablar de ellas. Me dice que averiguar el alcance del mundo de los Hacedores debe ser una prioridad. Le describo mis clases de aprendiz. Está muy interesado en mi clase de ha'i y me pide que le enseñe a hacer el shiin. Me recuerda lo importante que resulta que domine mis habilidades de sire y me anima a hacer lo necesario para mejorar más rápido.

Continúo contándole cómo tengo que prepararme para que me admitan en un gremio y utilizo las notas de la reunión con Michael para resumir los gremios a Kor.

—Por lo visto, voy a tener que escribir e interpretar una canción —le digo—. Podría necesitar tu ayuda.

Kor ignora el comentario.

—Simplemente no te distraigas jugueteando. ¿Qué gremio piensas que es más probable que sepa sobre las habilidades con el ha’i para los que no son sire?

No tengo ni idea de por dónde empezar a buscar esta supuesta innovación que permite a quienes no son sire generar ha'i.

—¿Quizá los biocientíficos? —sugiero—. Lo digo pensando en que se centran más que los otros gremios en la sanación. Conocí a una maestra de biociencia a la que le puedo intentar preguntar.

Pienso en la amable pelirroja, Kaylie, que me vacunó. Ella me explicó que han erradicado muchas enfermedades aquí, incluyendo el resfriado común, la gripe y las ETS. Me llamó la atención el gremio de biociencia, porque quizá serían capaces de ayudar al abuelo.

—Vale, entonces céntrate en impresionar al gremio de biociencia —dice Kor, con los ojos brillantes mientras anota.

Sí, para mí tiene sentido remar hacia la biociencia. Había estado momentáneamente entusiasmada con el arte y la botánica que Michael me ha había comentado, pero Kor tiene razón. No estoy aquí por eso.

—Hoy he hecho unas fotos y un vídeo que compartiré cuando pueda —digo. Tendré que averiguar si es seguro subir archivos al ordenador de Georgie sin que note nada raro en mis actividades—. Y sé dónde se mantiene la documentación escrita de las innovaciones de los Hacedores, aunque todavía no tengo acceso.

Esa fue una revelación emocionante en mi clase de Testamentos. Le explico a Kor lo que hemos aprendido sobre los *Testamentos de los Gremios*, los más venerados de todos los Testamentos. Transcriben las innovaciones y descubrimientos de cada gremio, pero cada Testamento solo puede ser visto por los miembros de ese gremio. Se guardan en una parte muy vigilada de la biblioteca.

—Entonces, ¿podrás acceder a esos documentos una vez que estés en un gremio?

—Técnicamente solo podré ver el Testamento de mi propio gremio, pero una vez tenga acceso a esa parte de la biblioteca, veré qué más puedo encontrar.

—Muy bien. Así que entrar en un gremio debería ser tu objetivo principal. Intenta que sea el biocientífico. Parece que estos Testamentos pueden ser un atajo a muchas de nuestras necesidades. Comunicaré esta información y averiguaré si la Cámara Interior o el Oculus tienen más instrucciones para ti —dice para finalmente lanzarme una de sus miradas conmovedoras—. Ada, este es un comienzo increíble. Lo estás haciendo muy bien.

Termino la llamada con un vigor renovado, aunque no hemos hablado sobre mis preocupaciones. Ni siquiera le he contado a Kor lo que pasó con los guardias. Pero es que siempre he anhelado la alabanza de Kor como una flor el sol y su clara aprobación de lo que he logrado hasta ahora me tiene haciendo la más motivadora de las fotosíntesis.

Kor le transmitirá a las Familias que estoy teniendo éxito en mi misión y sé en qué debo concentrarme. Averiguar más sobre las ubicaciones y la extensión del mundo de los Hacedores, aprender a utilizar mis habilidades de sire y entrar en un gremio para poder acceder a los *Testamentos de los Gremios* son cosas que se pueden hacer sin ser actividades sumamente peligrosas.

Incluso si debo enterrar mi móvil de nuevo en la caja de los tampones y jamás volver a husmear en otra oficina, todavía puedo ser útil.

Puedo hacerlo.

10

Génesis tiene la cantina escolar más utópica que he visto nunca. Todos comen despacio y con intención; la comida es fresca y tiene más color que los mismos productos de mi casa. Quiero decir, no te equivoques, sigue habiendo una mesa de los populares (tienes tres intentos para adivinar quién se sienta allí), pero queda compensada por el buen ambiente general de la sala, por no mencionar el improvisado cuarteto de cuerda que está tocando a Brahms.

Hypatia se nos unió a Georgie y a mí en nuestra mesa. Parece agotada, más pálida que durante la clase de ha'i de esta mañana, y apenas prueba la comida. Yo tampoco me encuentro bien. A pesar de mi llamada con Kor ayer, sigo con los nervios a flor de piel por el cacheo de la Guardia. Pero no estar sola, y sin duda comer un buen almuerzo me está ayudando a remontar.

Mientras me deleito con pan de hierbas recién horneado untado con mantequilla de arce y ajo y un sabroso paté de nueces, Georgie e Hypatia coinciden en un tema que las entusiasma: las aerojustas.

Hypatia le habla a Georgie:

—Espero que no te hagas ilusiones de que los artesanos se vayan a clasificar en el torneo. El equipo de tu gremio es pésimo.

—Sí, realmente lo son —contesta Georgie con un suspiro.

A medida que avanza la conversación, deduzco que una aerojusta es exactamente lo que parece, una justa como las que se celebraban a caballo en las ferias del Renacimiento, pero montados en aerotablas. Los jugadores se precipitan unos sobre otros con las

lanzas levantadas y tratan de golpear el escudo de su oponente o, mejor aún, derribarlo de su aerotabla. Suena impresionante: Hypatia insiste en que ella y Georgie me enseñarán a jugar hoy después de las clases. La discusión que mantienen gira en torno a si los codificadores o los bios ganarán el primer puesto en el torneo de este año.

—El título será para los codificadores, seguro. Con Hera como capitana su equipo se ha revitalizado, además está invicta —dice Georgie entusiasmada.

—Tal vez antes que Rafe se uniera a los bios, que también está invicto, y Hera tiene la tendencia a... —dice Hypathia igual de emocionada.

—No digas nada negativo sobre Hera Earhart en mi presencia —interrumpe mientras mira con nostalgia hacia una mesa donde se sientan dos chicas negras. Supongo que una de ellas debe de ser Hera—. Posiblemente sea mi futura esposa y se comerá vivo a ese arrogante niño bonito.

—Es una descripción exacta de mi primo —dice Hypathia con una risita.

Levanto la cabeza.

—¿Es tu primo?

—Hablando del diablo... —dice Georgie.

Me giro y veo un hermoso ceño fruncido. Raphael «Rafe» Vanguard se sienta en la mesa popular y nos mira directamente.

—Hypathia, ven a sentarte aquí.

Hypatia pone los ojos en blanco y le lanza un beso, pero no se levanta. Los ojos de Rafe arden de ira, pero no contra ella, sino contra mí.

—¿Por qué son tan...? —digo con un gesto de la mano indicando el distanciamiento general de Rafe y sus amigos.

—Porque se creen mejores que nadie —dice Georgie.

A Hypatia no parece molestarle la valoración de su primo. Ella continúa:

—Un grupo de nosotros, en su mayoría sire, fuimos transferidos aquí temporalmente de la otra escuela de Hacedores, la academia Avant. Corren rumores de una brecha en la seguridad en Avant y, con todos los secuestros de sire, el Consejo pensó que estaríamos más seguros aquí.

Me pregunto si las Familias han hecho progresos en confirmar si Ozymandias Tech está detrás de estos secuestros. Necesito recordar preguntarle a Kor al respecto la próxima vez que hablemos.

—La mayoría de vosotros me caéis bien —admite Georgie—. Pero los de la Guardia Avant dan miedo —dice, y se vuelve hacia mí para explicármelo—: hay entrenamiento militar en la Academia de Avant. Se les reconoce porque llevan anillos de hueso —añade levantando la mano y moviendo los dedos— y porque tratan como basura al resto. Especialmente *él* —dice mirando a Rafe—. Tengo un moratón en el culo del tamaño de un pomelo, porque me caí después de que él chocara contra mí el otro día. Y ni siquiera se disculpó —apunta, y se gira hacia Hypatia—. Lo siento, entiendo que es tu primo, pero es un imbécil. Por ejemplo, ¿por qué le importa que estés sentada con nosotras? ¿Solo porque somos reclutas?

—Puede ser muy sobreprotector conmigo —dice Hypatia, y se pasa la lengua por los dientes—. Toda mi familia lo es porque enfermo a menudo. Pero eso no quita que Rafe definitivamente sea un imbécil a ratos.

—Odio mucho tener la Guardia Avant alrededor de Arcadia —dice Georgie—. Parece que cada día hay más.

—Están muy preocupados por los secuestros y quieren seguridad extra para todos los sire.

Kor había dicho que habían elegido Génesis específicamente por su falta de militares. Oh, vaya...

—¿Qué harían si realmente encontraran un intruso? —pregunto tratando de sonar casual.

Muerdo una mora y un jugo dulce me salpica la lengua. Yo misma coseché este lote de las moreras durante la clase de Agricultura de esta mañana. Aprendimos todo sobre la historia de la mora de los Hacedores, una superplanta llena de nutrientes naturales que aumenta la energía. Hypatia se lo piensa un momento antes de responder:

—Los Hacedores suelen ser pacifistas, pero no la Guardia Avant. Ellos están entrenados para proteger nuestros secretos cueste lo que cueste.

«Cueste lo que cueste». Genial. No es moco de pavo. No es como si ayer trataran de detenerme o algo así. Trato de tragar la mora ya masticada a través del doloroso nudo en mi garganta.

Hypatia se tapa la boca con la mano mientras mastica su propia mora, pero sus grandes ojos avellanados se desorbitan al mirar hacia la mesa de Rafe. Un chico enjuto con chaqueta con capucha toma asiento junto a Rafe. Lo reconozco como el chico que dormía junto a él en el vagón de tren del Atlas.

—¡Ese es Simon Sanzio! —grita Hypatia con su ceceo más pronunciado que de costumbre—. También es de Avant. ¿No te parece seductor?

No encuentro en absoluto seductor a Simon de Avant. Primero, porque que es al menos dos años más joven que yo; segundo, porque tiene una espalda muy encorvada; y tercero, porque su cara está cubierta de acné.

—Cualquiera diría que una sociedad utópica ya habría curado los granos —digo.

—¡Ada! —dice Georgie empujándome, y sé que me lo merezco.

—Los hemos curado —resopla Hypatia—, pero Simon se olvida de usar su tintura. Su mente está muy ocupada componiendo canciones.

Oh. Me pregunto si puedo conseguir esta tintura para mis brotes del síndrome premenstrual.

—Está en una banda y toca la zanfona —dice Hypatia, que está claramente pillada por este tipo. Después balbucea—: Está en el gremio de los artesanos, pero tendrá que presentarse en el Quórum para cambiar de Avant a Génesis. Tengo que averiguar cómo hacer que me invite al Carnaval.

—No puedes ir al Carnaval hasta los quince años —dice Georgie. Faltan muchos meses para el festival, pero ya he oído a muchos aprendices refunfuñar por no poder ir.

—Sí, sigo trabajando en resolver ese asunto —contesta Hypatia mientras evalúa si a Georgie y a mí nos puede utilizar en la trama que está urdiendo.

Yo tengo la intención de conservar mis manos limpias y mantenerme alejada de cualquier incumplimiento de las normas que pueda llamar la atención.

—Así que, si Simon es una transferencia, ¿significa eso que también es un sire? —pregunto.

—No —dice Hypatia—. Vino porque es una valquiria. Rafe lo eligió de Avant y él lo escoltó hasta aquí el día en que llegaste.

—¿Qué es una valquiria?

Hypatia me mira como si acabara de preguntar qué es la luna, pero antes de que pueda obtener una explicación suena una voz familiar:

—Aprendiz Castle, ¿tienes un momento?

Michael es tan alto que tengo que estirar el cuello para ver su cara de preocupación. El pico en mi pulso podría ser por el miedo de que esté a punto de arrestarme por fisgonear en su oficina, o podría ser por la vergüenza del jugo de mora que me resbala por la barbilla. Me apresuro a coger una servilleta.

—Eh, claro. Estaba a punto de ir al laboratorio sire.

Estoy nerviosa y emocionada por ir a una clase con oficiales que son más de mi edad. Bueno, no es una clase exactamente. Génesis más que una escuela es más bien una comunidad. Solo los aprendices que todavía no se han unido a los gremios son considerados estudiantes. Los miembros de los gremios tienen «laboratorios», «conservatorios» y «estudios», que son entornos de colaboración que incluyen tanto a adolescentes como a adultos.

—Puedo acompañarte —se ofrece Michael. Su sonrisa amistosa me confirma que no me espera una bronca sobre mis investigaciones en su oficina, así que me relajo. Y su oferta es un alivio. No sé muy bien dónde está el laboratorio de los sire y todavía no me atrevo a caminar sola por la escuela después de mi incidente. Hablando de eso...

—Me enteré de lo de ayer —dice Michael mientras andamos fuera de la cafetería—. Siento mucho cómo te trató la Guardia.

Al entrar en el Equinoccio, se me contrae el pecho al recordar lo que ocurrió en esta sala.

—No pasa nada. Los demás me han apoyado mucho.

Michael deja de caminar y me pone la mano en el hombro. No es que sea un gran gesto. Estoy tranquila, pero Michael parece realmente molesto.

—El maestro rector Bloche me ha asegurado que el capitán de la Guardia Avant ha recibido instrucciones firmes sobre lo que será tolerado mientras están desplegados en Arcadia.

—Gracias.

Sigue sujetándome el hombro. Vale, quizá no estoy tan *chill* al respecto.

—Lo digo en serio, Ada. Me aseguraré de que siempre estés a salvo y te traten con respeto.

Sus ojos son feroces y, por un instante, creo que podría mantenerme a salvo de cualquier cosa.

—¡Hola! —interrumpe una voz alegre.

Michael me retira la mano del hombro y da un paso atrás. Se vuelve para sonreír a Kaylie, quien nos mira con su característica sonrisa radiante.

—No te había visto abajo —le dice a Michael—. Venía a buscarte.

No me había dado cuenta de que los dos eran amigos.

—¿Cómo te estás aclimatando? Justo pensaba en que debería enviarte una paloma para comprobar si habías sufrido algún efecto secundario a las vacunas.

—No, todo está genial.

—Maravilloso, avísame si algo cambia —dice Kaylie, que se acerca a Michael y le alisa la corbata—. Te olvidaste de la comida en el huerto, ¿verdad?

—¡Uf! —exclama, y se palpa la frente—. Lo siento mucho.

—No te preocupes. Todavía tenemos mucho tiempo —dice ella con una sonrisa cariñosa, como si estuviera acostumbrada a que esto pase.

¿Van a tener una cita? No es que me importe. Tendría sentido. Kaylie es solo uno o dos años mayor que Michael, y es dulce, guapa e inteligente.

—Gracias por aguantarme —le dice Michael guiñándole un ojo—. ¿Sabrás encontrar el camino al laboratorio? —me pregunta. Cuando

asiento con la cabeza, Kaylie enlaza su brazo con el suyo y se dirigen hacia la entrada.

Está bien. Harían una bonita pareja, y yo soy perfectamente capaz de encontrar el camino al laboratorio sire por mi cuenta. Vaya...

Resulta que no soy capaz de llegar hasta el laboratorio sire por mi cuenta. Primero, subo demasiadas escaleras y acabo en un cavernoso observatorio de astronomía. Cuando retrocedo, encuentro un laboratorio, pero no es el que buscaba. Un grupo variopinto está mezclando un líquido viscoso en un caldero maloliente y me indican la dirección correcta.

Cuando por fin encuentro el laboratorio adecuado, una mujer con hiyab me da la bienvenida y se presenta como la maestra Hayyan.

—Aquí experimentarás y aprenderás a ampliar el potencial de tus habilidades sire —dice.

Hay unas veinticinco personas más en la sala, la mayoría trabajando en parejas, con edades comprendidas aproximadamente entre la mía y la de mis padres. Mis ojos se fijan en el único rostro familiar: Rafe. No me había dado cuenta de que también era un sire, pero supongo que tiene sentido, ya que está entre los transferidos. Lleva el pelo rubio recogido y las mangas arremangadas hasta encima de los codos, revelando unos antebrazos musculosos bronceados por el sol. Trabaja con una chica de piel morena tan alta como él. Su pelo, una mezcla de mechones castaños y rubios, está peinado en una gruesa trenza que le llega hasta la cintura. Lleva también un collar en forma de serpiente y la gema gremial verde de los alquimistas en la oreja. Pero ninguno tiene un diamante de sire. Mis ojos se dirigen a sus dedos, donde ambos llevan un par de anillos a juego, uno de diamante y otro de hueso. Hypatia me

mostró su anillo de sire y me explicó que en Avant llevan las gemas gremiales y las de nacimiento en los dedos en vez de en las orejas, también recuerdo que los anillos de hueso indican que son miembros de la Guardia Avant.

La maestra Hayyan me da una vuelta por la sala, mostrándome donde están los suministros y me cuenta algunos de los proyectos en los que trabajan los otros sire. Tres alumnos más veteranos mejoran un enorme gólem de dos metros y medio, que se utiliza para soldar en alta mar en las intervenciones y reparaciones del túnel Atlas. Otra pareja experimenta con el crecimiento de órganos como parte de una terapia hormonal para la transición de género que no requiere cirugía invasiva.

Cuesta imaginar que mis habilidades puedan hacerme capaz de realizar este tipo de cosas, así que me siento asombrada e intimidada a partes iguales.

Todo lo que me han enseñado hasta ahora ha reforzado la idea de que gran parte de la ciencia perdida por la sociedad provincial es debido a su menoscabo de las habilidades de los sire. Si a los sire provinciales se les enseñara cómo utilizar su ha'i, eso podría transformar nuestra ciencia y nuestra asistencia sanitaria. Me pregunto cuántos sire están ahí fuera, con sus habilidades completamente dormidas, o reprimidas como hacia yo. La maestra Hayyan está segura de poder encontrar una manera para que los sire puedan compartir sus habilidades, si existe. El entrenamiento que obtendré en este laboratorio podría ser el conocimiento más importante que adquiera para las Familias.

—La mejor experimentación se produce a través de la colaboración —dice la maestra—. Así que vamos a buscarte un compañero.

Yo la sigo obedientemente en su camino a través de las parejas de estudiantes que trabajan, pero el temor me invade cuando veo a qué mesa se está acercando. Oh, no. Esto no acabará bien.

Se detiene delante de Rafe, quien está inspeccionando lo que podría ser un hígado humano, pero también un bazo porque no sé cuál es la diferencia. La chica alta a su lado está mirando a través de un complejo artilugio de lentes y latón, que creo que es un microscopio muy elegante.

—Aprendiz Castle, hasta que elijas tu gremio y por tanto el foco de tus estudios, los transferidos Vanguard y Keftiu serán buenos compañeros, ya que también son nuevos en el instituto.

—Maestra Hayyan —dice Rafe sin siquiera reconocer mi presencia —, en realidad Mbali y yo seguiremos trabajando solos.

Abre su navaja multiuso, que ahora sé que oficialmente se llama helioantorcha, aunque todos las llaman simplemente «cucharas», y enciende una llama bajo el órgano tambaleante que tiene delante.

—Oficial Vanguard —responde la profesora con firmeza—, era una instrucción, no una petición.

Rafe continúa su trabajo, imperturbable, antes de responder.

—Estoy seguro de que puede encontrar a alguien más para ayudar a la recluta.

La forma sarcástica de decir «recluta» deja claro que desearía decir algo totalmente distinto.

—En ese caso, estoy segura de que el equipo de aerojustas de biociencia tampoco necesitarán tu ayuda —replica la profesora con dureza.

Rafe cierra la cuchara, que es ostentosamente dorada, y levanta la vista. Su rostro permanece neutral.

—Eso es ridículo. No soy un aprendiz para que me regañen.

—La elección es tuya, oficial Vanguard.

Él la mira fijamente, pero no vuelve a objetar. La maestra Hayyan se vuelve hacia mí y me dice:

—¿Por qué no empiezas haciendo palomas mensajeras? Son gólems sencillos y una forma excelente de practicar.

Mientras la Maestra Hayyan se aleja, la chica alta me sonríe.

—Me llamo Mbali —dice con un acento fuerte y melodioso—. Lo siento por él —añade poniendo los ojos en blanco enfrente de Rafe.

Hay una clara camaradería y afecto entre ellos que me hace preguntarme si son más que amigos. Ella no es la misma chica que se aferraba a él en la cafetería antes, pero algo me dice que un montón de chicas se aferran a Rafe.

—¡Maldita sea! —exclama Rafe—. Solo porque el plan de estudios sire de Avant sea más avanzado que el de Génesis no significa que tengamos que perder el tiempo poniéndola al día.

Termina su pataleta y se aleja.

—No te preocupes —dice Mbali—. Yo te ayudaré.

Ella me explica brevemente el experimento que está haciendo con veneno de víbora. Rafe vuelve y deja caer una caja de arcilla delante de mí.

—Toma. Haz unas palomas.

Hundo las manos en la arcilla y saco un puñado. Es blanda e inmediatamente se amolda a la forma de mi palma.

—¿Qué es esto? —pregunto.

Rafe gruñe.

—¿La enviaron al laboratorio sire sin saber lo básico de los materiales preciosos? —se queja, y se masajea las sienes—. No me lo puedo creer. No soy una maldita niñera.

«Más bien un bebé llorón».

—No hables de mí como si no estuviera aquí —le espeto.

—¿Perdón? —pregunta sorprendido.

—Tú no eres mejor que yo, y ya ha quedado claro lo poco que sé sobre cómo funcionan las cosas aquí, así que no es necesario que sigas poniendo el dedo en la llaga.

Él levanta las cejas confundido y Mbali reprime una sonrisa. Rafe se yergue y me mira por encima de su nariz perfectamente perfilada, pero Mbali lo empuja a un lado antes de que suelte cualquier insulto que tenga planeado.

—Calma, chico —le dice.

Luego repasa conmigo, con paciencia y amabilidad, los materiales preciosos de los distintos gremios mientras voy tomando notas.

Materiales preciosos

Marga (artesanos): una arcilla fácil de manipular que es altamente porosa y conductora de ha'i. Buena para construir prototipos y gólems sencillos.

Vidriado (alquimistas): como el vidrio, pero más ligero y difícil de romper. No poroso. Se funde con facilidad para reutilizarlo sin generar residuos.

Savia (biocientíficos): compuesto biológico curativo. Ingrediente principal de los parches médicos.

Seda de araña (codificadores): tejido sintético, fino y ligero, pero prácticamente impenetrable. Se utiliza para las alas de los ornitópteros, los uniformes militares y deportivos, etc.

Dones (sofistas): tienen forma de moneda, no sé, me contaron algo acerca de una red neuronal. Se utiliza como dinero y cerebro motor de los gólems.

El concepto de los dones, la materia prima de los sofistas, me desconcierta.

—Creía que los dones era monedas —le comento a Mbali.

—Los dones se pueden cambiar como moneda, pero también se usan como fuente de energía de las redes neuronales.

—¿Así que estás diciendo que son... baterías?

—No es una mala comparación, pero no. Es más bien como un sistema nervioso básico. Por ejemplo, estas palomas necesitan ser

creadas y animadas, pero también necesitan un don que les dé la capacidad de volar siguiendo órdenes.

Suenan como chips de ordenador. Tendré que preguntárselo a Georgie más tarde. Los materiales preciosos parecen innovaciones básicas de las que el resto del mundo podría beneficiarse con facilidad. Parecen prácticos y sostenibles, no veo ninguna razón más allá del egoísmo de por qué no podrían ser para los demás. Tengo que aprender todo lo que pueda de los materiales preciosos y conseguir muestras para las Familias. Especialmente de savia, el compuesto que podría ser útil para el abuelo.

Mbali me muestra cómo extender la marga en finas láminas y dónde colocar el don. El patrón del plegado para formar la paloma resulta laborioso, pero práctico.

Mientras todos trabajamos, Rafe me ignora, aunque está demasiado presente para que yo pueda hacer lo mismo. Es como una tormentosa nube de descontento y calor. ¿Conoces esa teoría que dice que la gente se vuelve menos atractiva si tiene mala personalidad?

Es mentira.

Una vez que completo algo reconocible como una paloma, Mbali dice:

—Un gólem no puede funcionar hasta que lo anima un sire. Rafe es particularmente habilidoso en animación, así que te lo demostrará.

Al parecer, la oportunidad de presumir es suficiente para que Rafe deje de hacer ver que no existo. Él extiende su mano en forma de shiin sobre el pájaro y entonces el ser que hice con mis propias manos revolotea en el aire. He visto gólems paloma antes, sin embargo, tengo el corazón en la garganta al pensar que ayudé a crear esta cosa milagrosa. Además, significa que podría aprender a

usar las mismas habilidades de las que pasé tanto tiempo teniendo miedo para brindar algo con vida.

—Un excelente primer gólem —dice Mbali.

—Pero la construcción es demasiado chapucera para un uso real —interviene Rafe. Y antes de que pueda detenerlo, hace el shiin de nuevo y desanima la paloma, que cae sin vida en su mano. Rafe saca el don y empuja la marga de nuevo a la caja. Todo mi trabajo minucioso y preciso se funde con el resto del bulto informe, mi sentido del logro aplastado justo ahí.

El resto de los oficiales ya han empezado a recoger y a salir del laboratorio. Mbali se despide de mí con la cabeza y aprieta suavemente el brazo de Rafe antes de hacerlo también. Rafe coge la caja de marga para guardarla, pero intervengo:

—Puedo limpiarlo yo.

—Yo lo haré. Preferiría que te alejaras de las provisiones. No quisiera que robaras nada.

Mi indignación solo se ve ligeramente atenuada por el hecho de que tenía la intención de guardar los materiales para tal propósito.

Pero no voy a tolerar el insulto, así que extiendo la mano para obligarlo a soltar la caja. Cuando mis dedos rozan los suyos, siento el mismo cosquilleo que cuando nos tocamos en el tren, casi como si mi ha'i reaccionara al suyo. Él también lo siente, porque se aparta tan violentamente que da un codazo contra un estante de vasos de precipitados, provocando una sinfonía con vidriado que cae repiqueteando y rodando por todo el suelo.

—Por favor, vosotros dos, limpiad eso antes de marcharos —dice la maestra Hayyan antes de salir de la habitación.

Rafe aprieta tanto la mandíbula que oigo rechinar sus dientes. Aparentemente el vidriado no se hecho añicos, así que la limpieza es

sencilla, pero estar a solas con Rafe me provoca un fuerte impulso de huida.

Cuando terminamos, él es el primero en hablar:

—Vete de aquí —dice con sus brillantes ojos azules y los antebrazos flexionados, con los músculos tan tensos como los de un depredador a punto de abalanzarse—. Que sepas que voy a estar observando todos tus movimientos. Y también la Guardia.

¿Qué tiene que ver la Guardia?

—Espera, ¿fuiste tú quién les dijo que me registraran?

No contesta, pero sé que fue él. Es un imbécil.

—¿Qué tienes en contra de mí?

—No confío en ti. Sé que estás maquinando algo y quiero mantener a mi gente a salvo en vez de dejarme engatusar por tu actuación —añade con una voz profunda y oscura como un trago de café solo, y me provoca la misma mezcla de amargor y ansiedad.

No puede saber nada. Simplemente no confía en mí porque es un fanático.

—Y aléjate de Hypatia.

—Es mi amiga.

—Haz nuevos amigos —dice invadiendo mi espacio personal. Instintivamente, doy un paso atrás, golpeando el escritorio que está detrás de mí.

Sus ojos son fieros y de repente me siento como una presa.

—¿Y si no lo hago?

—Mala hierba, ¿por qué intentas provocarme? Necesitas mejorar tus instintos de supervivencia.

Sus sedosas palabras flotan en el aire y sus brazos me aprisionan contra el escritorio, acelerando mi pulso.

—No te tengo miedo —digo con una voz que suena más valiente de lo que me siento.

Da un paso más y elimina la última distancia que nos separaba. Está tan cerca que puedo olerlo. Por supuesto que huele increíble, como el cuero, las especias y la seducción. Sus ojos se clavan en los míos, implacables y calculadores. Se inclina hacia mí y dejo de respirar cuando me susurra al oído:

—Deberías tenerlo.

Siento su aliento en mi piel con un calor que me hiela. Un músculo de su cuello se tensa al tragar. La ráfaga de su exhalación hace volar un mechón de pelo de detrás de mi oreja y se acerca a mi cara como si quisiera tocarla, pero algo le detiene. Veo una chispa de confusión en sus ojos antes de darse la vuelta y abandonar corriendo la habitación.

Cruza el umbral de la puerta antes de que vuelva a inhalar. Mi corazón late tan fuerte que el pecho me duele... y siento algo más.

11

Cuando más tarde viene Hypatia a arrastrarme al aeroparque, casi me niego en redondo. Por muy guay que suenen las aerojustas, no estoy aquí para divertirme, y lo que tenía en mente era hojear el libro de anatomía, que me han dado en unas de mis clases de esta mañana, para ver si encuentro alguna pista de mis próximos pasos en la búsqueda de una cura para el abuelo. Pero entonces recuerdo a Rafe diciéndome que me mantenga alejada de Hypatia, y quiero que se fastidie: voy a ir a aprender sobre las aerojustas con mi amiga.

Sigo a Hypatia a través de la niebla del bosque hasta donde Georgie nos espera, a la entrada de un claro. Georgie está sosteniendo algo muy parecido a una tabla de *snowboard* y me apresuro a examinarla con excitación. Me encanta el *snowboard*. Es algo que se me da realmente bien y esto supera cualquiera de sus tablas. Siento que mi pecho se hincha de agradecimiento cuando ella me pasa la aerotabla. De todas las cosas que he visto desde que llegué a este lugar, que incluyen palomas voladoras de origami y la visión de chicos muy *hot* en calzones medievales, nada se le iguala.

Al adentrarnos en el claro, hay una gran sección plana con carriles separados que Hypatia me dice que se llama aerotatami. El resto de la zona parece un elaborado parque de *skate* construido dentro del bosque con pendientes, puentes y toda clase de obstáculos.

Admiro la aerotabla entre mis manos, ansiosa por montarme.

—Es un gran modelo —dice Georgie—. Mi madre me la regaló como consuelo por mi dificultad para adaptarme aquí. Me hizo sentir mejor durante un minuto hasta que me di cuenta de que no podía montar en esta sin... ¡cuidado! Vas a...

Pero ya estoy en la aerotabla y subo disparada una de las rampas. Hay una sutil tensión de magnetismo que reverbera a mi alrededor con un zumbido suave, pero audible.

—Cada vez que me subo a esa cosa acabo torciéndome una parte de mi cuerpo y, por lo general, también la de otra persona. ¡¿Cómo se te da tan bien?! —grita Georgie.

—Suelo practicar *snowboard* —respondo mientras inclino la tabla para darle el impulso necesario para atravesar el túnel, y luego cambio fácilmente de un lado de la cadera al otro para desviarme por un laberinto de setos. Georgie, Hypatia y los demás quedan ahora fuera de mi vista.

La aerotabla es muy intuitiva. Voy jugando, viendo lo que puede hacer y cuáles son sus límites. No puede ir más allá de unos pocos metros de la superficie magnética, pero es increíblemente sensible al tacto.

Tengo la cabeza despejada por primera vez en mucho tiempo. No estoy pensando en mis obligaciones con las Familias, ni en lo decepcionado que estará Michael cuando no pueda entrar en un gremio, tampoco en el miedo y la humillación de ser detenida y registrada por guardias, porque un guapo imbécil quiere intimidarme. Simplemente disfruto de existir. Salgo del laberinto y me deslizo por un puente. Mi pelo se suelta de su atadura y me da latigazos en la cara, oscureciéndome la visión y colándose en mi boca. Me arden los pulmones por el escozor del aire fresco. Mientras hago un truco con la tabla oigo vítores.

—¡Por el Conductor! ¡Mírala!

—Debe de haber hecho esto antes, ningún novato es tan bueno con una aerotabla.

Cuando por fin me detengo enfrente de Georgie e Hypatia, se ha congregado una multitud alrededor. Llamar la atención no era mi intención y es lo último que necesito. Pero no tengo tiempo para preocuparme, porque ya lo están Georgie e Hypatia.

—¡Ha sido increíble! —exclama Georgie—. Tienes que enseñarme algunos de esos trucos. Bueno, primero tienes que enseñarme a mantener el equilibrio y deslizarme en línea recta.

Todas nos reímos.

—¡Seguro que te reclutan para el equipo de tu gremio después del Quórum! —dice Hypatia con los ojos color avellana brillando de emoción—. Y entonces viviré la emoción indirectamente a través de ti.

Hypatia también se presentará en el próximo Quórum, ya que acaba de cumplir la mayoría de edad para unirse a un gremio, aunque ella me ha explicado que su familia no le permite participar en las aerojustas por el problema de salud. Tengo curiosidad por su misteriosa enfermedad, sobre todo porque las dolencias son poco comunes entre los Hacedores con su avanzada medicina. Supongo que si quiere que sepa algo ya me lo dirá con el tiempo.

—Veamos cómo lo haces con una lanza —dice Georgie—. No puedo esperar a ver cómo te va en una justa. Tienes que usar casco en el aerotatami.

El casco que me lanza tiene la forma de los que usaban los antiguos caballeros, pero el material no es el de una armadura brillante. La pieza principal está acolchada de seda de araña y la visera de vidriado es totalmente transparente.

Hypatia suspira del esfuerzo mientras me entrega una lanza. Es más alta que yo y más pesada e incómoda de sostener. Colocan una

diana en el centro de uno de los carriles del aerotatami, para que practique con la lanza antes de un combate real contra otra persona.

Puede dárseme bien la aerotabla, pero apenas logro sostener la lanza. Se me cae en mi primer y segundo intento. En el tercero llego al final del carril sosteniendo la lanza, aunque no acierto a ninguna parte cerca del objetivo.

Me quito el casco tras varios intentos infructuosos, dispuesta a dar un descanso a mi brazo armado. Hypatia parece cautivada con algo que está más allá de mi hombro, así que me giro para mirar.

Ah, ahora lo entiendo. En el borde del claro, un sudoroso Simon Sanzio está entrenando brazos y hombros con mancuernas. Es Kaylie quien lo entrena, ayudándolo a trabajar un músculo específico de su espalda. De repente, tengo algunas preguntas sobre por qué Hypatia insistió en que viniéramos aquí a una hora concreta del día. Hay que respetar el empeño que le mete...

—Es un lugar extraño para un entrenamiento. ¿Por qué no van al gimnasio? —pregunto.

—Necesitan el cielo abierto —explica Hypatia mientras entrelaza una flor en su rubia trenza—. Simon necesita trabajar la fuerza de sus alas.

Me quedo bloqueada por unos instantes, preguntándome si he oído bien.

Resulta que sí.

Mientras lo observo, Simon extiende sus alas. Sí. Alas.

No son alas plumosas de ángel o de gasa de hada. Son grandes y lo suficientemente fuertes para sostener un cuerpo humano. Están compuestas de músculo y huesos, cubiertas de piel.

Valquirias. Entendido.

No estoy segura de poder creer lo que ven mis ojos cuando Simon bate las alas y se eleva del suelo.

Kor se moriría por ver esto. Siempre ha estado obsesionado con las criaturas mitológicas, cosa que no entendí hasta que me enteré de la historia de los Hacedores y la creencia de Kor de que algunas de esas criaturas pueden ser reales.

—¡Puedes hacerlo, Simon! —lo anima Kaylie—. ¡Te estás haciendo más fuerte!

Pero se nota cómo Simon no se siente muy seguro en el arte de volar. Con la cara roja por el esfuerzo, empieza a subir más y más alto, hasta que coge una corriente y sale planeando con una alegre exclamación hacia las copas de los árboles.

Saluda con la mano a Hypatia.

Ella se lo devuelve con un rubor complacido y se tapa la boca para ocultar una amplia sonrisa.

—¡No tan alto, Simon! —grita Kaylie.

Justo en ese momento, sus alas flaquean y se estrella contra un árbol cercano.

Un árbol muy alto.

Una de sus alas está torcida en un ángulo extraño y su cara se contorsiona con una mueca.

—No te preocupes, voy a buscarte —le grita Kaylie. Luego se dirige a Hypatia—: Puedo estabilizarlo, pero ve a por Grey. Necesitaré ayuda para bajarlo.

Hypatia sale corriendo con cara de preocupación. Se reúnen más curiosos, animando a Simon.

Kaylie se quita la chaqueta y me doy cuenta de que está mucho más delgada de lo que creía. Debajo de la chaqueta, lleva una camisola con la espalda al aire y observo con asombro cómo despliega sus alas.

Las agita y revolotean.

Kaylie tiene alas.

No puedo evitar mirarla. Incluso a unos metros de distancia, percibo que la piel de las alas parece más dura que el resto de la de Kaylie, y que es ligeramente iridiscente. Las alas son hermosas de una extraña manera. Todavía más hermoso es ver a Kaylie saltar con gracia, batir las alas y elevarse hasta las copas de los árboles, con el pelo cobrizo ondeando a sus espaldas como llamas danzantes.

Todos observamos cómo Kaylie aterriza en una rama encima de Simon. Enseguida pienso en los ángeles de *El nacimiento de Venus* de Botticelli. Me preguntaba si Kaylie no sería descendiente suyo por su apellido. Incluso se parece a Venus por su tez pálida y su pelo rojizo.

—Parecen sacados de un cuadro —le digo a Georgie con asombro.

—Literalmente —responde ella—. La mitad de los cuadros que has visto de ángeles eran valquirias originales, a quienes se les llamó ángeles solo después de que las valquirias vivas se escondieran. Algunos cuadros, como los de Botticelli, fueron alterados para que las alas parecieran más angelicales y resaltar así ese cambio. Lo aprendimos en el seminario de Fundamentos.

Hay un transferido de Avant, uno de los amigos de Rafe, cerca de nosotros, y no para de hacerle miraditas a Georgie, porque al parecer una recluta que respira el mismo aire que él es una indignidad. Le hago un gesto con el dedo corazón. No sé si saben lo que eso significa por aquí, pero parece captar el mensaje y se aleja.

—Ni te molestes —refunfuña Georgie—. Es mejor ignorarlos.

—Si tú lo dices —respondo a regañadientes—. ¿Así que asumo que Botticelli era un Hacedor?

—No, no lo fue. No solo eso, sino que fue testigo para denunciarlos. Incluso quemó algunas de sus obras que representan las innovaciones heréticas de los Hacedores durante la hoguera de las vanidades.

Recuerdo vagamente haber oído hablar de la hoguera de las vanidades, que tuvo lugar en Florencia, y hago una nota mental para averiguar cómo encaja con la Inquisición siendo la responsable del exilio de los Hacedores.

—Pero tenía valquirias que a menudo actuaban como sus musas antes de que se escondieran durante el Éxodo.

—Espera —digo cuando sus palabras calan hondo—, ¿innovaciones de los Hacedores? Así que estás diciendo que los Hacedores...

—Crearon a las valquirias, sí. Son un ejemplo del tipo de ciencia por la que los Hacedores fueron exiliados en su afán de mejorar la creación original del mundo.

Kor había dicho que los unicornios también eran experimentos de los Hacedores, y ahora que sé que existen seres humanos alados, parece lógico formular la siguiente pregunta:

—¿Son reales los unicornios?

Georgie se ríe.

—Deberías ver la cara que pones. Son reales, pero extinguidos. Creo que el último unicornio murió hace unos ochenta años.

¿Por qué me siento triste por la pérdida de algo que ni siquiera sabía que existía hasta ahora?

—Pero los caballos de viento siguen por aquí. Tienes que pedirle al maestro Botticelli que te presente a Peggy.

—Así que si los Hacedores pueden hacer de todo —digo con un gesto hacia la gente alada que está encima de nosotros—, entonces, ¿pueden curar el cáncer también?

—Supongo que algunos tipos.

—¿No te molesta que no hayan compartido eso con nuestro mundo normal?

Se queda pensativa un minuto y contesta:

—Antes de conocer la existencia de los Hacedores, mi abuela tenía una forma de cáncer muy curable. El coste del tratamiento, eso sí, era tan alto que dilapidó los ahorros de toda su vida en un año. No se lo dijo a mis padres, pero descubrimos tras su muerte que, cuando se le acabó el dinero, empezó a reducir y dosificar los medicamentos, e incluso dejó de tomar los que necesitaba para combatir los graves efectos secundarios. Había farmacias llenas de la medicación que podrían haber reducido su sufrimiento y haberle salvado la vida, pero no podía permitírselo y murió a los cincuenta años de algo totalmente tratable.

—Lo siento mucho.

Sé lo que es tener un abuelo enfermo. Su historia es muy trágica y definitivamente no es la primera vez que oigo hablar de situaciones como esta. ¿Por qué nuestro mundo es tan cruel?

—Así que lo que quiero decir es que mi experiencia con la sanidad era que existían muchas curas a las que solo algunos podían acceder. Y al menos aquí tratan a cualquiera que lo necesite.

Tengo mil preguntas más, pero me distrae el aullido de Simon. Levanto la vista y lo veo resbalar de un pie. Se agarra a una rama y queda colgado, sus pies patalean, tratando de encontrar algo de apoyo abajo, pero no hay nada.

Kaylie lo ayuda a sujetarse, pero la rama está medio muerta y a punto de astillarse. Ella se agacha para agarrarlo, pero sus alas flaquean tan pronto como lo intenta.

—No parece tan pesado —digo.

—Oh, ella podría levantarlo en el suelo —explica Georgie—, pero las alas de las valquirias solo son lo suficientemente fuertes para llevar el propio peso corporal y tienen que ser ligeras para eso.

La rama de la que cuelga Simon es alta. Si se cae, se romperá algunos huesos, o algo mucho peor.

Tengo una idea.

Corro hacia el árbol. Nunca he hecho nada como esto antes, pero siempre se me han dado bien las plantas. Si entiendo mis habilidades correctamente, debería ser capaz de conducir ha'i a través del árbol para fortalecer lo suficiente sus ramas para que sostengan el peso de Simon hasta que llegue más ayuda.

Al formar con mis dedos el shiin, siento la aspereza de la corteza bajo mi palma. Cierro los ojos e intento encontrar el pozo de ha'i dentro de mí, como me enseñó la maestra Liu. Imagino que canalizo la línea de energía hacia el árbol. Kaylie grita apoyándome, cree que puedo hacerlo.

Pero no ocurre nada.

¿Quizá las hojas de las ramas inferiores son más verdes? Esto no es suficiente para curar una rama moribunda.

A estas alturas Simon está sollozando.

—Solo un poco más —le dice Kaylie—. Tu hermano está en camino.

—¡Aguanta, Simon! —dice una voz profunda que retumba mientras un hombre sin camiseta viene a toda velocidad a través del cielo desde la dirección del pueblo. Con una complexión delgada que marca sus ondulantes músculos, bate un par de alas mucho más grandes que las de Kaylie. Este debe de ser Grey, el hermano de Simon. Tardo un momento en reconocerlo a lo lejos, pero es el guardia canoso que me registró el otro día.

Oigo un sonido como el chasquido de un látigo cuando la rama se rompe.

Simon está cayendo a cámara lenta directamente encima de mí.

—¡Simon! —grita Grey, volando hacia nosotros. Pero no hay manera de que llegue hasta aquí tan rápido. Apenas hay tiempo para que ordene a mi cuerpo que se mueva fuera de la trayectoria.

Simon choca contra mí y mis pulmones se quedan sin aliento, colapsamos en una maraña de alas y extremidades. Se me nubla la visión cuando mi cabeza se estrella contra el suelo, nuestras caras chocan y mis dientes parten su mejilla abierta como un melocotón demasiado maduro. El sabor metálico de la sangre me llena la boca.

Intento escupir la sangre, pero hay demasiada. Un poco es mía y otro poco, de Simon. Siento cómo esta me va ahogando.

Oigo voces, pero suenan lejanas, como si estuviera debajo del agua.

—¡No los toques! —chilla Kaylie mientras se abalanza sobre nosotros.

—Simon, ¿estás bien? —ruge Grey. Después su voz suena más cercana a mi cara, aunque borrosa a través de los ruidos en mi cabeza—. Gracias por detener su caída. Puede que le hayas salvado la vida.

12

«Un largo viaje en aerotabla. El sonido de un trueno. Simon sobrevolando Rafe, quien está tumbado en un campo de flores rojas. Una hermosa chica desconocida sirviéndole vino a Kor».

Cada vez el sueño es algo diferente, pero hay partes que son siempre las mismas. He tenido problemas para dormir todas las noches desde el incidente del bosque. Mis heridas se curaron rápidamente debido a mis habilidades sire, pero los sueños extraños me persiguen.

Estoy tan cansada que me quedaría dormida en esta silla si la materia no fuera tan fascinante.

—El hecho de que Da Vinci tuviera novio no es un secreto de los Hacedores —dice Michael—. De hecho, está bien documentado en la historia provincial si sabes dónde buscar.

Estamos en un seminario sobre los Fundamentos de la cultura de los Hacedores, charlando de su historia antes del Éxodo (incluyendo a Luca Pacioli, padre de la contabilidad tal y como la conocemos, pareja de Leonardo da Vinci, aunque se separaron cuando Pacioli se unió a los Hacedores en Avant y Da Vinci se quedó en Italia). El maestro Loew —Michael— dirige el seminario de los Fundamentos, ya que es el experto residente sobre las relaciones entre la sociedad de los Hacedores y las del mundo provincial. El seminario se celebra en una alcoba de la biblioteca. Es un grupo reducido totalmente compuesto por reclutas, incluyendo a Georgie y a sus padres.

También hay una sofista llamada Gloria, quien debe de tener unos treinta años y fue reclutada hace diez. Ella sabe ya todo lo que aprenderemos, y estoy segura de que solo viene a estas clases para ver a Michael. Lo cual me parece comprensible. He descubierto que el hecho de que Michael forme parte del profesorado no hace más fácil ignorar sus hoyuelos. Pero él no la desalienta. Honestamente, le mete entusiasmo cuando debaten. Eso parece.

El hecho de que Da Vinci desestimara unirse a los Hacedores desemboca en una discusión sobre los muchos otros candidatos que, a lo largo de los años, los Hacedores no pudieron reclutar. Uno de ellos fue Rembrandt, quien se resistió a múltiples intentos de reclutamiento a pesar de las dificultades personales que vivió en el mundo provincial.

Pienso en el cuadro colgado en el despacho de Bloche. Saber que Rembrandt quería de corazón mantenerse a sí mismo y a su arte en el mundo provincial hace aún más despreciable la idea de que los Hacedores pudieran robarlo.

Como estoy de mal humor por la falta de sueño, no tengo cuidado de poner buena cara, así que, cuando termina el seminario, Michael se me acerca:

—Algo te preocupa —me dice.

Sí, algo me preocupa. Pero no es el momento de exponer mi crítica sobre el estilo de vida de los Hacedores. Excepto por mi mente y mi boca que parecen estar en desacuerdo, porque la pregunta sale antes de que pueda detenerla.

—¿Es *El mar de Galilea* de Rembrandt la pintura que cuelga en la oficina del maestro rector Bloche?

Michael sonríe.

—Tienes buen ojo. Sí, es una pieza magnífica, ¿verdad?

Siento un rubor de confusión y rabia.

—Ese cuadro fue robado hace treinta años —digo con un tono de acusación que él reconoce.

—Los Hacedores no tuvieron nada que ver con el robo. Bloche rescató el cuadro de los ladrones.

—Entonces, ¿por qué no lo devolvió?

Sinceramente, espero que tenga una buena explicación. Quiero respetarlo. Quiero respetar a los Hacedores.

—¿Devolverlo a las personas cuyo descuido les permitió a los ladrones arrancar el cuadro a cuchilladas de su armazón? Aquí ha sido fielmente restaurado y se encuentra en un lugar donde está mejor protegido y valorado.

—¿Mejor valorado? —Me froto las cicatrices, sintiendo cómo crece mi frustración—. ¿Cuánta gente de esta pequeña isla escondida llega a valorarlo, cuando está colgado de la oficina de un solo hombre? ¿Crees que los provinciales no pueden apreciar el arte? ¿Sabes cuánto se lloró la pérdida de ese cuadro? ¿Sabes que todavía se sigue llorando? El museo aún exhibe el marco vacío —añado mordiéndome el labio, dándome cuenta demasiado tarde de que estoy enseñando algunas de mis cartas. Pero cuando nuestros ojos se encuentran parece imposible fingir más, así que no me detengo —. Tú fuiste quien me contó que la Inquisición robó mucha historia al mundo provincial. ¿Y crees que se debería robar más?

Las expresivas cejas de Michael se tensan.

—Háblame del marco vacío.

—Cuelga en el Museo Isabella Stewart Gardner de Boston —le explico—. Está donde se robó el Rembrandt junto a un montón de obras más. Los marcos vacíos se dejan en las paredes, a la espera de que las obras se devuelvan.

El abuelo me llevó al museo hace tiempo. Los marcos vacíos y el sentimiento de pérdida que evocaban siguen perdurando en mi

memoria, mucho más que otras exposiciones visitadas a lo largo de los años.

—Hay una recompensa por el cuadro de diez millones de dólares.

Michael escucha con seriedad mordisqueándose la uña del pulgar.

—Gracias por contármelo. No había considerado las implicaciones de la pérdida para la sociedad provincial.

No es broma. No tener en cuenta la sociedad provincial parece ser una constante aquí. Pero el seminario de Michael me ha dejado aún más claro que lo que los Hacedores piensan sobre la sociedad provincial es erróneo. La gente del siglo XXI no se parece en nada a los intolerantes fanáticos religiosos que los exiliaron y cazaron cientos de años atrás. Bueno, al menos la mayoría de ellos. Pero ya no hay razón para que los Hacedores no compartan sus conocimientos.

Después de que Michael se despida y se marche, mis ojos se dirigen hacia la sección de la biblioteca en la que está todo lo que necesito: los *Testamentos de los Gremios*.

Los pergaminos de los *Testamentos de los Gremios*, donde cada gremio recopila sus mayores descubrimientos, se guardan en un piso suspendido en el centro de la biblioteca, accesible solo por dos escaleras de caracol: una que sube desde el piso inferior y otra que baja desde el piso superior. Ambas escaleras están custodiadas por miembros de la Guardia Avant. En el rellano flotante, hay una sala de cristal con la temperatura regulada llamada Arca en la que los pergaminos reposan.

¿La zona más segura de la isla? Tiene que ser allí donde está lo bueno. Y yo necesito ese material. Ninguno de mis esfuerzos hasta ahora ha sido en vano, pero no sé nada útil acerca de la posibilidad de compartir las habilidades sire y mi esperanza de encontrar una cura fácil para el abuelo va disminuyendo.

El periodo de convalecencia en la enfermería después del accidente me brindó la oportunidad de charlar con Kaylie sobre la medicina de los Hacedores. Estaba muy entusiasmada por mi interés en la biociencia y me dio algunos consejos para captar la atención del gremio en el Quórum. Pero mi conversación con ella me confirmó más o menos que si existe una cura para el cáncer del abuelo es bastante improbable que sea algo que un sire individual logre por sí solo. Necesito ver el Testamento si quiero encontrar los detalles sobre cómo usar mis habilidades en conjunto con prácticas quirúrgicas y farmacéuticas de los Hacedores. De esa manera, los médicos de las Familias podrían recrear las mismas condiciones.

No tendré acceso al Arca hasta que pertenezca a un gremio, pero ya he empezado a prepararme para entonces haciéndome amiga de una de las amas de llaves del Arca, una maestra sofista embarazada llamada Xander. Georgie e Hypatia pensaron que el hecho de sentarme en su mesa el otro día fue casualidad. Estaban equivocadas.

Kor también quiere que, mientras no entre en el Arca, priorice obtener más información sobre los otros territorios de los Hacedores, y eso es algo que puedo hacer ahora, aquí en la biblioteca.

La biblioteca de Génesis es encantadora. A pesar de su tamaño, consigue ser acogedora con infinitos rincones y zonas para sentarse. ¡Y los libros! Una red de preciosos libros encuadernados a mano.

Le pregunto a una de las bibliotecarias, una mujer blanca con el pelo recogido en una redecilla de cuentas, dónde puedo encontrar información sobre las otras comunidades de los Hacedores.

—Mmm, tengo una idea. Espera aquí —dice dándome una palmada en el brazo antes de marcharse.

Hay hermosos detalles de cobre en toda la biblioteca que creía que eran elementos decorativos, pero cuando unos minutos más

tarde un tubo de cristal entra zumbando a mi lado, me doy cuenta de que se trata de un sistema de cañerías neumáticas. Extraigo dos pergaminos y un trozo de papel del tubo y lo devuelvo por el conducto. Con un simple vistazo, compruebo que ambos pergaminos son mapas y que el papel indica la ubicación de un libro.

Una vez que encuentro el libro, me siento en uno de los rincones privados de estudio fuera de la vista de los guardias que patrullan el Arca para examinar todo más de cerca. El primer mapa es del mundo, pero es muy diferente de cualquier mapa que haya visto jamás. Hay numerosas masas de tierra adicionales y los continentes están a una escala completamente diferente. África es mucho más grande y la Antártida, mucho más pequeña de lo que hubiera esperado. El segundo mapa ilustra toda la ruta del Atlas. El libro de geografía ilustrado, sin duda destinado a jóvenes aprendices, se titula *Éxodo y exilio: pasado y presente de la geografía de los Hacedores*. Todos ellos serán de gran ayuda.

Hay cinco áreas en el mapa del mundo que están etiquetadas como «DELEGACIONES DEL CONSEJO DE LOS HACEDORES».

En Fundamentos, Michael nos explicó que el Consejo es el grupo de delegados de cada una de las comunidades de los Hacedores y se reúnen para tomar decisiones importantes que afectan a toda su sociedad. Sé que Arcadia elige democráticamente al director de Génesis, quien actúa como su delegado.

El libro indica que Avant se encuentra en los Alpes, además *Éxodo y exilio* proporciona alguna información adicional como que está gobernada por una monarquía. Un hecho que parece entrar en conflicto con sus supuestos ideales utópicos, pero bueno.

Arcadia está en el océano Atlántico, al suroeste de las Bermudas (tomo nota de que se sitúa sospechosamente justo en la zona conocida como el Triángulo de las Bermudas).

A medio camino entre Avant y Arcadia, hay un grupo de pequeñas islas llamadas las Islas Brumosas. Sé un poco más sobre el dominio del Matriarcado de las Islas gracias a Mbali. Su madre es la líder del Matriarcado Keftiu. El libro de consulta explica que, en la época del Éxodo, el Matriarcado proporcionó refugio a los Hacedores que huían, muchos de los cuales eligieron integrarse en su sociedad. Una vez construido el Atlas y facilitados los viajes a larga distancia, representantes de cada gremio fueron enviados a establecerse bajo los auspicios del Matriarcado y más Hacedores comenzaron a residir allí. Por otro lado, no es raro que isleños como Mbali elijan estudiar en las otras escuelas de los Hacedores.

Hay dos lugares más señalados en el mapa: una pequeña isla en el Mediterráneo, llamada Edén, y una zona cercana a Oriente Próximo, Naiot.

Hojeo el libro de geografía para obtener más detalles. En teoría, el Edén marca la localización del verdadero jardín del Edén de la Biblia. Aunque por la poca información que encuentro, nadie vive allí, y se trata más bien de una reserva natural y quizá de un lugar de retiro para aquellos que necesitan ciertos tipos de rehabilitación. Actualmente Naiot también está despoblado, pero el libro dice que solo ha sido así durante unas dos décadas, desde el trágico suceso conocido como la caída de Naiot.

El maestro Bose, mi profesor de Testamentos —el del perro—, nos leyó sobre la caída de Naiot según narra el *Testamento de Chorus* en clase justo el otro día. Naiot había sido una vez un pueblo oculto de profetas aliado con los Hacedores. Después de que los gobiernos mundiales utilizaran reiteradamente sus profecías con fines destructivos, dejaron de compartirlas, lo que provocó su exilio y expulsión. Se escondieron donde podían entrenar a nuevos profetas

para controlar solamente ellos sus profecías y utilizarlas de forma responsable. Pero todo eso terminó con la caída de Naiot.

No entendí del todo el fragmento del *Testamento* que describía la caída. Debería leer la profecía de nuevo.

Cierro el libro de consulta y los mapas y me los llevo a la sección de la biblioteca en la que están los *Testamentos de los Profetas*.

Habiendo crecido con el catolicismo y el judaísmo, estoy bastante familiarizada con las viejas profecías. Pero según *Éxodo y exilio*, Chorus sigue viva. Eso hace que las profecías registradas de los Hacedores sean mucho más recientes que las de David y Samuel.

Aunque los *Testamentos de los Gremios* están clasificados, la sección del *Testamento de los Profetas* es fácilmente accesible. Cada uno de los *Testamentos de los Profetas* tiene el nombre de un profeta diferente grabado en oro en su lomo. Me interesa el último, muy breve, titulado *Chorus*. Me acomodo en una butaca cercana y empiezo a leer.

Chorus

Libro 1: Testamento 1

Setenta almas vivían en la aldea más allá del río. Un día en que los rápidos del río eran feroces, una muchacha —a la que hacía poco se le había concedido la Visión— fue enviada a recoger flores silvestres.

Cuando el cielo empezó a oscurecerse, la muchacha regresó y encontró el pueblo en silencio. Ninguna otra alma vagaba por las calles y cada puerta que abría conducía a otra casa vacía. No estaba preocupada, pues lo extraño no era nada extraño en el pueblo.

Pero cuando llegó al templo y lo encontró abandonado, el miedo se apoderó de su cuerpo en una lenta danza. No había nadie sentado meditando bajo las palmeras, nadie tocando las arpas para

concentrarse, nadie descansando en los purificadores baños. Tampoco nadie custodiando las piedras y los pergaminos de la profecía.

El miedo se convirtió en un cuchillo, afilado y apremiante, pero la muchacha lo contuvo con el puño en alto mientras entraba en el vestíbulo.

En el altar, las gemas estaban expuestas y los pergaminos desenrollados. Todo estaba dispuesto para que los profetas descifraran el significado de la profecía. Pero no había profetas, solo ecos.

La muchacha se desvistió y se sumergió en los baños purificadores para preparar su cuerpo antes de subir al altar. No había nadie que pudiera tocar el arpa o el cuenco, pero ella conjuró el recuerdo de la música.

Una profecía es una cosa quisquillosa, a menudo malinterpretada, pero el significado de esta era tan claro como si estuviera escrito en su piel.

Hombres desconocidos se aproximarían. Hombres que robarían sangre para robar el futuro.

La chica sabía cómo reaccionarían los profetas ante semejante mensaje y supo lo que debía hacer. Con el corazón y la mente entumecidos, recogió las gemas y los pergaminos y las flores silvestres. Caminó hasta una cueva fuera de la aldea donde creyó que estarían los demás.

La cueva estaba perfumada con el aroma a dedaleras y tan silenciosa y sin vida como el pueblo. El suyo era el único corazón que latía, y los suyos eran los únicos pulmones que respiraban, pero todos estaban allí. Su familia y casi todas las personas que había conocido yacían inmóviles como en un plácido sueño, su sangre estaba a salvo para siempre de aquellos que quisieran mancillarla.

Cayó de rodillas y hundió las manos en el suelo, sacando puñados de tierra. Las piedras y los escombros le dañaban los dedos, pero siguió cavando.

Fuera de la cueva, un poderoso príncipe surgió de una sombra del cielo. No podía estar en presencia de cuerpos cuyos espíritus hubieran ya partido, pero no se había cortado el pelo ni había bebido, así que cedió su fuerza a la muchacha. Apoyó las manos en la puerta de entrada a la cueva y cantó. Permaneció allí toda la noche mientras ella usaba su fuerza para cavar hasta que salió el sol y ocultó las estrellas. Pero el sol no pudo ahuyentar la oscuridad aquel día.

Sobre cada montículo de tierra recién removida, la muchacha colocaba una piedra. Sesenta y siete piedras. Sesenta y siete tumbas. Esparció las flores silvestres fuera de la cueva y sus semillas echaron raíces y crecieron hasta cubrir la entrada.

La muchacha regresó a la aldea y se sumergió en un baño purificador hasta que el agua se ennegreció de suciedad.

Su dolor hizo temblar las paredes del templo al Ver que había esperanza. Nacería un niño de su sangre al que le enseñaría a perfeccionar la Visión, que también cultivaría la vida y la fuerza del canto y que reuniría a todos los que se habían perdido.

Entonces el príncipe cogió a la muchacha y la estrechó contra su corazón, donde juró que la guardaría por el resto de sus días, y la sombra del cielo los llevó al paraíso.

Más tarde, ese mismo día, las aguas del río se aquietaron y unos extraños cruzaron sus orillas. Encontraron el pueblo vacío. Las calles permanecían en silencio y el templo estaba yermo. Todos los caminos y casas desiertos.

Reflexionaron sobre el enigma del estanque negro del templo y se bañaron en él, pensando que podría concederles una bendición.

Exploraron la zona entre el río y las faldas de las montañas, pero no encontraron la cueva.

Y así se fueron.

Los forasteros y sus descendientes regresan a menudo los días en que el río está en calma. Intentan descifrar el misterio del pueblo y continúan bañándose en sus aguas negras, esperando un milagro.

Pero todos los milagros del pueblo han desaparecido.

Me recorre un escalofrío al terminar de leer. Hojeo las otras páginas, pero están en blanco, a la espera de nuevas profecías aún sin registrar. Cuando hablamos de este *Testamento* en clase, los jóvenes aprendices tenían mucho que decir.

—En realidad no sucedió así. No hay que entenderlo literalmente.

—¿Cómo puedes decir eso? ¡Todo lo que está escrito en los *Testamentos* es verdad!

—Es imposible que ocurriera de verdad. ¿Has visto a Chorus? Es tan escuálida que no podría ni cavar una tumba ella misma.

—Pero el príncipe Alex amplificó su fuerza.

—Son la pareja más romántica de la historia.

No se me ha escapado que el príncipe Alexander y Chorus son un tema habitual de cotilleo y lo más parecido a unos famosos que tienen los Hacedores. Pero al principio pensaba que eran personajes míticos o históricos, no sabía que eran personas de carne y hueso. Entender esto da un nuevo significado al resto del debate de los aprendices.

—He oído que él le propone matrimonio una vez al año y que ella siempre dice que no.

—¿Por qué crees que no quiere casarse con él?

—He oído que una vez se declaró con un ramo que había hecho con las flores de todos los países del mundo.

—Chorus nunca se alinearía con la Corona de Sangre.

—Pero el príncipe Alex no se parece en nada al rey.

—Necesitan casarse para poder concebir al Niño de los Tres, quien nos sacará del exilio.

—El Niño de los Tres no es real y nadie quiere volver del exilio de todos modos.

—¡Todo lo que hay escrito en los *Testamentos* es real!

Me pregunto lo mismo que los aprendices. Esta historia en particular no suena como si pudiera haber ocurrido de verdad —príncipes cayendo del cielo y cantando con fuerza— pero, de nuevo, hay tantas cosas que nunca habría creído posible antes de venir aquí.

El Niño de los Tres es otro tema habitual en mi clase de Testamentos. En teoría, en la época del Éxodo, cuando los Hacedores fueron exiliados por primera vez, uno de los profetas de Naiot profetizó que el Niño de los Tres (todavía no sé por qué se llama así) iría un día y los reuniría con el resto del mundo.

El consenso general dice que la profecía que Chorus grabó en el Testamento sobre la caída de Naiot confirma que ella será la madre de este mesías de tres puntas. Sin embargo, está dividido entre quienes creen que esto vaya a suceder y quienes ni siquiera quieren que esto suceda. Pero la existencia de la profecía es como una señal de que los Hacedores están abiertos al menos a la posibilidad de algún día colaborar con el mundo provincial. Aunque deseo que no tengamos que esperar a que la dama Chorus acepte casarse con el príncipe y luego confiar en que crezca un infante para que podamos hacer algún avance.

Lo que más curiosidad me despierta de la profecía es quiénes demonios son los extraños invasores. Los Hacedores están seguros de que son los Inquisidores, pero yo sé que tienen que ser otros, ¿y

quiénes podrían haber planeado algo tan malo como para que los profetas pensaran que era mejor?

Me propongo aprender todo lo que pueda sobre Chorus y los profetas. Le preguntaré a Kor si las Familias tienen algún registro de Naiot o de algún suceso que coincida con esta tragedia.

Cojo el libro de consulta, los mapas, el *Testamento de Chorus* y algunos otros libros al azar para asegurarme de que mi selección no resulte sospechosa y doy con un bibliotecario que me ayuda a sacarlos en préstamo. Luego regreso a mi habitación para fotografiarlo todo para las Familias.

13

Kaylie me lleva a los establos con una cesta de manzanas y zanahorias. Vamos a conocer a Peggy, el caballo de viento, y Georgie e Hypatia me han prometido que será lo mejor de mi semana.

Cuando le dije a Michael que estaba interesada en el gremio de biociencia, me recomendó que me pusiera en contacto con Kaylie para que me asesorara, ya que es una maestra del gremio.

Hasta ahora me ha ayudado mucho. Me ha sugerido algunos proyectos para mi galería y hoy me enseñará algunos antecedentes sobre el origen del gremio, que es el más nuevo de la sociedad de los Hacedores.

El establo es grande y está bien cuidado. Al recorrer las caballerizas, los caballos asoman la cabeza con curiosidad. Dan pisotones y sacuden las crines. Nos acercamos al último establo, el aire huele a animal y a tierra. En la pared del otro lado de la puerta, cuelga una ornamentada silla de montar de cuero marrón oscuro. No tiene estribos y hay una brújula de cristal en la empuñadura del asa de bronce.

Oigo un zumbido melódico procedente de la cuadra.

—Peggy tiene un admirador —bromea Kaylie—. Viene aquí a menudo. Probablemente ya la ha acicalado, pero hay que sacarla a estirar.

El admirador resulta ser Rafe, quien frota el cuello de Peggy y le da de comer una manzana. Casi no lo reconozco, porque la mirada

dulce de su cara lo transforma en una persona completamente diferente.

Sin embargo, incluso esta versión suavizada de él no capta mi atención una vez clavo los ojos en Peggy.

Es impresionante.

Tiene el pelaje rubio plateado y una lustrosa crin; se extienden grandes alas iridiscentes en sus costados.

Tengo que recordarme que debo respirar.

—Vamos a llevarla a volar —le dice Kaylie a Rafe, quien al vernos ha vuelto a la versión familiar que conozco, la del Capitán Desprecio.

—Ya me iba —responde.

Rafe me ha estado ignorando desde nuestra confrontación en el laboratorio sire, aunque sigo trabajando con Mbali en su mesa.

Le susurra algo al oído a Peggy —por supuesto, es más educado con un animal que conmigo— y luego, con una sonrisa apretada a Kaylie, pasa por delante y sale, sin prestarme siquiera atención.

Me acerco e intento acariciar el lomo de Peggy.

—¿Cómo es posible?

—Los caballos de viento son unas de las muchas criaturas increíbles nacidas de la experimentación de los Hacedores en la academia original, anterior al Éxodo.

Siento una presión en el pecho mientras mi mundo da un vuelco hacia otra época. Pero no puedo obviar que seres así son corrientes aquí.

—No puedo creer que haya vivido tanto tiempo sin conocer esto.

Kaylie asiente en señal de comprensión. Pero no hay forma de que entienda lo que siento ahora. Para mí, ella y Peggy son milagros imposibles.

—¿Cómo puede ser que el resto del mundo simplemente... no lo sepa?

Quiero enfadarme, pero mi admiración por Peggy no deja mucho espacio para sentimientos negativos.

—En la época del Éxodo, los caballos de viento y otras criaturas resultantes de las innovaciones de los Hacedores fueron escondidos para evitar su destrucción. Su existencia fue negada por la Iglesia hasta que se creyó que no eran más que leyendas.

Este es un patrón que se ha ido repitiendo de lo que he aprendido en Génesis, que tantas historias que había creído que eran mitos son en realidad solo vestigios de la memoria del pasado, la memoria de la ciencia creadora que una vez formó parte de nuestro mundo.

—Vamos, chica —le dice Kaylie a Peggy. Las sigo fuera de la caballeriza. Peggy no necesita brida ni riendas; escucha las suaves instrucciones de Kaylie—. Es una de las últimas de su especie. La mayoría han sido enviados al Edén y hay otros tres en la Academia de Avant. El gremio de la ciencia de la sangre está intentando criarlos, pero las yeguas de viento tienden a tener gestaciones muy difíciles y a menudo mueren en el parto. Lo mismo ocurre con las valquirias.

—¿Y no pueden hacer nuevos ejemplares como hicieron con los primeros?

—El conocimiento sobre cómo crear especies como los caballos de viento se transmite a través del *Testamento de la ciencia de la sangre*, pero es una práctica que desapareció hace mucho tiempo. Este tipo de prácticas evolutivas forzadas eran arriesgadas y, en ocasiones, perjudicaban tanto a los animales como a los humanos.

—¿Por qué?

—Bueno, porque los procedimientos a menudo requerían donaciones de órganos vivos. Hubo muchos experimentos fallidos que terminaron en muertes y también muchos efectos secundarios imprevistos. —Ella mira hacia otro lado mientras lo dice y pienso en

lo que ha mencionado sobre los nacimientos de valquirias—. A medida que los Hacedores evolucionaban como sociedad, tuvimos que afrontar estas controversias. Génesis desmanteló por completo su gremio de la ciencia de la sangre, sustituyéndolo por el actual gremio de biociencia. En Avant todavía practican la ciencia de la sangre y se involucran en algunos comportamientos moralmente cuestionables, pero incluso ellos tienen límites. Cuando se creó el Consejo promulgaron leyes para restringir la experimentación con seres vivos, se entendió que conllevaría el fin de algunas de estas magníficas criaturas. Se tomaron medidas para preservarlas, pero tuvimos más éxito con unas que con otras. Muchas ya se han perdido.

—¿Como los unicornios?

—Sí —dice con una voz melancólica mientras acaricia a Peggy—. Hoy en día los experimentos evolutivos tienen como único objetivo desarrollar y mejorar el mundo en un marco normativo más restringido. Se aplica en todo momento un estricto código de conducta que no perjudica a ningún ser vivo.

Observo aturdida cómo Kaylie anima a Peggy a galopar un poco y luego a volar. El caballo de viento bate sus alas —no muy distintas de las alas de una valquiria— y se eleva en el aire, resoplando y agitando las crines con alegría.

¡Qué guapa está volando! Al reflejarse la luz del sol, su pelaje es como oro líquido. Kaylie extiende sus propias alas y se une a Peggy en el aire. Juguetean juntas, dos seres increíblemente hermosos, y mi corazón se estremece ante las posibilidades de la creación.

Los genios inventaron la ciencia para hacer volar a los humanos y a los caballos. Las limitaciones humanas —mis limitaciones— no se parecen en nada a lo que me han hecho creer. ¿Quién sabe de lo que seré capaz algún día si aprendo de esta gente?

Pero primero necesito unirme a un gremio.

14

Las semanas pasan rápido y me acostumbro a la rutina del instituto. Entrar en un gremio para acceder a los *Testamentos* es mi máxima prioridad, así que agacho la cabeza y me centro en las clases y en reunir tanta información como pueda para las Familias. (Bueno, también participo en algunas de las aerojustas).

Incluso en el nivel principiante, mis clases son como odiseas, distintas de cualquier cosa que me enseñaran en casa. Eso sí, no he tenido que calcular ningún monomio, polinomio o trinomio en meses. Aunque los otros aprendices pueden ser mucho más jóvenes que yo, me ha tocado trabajar mucho para ponerme al día. Y aún no lo he logrado del todo.

La clase de anatomía es la que más me cuesta con diferencia. Se me daba muy bien la biología en el instituto del mundo normal, pero estas clases son totalmente diferentes. Tenemos que hacer cosas como recrear modelos detallados de partes del cuerpo con arcilla y teorizar sobre cirugías extrañas.

Mis clases de arte, en cambio, son pura alegría. La otra semana pinté un cuadro usando pigmentos de plantas que había cultivado.

Sin embargo, mi misión está siempre al frente de mis prioridades. Me he convertido en una experta en sacar fotos a escondidas con el móvil de varios libros de la biblioteca y en embolsarme material de la enfermería y de clase.

A menudo hablo con Kor, que viene armado con un montón de preguntas y tareas específicas de la Cámara Interior. A veces

también hablo con otros de sus miembros. El otro día hablé con un tipo muy aburrido de las Naciones Unidas sobre la energía limpia.

Un dato curioso es que muchas de las iniciativas de energía renovable en el mundo provincial ya se basan en la tecnología de los Hacedores y se fueron incorporando paulatinamente en la sociedad gracias a las Familias.

Un hecho menos divertido es que el señor de las Naciones Unidas estaba tratando de recabar más detalles acerca de qué cantidad de electricidad de la isla es renovable. La respuesta es el cien por cien. Ahora mi aburrida tarea es averiguar los métodos que emplean para alcanzar este porcentaje. Pero, como quiero contribuir a combatir el cambio climático, no me enfado.

Aún me preocupa que me pillen, pero desde que calmé a Grey haciendo involuntariamente de colchón a Simon, la Guardia no me ha estado prestando más atención de la que le prestaría a un estudiante cualquiera.

Mi mayor problema últimamente es que me he sentido culpable. He estado pasando más tiempo con Kaylie para aprender cómo funciona la medicina de los Hacedores. También con Xander, el ama de llaves del Arca, para comprender mejor la seguridad que rodea a los *Testamentos de los Gremios*. Y odio estar mintiendo a quienes están siendo tan amables conmigo. Ellos no son responsables de ocultar sus conocimientos al resto del mundo.

Pero sé que estoy haciendo lo correcto. Puede que esté disfrutando de lo que estoy aprendiendo y puedo tener un creciente respeto por muchos de los ideales de los Hacedores, pero esto no va a cambiar la realidad de su intrínseco egoísmo. Estoy aquí para el beneficio de todo el mundo, no solo del mío.

Excepto esta semana. Ahora mismo estoy demasiado ocupada y distraída para hacer otra cosa que no sea trabajar en pulir mi galería

para el Quórum.

Que es en dos días.

Ser oficial no solo me dará acceso al Arca y a los *Testamentos de los Gremios*, sino también a los laboratorios y almacenes de mi futuro gremio. Todo lo relacionado con mi trabajo aquí depende de que me acepten en uno de ellos.

El sistema de gremios no es tan restrictivo como esperaba. A diferencia de la universidad, en la que tienes que elegir tu carrera siendo demasiado joven y si eliges mal, peor para ti, los gremios te exponen a todas las diferentes disciplinas acordes con tus habilidades.

Un oficial puede optar a convertirse en maestro de su gremio si contribuye con un estudio o invento original a su *Testamento*, y una vez que eres maestro... Bueno, aún no sé mucho sobre los maestros, pero los de Génesis parecen desarrollar principalmente funciones educativas o administrativas. Los maestros también pueden unirse a otros gremios. A lo largo de la historia de los Hacedores, incluso seis personas dominaron todos los gremios y recibieron el título de maestro en todos ellos. Este dato me lo contó Hypatia, quien añadió con orgullo: «Y dos pertenecían a mi familia».

Aunque me entusiasma la perspectiva de convertirme en una oficial de gremio, cada vez que pienso en presentar mi apresurada galería ante los maestros, siento que algo no acabar de encajar.

—¿Alguna vez alguien no ha sido aceptado en ningún gremio? —le pregunto a Georgie.

—Creo que alguna vez —responde—. Pero si yo he conseguido que me aceptaran, tú seguro que lo logras.

Estamos en la cocina para el turno rotativo de limpieza. El maestro Bose y Mbali están de servicio con nosotros. En lugar de considerarlo un trabajo servil, todos en el instituto, desde los aprendices hasta los

maestros, se turnan para realizar las tareas prácticas necesarias para que la institución funcione sin problemas.

—No dejes que el miedo al rechazo te cause ansiedad —dice el maestro Bose mientras limpia el siguiente plato del barril, fregando cualquier residuo restante—. Génesis trabaja para que todos encuentren su lugar —añade antes de apilar los platos en un horno de piedra que utiliza la energía generada por el metano del compost para limpiar los platos mediante luz ultravioleta y vapor—. Cuando un aprendiz no recibe invitaciones a ningún gremio, los maestros le asignan tareas en las que trabajar y las presenta en el Quórum de la siguiente temporada.

Eso está muy bien, pero no puedo permitírmelo. El maestro rector Bloche dijo que me echará si no renuncio a mi vida provincial antes del próximo aniversario del Éxodo, que, ahora que sé un poco más acerca del calendario de los Hacedores, estimo que será dentro de poco más de medio año. Necesito unirme a un gremio ahora.

—No tienes por qué preocuparte —interviene Georgie—. Eres una sire, los gremios se mueren por reclutaros. Además, cualquiera de los equipos de aerojustas te quiere. —Baja la voz en tono conspiratorio cuando continúa—: Oficialmente, los maestros de gremio no lo reconocen, pero todo el mundo sabe que quieren aventajar a sus equipos. Seguro que recibes más de una invitación.

Mbali añade con suavidad:

—Prepárate para que te rechacen los gremios de Avant, pero no dejes que te hieran. Son extremadamente selectivos.

«Y nunca aceptarían a un recluta que viene del mundo provincial», es la parte que no dice en voz alta.

Se refiere a los gremios místico y de ciencias de la sangre, ambos son ilegales en Génesis, pero todavía se practican en Avant.

El maestro Bose asiente:

—De todos modos, no querrás ir a Avant... son una panda de monárquicos engreídos —dice, y mira a Mbali—, exceptuando a los presentes, por supuesto, oficial Keftiu. Siento un gran respeto por el Matriarcado de las Islas.

Mbali me guiña un ojo mientras recorre con el dedo su collar de serpientes y continúa:

—Si realmente no estás contenta con tus opciones gremiales, siempre puedes unirte a los piratas.

—¿Quiénes son los piratas? —pregunto dubitativa.

—Son un grupo de Hacedores que han rechazado tanto Génesis como Avant. Viven en el mar y creen que nadie debe estar limitado por un gremio o Consejo.

—Nunca he oído hablar de ellos —dice Georgie—, pero suenan como mi tipo de gente. Me han llamado pirata una o dos veces.

Una vez terminadas nuestras tareas de limpieza, Mbali y yo nos dirigimos al laboratorio de los sire. Trabajo en mi lamentable intento de crear un gólem que pueda mover las extremidades y sostenerse lo suficiente para caminar (aunque todavía no tiene ningún propósito de utilidad), pero sigo dándole vueltas al tema del Quórum.

Dudosa, miro a Rafe. Desde que Hypatia, Simon y Mbali han decidido que les caigo bien, ha dejado de ser abiertamente odioso, aunque puedo sentir cómo le cuesta. Pero en realidad aprendo mucho observándolo mientras me ladra órdenes y me lanza miradas fulminantes. Siempre que no hable mucho ni, Dios no lo quiera, me tropiece con él, suele ser tolerable.

Y Rafe está en mi gremio preferido, el que probablemente tenga más información sobre el intercambio de habilidades de los sire y el más adecuado para ayudarme con el abuelo. Necesito consejos, así que me arriesgo.

—¿Por qué elegiste el gremio de biociencia? —le pregunto.

Me mira y parpadea. Pierdo el hilo de mis pensamientos unos instantes y una imagen se superpone vívidamente en mis retinas.

Rafe tumbado en un campo de flores rojas.

Pensé que por fin había conseguido librarme de ese sueño semanas atrás, pero la imagen en mi mente es tan nítida y precisa como una fotografía.

Parpadeo y vuelvo a centrarme en el verdadero Rafe, que me está mirando como si no pudiera creerse que haya intentado entablar una conversación trivial.

—Es solo que estoy intentando averiguar qué gremio es mejor para mí, suponiendo que reciba alguna invitación —le digo.

—Eres una sire, recibirás invitaciones —dice desdeñosamente, volviendo a centrarse en lo que sea que está bajo su microscopio. Creo que prefiere ignorar por completo mi pregunta, pero, al cabo de un momento, continúa—: En Avant formaba parte del gremio de la ciencia de la sangre. Tuve que renunciar a él cuando vine aquí —dice frotándose el dedo corazón desnudo, donde supongo que solía llevar su antigua gema gremial—. Decidí moverme al de biociencia porque es el más parecido.

—¿Te gusta?

—Sí. La biociencia es una elección natural para un sire, dada nuestra curación innata. Cuando sea maestro, lo más seguro es que vaya al gremio de los artesanos para profundizar en el arte de la música.

Esto me sorprende, pero no tanto como el hecho de que me dé información.

—También consideraría a los alquimistas o a los místicos. Me interesan poco los codificadores, y ambos sabemos que no tengo nada que hacer con la ética de los sofistas. Así que la biociencia tiene más sentido como punto de partida.

Nunca me había dirigido tantas frases seguidas. En realidad, me está hablando de él. Experimentar que me reconoce como un ser humano es un cambio agradable.

—Vale, ¿y yo qué? ¿Crees que la biociencia sería una buena elección?

Frunce el ceño un momento y estoy segura de que está a punto de decir que no, pero en su lugar se encoge de hombros y comenta:

—Como he dicho, es una buena opción para la mayoría de los sire.

Por la noche en el comedor de mi apartamento, recuerdo la conversación y me pregunto por qué pensaría Rafe que la biociencia no es una buena opción para mí. Es probable que crea que no soy lo bastante apta para pertenecer a su gremio. Pero tampoco es uno de los gremios hacia los que Michael me haya estado empujando. Sin embargo, Kor piensa que es el mejor, y estoy de acuerdo si pienso en el abuelo.

He estado dedicando cada momento libre en hallar una manera de ayudar al abuelo, pero no he encontrado nada específico sobre la cura del cáncer. Busqué en la biblioteca, intenté hacer preguntas a los oficiales de biociencia e incluso me colé en su laboratorio después de seguir a Kaylie para averiguar dónde estaba. La única respuesta consistente que he obtenido es: «Hay información al respecto en el *Testamento de los biocientíficos*». Unirme al gremio de biociencia es mi mejor apuesta para poder consultarlo.

Así que la biociencia es mi primera opción... ¿no? Pero si no lo consigo, necesito una alternativa.

Desearía que Georgie estuviera aquí para poder hacerle más preguntas. Como si no se las hubiera estado haciendo durante días. Me alegro por ella de que esté ocupada en su estudio de costura cosiendo piezas para el trueque de la feria del Quórum. Estará harta de mi constante espiral de dudas.

Todas estas preocupaciones son inútiles, ya que podría estar haciendo algo práctico como mejorar activamente mi galería. Debería estar practicando mi canción.

Gracias a Michael y a las clases, mi galería ha recorrido un largo camino. Madame Adelina, mi instructora de canto, ha ayudado mucho a mejorar mi tono de voz. En el estudio de arte de aprendices he hecho algunos dibujos aceptables y he descubierto que, además de hacer mis pigmentos vegetales, se me da bien dibujar tanto con la témpera como con los pasteles. He preparado una receta original y, con la ayuda de Kaylie, completé un boceto anatómico a escala real del sistema circulatorio humano. A través de ello, he logrado reunir un buen número de piezas dignas de exhibir. Sin embargo, mi canción sigue siendo un desastre.

Pero no hay manera de que pueda ser productiva con el cerebro tan preocupado. Izzy me tranquilizaba en muchas ocasiones en las que me invadían tornados de pensamiento excesivo. Si ella estuviera aquí, me aconsejaría que abordara las cosas con lógica, y que elaborara una lista. Cojo papel y boli y escribo cada gremio empezando por el de los biocientíficos.

Biocientíficos
PROS:
- Asuntos médicos.
- ¿Compartir conocimientos de sire?
- Buen hogar para los sire.
- Gran equipo de aerojustas.

Los puntos negativos para el gremio de biociencia se escriben solos:

CONTRAS:
- Oficiales esnob/competitivos.
- RAFE.

A continuación, paso a los artesanos.

Artesanos
PROS:
- Georgie.
- Música + arte = ¡a tope!
CONTRAS:
- Mal equipo de aerojustas.

¿Qué hay de los sofistas? Tienen una maestra de gremio increíble. Me reuní con ella una vez, porque quería asegurarse de que me estaba integrando en el instituto «espiritual, filosófica y psicológicamente». Ella es como Michael, me había dicho, descendiente directa de Ada Lovelace. También es tan dulce como un arándano y un genio total.

Sofistas
PROS:
- Gremio de Michael.
- Maestro de gremio agradable.
- Historia del Arte = sí, por favor.
CONTRAS:
- La mayoría de los demás tipos de historia = aburridos.
- Psicología, Sociología, Teología = también aburridos.
- Michael podría ser mi PROFESOR.

Mbali es la única alquimista que he conocido. Sé que su material precioso es el vidriado, y he pasado por el laboratorio de alquimia unas cuantas veces y siempre está lleno de humo y huele mal. Se dedican a cosas como la química, la botánica y la agricultura. Me lleva un rato hacer mi lista, ya que antes no había pensado mucho en este gremio.

Alquimistas
PROS:

- Se me dan bien las plantas.
- ¿De verdad hacen alquimia, como crear oro?

CONTRAS:

- Obtuve un suspenso en química el año pasado.
- Laboratorio apestoso.

Los codificadores son mi última opción, y sé poco sobre su gremio salvo que Georgie habla a menudo de su capitana de aerojustas, Hera, y que la hermana de Michael ha hecho algunas importantes investigaciones para ellos. Estoy bastante segura de que no tengo la cabeza para lo que sea que hagan. Incluso el emblema de su gremio parece una especie de ecuación complicada con una espiral de proporción áurea y la brújula geométrica y militar inventada por Galileo. Tomo notas rápidamente.

Codificadores

PROS:

- Gran equipo de aerojustas.
- La Ingeniería y la Física son geniales a nivel teórico.

CONTRAS:

- LAS MATEMÁTICAS SON MALVADAS. MANTENTE ALEJADA.

A posteriori, añado a mi lista los dos gremios de Avant, aunque me han dicho que solo forman parte del Quórum de Génesis como una formalidad, ya que ambas prácticas están prohibidas aquí. Los místicos son el gremio más pequeño, muy selectivo y rodeado de secretismo. No sé por qué se prohibió en Génesis, pero Hypatia mencionó que la mística se considera peligrosa y que algunas personas que estudiaban su *Testamento* enloquecían o incluso morían. Técnicamente, Génesis permite que los místicos viajen a Avant para aprender de sus maestros, pero es poco frecuente.

Místicos

No es una opción, lleva a la gente a la locura.

La ciencia de la sangre implica experimentos controvertidos y arriesgados. Génesis sustituyó al gremio por la biociencia, pero Avant sigue practicándola.

Ciencia de la sangre
No es una opción, ilegal en Génesis, moralmente problemática.

Me siento y repaso mi lista, tan confusa como antes.

Llaman a la puerta y sé que es Michael.

Ha venido a ayudarme con mi canción, la que se supone que tengo que practicar. Cogí el esbozo de un poema que había empezado y le añadí una melodía, pero algo no está del todo bien. Mi plan era pedirle ayuda a Kor, pero cada vez que hemos hablado parecía demasiado ocupado, y no ha dejado de recordarme que debía concentrarme en mi misión en vez de distraerme en proyectos. Así que esta mañana le he pedido ayuda a Michael.

Pero ahora que está al otro lado de mi puerta, me cuestiono esa decisión. ¿Esto va a ser incómodo? Últimamente, se ha comportado exclusivamente de manera profesional conmigo, así que ¿qué es lo que me preocupa?

Doblo la lista de gremios y me la meto en el bolsillo. Luego me levanto para abrirle.

No se le nota nada incómodo cuando entra en nuestro comedor. Sus largas piernas lo llevan directamente hacia la guitarra del sofá. En realidad, es su guitarra. La mayoría de los aprendices fabrican sus propios instrumentos, pero aún no he tenido tiempo para aprender a hacerlo, así que Michael me prestó una vieja de las suyas de cuando era aprendiz.

—Espera un momento que voy a por la partitura —le digo, y me dirijo a mi habitación. Rebusco entre los montones de cosas que tengo sobre la mesa hasta que la encuentro.

Me doy la vuelta para marcharme, pero se me revuelve el estómago al ver a Michael esperándome en la puerta. No era mi intención que Michael me siguiera a mi habitación. De hecho, eso es lo último que quería, por la misma razón que se refleja en su cara en este momento.

Horror abyecto.

Bueno, podría ser más como un *shock* leve, pero sé lo que se estremece bajo su educada máscara. He roto mi juramento de mantener el dormitorio limpio y está en su estado habitual de colorido caos. Explosiones de ropa, accesorios y materiales de arte ocupan todo el suelo y la cama y desbordan los cajones.

—¿Cómo encuentras algo? —pregunta Michael.

Ardo de vergüenza mientras trato de meter un sujetador debajo de la cama con la punta del pie.

«Por favor, que no lo haya visto. Y por favor, que no haya bragas sucias por ahí». Estoy demasiado asustada para mirar.

—Bueno, ya me conoces, tengo un talento extraordinario —digo con las mejillas encendidas.

Él sonríe con fuerza y yo me siento pequeña de nuevo. Intento usar la fuerza de voluntad para borrar el rubor de mi cara mientras lo expulso de la habitación.

Me siento y cojo la guitarra, dispuesta a dejar mi vergüenza atrás. Michael se sienta en el sofá de enfrente y empiezo a interpretarle lo que tengo hasta ahora. Estoy nerviosa y tensa y soy consciente de que eso no es nada bueno.

—Está muy bien —dice cuando termino.

—No, no lo está.

—Sí, realmente es buena. Necesita algo de trabajo, pero los fundamentos son sólidos.

Sugiere pequeños cambios en la letra y en la melodía, pero su mayor aportación viene en forma de sugerencia a mi forma de tocar el instrumento.

—No, así no.

Viene a sentarse a mi lado para ajustar la posición de mis dedos con delicadeza. A medida que sus dedos confiados reorganizan los míos sobre las cuerdas, mi respiración se entrecorta.

Esto se le da bien y sus cambios ahondan en el potencial de la canción. La convierte en algo que puedo permitir que otros escuchen de verdad. Siento una fuerte emoción en el pecho cuando reproduzco por primera vez la versión terminada sin ningún error.

—Digno de un Hacedor —dice Michael, y la emoción se extiende cálidamente a través de mí. Esa alabanza es la que los Hacedores emplean para felicitar logros creativos importantes. Nunca nadie había tenido motivos para decírmelo.

Michael coge la guitarra y empieza a puntear las cuerdas. Toda su frenética energía se desvanece mientras toca con manos seguras y firmes. Empieza a hablarme de la primera canción que compuso, que dice que era «pura paja». Y lo más seguro es que lo fuera si tenemos en cuenta que se llamaba «Angel in the Sunrise». Pero pronto perdemos el habla y nos dejamos llevar por la música.

Michael sostiene su guitarra como una prolongación de su cuerpo. Al instrumento, le arranca una suavidad que yo aún no domino. Las notas se encadenan con una voz anhelante. Sus dedos hilan una ráfaga de movimientos apresurados, provocando un zumbido que me asombra por su complejidad, aún más impresionante por el hecho de que Michael no está mirando las cuerdas. Me mira a mí.

Nuestras miradas se cruzan y pierdo el aliento. Los músculos de su cuello se relajan y se tensan con los movimientos de sus brazos, sus labios están suavemente separados por la música, sus ojos son

ventanas abiertas. Siento la melodía como si me tocara en todos los lugares donde Michael no me toca, y él sigue... mirándome. Como si algo importante se estuviera comunicando sin palabras. Como si todas las cosas que no dice fueran lo suficientemente fuertes como para ahogar la canción.

Y entonces se acabó. Michael deja la guitarra y se aclara la garganta.

—He echado de menos este instrumento —dice mirando la guitarra como si no acabáramos de compartir un intenso momento de unión de almas.

Busca en mi cara y pregunta:

—Ada, ¿estás contenta de haber elegido venir aquí?

—Sí —digo sin dudar—. Estoy muy feliz.

Y sé que es verdad. Ya he cambiado tanto, he aprendido tanto, que no renunciaría a esta experiencia por nada.

En este momento no pienso en mi misión. En este momento prefiero aprender de Génesis que espiar. Y, en estos momentos, me estoy engañando tanto a mí misma como a los demás que eso es todo lo que estoy haciendo aquí. Trago saliva.

—Pero sigo teniendo dudas sobre qué gremio es el más adecuado para mí.

Michael sonríe.

—Confía en tu instinto. No pienses en lo que los demás querrían. Escucha lo que los maestros del gremio tienen que decir y céntrate en lo que te resuene aquí —dice llevándose la mano al corazón—. Y después del Quórum, una vez que te hayas unido a un gremio, serás oficialmente un Hacedor.

Se acerca a mi oreja y siento un toque fantasmal sobre mi diamante sire en el lugar en el que irá mi gema gremial. Mi corazón

tartamudea y contengo la respiración. La cerradura de la puerta del apartamento chasquea y la mano de Michael se echa hacia atrás.

—¡Hola! —grita Georgie.

—Bueno, lo mejor es que me vaya —dice antes de levantarse de mi lado—. Tu galería va a ser maravillosa y en solo un par de días a partir de ahora serás una oficial.

15

El Quórum empezará dentro de una hora y allí se decidirá mi futuro como Hacedor. Me siento rígida con la ropa protocolaria que me ha prestado Georgie (que tuvo que arreglar para que me fuera bien). Llevo un traje azul marino, una blusa metida por dentro de un pantalón de terciopelo negro de cintura alta, mis nuevas botas altas con cordones y el cabello semirrecogido trenzado en una corona, casi parece que pertenezco a este lugar. Es decir, hasta que me doy cuenta de que estoy de pie en el sitio equivocado.

Cientos de Hacedores se agolpan en el Equinoccio para la ceremonia de apertura del Quórum. He caminado sin pensarlo hasta un grupo que he reconocido de mi laboratorio sire, pero este es el lugar para los oficiales sire. A nadie le parece que no pertenezco a este lugar, excepto a Rafe, quien me silba y señala a un grupo de niños, los aprendices, al otro lado de la sala. Pero estoy demasiado avergonzada para cruzar el vasto espacio con todo el mundo mirando, así que permanezco aquí. Sorprendentemente, Rafe no insiste en el tema, y sin poder evitarlo noto que hay una ligereza en su expresión que jamás había visto. En fin, se le ve feliz.

El heraldo anuncia la llegada de la delegación de Avant. Un desfile de gente importante entra en la sala. Me han dicho que en este Quórum estarán presentes más dignatarios de lo habitual, ya que varios notables aprendices presentan sus galerías, entre ellos Hypatia y Simon, quienes pertenecen a familias de Avant de alto rango.

De repente, el murmullo de los susurros y la actividad se acalla, y miro hacia las puertas. Entra un hombre imponente de pelo largo y salvaje. El aura que le rodea atrae la atención desde todos los rincones de la sala. Parece salido de un plató de cine, con un largo abrigo de piel y pantalones de cuero metidos dentro de unas botas hasta la rodilla. Su pecho está al descubierto, un impresionante tatuaje de un dragón le cruza su lado izquierdo y le sube por el cuello. ¿Cuántos animales muertos lleva este tipo encima?

Como si supiera lo que estoy pensando, Rafe me susurra al oído.

—¿Te puedes creer que su novia es vegetariana?

Reprimo una carcajada, el comentario es tan anacrónico con la pompa del momento. ¿Y Rafe acaba de hacer un chiste? *¿*A mí*?* Debe de estar de muy buen humor.

El hombre tiene un aspecto tan extraño y cautivador que no puedo dejar de mirarlo. Su largo cabello ondulado es tan oscuro como la medianoche, aunque su barba está llena de canas. Sobre su cabeza, descansa una sencilla corona metálica.

—Príncipe Alexander, heredero de la Corona de Sangre de Avant —presenta el heraldo. Los Hacedores de Avant, incluido Rafe, se besan los nudillos de la mano derecha. Todos los demás reconocen la presencia del príncipe con una profunda inclinación de cabeza.

El príncipe Alexander atraviesa el vestíbulo. A medida que se acerca me doy cuenta de que en cada uno de los dedos de su mano derecha lleva un color diferente de gema preciosa y dos en el pulgar. Seis gremios. ¿Es un maestro de todo?

Por alguna razón, parece que viene directo hacia mí. No, en realidad va hacia Rafe.

El príncipe se detiene enfrente de nosotros, una amplia sonrisa suaviza sus duras facciones. Rafe también sonríe. Sonríe de verdad,

con dientes, mejillas y ojos. No creía que fuera capaz de tener una expresión así, y ahora no puedo apartar la mirada.

Cuando el príncipe habla, su voz es grave.

—Rafael, ha pasado demasiado tiempo, hermano.

«¿Hermano?».

El príncipe agarra la mano de Rafe, la aprieta mientras se inclina y lo besa en la mejilla. Su largo pelo los esconde, pero estoy lo suficientemente cerca para oír a Rafe susurrar:

—Te echo de menos. Echo de menos mi hogar.

—Estáis donde debéis estar —es la dura respuesta.

—¿Cómo están Ben y Mab?

—Todos están bien y te echan de menos.

—¿Y Gwen?

—Ella es la que más te extraña —dice el príncipe Alexander antes de alejarse.

Miro a Rafe, quien vuelve a ser el mismo de siempre.

—¿Me tomas el pelo? —le susurro—. ¿Eres un príncipe?

—Obviamente —dice mirándome con desdeñosa diversión.

Una vez que han llegado todas las delegaciones, la multitud se abre paso a través del arco del Equinoccio que conduce al auditorio del ala de otoño. Los demás aprendices que presentarán sus galerías están con sus familias, y me encuentro sola, escudriñando incómoda la sala en busca de una cara conocida.

—Así que eres la sire provincial —dice una voz melódica detrás de mí.

Me doy la vuelta y veo a una menuda mujer vestida de negro. Es llamativa, de piel aceitunada y el pelo castaño oscuro recogido en un

elegante moño. Un aro de perlas cuelga del lóbulo de su oreja derecha, lo que indica que es una maestra de los codificadores.

—Aria Loew —se presenta.

Así que esta es la hermana mayor de Michael. ¿Cómo puede ser tan baja cuando él es tan alto?

—Ada Castle —respondo con una sonrisa que ella no me devuelve. Ya no me mira a mí, mira a través de mí, evaluándome.

—Sé quién eres —dice levantando el brazo y acariciando lentamente con sus dedos el aire de mi alrededor como las cuerdas de un arpa. Un anillo de ónice adorna su índice. En mis clases de aprendiz nos instruyeron sobre algunas de las investigaciones de Aria Loew: cosas inteligentes y científicas que nunca entendí sobre las cuerdas que conectan con el universo. Sabía que seguía investigando más en Avant, pero... no me había dado cuenta de que se había unido al gremio místico, como indica su anillo. Tenía la impresión de que los místicos apenas aceptaban a nadie. De hecho, creo que Hypatia me dijo que solo habían aceptado a un estudiante de Génesis en las últimas dos décadas. Debía de referirse a Aria Loew.

Aria inspecciona el aire que fluye por sus manos y añade:

—Aunque llevas muy poco tiempo aquí, son ya muchos los lazos que te unen a nuestro pueblo. —Luego arquea una ceja oscura en señal de sorpresa y continúa—: Incluido mi hermano.

Con una mirada inquisitiva, el pulgar y el índice se juntan y tiran de algo invisible. Como si sintiera el tirón, Michael, quien está a unos metros conversando con un anciano barbudo y con gafas, se vuelve para mirar hacia nosotras. Cuando nos ve, le dice unas últimas palabras al hombre y se acerca. Aria suelta ese algo invisible y me examina más de cerca. Ahora está explorando el aire con ambas manos, tirando y tirando de un tapiz invisible tejido a mi alrededor.

Es bastante espeluznante y siento como si estuviera haciendo algún tipo de adivinación, como si de alguna manera pudiera saber cosas que realmente no necesito que sepa. Muevo los pies con incomodidad.

Aria se acerca los dedos a la cara e inspecciona el vacío entre sus yemas.

—Tienes secretos —dice con una voz cantarina—, pero no te preocupes. No los contaré. Tus intenciones no son contrarias a las mías.

Suelto un suspiro tenso, nada reconfortada por sus palabras.

—Un consejo, deberías hacer más preguntas sobre por qué necesitas que te rescaten —dice mirándome a los ojos con mucha dureza.

¿Qué demonios le pasa?

Cuando Michael se acerca baja las manos y se prepara para recibir a su hermano con una radiante sonrisa y los brazos extendidos.

—¡Ari!

Él la envuelve en un abrazo que ella tolera más que devuelve, aunque su expresión refleja satisfacción, con una sonrisa que revela que tiene el hoyuelo familiar.

—Veo que has conocido a Ada.

—Sí, está bien. No me desagrada —responde Ari, y la sonrisa de Michael me indica que esta es su versión de un cumplido—. Tengo que ir a la biblioteca —dice finalmente.

Luego se marcha, dejándome con un Michael exasperado, pero todavía sonriente.

—Bueno, así es mi hermana.

—Parece encantadora —respondo, y, por la forma en que sonríe, siento que he superado algún tipo de prueba.

¡Uf, ese hoyuelo! Recuerdo la sensación de ser la responsable de esa reacción. También recuerdo la emoción de Michael de la otra noche tocando la guitarra mientras me miraba a los ojos.

Quiero decir algo, lo que sea, para reavivar esa intimidad. Pero él ya está mirando hacia otro lado, saludando con la cabeza a dos mujeres, y yo me recuerdo que no debo jugar a estos juegos.

—Te veré cuando empiece el Quórum —dice caminando hacia las mujeres. Da unos pasos hacia atrás, me dedica una sonrisa alentadora y añade—: Deja de preocuparte. Responde a sus preguntas con sinceridad. Lo vas a hacer muy bien.

El auditorio tiene asientos de anfiteatro con el escenario en el centro. Enfrente de este, hay una larga mesa donde los maestros de gremio se sientan a tomar notas. Los observo desde una sección a la derecha del escenario junto al resto de los aprendices, quienes presentarán sus galerías. Hypatia está sentada a mi lado, temblando por los nervios y pasándose rítmicamente la lengua por los dientes.

Ayer no comió con nosotros, porque estaba recibiendo el tratamiento para su misteriosa enfermedad, y hoy está radiante de vitalidad. No para de saludar a sus padres, quienes están sentados con el príncipe Alex. Porque, por supuesto, si Rafe es un príncipe, eso hace a Hypatia miembro de la realeza también. No puedo decir que lo viera venir.

El Quórum comienza con reasignaciones de Avant, como Simon. Él se pierde un poco en la charla sobre su galería, pero, con honestidad, es un despliegue impresionante en comparación con cualquier cosa a la que me hayan acostumbrado los adolescentes de mi país. Me gusta uno de sus inventos: un bote ligero y portátil, se lleva como si fuera una mochila y se monta rápidamente cuando es

necesario. Es genial, pero cuando le hacen más preguntas, confiesa que el motor pesa demasiado y el bote tiende a tener fugas. También interpreta una canción con su zanfona, un instrumento similar a una guitarra, pero con una manivela y una rueda que es mucho menos ridículo de lo que parece. Cuando se trata de música tiene bastante talento, como nos dijo Hypatia. Se le reasigna del gremio de los artesanos de Avant al de Génesis, y sustituye su anillo de amatista por un pendiente en la oreja. Hypatia lo aplaude con entusiasmo.

Estas reasignaciones van seguidas por las de los maestros que buscan entrar en nuevos gremios. El grupo de hoy es pequeño y no tiene a nadie que conozca. El último grupo será el de los oficiales calificados como maestros, pero antes va el gran asunto por el que todos estamos aquí: la colocación de aprendices.

El maestro rector Bloche llama uno por uno a cada aprendiz para que presente su galería y sea interrogado por los maestros del gremio. El público aplaude cada vez que un aprendiz acepta un puesto en uno de los gremios.

Respiro profundamente buscando tranquilidad como me enseñó mi profesora de canto, Madame Adelina, pero mis nervios son tenaces y me cuesta prestar atención a las demás galerías.

—La siguiente aprendiz es Hypatia Vanguard, de catorce años —anuncia el heraldo—. Su mentor es Donatello Bloche, maestro rector del instituto Génesis y maestro de los gremios de los sofistas, de los alquimistas y de los codificadores.

Vaya, no sabía que el propio maestro rector fuera el mentor de Hypatia. Supongo que así funcionan las cosas cuando eres miembro de la realeza.

Estrecho la mano de Hypatia mientras se levanta. Sus dedos húmedos aprietan los míos, luego se aparta mientras camina

confiada hacia el centro del escenario.

Hypatia empieza a presentar su trabajo sin el menor temblor en la voz. Quiero ver la galería en la que ha puesto tanto corazón y le dedico toda mi atención.

Su presentación es impecable y estallo de orgullo, pero al mismo tiempo tengo una piedra en el estómago. Apenas con catorce años, su galería es mucho más impresionante que la mía. Interpreta una hermosa canción con la armónica y exhibe un precioso búho de relojería que ha fabricado. Lo anima, demostrando la fuerza de sus habilidades sire, y este vuela por el escenario. También presenta una variedad de elaboradas fragancias.

Los maestros de gremio le hacen preguntas punzantes, a las que responde con confianza. La invitan a unirse a dos de los gremios de Génesis, los codificadores y los alquimistas, así como, para mi sorpresa pero aparentemente para la de nadie más, al gremio de la ciencia de la sangre de Avant.

—Sería un honor para mí aceptar el puesto de oficial de los alquimistas —dice Hypatia, con una voz que resuena con fuerza.

Los alquimistas estallan en vítores y gritos de «digno de un Hacedor». Aplaudo con ellos. Me alegro mucho por ella. Este mundo es nuevo para mí, pero Hypatia lleva años preparándose para este día. Aplaudo con entusiasmo e Hypatia me sonríe antes de salir del escenario. Sus padres, junto con Rafe y el príncipe Alex, acuden a abrazarla, sus caras brillan de orgullo.

Después de Hypatia, hay muchos otros aprendices, por algunos de los cuales compiten varios gremios entre sí. Una aprendiz dirige una sinfonía de tintineos con copas, sin tocarlas siquiera, manipulando las ondas sonoras solo con su voz. El jefe del gremio de los codificadores le insiste mucho, pero la chica elige unirse a los artesanos. Otro aprendiz, que creó un tinte para el pelo que cambia

de color a diferentes temperaturas, acepta una invitación de los biocientíficos. Aparte de Hypatia, los gremios Avant no hacen más invitaciones.

A mi alrededor, los asientos se vuelven escasos. Y entonces el heraldo pronuncia las palabras:

—La próxima aprendiz es la sire Ada Castle de Nueva York. Diecisiete años. Su mentor es Michelangelo Loew, maestro sofista y enlace provincial.

Me acerco al escenario. Todos los maestros de gremio parecen mirarme por encima del hombro, pensando: «¿Quién es esta impostora? No es de aquí. ¿Dónde se supone que debemos ponerla?».

Un joven aprendiz ha colocado encima de la mesa mis materiales preparados.

—Puede presentar su galería —me dice Bloche.

Trago saliva y comienzo a presentar mi trabajo, empezando por mis mejores dibujos, incluida la pieza del sistema circulatorio. Leo un cuento y luego demuestro mi capacidad para revivir una moribunda planta de filodendro. Esta parte me ha puesto muy nerviosa, ya que mis habilidades sire tienden a ser inconsistentes, pero tras una nerviosa salida en falso, lo consigo rápidamente. A continuación, expongo mi diseño de cortinas para ventanas tejidas de plantas vivas. Pensaba que era demasiado estúpido para la galería, pero Hypatia me había dicho que es el tipo de cosa que les gusta a los maestros de los gremios. Espero que tenga razón.

Es la hora de mi canción.

Aprieto los dientes. Puedo hacerlo. Llevo dos días practicando sin parar. Levanto la guitarra y empiezo con rasgueos fáciles, como me enseñó Michael, nada demasiado complicado o que pueda estropearse hasta que me sienta más cómoda.

Toda la sala se centra en mí. ¿Cómo demonios Kor hace esto delante de estadios enteros?

Empiezo a cantar, con la voz un poco temblorosa.

Estas manos mías
podrían esculpir un ser humano de piedra,
podrían dibujar visiones de mundos desconocidos,
podrían pintar algo con alma.
Pero, en cambio,
estas manos mías solo están manchadas de errores.

Estas manos mías
podrían reanimar tu corazón con una canción,
podrían aprender a tocar las teclas correctas,
podrían escribir una sinfonía.
Pero, en vez de eso,
estas manos mías tropiezan con notas torpes.

Recuerdo lo que dijo Madame Adelina sobre encontrar las emociones de la canción en lugar de centrarse en la técnica. «Tu mundo arruinó tu canto —me gritó—. Te hicieron pensar que las cosas tienen que ser perfectas. Pero la belleza está en los defectos de la verdad. ¡Deja de tapar la verdad!».

Intento cantar mi verdad.

Estas manos mías
podrían tenderte la mano para que no estés sola,
podrían plantar las semillas para hacer crecer un hogar,
podrían sostener tu cara entre ellas.
Pero, en vez de eso,
estas manos mías permanecen atadas a mi espalda.

Hago todo lo que puedo para borrar al público y solo para cantar para mí.

¿Podré hacer algo más en esta tierra que malgastar mis horas?
¿Podré hacer más por la tierra que convertirme un día en sus flores?

Cuando se apagan las últimas notas, me sereno un momento. Seguir el consejo de Madame Adelina me ha provocado más emociones de las que pretendía, pero creo que ha salido bien. Tal vez no genial, pero al menos perfectamente aceptable. Respiro hondo.

—Con esto concluyo mi galería —digo.

Aunque en general estoy satisfecha, me doy cuenta de que mi presentación era floja en comparación con las de los demás. El maestro rector Bloche y algunos de los otros maestros de los gremios me preguntaron sobre mis puntos fuertes (las plantas) y los débiles (las matemáticas). También acerca de mis intereses específicos (curación) y los métodos utilizados en el trabajo exhibido. Les respondo lo mejor que puedo.

—Una última pregunta —dice Bloche—, ¿cómo abrió su caja gremial?

—¿Perdón?

—La caja que formaba parte de tu solicitud. El método utilizado para abrirla puede ser un indicador útil para ver la afinidad con un gremio.

Oh. ¿Existía más de una forma de abrirla? ¿Y cómo es que nadie más me ha hecho esta pregunta? Tal vez solo los reclutas reciben una caja rompecabezas. Bueno, obviaré que intenté romperla.

—Me pinché en el dedo —digo.

Todos los maestros de los gremios levantan la cabeza.

—¿Usó sangre? —pregunta Bloche, con un leve tono de sospecha. La mirada tras el monóculo se clava en mí.

—Fue un accidente —respondo.

El maestro del gremio de la ciencia de la sangre baja la mirada con desdén, pero los demás siguen mirándome extrañados.

Bloche se aclara la garganta.

Y entonces el maestro del gremio de los codificadores se levanta. Esto está despegando.

—Aunque reconocemos que tiene una mente estratégica que ayudaría al gremio de los codificadores, ha dejado claro que las matemáticas no son su fortaleza y no parece que sus intereses se alineen con nuestro gremio en este momento. No extendemos una invitación a nuestro gremio.

No quería unirme a los codificadores, pero eso no evita el escozor del rechazo.

El maestro artesano ya se está levantando. Empieza a hablar:

—Aunque todo apunta a que es propensa al arte, considerando que es una sire, nos sorprende que no haya cultivado un talento más desarrollado en alguna disciplina de bellas artes antes de llegar aquí, lo que puede indicar que no es su verdadera vocación.

Siento los músculos tensos como un instrumento de cuerda desafinado. No van a aceptarme. El gremio más fácil de entrar me va a rechazar.

—Sin embargo —prosigue—, ha hecho grandes progresos en apenas unos meses, y es evidente que tiene buen ojo para la estética. Considerando su potencial, la invitamos a unirse como oficial del gremio de los artesanos.

Respiro y el pánico disminuye.

—Nos ha gustado especialmente su canción, y tanto la técnica como el resultado final de su cuadro titulado *Árbol en otoño*. Si

decide unirse a nuestro gremio, fomentaremos sus habilidades tanto en el arte visual como en el musical. Sería un honor tenerla como miembro de nuestro gremio —apunta antes de sentarse. Les gusta mi trabajo. No me lo puedo creer. Todavía no sé si otros gremios me aceptarán, pero ya sé que me sentiría cómoda con los artesanos.

El maestro del gremio biocientífico es el siguiente. Esta es mi primera elección. El maestro del gremio habla secamente:

—Aunque usted es una sire, que es una cualidad que a menudo hace un buen sanador, no se ha presentado ninguna información particular que indique que encaja bien en el gremio biocientífico. En este momento, no extendemos una invitación a nuestro gremio.

Se me contrae el pecho. Necesitaba ver el *Testamento de los Biocientíficos*. Kor se va a decepcionar. Pero encuentro que estoy menos triste de lo que me esperaba. Al menos tengo a los artesanos. No deberían importarme los numerosos rechazos. Eran de esperar. Soy una extraña en este lugar, y tengo suerte de haber recibido una invitación. Pero el abuelo... No puedo pensar en eso ahora. Encontraré otra manera. La encontraré.

El maestro alquimista se levanta.

—Le falta mano firme...

Supongo que vio mi temblor a pesar de mis esfuerzos por ocultarlo.

—Y habilidad con los números, ambas cualidades a menudo necesarias en nuestro gremio.

Oh, no. ¿Cómo gestionan los aprendices todos estos rechazos? Quiero disolverme en mi propia sombra.

—Sin embargo, el hecho de que haya logrado controlar la vida vegetal antes de tener ningún entrenamiento como sire es un fuerte indicador de que tiene dotes botánicos. La invitamos a unirse como oficial del gremio de los alquimistas. Podemos fomentar su afinidad

por las plantas e introducirla en la medicina boticaria, ya que le interesa la curación. Sería un honor para nosotros que se uniera a nuestro gremio.

Espera, ¿qué? La emoción de otra aceptación mantiene mi corazón latiendo fuerte. Y no sabía que los alquimistas trabajaban con medicamentos, aunque ahora que lo pienso resulta totalmente lógico.

La maestra Lovelace del gremio de los sofistas se levanta. Mi estómago se ha calmado. Ahora puedo soportar más rechazos, tengo dos buenas opciones.

—Aunque desconozca nuestra historia, tanto su canción como su relato demuestran una comprensión intuitiva de la experiencia humana universal. Nosotros tenemos el honor de invitarla a ser miembro del gremio de los sofistas. Fomentaríamos tanto el canto como la escritura y podríamos guiarla por diversos caminos para los que parece estar bien preparada, como la educación, la mentoría o la curación tanto psicológica como emocional. Creemos que encajaría en nuestro gremio y esperamos que acepte unirse.

¡Tres invitaciones! Esa es la mayor cantidad de ofertas que cualquier aprendiz ha tenido hasta hoy. Y una del gremio de Michael nada menos. Mi corazón canta con alegría. Puedo encajar aquí.

Una vocecita en el fondo de mi cabeza me recuerda que mi propósito de encajar aquí no está relacionado con el de desarrollar las habilidades de las que hablan los maestros, pero la acallo.

Ha llegado la hora de los maestros del gremio Avant. Enderezo mis hombros lista para sus rechazos.

El maestro del gremio de la ciencia de la sangre, el viejo maestro de Rafe, ni siquiera se digna a levantarse para saludarme. Habla con fuerza, apenas abre los labios, pero su voz reverbera por toda la sala cuando dice:

—El gremio de la ciencia de la sangre no invita a Ada Castle de Nueva York.

Ya me lo esperaba. Está bien. Al menos esto casi ha terminado.

El maestro del gremio místico, un hombre muy viejo con una larga barba blanca y un gran casquete, se levanta sobre sus piernas temblorosas. Agarra el bastón de marfil con las dos manos y habla con una voz muy acentuada que cruje como hojas muertas bajo los pies:

—El gremio místico invita a la sire Ada Castle a unirse a nosotros como oficial.

Se oyen numerosos jadeos en la sala. Sus palabras llegan de forma algo amortiguada debido a su barba hasta la cintura, pero estoy bastante segura de que le he oído correctamente.

El maestro del gremio de la ciencia de la sangre tiene la cara morada. Los otros maestros de los gremios tienen los ojos muy abiertos. Incluso Bloche parece molesto.

El maestro místico continúa:

—Puede completar sus estudios básicos aquí en el Instituto Génesis y venir a la Academia de Avant para formarse en las artes místicas después del deshielo del próximo invierno, cuando la amenaza a nuestros jóvenes sire haya pasado. Esperamos que considere nuestra oferta, somos familia.

«¿Familia?».

Se apoya pesadamente en su bastón y vuelve a sentarse.

Miro a mi alrededor perdida, insegura de lo que acaba de ocurrir. Toda la sala está en un silencio fantasmal. Lo único que oigo son los latidos de mi corazón.

Un gremio de Avant me ha invitado —siendo una recluta— a unirme al más exclusivo de todos los gremios. Y ahora tengo más invitaciones que cualquier otro aprendiz presente.

Es hora de que tome una decisión.

16

Estoy de pie en el escenario del Quórum y siento la presión de innumerables miradas expectantes de mi decisión. Otros aprendices han tenido todas sus vidas para prepararse para esta elección, pero yo todo lo que tengo es el ahora. Me han rechazado mi primera opción, pero ahora hay varias ofertas más, incluida la tentadora nueva opción que acaba de aparecer.

¿Debería considerar la oferta de los místicos? Hypatia dijo que estudiar misticismo es peligroso. Sin embargo, no puedo negar sentirme atraída. Aria Loew me ha fascinado, por no mencionar que quiero averiguar desesperadamente por qué ese misterioso gremio es tan selectivo. Esta idea me hace creerme de la élite, tal vez incluso poderosa. Mentiría si dijera que no siento cierta tentación de enviar mis planes al garete y experimentar lo que significaría aprender de los místicos.

Pero no. Las Familias me necesitan en Génesis, ¿verdad? Y todo lo que he oído sobre Avant me ha dejado claro que no serán hospitalarios con una recluta. Ojalá tuviera a Kor cerca para estar más segura.

Todo el mundo sigue esperando mi respuesta en silencio y siento que debería tomar una decisión impulsiva, como hago siempre que viene un camarero a tomar nota. Uf. Si soy incapaz de elegir un plato principal, ¿cómo se supone que voy a tomar esta decisión que no hay que tomársela a la ligera? Cierro los ojos y trato de pensar con claridad.

Pienso en cómo Aria Loew parecía saber algunas cosas. La idea de que el gremio místico tiene probablemente miembros que podrían adivinar mis secretos refuerza mi decisión de que no es seguro.

Tengo que elegir entre los artesanos, los sofistas o los alquimistas. Michael me dijo que confiara en mi instinto. Así que lo intento. Y cuando lo hago, extrañamente, la dificultad de la elección se desvanece. Hay un gremio que casa tanto con mis talentos como con mis prioridades. Abro los ojos antes de hablar.

—Sería un honor unirme al gremio de los alquimistas —digo con mi tono de voz más firme.

Y entonces me ensordece el sonido de los vítores. Los alquimistas del público están de pie aplaudiendo y rugiendo con su aprobación.

Me sorprende ver todas esas caras radiantes. No me esperaba sus gritos de bienvenida. Me quieren. Insisto en que no me lo esperaba. Soy una forastera, un extraña que ha estado compartiendo clase junto a niños. Veo a Hypatia y a Mbali de pie entre los alquimistas, aplaudiendo como todos, y sé que tengo un lugar a su lado.

Michael se me acerca cuando termina el Quórum.

—¡Tu canción ha sido magnífica! Me encanta el giro radical que has hecho del tono en el puente.

Eso fue un error, pero supongo que funcionó.

—Gracias —digo tocando la nueva gema gremial esmeralda de mi oreja. Mis emociones todavía siguen algo confusas tras la experiencia.

Todo el mundo se dirige a la feria del pueblo y nosotros seguimos a la multitud. Como viene tanta gente de las distintas comunidades de Hacedores para cada Quórum, se ha convertido en tradición que

artesanos, comerciantes y artistas viajen con sus mercancías a la feria.

—Tengo que esperar muchos meses mi dulce de leche favorito —parlotea Michael mientras caminamos por el abarrotado sendero del bosque—. Esta anciana de las Islas Brumosas lo hace con una receta secreta, pero es ya mayor, espero que la receta no muera con ella.

—Si eres lo bastante encantador, quizá te deje la receta en su testamento —le sugiero.

—No creas que no lo he considerado. La mayoría de la gente que me molesto en encantar tiene algo que espero heredar.

Lo miro con una ceja levantada.

—Tus calcetines de lunares —responde a mi tácita pregunta—. Los que llevabas cuando viajamos desde Nueva York.

—Tus pies son casi el doble de grandes que los míos. Mis calcetines no te servirán.

—Pero me cabrán en las manos, que es lo único que importa, ya que los usaré como manoplas. Siempre he querido unas de lunares.

—Tomo nota —digo riendo.

Cuando llegamos al pueblo está irreconocible. El habitual tramo somnoliento de la calle ahora bulle de gente. Hay cientos de puestos con coloridos toldos brillantes y juntos crean un túnel de actividad ruidosa y que huele a especias.

Pensé que nos separaríamos una vez que llegáramos a la feria, pero Michael se queda a mi lado.

—¡Hoy seré el guía en tu primera feria del Quórum y juntos celebraremos tu logro!

Estoy segura de que solo quiere vigilarme, ya que la feria está repleta de feriantes extranjeros, que pueden incomodarse con los reclutas provinciales. Pero, desde luego, no protestaré por su compañía.

Hay artistas por todas partes —mimos, músicos, magos—, además de productos caseros y alimentos que emiten dulces aromas. Veo ropa, partituras, pigmentos y marionetas. En el aire se respira todo tipo de olores: pan recién horneado, carnes chisporroteantes, perfumes especiados, arcillas terrosas, madera y cera.

Y el ruido resulta armonioso en su ensordecedora discordia. Se escuchan instrumentos, cantos, risas, campanas, etc.

Iba a dirigirme hacia un puesto de hermosas máscaras venecianas —todas laboriosas y delicadas, hechas completamente de vidriado—, pero Michael va en dirección opuesta.

—¡Eureka! —exclama, dirigiéndose a un pequeño puesto repleto de dulces de chocolate. Ahí está la anciana y su dulce de leche. Veo cómo intercambian una flauta que él ha tallado con una caña por un bloque de dulce de leche envuelto en lino encerado. Por la forma en que la viejecita anciana le sonríe y le acaricia la mejilla, no me sorprendería que le dejara su preciada receta.

Seguimos recorriendo el arcoíris de puestos, parando a menudo para ver actuaciones o charlar con los amigos. Hay una fuerte presencia de la Guardia Avant. Me mantengo alejada en la medida de lo posible, aunque con Michael a mi lado no me preocupa demasiado.

Vemos a Hypatia, quien me presenta a un grupo de alquimistas de los que ya se ha hecho amiga. Supongo que debería hacer nuevos amigos de nuestro gremio, pero, bueno, nunca es tarde. O lo haré en cualquier otro momento en el que no tenga la atención de Michael.

Me aseguro de visitar a Georgie, quien ayuda a Elsa, la principal sastra de la isla, a cambio de que le permita vender algunos de sus diseños. Georgie está teniendo mucho éxito. Ha vendido más de la

mitad de sus productos y su mirada rebosa de satisfacción. Paso las manos por un montón de mitones de seda.

—Son preciosos —le digo. Entonces, golpeada por un pensamiento, le pregunto—: ¿Tuviste que abrir una caja gremial cuando te reclutaron?

—Sí. Eso fue un verdadero rompecabezas.

—¿Cómo lo hiciste?

—Escribí un programa que introduce cada combinación de las notas musicales hasta crear una melodía que finalmente la abrió. Tardé tres días.

Georgie me asombra. Ella es tan talentosa con su diseño de ropa, su arte y su habilidad con la programación. Sería una mujer del Renacimiento si fuera posible. Me pregunto si seré más como ella tras pasar más tiempo en el instituto.

Una mujer elegante viene a ver algunos de los productos de Georgie, pero otra mujer se acerca corriendo y le susurra algo al oído. La clienta mira a Georgie con una mezcla de miedo y desagrado, suelta el pañuelo que lleva en la mano y dice:

—No lo quiero. No haré ningún trueque con una forastera.

Georgie enrojece.

Estoy indignada y empiezo a seguir a la mujer que se va, pero Georgie me retiene.

—La confrontación no es buena para los negocios.

—¿Ha pasado mucho?

—Afortunadamente no demasiado. Y solo con los no locales.

Cojo el pañuelo desechado y lo doblo.

—¿Alguna vez has deseado volver atrás? ¿A tu antigua vida?

—No —responde sin vacilar.

—¿Incluso después de lidiar con...? —pregunto haciendo un gesto con la mano en dirección a la clienta maleducada.

—Incluso con todo eso, estar aquí merece la pena. Las oportunidades que puedo lograr en este mundo, a pesar de la incomodidad y los prejuicios, son cien veces mejores que cualquier cosa en el mundo provincial.

Dice mundo provincial, y no normal. Georgie ya ha aceptado que este lugar es su nuevo hogar. Y en unos meses el maestro rector Bloche querrá que yo haga lo mismo. Pero esa nunca ha sido una opción real para mí.

Michael curiosea entre las mercancías de un librero y me dirijo hacia él, pero las agradables notas de un carillón de viento atraen mi atención hacia un pequeño puesto escondido detrás de los demás. Me pica la curiosidad y, cuando me acerco, veo un cartel que dice: «HELIOANTORCHAS». Debería comprarme una de esas multiusos personalizables conocidas como cucharas que todos usan. Hace tiempo que quiero una. Una herramienta a mano siempre disponible para cualquier ocasión.

Un anciano con una calva brillante atiende el puesto, murmurando malhumorado para sí.

—¿Hola? —digo con cautela, preguntándome si quiere recibir clientes.

—¿Qué pasa?

—Me gustaría comprar una helioantorcha.

El hombre suspira, saca un gran cajón y lo deja sobre la mesa. Hay una gran variedad de herramientas.

—¿Qué complementos estás buscando?

Sus manos se mueven entre los distintos objetos. Lleva un anillo de ónice, bien grande, que indica que es un maestro del gremio místico.

—¿Qué recomiendas?

—Todo el mundo necesita una navaja, un lápiz y una linterna.

Saca lo pertinente de la caja: una hoja afilada de la longitud de mi dedo medio, un palo de grafito y lo que parece una aguja de coser, aunque sé muy bien, por haber visto la de Georgie, que su punta se ilumina para convertirse en una potente linterna. Me mira el diamante de la oreja.

—Eres una sire, así que querrás algo que haga chispas —dice descartando instrumental desconocido de la bandeja.

En el cajón veo que hay una lima de uñas y me miro las mías, demasiado largas.

—Me llevo esto. Y esto otro, por favor —añado señalando unas tijeras en miniatura.

Ya debería haberme cortado el pelo. Hace tiempo que quiero pedírselo a Georgie, pero al menos puedo recortarme algunas puntas mientras tanto. Hago girar un mechón alrededor de mi dedo. Ya casi me llega a los codos. Pienso con pesar en lo molesto que estaría mi padre. Siempre le gustó que mi pelo estuviera perfecto y solía cortármelo cada viernes por la tarde.

El hombre observa mi pelo y se relame los dientes, sus ojos acuosos son afilados.

—Ahora, sobre la cuchara en sí... —dice con lo que a mí me parece un tono menos gruñón que el de antes—. Tengo algo que creo que te gustará —dice arrodillándose para buscar en los recovecos de un viejo cofre. Luego se levanta sosteniendo una anodina caja—. En lugar de una nueva helioantorcha, tal vez deberías considerar esta que necesita un nuevo dueño.

Abre la caja y mis ojos se abren como platos. La cuchara, que es del tamaño de una armónica pequeña, tiene incrustaciones de un mosaico de piedra verde oscuro alrededor de un arpa de nácar. La quiero.

—No tengo mucha experiencia, pero parece caro.

—El coste es un mechón de tu pelo, de cinco centímetros de largo y uno de ancho.

Se me eriza el vello.

—Mmm, eso es superespeluznante.

—Ese es el precio si la quieres.

No quiero darle a este cascarrabias mi pelo para que haga quién sabe qué, pero la cuchara es preciosa.

—¿De quién era? —le pregunto.

—De un viejo amigo. Me dijo que la guardara hasta que volviera, pero tengo la sensación de que no regresará pronto.

Debería comprar una cuchara nueva y sencilla por un precio normal, pero me pica mi mano al sostenerla, como si estuviera destinada a tenerla.

—Vale, me la llevo —digo terminando de decidirme.

El hombre monta y fija todas mis modificaciones a la cuchara y luego utiliza las nuevas tijeras para recortar discretamente su pago de una capa inferior de mi pelo.

Con la mano en el bolsillo agarrando mi cuchara nueva, me uno a Michael, quien sigue distraído en el puesto de libros. Entre los montones de libros encuentro una baraja de cartas pintadas a mano con dragones, caballos de viento y unicornios. Me hace pensar en Izzy. Siempre se le han dado genial los trucos de cartas. La echo mucho de menos. Tendré que preguntarle a Kor si se ha enterado de algo nuevo acerca de lo que está haciendo y ver si puede convencer a Roman para ponerla en contacto conmigo.

Cuando Michael me ve con las cartas dice que quiere enseñarme un juego de Hacedores llamado A Dios rogando y compra la baraja.

—Un regalo del Quórum —dice.

Encontramos una mesa cerca de la fuente y una chica con un vestido de gasa nos trae vasos de zumo recién exprimido. Escucho

las instrucciones del juego un poco ausente y jugamos mientras charlamos, pero pierdo varias veces, porque estoy demasiado distraída por lo perfecto que está siendo el día.

Michael me pregunta un poco sobre por qué no elegí a los sofistas. Lo que no digo es que me siento aliviada de estar en un gremio en el que, aparte de en la clase de Fundamentos, resulta fácil evitarlo de profesor. No es que eso importe ya. Hemos encontrado cierto equilibrio en el que Michael es mi mentor, a quien aprecio más bien como a un hermano mayor, dejando la incomodidad atrás.

Sus ojos brillan cuando gana otra ronda del juego y mi corazón se acelera al rozar su mano con la mía al recoger mis cartas. ¿De una manera fraternal? Va, ¿a quién quiero engañar?

Algo que ninguno de los dos ha mencionado todavía ha sido mi invitación al gremio místico. Hay una duda en lo profundo de mi estómago sobre si debería haber tomado su propuesta más en serio. Michael me reparte de nuevo cartas de la baraja, pero en lugar de empezar otra ronda, le digo:

—No me di cuenta de que tu hermana era una mística.

Sonríe.

—Sí, sorprendió a mucha gente cuando abandonó Génesis. Pero la física y el misticismo tienen más en común de lo que se podría pensar. Sobre todo, en lo que se refiere a las teorías sobre el Tapiz Universal, similar a la que se conoce como teoría de cuerdas en el mundo provincial. ¿Has oído hablar de ella? Por lo que recuerdo, eres una fan de la física teórica —dice guiñándome un ojo. Sacudo la cabeza, insegura de si me siento cómoda con el hecho de que haya sacado a colación el recuerdo de nuestra primera cita. Es decir, nuestra única cita. Esto no es una cita. Michael continúa—: Los

místicos no habían invitado a un aprendiz de Génesis en su vida. Ari fue uno de los pocos maestros que aplicó por aquel entonces.

—No lo entiendo. Pues, ¿por qué me invitaron?

—Supongo que no soy el único que se da cuenta de que eres especial.

Siento un rubor que se extiende por mi cuello en una sensación placentera y se transforma rápidamente en irritación. Se supone que debemos tener límites. Ese tipo de bromas cruza los límites.

—En serio, ¿debería haber considerado su oferta?

—Absolutamente no. Avant no es lugar para ti y el misticismo es peligroso.

—Pero tu hermana...

—Ari siempre ha pintado usando colores que nadie más puede ver. Entiendo por qué hace lo que hace, pero eso no evita que me preocupe mucho por ella.

Se mordisquea la uña del pulgar e instintivamente le aparto la mano de la boca. ¿Por qué lo he hecho? No me corresponde vigilar sus hábitos. Aparto la mano al darme cuenta de que sigo tocando la suya.

A medida que el crepúsculo tiñe el cielo de color lavanda, la feria cobra nueva vida. Más puestos empiezan a servir comida y bebida, y el ambiente se vuelve de fiesta y baile.

—¡Ada! ¡Digno de un Hacedor! —grita Kaylie, quien pasa por nuestra mesa y me abraza. La invitamos a sentarse con nosotros y Michael trae más bebidas y un plato de pastelitos enrollados (masa hojaldrada con chocolate, canela y mermelada en deliciosos espirales).

Una joven valquiria corre hacia Kaylie. Creía que me había acostumbrado a ver a humanos alados, pero esta pequeña niña con sus mejillas sonrosadas, mechones rubios y las alas desplegadas

parece exactamente el querubín de un cuadro. Kaylie baila con ella y con otros niños. Michael los hace reír a todos tocando una tonta canción con un laúd prestado.

Pronto, una banda —la de Simon, el resto de los miembros vinieron a la ciudad para el Quórum— empieza a tocar, y Kaylie saca a Michael a bailar. Giran en círculos felices.

Veo a Rafe entre los cuerpos que bailan. Está con una chica preciosa vestida con un sari azulado, aunque bailar no es la palabra adecuada para su lento y sensual abrazo. Rafe levanta la vista y nuestros ojos se cruzan un instante antes de que yo pueda apartar rápidamente la mirada, solo para captar la de Michael. Me sonríe y vuelve a estar pendiente de Kaylie, a quien inclina teatralmente hacia el suelo. Sus caras brillan de alegría.

Me levanto de la mesa y camino hacia la valla con vistas a la cala. Miro hacia abajo, donde el agua se agita en una danza feroz, pienso en años de olas rompiendo y esculpiendo una bella escultura en los acantilados.

Michael me sigue unos minutos después y al acercarse saca su paquete de dulce de leche.

—Es la hora —dice dramáticamente. Despliega con cuidado el envoltorio de lino y me da una onza.

Le doy un mordisco: es pura felicidad.

—Definitivamente no hacen dulces como estos en mi mundo —digo.

Michael lame el dulce de leche de su pulgar de una manera que realmente no debería ser tan atractiva.

—Allí también tienen muy buena comida.

Michael es el único Hacedor que he conocido que tiene algo positivo que decir de la sociedad provincial.

—¿Qué te hizo querer trabajar como enlace provincial?

—Solo pertenezco a la tercera generación de Hacedores —dice Michael—. Mi abuela llegó a esta cultura siendo adolescente en un cargamento de niños que fue desviado a Avant durante el Holocausto. Muchos de esos niños volvieron después de la guerra, sin saber nunca quiénes habían sido sus cuidadores. Pero mi *bubbe* había conocido a mi abuelo y se quedó para casarse con él.

Las heridas del Holocausto parecen perseguir a todos los judíos que conozco, pero no esperaba que esas heridas se extenderían en la burbuja utópica de los Hacedores. Supongo que es un leve alivio saber que los Hacedores ayudaron a los perseguidos durante el Holocausto. Me alegra saber que de vez en cuando son capaces de una mínima intervención.

Mi padre no tiene mucha familia viva, y nunca ha sido capaz de hablar de ellos, pero sé que la abuela fue sobreviviente del Holocausto. Siento el eco del trauma generacional compartido con Michael. Nunca pensé que podría compartir ningún tipo de historia con un Hacedor. Michael continúa:

—Mi madre siempre trató de ocultar su herencia, no quería llamar la atención sobre su ascendencia provincial, y a menudo hablaba de las atrocidades del mundo que había permitido tanto odio y destrucción, pero *bubbe* quería que yo supiera que, aunque lo había dejado atrás, había aspectos hermosos de su antigua vida. Me dijo que, aunque había visto lo peor del mundo durante la guerra, eso no era todo lo que la vida provincial podía ofrecer. Yo era un espectador sediento de todos sus recuerdos del lugar que había amado y que a nadie más parecía importarle, ni mucho menos querer recordarlo.

Los sonidos de risas y charlas flotan en la brisa.

—¿Tu hermana siente la misma devoción por el mundo provincial?

Michael se ríe.

—En absoluto. Siempre estuvo más enamorada del lado de la familia de mi abuelo. Mi tatara-tatara-unos-pocos-más-tatara-tatarabuelo era un cabalista religioso reclutado por los místicos.

—Oh, ¿era más común que los gremios de Avant reclutaran del mundo provincial por aquel entonces?

Se ríe de nuevo, pero esta vez con cierto pesar.

—Sí, nuestra sociedad está compuesta de reclutas. Somos un pueblo definido por el exilio. Un pueblo de desterrados que querían una vida mejor que la que nos ofrecían los imperialistas de los que huimos. Pero intenta reivindicarlo a los que se resisten a los nuevos reclutas ahora y te toparás siempre con la misma retórica sobre que nuestra sociedad se fundó para combatir.

Suspira, me mira el rostro y ahí se queda su mirada.

Nos sumergimos en un tipo de comunicación silenciosa en la que solo intervienen nuestros ojos y mi acelerado corazón. El sol casi ha desaparecido y es una de esas horas mágicas en las que los bordes de la realidad empiezan a desvanecerse y adquieren la textura de los recuerdos.

—¿Te lo has pasado bien hoy? —pregunta rompiendo el silencio. Ya no sé hacia dónde mira, porque he dejado de mirarle a los ojos para mirarle a la boca. Hay tensión en sus labios, en su mandíbula, en su garganta.

—Sí —le digo.

—Me alegro.

Las palabras son casi un susurro y más íntimas que el tacto. Michael parpadea y aparta la mirada.

—Es tarde —dice—. Debería volver.

Asiento con la cabeza y hace una pequeña reverencia.

—Nos vemos mañana, oficial Castle.

El distanciamiento en su voz casi me hace olvidar el momento y empiezo a dudar de que fuera real.

—Nos vemos.

Le sonrío y se marcha.

Vuelvo la cara hacia la brisa, cierro los ojos y escucho el relajante murmullo del viento, el sonido de las olas arrancando violentamente su escultura a las rocas de abajo. Respiro el aire de este lugar que, si un millón de cosas fueran diferentes, podría empezar a llamar hogar.

17

Tal y como Hypatia y Georgie predijeron, pronto me invitan a las pruebas para el equipo de aerojustas de los alquimistas. Estaba indecisa al principio, ya que necesito estar concentrada y no llamar la atención innecesariamente, pero Hypatia señaló que sería una buena forma de integrarme de forma rápida en nuestro gremio. No le costó mucho convencerme, porque quería hacerlo de todos modos.

La pista de las aerojustas está excavada en el lecho rocoso del lado occidental de la isla. Su diseño se inspira en el antiguo teatro de Epidauro y la gradería de piedra con asientos concéntricos forma tres cuartas partes de una curva abierta al océano. En su centro, hay un foso de tierra dividido por una valla en el que se celebran las justas.

Me acerco a los demás con inquietud, pero el equipo es cálido y acogedor, y se presentan chocando los cinco. Aquí no se choca así, pero les parece un saludo provincial y lo hacen con entusiasmo, queriendo que me sienta bienvenida.

—¡Esperaba que te aliaras como alquimista desde que vi tus movimientos en el aeroparque! —dice un chico moreno con el pelo teñido de verde y unos bíceps muy grandes que creo que se llama Sebastian.

—¿Estabas en un equipo de aerojustas en el mundo provincial? —pregunta una chica llamada Carlota.

Me río.

—No existe nada tan guay como las aerojustas en el mundo provincial.

Miriam, la capitana del equipo alquimista, da unas palmas para que guarden silencio.

—¡Vamos a ver si eres apta para el equipo! Ya sabes cómo usar esto, ¿verdad? —pregunta señalando la aerotabla de Georgie de debajo de mi brazo.

Asiento con la cabeza. He estado practicando más e incluso he empezado a dar en la diana con la lanza.

Miriam rebusca en una cesta llena de equipo de protección y me tira un chaleco acolchado, unas rodilleras, un escudo y un casco. La mayoría de estas cosas están hechas de seda de araña del mismo tono verde esmeralda de los alquimistas y se asemeja a una armadura medieval.

Me pongo el equipo y monto sobre mi tabla. Mientras que el suelo es de tierra compacta, la superficie magnética de debajo se acopla con la levitación magnética de la tabla con un zumbido ya familiar.

Me siento bien en mi primer combate de práctica contra Carlota, hasta que se dirige hacia mí con una enorme lanza apuntando al escudo de mi brazo izquierdo, que de repente siento demasiado pequeño. Aprieto los ojos y hago todo lo que está en mi mano para no seguir el instinto de apartarme. La lanza de Carlota choca con fuerza contra mi escudo, mi cuerpo se estremece con el impacto mientras paso por su lado a toda velocidad hacia el otro extremo del foso. Al menos, sigo y no suelto la lanza. Carlota me gana 3-0.

Miriam nos enseña varios ejercicios de equilibrio y puntería. Después nos va rotando con más partidos de práctica, en los que pierdo estrepitosamente.

De momento, la experiencia resulta dolorosa. El equipo está formado por atletas competitivos y bien entrenados, que juegan a

este deporte casi desde siempre. Cuando hacemos una pausa para descansar, me he caído ya varias veces, me duelen partes que ni siquiera sabía que existían, y estoy bastante segura de que no estoy lista para entrar en el equipo a corto plazo. Pero Miriam sí que está satisfecha.

—¿Para una completa novata? No esperábamos nada diferente, de hecho, esperábamos algo peor. Bienvenida al equipo.

—Significa que tendrás que trabajar en mantener los ojos abiertos y en controlar tu lanza —interviene Carlota.

—¿A quién le importa el control de la lanza cuando mantiene el equilibrio mientras se mueve así de rápido? —responde Sebastian con un guiño.

Un gong indica que el tiempo de uso del foso por parte del equipo ha terminado y todos recogen sus cosas mientras los jugadores de otro equipo entran en tropel para entrenar. Me deslizo hacia la salida, pero calculo mal mi capacidad para saltar una barrera y me estrello contra ella, aterrizando de cabeza y con la cara arañando el suelo. Gimo y ruedo sobre mi espalda.

Una risa áspera resuena por encima de mí y alzo la vista para ver a Rafe. Está perfecto con su armadura acolchada y ajustada —toda en tonos ámbar de los bio—, con el casco en la mano y el pelo rubio suelto como una especie de Lancelot de *punkrock*.

—¿Tú eres la novedad que ha entusiasmado a los alquimistas? —dice sin parecer impresionado—. Supongo que los codificadores serán nuestros únicos rivales por el título este año.

Se sube a su aerotabla y se desliza, sin hacer ningún esfuerzo por reducir la cantidad de tierra y suciedad que me rocía en la cara.

—¡Eh! —le grita Carlota, corriendo tras él, pero Sebastian y otro chico cuyo nombre he olvidado la detienen.

—¿Qué te ha dicho? —me pregunta Carlota—. Ya lo denunciaron una vez a la logia de aerojustas y con mucho gusto lo haré de nuevo si está siendo un prejuicioso...

—Ignóralo —dice Sebastian—, está intentando sacarnos de quicio a propósito.

—No, no lo ignoréis —objeta Miriam—. Raphael Vanguard era el capitán del equipo de la ciencia de la sangre en Avant antes de ser transferido aquí. Tenemos que tomarlo en serio. Es nuestra mayor competencia: él y Hera. Él sabe cómo usar la vergüenza y la intimidación contra nosotros. Así que no ignores ese tipo de cosas —dice con fuego en los ojos—. Deja que te enfade y usa el cabreo para alimentar tu juego.

Nos abrazamos y veo mi determinación reflejada en las caras de mis nuevos compañeros de equipo. Vamos a derribar a ese arrogante príncipe cuando empiece la temporada de torneos.

He llamado a casa cada domingo, así que después del entrenamiento toco a la puerta de Georgie, con la esperanza de usar su internet.

—¡Adelante!

Cuando entro, la encuentro tecleando excitada y mirando de un lado a otro sus monitores.

—Iba a preguntarte si podía llamar a mi familia, pero pareces ocupada.

—No demasiado, estoy trabajando en uno de mis pequeños proyectos. En realidad, esto te va a gustar —dice con un gesto con la mano. Sus dedos repiquetean una sinfonía en su teclado—. He estado rastreando diferentes foros en busca de teorías conspirativas sobre nuestra existencia.

—¿Te refieres a la existencia de los Hacedores?

—Mmm... Creen que estamos muy bien escondidos, y en su mayor parte lo estamos, pero de vez en cuando sobresalen ciertos asuntos.

Eso llama mi atención, por razones obvias.

—Mira esto.

Ha abierto una página web. Es un foro de conspiraciones dedicado al ocultismo. Algunas informaciones son espantosamente exactas, es imposible que solo sean especulaciones. El moderador principal se hace llamar Cicerón. Parece ser quien más sabe. Me inclino sobre el hombro de Georgie y ojeo los mensajes: «VENENO QUE HACE OLVIDAR… NACIDOS CON ALAS… UBICACIÓN OCULTA DURANTE CIENTOS DE AÑOS… MUERTE FINGIDA…».

Georgie tiene razón; esto es definitivamente algo más que una simple especulación. Al mismo tiempo, hay otros tantos mensajes que mean fuera de tiesto. Veo más de una entrada sobre vampiros o la piedra filosofal, estoy bastante segura de que las dos cosas son ficticias.

Cuando doy con una sección dedicada a las enfermedades, ralentizo el arrastre del ratón. Según los rumores, «los Ocultos» pueden curar casi cualquier cosa, incluido el cáncer. Más de una persona afirma haberse tratado con la milagrosa medicación de un misterioso benefactor.

—¿Has avisado a alguien de esto? —le pregunto a Georgie.

—No, no he encontrado nada lo suficientemente preocupante, pero pensé que era divertido rebuscar en este material. Tienes todo preparado para llamar a tu familia cuando estés lista.

Una vez que Georgie sale de la habitación, mi primer impulso es revisar las redes sociales, pero decido no hacerlo. La última vez que miré mis *feeds* me deprimí con la superficialidad de lo que solía

importarme. No sé si mi distanciamiento forzoso de esas partes de mi antigua vida es un alivio o una pérdida.

Cuando Kor responde a mi llamada, está claro que lo he despertado. Me dice que se ha encontrado mal durante unos días y que debo informar a Alfie Avellino. En su pálida piel sus venas azuladas se transparentan, tiene ojeras, y su pelo, del que suele presumir, necesita un corte. Le pregunto si está bien.

—Todo bien. Es solo un resfriado que cogí mientras hacía de voluntario en un hospital.

Pienso con culpa en mi propio invierno sin frío ni gripe debido a las vacunas de los Hacedores. ¿Por qué está enfermo si aquí existen las curas?

Nos despedimos y llamo a Alfie, quien apenas tarda un minuto en empezar a cabrearme. Me da órdenes sobre cosas que quiere que haga, incluso aunque no sabe nada de lo que pasa aquí, y se niega a contestar a ninguna de mis preguntas.

El acalorado tono de nuestras voces atrae la atención del doctor Ambrose, quien aparece en pantalla y aparta con un gesto a un enfurecido Alfie, que se despide haciéndome la peineta con las dos manos, para encargarse él de la llamada.

El doctor Ambrose me escucha pacientemente, mirando a través de sus gafas de montura dorada mientras lo pongo al día de los cambios ahora que pertenezco a un gremio. Tras cada Quórum, el instituto comienza un nuevo mandato y ahora, como oficial, mis clases son totalmente diferentes de cuando era aprendiz. Es agradable estar rodeada de gente más cercana a mi edad, los oficiales son en su mayoría adolescentes tardíos y veinteañeros.

Sigo asistiendo al laboratorio sire y a la clase de Fundamentos, pero ahora también me toca ser un miembro contribuyente de mi gremio. Tengo clases en el laboratorio de alquimia, donde

trabajamos en proyectos para añadir al *Testamento del Gremio*, y la asignatura de Fitología, en la que he estado estudiando la vida de las plantas en un invernadero de tres pisos. El otro día aprendí a usar mi ha'i en cuestión de minutos para hacer brotar de una semilla un girasol. También he estado estudiando métodos agrícolas no invasivos y sostenibles (los detallo para el doctor Ambrose, ya que son sencillos de aplicarlos en casa), y me he unido a un equipo rotativo de creación de material precioso de nuestro gremio, el vidriado. Hasta ahora me he limitado a limpiar y a fundir productos viejos, pero espero entender pronto su producción lo suficientemente bien para poder dar instrucciones prácticas a las Familias.

No solo doy clases relacionadas con la alquimia. También tengo múltiples estudios de arte y sesiones de conservatorio. En una clase hemos aprendido cómo aplicar la física del sonido en la música para manipular cosas: parece magia de verdad.

Cuando hablo de las clases de arte con Kor, a menudo me recuerda que me centre en recopilar información más importante para el Oculus, pero el doctor Ambrose no hace eso. Parece igualmente interesado en todos mis estudios y toma apuntes detallados sobre mis nuevas clases para consultarle a la Cámara Interna si hay algo específico que quieren que espíe.

Al terminar, llamo a mamá. Me dice que me echa de menos y pregunta por mi bienestar general, pero, como siempre, anda demasiado ocupada para hacer algo más que verme la cara y asegurarse de que estoy bien antes de despedirse y pasarme al abuelo.

Cuando su demacrado rostro aparece en mi pantalla, casi rompo a llorar. Parece tan enfermo. Está más delgado que antes —si es que eso es posible— y tiene la piel cetrina.

—¡Abuelo! —grito—. Te echo tanto de menos.

—Yo también te extraño, mi reinita. Yo también te extraño. Pero tal vez nos veamos pronto. ¿Puedes venir a casa por Pascua?

Empieza a toser —una tos estremecedora— y me duele el corazón. Está empeorando. Si le pasara algo al abuelo que yo podría haber evitado, jamás me lo perdonaría.

—Venga, Tomás —dice Sal, que aparece en pantalla—. Siéntate, te traigo agua con limón.

Una vez que me despido vuelvo al comedor y enseguida empiezo a sollozar al ojear fotos en el móvil.

—¿Estás bien? —pregunta Georgie quitándose los auriculares.

—Sí, solo echo de menos a mi familia una vez más.

Se sienta a mi lado y se la enseño a través de un carrusel fotográfico del móvil.

—Esta es mi madre.

Se la ve despreocupada y feliz en esta foto, sentada en una roca en el barranco de Central Park, sin un ápice de maquillaje, con el pelo rubio suelto al viento. Es una foto antigua. No la había visto tan relajada en años. Hay unas cuantas fotos similares más que me recuerdan una época en la que mi madre sabía divertirse. ¿Cuándo cambió? ¿Y cuándo empecé a olvidar esta versión de ella?

Sigo bajando y casi le enseño a Georgie una foto de Izzy, pero ahora considerarla mi mejor amiga ya no sería verdad, así que paso de largo todos nuestros selfis, intentando no echar a llorar de nuevo.

—Este es mi primo, Kor —digo mostrándole un selfi nuestro haciendo caras estúpidas en el set de su sesión de fotos para la revista *Rolling Stone*.

Georgie mira fijamente, con ojos analíticos y la boca abierta en una perfecta redonda. Cuando por fin recupera el habla, pregunta:

—¿Tu primo es Kor Chevalier?

—Primo muy lejano —digo a la defensiva—. Más bien es un amigo.

—A lo mejor me muero —dice mientras se lleva el dorso de la mano a la frente, casi como si fuera a desmayarse—. Una cosa te digo, si existe un hombre en este planeta por el que me haría bi, sería él.

Suspiro. No me había dado cuenta de lo agradable que ha resultado estar lejos de la Kor-manía 24/7.

—Aunque me encanta Kor, vomitaría si me exponen a demasiada devoción —le digo a Georgie que se abanica dramáticamente.

Coge un costurero vacío y me lo da.

—Toma, tu cubo de vómito. No voy a parar.

—¿Cómo es que lo conoces? —pregunto pensando en que la fama de Kor se disparó en los últimos dos años, antes del traslado de Georgie a Arcadia. Ella se pone la mano sobre el corazón.

—Ada, yo ya era una fan de Korach Chevalier antes de que fuera famoso. Llevo años escuchando su música —añade. Luego cierra los ojos y respira fondo—. Vale, ya he superado mi parálisis de *fangirl*. Enséñame fotos del resto de tu familia.

Abro las fotos más recientes de mi padre. Saluda a la cámara desde una playa de Costa Rica, en la que, por lo último que sé, pasaba los días tocando la guitarra para turistas y surfeando. Tiene el pelo castaño ondulado casi tan largo como el mío, tan diferente del corte limpio que siempre llevaba de joven. Últimamente le echo más de menos que de costumbre. Le encantaría saber sobre mi nuevo interés por la agricultura sostenible y que he mejorado en guitarra. Puede que por fin tengamos algo de lo que hablar.

Deslizo el dedo hasta encontrar una foto del abuelo. La tomé unos meses antes de irme, pero ya estaba mucho más delgado el día en que me despedí, y hoy estaba aún peor. Siento que se me saltan las lágrimas. Espero que esté bien.

Los Hacedores podrían ayudarle. Debo conseguir sus curas, o hallar una forma accesible para que mis habilidades sire le beneficien. Por el abuelo, por las Familias y por el resto de mi mundo. Ahora que soy una alquimista tengo acceso a sus pergaminos del *Testamento*. Me he distraído demasiado con gremios, tíos buenos y aerotablas.

Toca visitar ahora el Arca.

18

Le pedí a Hypatia que me acompañara en mi primera visita al *Testamento del Gremio de los alquimistas* y nos programó para hoy un hueco en el Arca.

Al acercarme a la escalera de caracol que conduce al Arca, me sorprende ver que, junto al guardia de rostro inexpresivo que siempre lo vela, está Simon, quien viste un uniforme negro a juego. Tiene los relucientes botones plateados manchados.

—¿Qué haces aquí? —le pregunto.

—Mi familia no quiere que me retrase en el adiestramiento como miembro de la Guardia mientras no estoy en Avant, así que me entreno un poco aquí. Enhorabuena por unirte a los alquimistas, por cierto.

Tengo que parpadear para alejar una vívida imagen de él sobrevolando sobre un campo de flores... ¿Por qué sigo teniendo recuerdos de ese molesto sueño?

—Gracias —le respondo—. Me gustó mucho tu actuación con la zanfona y tu bote.

Su rostro se ilumina.

—¡Gracias! ¿Estás aquí para consultar el *Testamento* de tu gremio?

—Sí, espero a Hypatia.

—¡Ya estoy aquí! —canta Hypatia acercándose por detrás. El otro guardia musita algo para que nos movamos.

Nos registran —Simon se sonroja mientras palmea los bolsillos de Hypatia— y cogen lo que llevamos encima, incluyendo nuestras dos cucharas. Después subimos por una escalera tortuosa.

En lo alto del rellano hay un gran escritorio circular. El ama de llaves embarazada de la que me he hecho amiga, Xander, está de servicio.

—¡Ada! ¡Hypatia! Enhorabuena a las dos por convertiros en oficiales.

Al ver la cálida sonrisa de Xander, me atraviesa un fragmento helado de culpa. Hypatia, Simon, Xander... todos confían en mí, y yo estoy planeando usar esa confianza para robar.

Pero sé que es lo correcto.

Xander nos escolta hasta la sala de cristal del Arca y recupera el *Testamento del Gremio de los alquimistas* con cuidado. Quita la sobrecubierta aterciopelada verde esmeralda con el emblema alquimista de un mortero enfrente del Árbol de la Vida bordado y nos enseña cómo desenrollar los pergaminos y cómo funciona el sistema de índices para encontrar lo que necesitamos. Nos enfundamos unos guantes protectores para no manchar el pergamino con la grasa de las manos y utilizamos un puntero para reseguir con la mirada la apretada caligrafía. Tocar uno de los *Testamentos* es algo imponente. No es más que un pergamino escrito por humanos, pero parece sagrado. Sé que algunos Hacedores dirían que es sagrado. Que la innovación humana es divina, la continuación del trabajo del Conductor. Es fácil creer en esta ideología cuando uno está rodeado de la evolución del avance humano tan cuidadosamente preservada y atesorada aquí dentro del Arca.

Pensar que es sagrado no alivia mi sentimiento de culpa por querer apropiármelo.

—¿Qué quieres consultar primero? —pregunta Hypatia cuando Xander deja la habitación.

—Medicinas —digo con decisión.

Aunque no veo absolutamente nada sobre transmitir habilidades de sire a los no sire, ninguna conversación con Kor o foro en línea podría haberme preparado para lo que nos encontramos. El detallado y extenso índice es alucinante. Solo he mirado una sección en los *Testamentos*, y ya tengo la mente mareada. Por las recetas, las pruebas, los experimentos y los resultados. La magnitud de lo mucho que los Hacedores han resuelto, lo mucho que pueden prevenir y lo mucho que pueden curar resulta abrumadora.

Bajo mis manos enguantadas se despliegan curas para enfermedades genéticas, infecciones, cánceres; también referencias a procedimientos quirúrgicos de biociencia que utilizan la curación con sire. No sé cómo voy a conseguir meter mi teléfono aquí, pero tendré que encontrar una manera. Hay que compartir esta información.

Las palabras que tengo ante mis ojos se emborronan cuando pienso en pabellones infantiles abarrotados, unidades de cuidados intensivos desbordadas, pandemias globales que han matado a tantos... Los Hacedores podrían detenerlo todo. Supongo que siempre lo he sabido. Pero ahora lo sé con absoluta certeza. Y eso lo hace mucho peor.

Mi ira crece hasta que mis manos tiemblan tanto que Hypatia me quita el puntero antes de que raje accidentalmente el delicado pergamino.

—¿Estás bien? —pregunta.

—Estoy bien —respondo—. Bueno, en realidad no —añado, y cierro los ojos, respirando hondo—. No me encuentro muy bien. Creo que debería irme.

—Por supuesto —dice ella—. Volveremos en otro momento. Le diré a Xander que me ayude a guardarlo todo. Acuéstate. Estás pálida.

Me quedo helada durante un minuto, luego salgo de la habitación acristalada.

Necesito hablar con alguien sobre esto.

«Somos esclavos de los virus y las enfermedades», pienso con rabia.

Kor me advirtió que los Hacedores atesoraban más de lo que podría imaginar, pero, incluso estando aquí durante meses, no entendía cuánta razón tenía. He estado perdiendo un tiempo valioso. Me quito los guantes y los dejo sobre el escritorio de la entrada, ignorando a una sorprendida Xander. Me apresuro a bajar las escaleras pasando por delante de Simon, quien me persigue y me devuelve mis cosas, pero ni siquiera se lo agradezco. Voy derecha al ala de primavera.

Aporreo la puerta del despacho de Michael, con los ojos ardiendo por las lágrimas contenidas. No todos los de aquí saben del resto del mundo, pero él sí. Además, es maestro y cercano al maestro rector Bloche; tiene influencia para hacer cambios. Michael abre la puerta.

—¿Ada? ¿Qué haces aquí?

Kaylie también está.

—¿Estás bien? —pregunta levantándose del ridículo sofá colorido —. Ven y siéntate, no tienes buen aspecto.

Hago contacto visual directo con Michael y, sin enmascarar la acusación en mi tono, digo:

—He visto el *Testamento del Gremio de los alquimistas*.

—¿Y? —pregunta Kaylie sorprendida y preocupada. Sin embargo, Michael mira hacia abajo. Sabe por qué estoy enfadada.

—¿Cómo permitís que tanta gente sufra si tenéis los medios para ayudarlos?

—¿Ayudar a quiénes, Ada? —añade Kaylie, quien me pone una mano tranquilizadora en el hombro.

Me vuelvo hacia ella, suavizando mi tono:

—Al mundo —digo—. A todos los demás. Hay tantas cosas mal en el mundo provincial que podrían resolverse con los conocimientos de los Hacedores, pero os quedáis en vuestra burbuja, ayudándoos solo entre vosotros.

Kaylie me mira con lástima.

—No es tan sencillo —dice.

—No es así como va —suelta Michael al mismo tiempo.

Levanto exasperada las manos y lo miro.

—Estamos hablando de todo un mundo de sufrimiento.

Me preparo para recibir indiferencia u oír más excusas, pero en su lugar dice algo que no me esperaba:

—Tienes razón. Ojalá pudiera ser diferente —añade dándose la vuelta y golpeando con sus manos el escritorio—. ¿Crees que no me duele a mí también? Mi abuela solo escapó del genocidio, porque fue una época en la que los Hacedores interfirieron. Pero hoy en día no hacemos lo suficiente. Siempre me preocupa.

Se levanta de la mesa, se pasa las manos por el pelo y empieza a andar. Kaylie parece sorprendida por su arrebato y Michael intenta explicárselo:

—No lo entiendes; no lo has visto. Su mundo... Hay tantas cosas que podríamos mejorar... —dice, y se da por vencido. Luego se vuelve hacia mí con una mirada desesperada—. Pero tú tampoco lo entiendes. ¿Crees que todo estaría resuelto si nos limitáramos a enviar cajas de medicinas? Los sofistas lo han debatido durante

años. Yo mismo se he lo pedido al Consejo. Pero no vale la pena arriesgarse por lo poco que podemos hacer.

—Nuestros avances —continúa Kaylie— conllevan conocimientos extremadamente sensibles que pueden ser mal utilizados. Toda innovación que cae en manos provinciales se emplea eventualmente para la violencia y la guerra. No podemos confiar en ellos.

Sé que Kaylie ha crecido con el cerebro lavado por estas ideas, pero me sigue siendo difícil ocultar mi indignación en la voz cuando prosigo:

—Tú no los conoces. ¿Cómo sabes que tú eres más de fiar que ellos?

—No importa, Ada —dice Michael, resignado—. Tu mundo ya tiene muchas soluciones y sigue siendo incapaz de resolver las cosas importantes.

Es mi mundo, no el suyo. Quiero gritarlo, recordarle que esto es personal para mí. Pero me aguanto. Acabo de unirme a un gremio, me he comprometido a aceptar tácitamente esta sociedad como propia. Y no dejaré que nadie, ni siquiera Michael, dude de mi lealtad. Necesito que mi tapadera siga siendo impecable porque, en última instancia, si no logro convencer a los Hacedores de que compartan sus conocimientos voluntariamente, tendré que robarlos. Y necesito que confíen en mí para conseguirlo.

—Siempre que lo hemos intentado, han encontrado la forma de acaparar los conocimientos, crear escasez, subir los precios y obtener beneficios —dice Michael.

—¿A diferencia de acapararlos para una única sociedad minúscula e insular? — le pregunto.

Los ojos marrones de Michael brillan a la defensiva mientras se me acerca imponente.

—Apenas sabes nada de nosotros, Ada. Nos hemos expandido más allá de nuestra sociedad insular muchas veces a lo largo de la historia. Lo hemos compartido todo con el Matriarcado de las Islas Brumosas y con los Profetas de Naiot. Compartimos con aquellos que anteponen las necesidades de la humanidad a sus propios deseos. Con aquellos que realmente se esfuerzan en aprovechar su potencial creativo para contribuir al avance del mundo.

¡Qué cara que tiene!

—Noticias de última hora, maestro sofista —digo clavando mi dedo en su pecho, donde me encuentro con la sólida resistencia de un hombre testarudo—. La mayoría de la gente no puede usar todo su potencial creativo, porque cada día están demasiado ocupados dedicando toda su energía a sobrevivir. Es fácil que te felicites por mejorar la sociedad cuando tienes todas las necesidades básicas cubiertas gratuitamente. Cuando no tienes que dedicar la mayor parte del tiempo a cualquier empleo desalmado que pague el alquiler.

—Es un sistema roto. No es que no esté de acuerdo.

—¡Un sistema roto al que puedes ayudar! Y esta debería ser tu máxima prioridad. No importa el sufrimiento individual. Piensa en el planeta. Vi esos pergaminos, Michael. Esa información podría usarse para combatir la contaminación, las pandemias y el cambio climático.

Pienso en toda la información que el abuelo me hizo leer sobre el sufrimiento de nuestro planeta al que no quería enfrentarme cuando me sentía impotente.

Pero ya no soy impotente.

—Si el mundo provinciano empieza a desmoronarse, ¿crees que las comunidades ocultas seguirán siendo seguras? Si ignoras sus problemas, se convertirán en tus problemas.

—¿Crees que no lo sabemos? —responde Michael alzando la voz —. ¿Crees que mentes más informadas que la tuya no han estado debatiendo estas mismas cuestiones durante décadas? ¿Crees que no hemos intentado compartir información sobre sostenibilidad, medicamentos o vacunas? Eso no mejora nada. Dar soluciones rápidas al mundo provincial no cambiará nada hasta que resuelvan las desigualdades y la corrupción.

—¡También tienes soluciones para estas!

—¡No quieren ponerlas en práctica!

Kaylie levanta las manos e intenta intervenir.

—¿Por qué no nos relajamos un poco?

Pero la ignoramos. Prácticamente me había olvidado de que estaba aquí, el mundo se ha reducido a Michael y a mí, de pie demasiado cerca el uno del otro. Sin embargo, existe un abismo entre nosotros que tal vez es demasiado grande de superar.

Michael lo intenta un poco más calmado:

—Si me dejaras explicarme...

—No hay explicación para el egoísmo.

Me alejo de él. Antes tenía dudas acerca de si los Hacedores no sabían realmente lo mala que era la situación, pero lo han sabido todo este tiempo y siguen sin ayudar.

—Quizá debería conocer a Hilde —le dice Kaylie a Michael.

—Supongo que sí —dice él exasperado.

Ella me mira.

—Hilde es una amiga nuestra que siente algo parecido a ti. Ha dedicado su vida a ayudar a los que sufren en el mundo provincial. Lo último que sé es que estaba en un campo de refugiados con un brote de... —Se vuelve hacia Michael y le pregunta—: ¿Malaria?

—Cólera, creo —dice con un suspiro.

—¿Por qué no hay más Hacedores haciendo lo mismo que ella? —pregunto con curiosidad.

—Bueno, sus métodos no son muy prácticos... —comenta Kaylie.

—Es tonta e imprudente —interviene Michael.

—Yo no lo diría así —dice Kaylie.

—Ella estaba perfectamente bien, entonces un día se salió completamente de tono —dice negando con la cabeza—. Pero creo que te iría bien conocerla, te ayudaría a comprenderlo —apunta dolido—. Haré los trámites necesarios.

—Voy a recoger algunos suministros para que se los envíes —dice Kaylie dirigiéndose a la puerta.

La conversación sigue cuando la puerta se cierra:

—Lo siento, no debería haber levantado la voz —dice Michael, y, al no decir nada, se me acerca—. Ada, no quiero pelearme contigo.

Yo tampoco quiero pelearme con él, con este hombre que siempre me ha parecido un aliado, quien tuvo fe en mí incluso cuando yo no la tenía. Pero lo he idealizado en mi cabeza como alguien que no es. Puede que sea guapo, generoso y amable, pero no es el paradigma del idealismo. Es tan hipócrita como todos los demás aquí. Y definitivamente no está de mi lado. Lo miro a los ojos.

—Esto no es una pelea, Michael. Esto soy yo recibiendo una dosis de realidad. Has pasado mucho tiempo tratando de demostrarme lo especiales, lo superiores que son los Hacedores por su dedicación y voluntad de marcar la diferencia. Pero ese idealismo no es nada si ignoras a la mayoría del mundo.

—Ada, todo mi trabajo como enlace consiste en hacer avances para un eventual cambio en nuestra relación con el mundo provincial. No ignoro a nadie. Mejorar esta situación es a lo que he dedicado mi vida.

—Sigue diciéndotelo si te hace sentir mejor —respondo.

Michael se estremece. No debería exponer así mis verdaderos sentimientos. Necesito que confíe en mí. Pero, como de costumbre, Michael me sonsaca la verdad, incluso cuando me sobreesfuerzo por mentir a todos.

—Puede que respetes más a mi gente que otros Hacedores. Puede que estés más dispuesto a traer extraviados para que se unan a ti para guardar tus secretos, pero ninguna de las dos cosas es un cambio real.

—No depende de mí, Ada —dice cansado y resignado—. Estoy limitado por los permisos del Consejo...

—No, no muevas el foco de la culpa. No me importa el Consejo. Ellos se limitan a esperar el nacimiento de un bebé profético en vez de hacer algo.

Me acerco a la estantería de discos provinciales y paso mis manos por las fundas: Elvis, los Beatles, Nirvana... En Florencia, Michael me confesó que tenía miedo de defraudar a la gente al cuestionar lo que le habían enseñado que era correcto. El recuerdo me estremece ahora, resulta sorprendentemente hiriente.

—Tú no eres como ellos —digo. No sé si es una afirmación o un deseo—. No estás del todo corrompido por la propaganda de los Hacedores, temiendo a un enemigo sobredimensionado. Sabes que la mayoría de los provinciales no son ninguna amenaza.

Me ha seguido y, cuando me doy la vuelta, está tan cerca que tengo que levantar la vista para encontrarme con su mirada.

—¿Dices que lo has intentado? ¿Qué has hecho realmente? —pregunto. Él tiene la mandíbula apretada y las manos en puños a los lados—. ¿O solo te muerdes las uñas y sigues interpretando el papel para el maestro rector hasta la próxima vez que te recuerden que tendrías que sentirte culpable?

Traga saliva, con los ojos encendidos. Quizá no es justo que le diga estas cosas. Después de todo, soy una experta en ignorar el dolor del resto para no sentirme culpable. Pero estoy lista para despertar.

Nos miramos en silencio. Estamos demasiado cerca. Él separa los labios como si quisiera decir algo. Siento el resoplido de su frustración, pero se traga las palabras. Su nuez de Adán recorre la base de su garganta e incluso ahora una parte de mí quiere tocarla. Sus ojos y la forma en que hunde los dientes en el labio inferior me anima a pensar que él también quiere tocarme. Pero, cuando lo esquivo y me dirijo hacia la puerta, no me detiene.

Voy a conocer a esa tal Hilde, pero no creo que me haga cambiar de opinión. Las Familias acertaron al enviarme aquí, al querer una parte del conocimiento de los Hacedores. Y ya he superado mi temor por engañarlos. Ellos no se merecen ningún tipo de remordimiento.

19

Un par de días después, estoy en el vagón biblioteca del Atlas, explorando las estanterías. Michael se sienta rígido, su rodilla derecha sube y baja más rápido que el latido de un corazón.

Es la primera vez que estamos a solas desde nuestra pelea y no sé si debo estar incómoda e insegura. Me concentro en revisar las estanterías para no tener que mirarlo a la cara, pero el sonido de su rodilla me pone nerviosa.

—¿Por qué estás tan ansioso?

—¿Por qué? Oh, hace tiempo que no veo a Hilde —dice con un suspiro—. Estar con ella puede resultar agotador emocionalmente.

—¿Y eso?

—Es muy intensa y tiene una peculiar manera de cuestionarte tus decisiones. También, bueno, solíamos...

—Oh.

—Fue hace mucho tiempo.

Le sigue la más incómoda de las pausas.

—¿Todavía sientes algo por ella?

—Sí, pero no de ese modo —dice con la mirada puesta en la lejanía—. Ya verás a lo que me refiero. Tú también la amarás.

¿Quién ha hablado de amor?

Pronto el Atlas llega a Marruecos, donde cogemos un avión que nos lleva hasta un desierto. Michael ha conseguido un *jeep* y conducimos a través de tramos de dunas, también cruzamos pueblos pobres. Las zonas por las que pasamos son completamente extrañas

y por primera vez pienso en que la mayor parte del mundo provincial es también un misterio para mí, igual que el mundo de los Hacedores.

Después de mucho más desierto, el *jeep* se detiene cuando avistamos un pequeño campamento. Al salir, me envuelve un aire caliente y seco; al instante siento sed y picor. Una chica con unos sucios pantalones de cargo viene caminando desde el campamento.

—Déjame adivinar —le dice a Michael—, estás aquí para presentarme como un mal ejemplo al que no hay que imitar.

Me resulta increíblemente familiar, aunque estoy segura de que jamás la he visto. Intento adivinar dónde podría haberla visto antes. Tiene una belleza única, fruto de una mezcla de varias ascendencias, que es común entre muchos Hacedores. Unos sueltos rizos castaños blanqueados por el sol enmarcan su pecoso rostro de color teja. Michael camina hacia ella y la envuelve en un abrazo. Ella no se lo devuelve, pero tampoco se aparta.

Una vez que la suelta, se distancia y la examina.

—¿Estás bien?

—Claro que no.

Michael suspira y baja los brazos en señal de rendición. Me hace señas.

—Hilde, esta es Ada. Es una reciente recluta sire.

Hilde me hace un gesto con la cabeza a modo de un rápido saludo.

—Escucha, Michael, necesito que hables con Ari y le pidas que pare con sus juegos.

—¿Qué? —pregunta Michael, claramente perplejo.

Hilde se levanta la camisa en un ágil movimiento que le provoca contener a él la respiración y a mí congelarme en mi sitio. Tiene un tatuaje en el abdomen, con las palabras garabateadas en una

caligrafía enjuta. La piel del alrededor de cada letra está rosada y sensible. Las palabras están invertidas como en un espejo, así que tardo un momento en descifrar lo que dice.

«¡Hildegard, vuelve a casa!».

—Reconocería la letra de Ari en cualquier parte. Intercambiamos palomas en clase durante nuestros años como aprendices —dice Hilde—. No hace falta que te diga que esto duele mucho.

Pero Michael no mira el tatuaje. Un sentimiento agrio se revuelve en mis entrañas mientras su mirada recorre su figura expuesta. Sin embargo, es solo preocupación lo que llena sus ojos.

—No comes lo suficiente —dice con ternura—. ¿Qué ha pasado con los panecillos nutritivos que te envié?

—Oh, no seas ridículo —dice ella—. Estoy bien. Hay otros que necesitan más esa nutrición que yo —remarca, y luego señala su tatuaje—. ¿Hola, Michael? Tu hermana está escribiendo en mi cuerpo a océanos de distancia y me duele mucho.

—No sabía que podía hacerlo —admite.

—Es alguna cosa mística rara, estoy segura. Probablemente implique una piedra ha'i, cábala, o algo así.

—Hablaré con ella —dice él con un suspiro—, aunque no se equivoca. Deberías volver a casa.

Hilde se baja la camisa y pone los ojos en blanco.

—Tengo niños moribundos que ver. ¿Estás aquí para ayudarme o solo para darme la lata?

Ella camina de regreso al campamento y la seguimos cada uno con una bolsa de los suministros de Kaylie.

Nada podría haberme preparado para los horrores del campo de refugiados. Hilde me explica que es relativamente nuevo, así que me sorprende su tamaño. Es horrible el número de desplazados que viven en condiciones paupérrimas. Muchos tuvieron que abandonar

su aldea a causa de la guerra unos meses antes, la enfermedad no tardó en llegar debido a la falta de agua potable. Los médicos más cercanos son los trabajadores humanitarios de un campamento más grande, a dos días de camino.

Hilde envía a Michael a ayudar a los niños sanos y da instrucciones en un idioma que no entiendo a una adolescente, Asha, sobre qué hacer con los suministros que hemos traído. Luego me lleva a otra parte del campamento.

—¿Te han dicho que me he vuelto loca? —me pregunta por encima del hombro. El silencio es mi respuesta—. A la gente le gusta llamar locas a las mujeres cuando no nos entienden. Dicen que sentimos las cosas con demasiada intensidad, que somos hormonales, que exageramos. Bueno, si vislumbrar la verdad del mundo nos vuelve locas, quizá el problema sea el mundo y no nosotras.

Detrás de una de las tiendas hay un pequeño jardín verde que destaca sobre la interminable arena.

—¿Cómo viven estas plantas en este entorno? —pregunto.

—No lo hacen. A pesar de que todas son de familias resistentes, las malas hierbas suelen crecer en cualquier sitio y a diario tengo que revivirlas con mis habilidades. Pero son muy importantes para la medicina y la alimentación.

—Se me dan bien las plantas.

—Excelente, entonces puedes ayudarme a cultivar lo que necesito. Hay que ser un poco delicado en estas duras condiciones, pero te enseñaré lo que me funciona.

Después de cuidar y cosechar el huerto, Hilde me lleva a visitar a sus pacientes moribundos. Muchos están bastante enfermos y tengo que reprimir el horror, el asco y el miedo. También me pide que la ayude a sacarse sangre.

—Tengo el grupo sanguíneo universal, viene bien aquí.

Afortunadamente, ella hace todo lo relativo a las agujas, pero incluso ayudar en el proceso me marea y me entran náuseas.

—Quizá es mejor que no menciones esto en Génesis —advierte—. Pueden ser raros con las cosas relacionadas con la sangre.

Mientras veo cómo Hilde ordena una nevera llena de su propia sangre, pienso que no me parece «tonta e imprudente», ni «loca». De hecho, puede que sea la persona más cuerda que he conocido.

—Deberíamos analizar tu sangre. Los sire pueden donar con frecuencia, además, si eres del tipo universal, también estaría bien tener sangre extra a mano para concederme un respiro.

Mientras me extrae un poco de sangre, me dice:

—¿Así que Michael te reclutó del mundo provincial?

—Sí.

—Está extrañamente obsesionado con los provinciales. Solíamos burlarnos de él diciendo que terminaría reclutando a una amante.

El calor me sube por las mejillas.

—No es así —digo.

—Siempre es así con Michelangelo Loew —dice mientras me mira de arriba abajo—. Y ya he pasado por esto antes. Conozco las señales.

Ojalá el desierto me tragara.

Unos gritos nos hacen salir corriendo de la tienda. Asha está corriendo hacia Hilde, con los ojos llenos de lágrimas de pánico.

Hilde entra en acción.

—Sígueme —me ordena.

—¿Qué sucede?

—Su hermanito bebé.

Llegamos a una tienda de campaña con el suelo de tierra, cubierto por colchones que ocupan casi todo el espacio. Una mujer que llora

nos tiende a un niño pequeño. Hilde lo coge, maldice en voz baja mientras le toma la temperatura y escucha los latidos de su corazón. Me lo tiende y me dice:

—Tienes que usar tu ha'i para darle una descarga al corazón mientras le administro fluidos.

Me niego a coger al niño, aterrorizada.

—Hazlo tú. Yo no... No se me da bien la conducción.

—No, tengo ha'i hiperactivo y acostumbro a quemar a la gente si siento muchas emociones. Es muy pequeño, así que es más seguro contigo.

Lo cojo en brazos y siento el corazón palpitante. Parece tan frágil.

—Venga, haz shiin en su pecho —me anima. Lo hago con la mano temblorosa. Siento de nuevo el latido errático de su corazón bajo mis dedos—. Necesita solo un ligero pulso.

—No puedo hacerlo.

Estoy demasiado asustada, demasiado nerviosa; no tengo el control.

—Sí que puedes —me dice Hilde con calma—. Te he visto florecer las pamplinas en el desierto; puedes ayudar a este niño. Dime lo que estás pensando, cómo estás intentando acceder a tu ha'i.

Ella habla calmada, pero al mismo tiempo inyecta una vía intravenosa en la pequeña mano del niño.

—Intento sacarlo del pozo que llevo dentro —digo pensando en lo que la maestra Liu me enseñó. Saboreo la sal en mis labios y me doy cuenta de que estoy llorando.

—De acuerdo. El problema es que un pozo extrae agua de una fuente preexistente, así que, si tu fuente se seca, te quedas sin nada. Como sire, tú eres la fuente. Haces algo de la nada. No pienses en ti tirando del ha'i. Imagina que lo haces nacer.

Conteniendo la respiración, cierro los ojos e imagino mi vientre como un vacío negro y luego imagino un pequeño estallido de luz que explota en rayos dorados. Tiro a través de mis manos y siento cómo el calor del ha'i se extiende por el cuerpo del bebé.

—Eso es —anima Hilde—. Ahora una vez más.

Conduzco el pulso de ha'i y siento cómo los latidos erráticos del niño se detienen, luego vuelven a empezar con un ritmo más natural. Solo entonces respiro.

En cuanto el bebé está estable, Hilde me hace devolvérselo a su madre, quien no para de llorar y de besarme. Y luego seguimos adelante, porque hay más cosas que hacer y no hay tiempo para descansar.

Ayudo a Hilde durante horas triturando plantas en mezclas, distribuyendo comida, purificando el agua, administrando medicamentos... y cavando tumbas.

Trabajo con el piloto automático activado, como un gólem, superada por tanto que me impide sentir algo más.

—Estás aguantando bien —me dice Hilde en un momento dado—. Estoy impresionada. Pensé que saldrías llorando pasada la primera hora.

—Si esta es tu vida cotidiana, ¿qué derecho tengo a huir el primer día?

Ella asiente con aprobación.

—No entiendo cómo el mundo permite que esto ocurra... —digo—. No entiendo cómo pueden desatender a toda esta gente.

Pienso en la enorme riqueza del mundo y la mucha comida, agua y medicinas que se desperdician a diario.

—Esto no es solo fruto de la negligencia —explica Hilde—. Las personas responsables de esta y otras tantas crisis humanitarias están aliadas con los dirigentes de países poderosos y empresas

multinacionales. ¿Eres de Estados Unidos? Ellos financian a los gobiernos corruptos que deberían estar cuidando de estas personas y no exigen detener la crueldad. Es demasiado fácil dejar que la tragedia ocurra lejos cuando no eres tú quien la sufre y cuando la intervención repercutiría directamente en la accesibilidad tanto de recursos como de productos de los que dependes en tu vida diaria.

Hay una parte de mí que quiere cerrar los ojos y no ver más, que desea volver a la ignorancia.

—¿Por qué los de Génesis pensarían que al enseñarme esto entendería la razón por la no se esfuerzan por ayudar más?

—Quieren que veas que tu mundo no se arregla con soluciones fáciles. ¿Acceso a agua potable, raciones escasas de alimentos, condiciones de vida dignas y atención básica sanitaria? Tu mundo ya tiene todo eso y, sin embargo, estas personas siguen sufriendo. Hay unos pocos que pueden ser ayudados por gente como tú, como yo y los cooperantes, pero siempre habrá más necesitados.

—Entonces, ¿por qué estás aquí?

—Porque no puedo no estar —dice simplemente—. Pero sé que no todos pueden venir hasta aquí. Génesis está resolviendo nuevos problemas y eso también es necesario.

—Pero ¿no crees que deberían hacer las cosas de otra manera?

—Algunas cosas —dice, y se encoge de hombros—. Ninguna sociedad ni ningún individuo es perfecto.

Cuando vivía en Nueva York esta horrible realidad me resultaba muy ajena. No encontraba el sentido de preocuparme por catástrofes tan lejanas cuando había personas sin hogar en mi puerta, a veces literalmente. Pero ahora que he estado viviendo entre los Hacedores de Arcadia, venir aquí es como volver a estar con mi gente. Puede que no hablen mi idioma ni se me parezcan en nada, pero este es mi mundo en ruinas.

Quizá venir aquí me ha hecho darme cuenta de que no existe ninguna solución sencilla, pero sigo convencida de que los Hacedores mejorarían las cosas si compartieran sus conocimientos. No solo de medicina y tecnología, sino también de filosofía, y las estructuras de gobierno podrían conducir a un cambio generalizado.

Hilde me desinfecta antes de irme, pero siento que nunca me quitaré el olor a muerte. El hedor de la apatía del mundo.

Antes de acompañarme de vuelta al *jeep*, Michael le coge las manos a Hilde.

—Sé que has recibido nuestros mensajes. Sabes que persiguen a los sire. Si todavía te niegas a regresar a casa, tienes que esconderte mejor.

—Estoy bien escondida.

—Te encontré fácilmente.

—Tal vez sea porque quería que me encontraras.

—Hills, hablo en serio. Están secuestrando a los sire por todo el mundo. Necesitas desaparecer. Incluso de mí. Dime que lo entiendes.

Ella estrecha la mirada.

—¿Qué estás planeando?

—No estoy planeando nada. Solo hago lo que es debido.

Ella lo mira fijamente durante un largo momento, con las manos todavía unidas.

—Te crees muy diferente a mí, Michelangelo Loew, pero te equivocas.

Estoy de acuerdo con ella. Él estaría haciendo lo mismo si no estuviera tan empeñado en confiar en su precioso Consejo. Me pregunto si eso fue el motivo que los separó. Esa pregunta ata mis sentimientos en un complicado nudo de decepción y alivio.

En el viaje de vuelta a Arcadia, no puedo dejar de pensar en las caras de los niños, en sus castigados cuerpos.

—¿Lo entiendes ahora? —me pregunta Michael.

—Sí —le digo.

Sí, lo entiendo. Pero definitivamente no he cambiado de opinión. De hecho, todo lo contrario. Más que nunca culpo a los Hacedores por dejar que mi mundo se autodestruya.

20

Una semana más tarde, estoy de nuevo en el Atlas, esta vez con Georgie y casi todos los residentes de Arcadia mayores de quince años, camino al Carnaval. Han retirado mucho mobiliario para acomodar a tanta gente. Nuestro vagón está especialmente concurrido, porque el bar está en el vagón contiguo. Me duele el cuello de tanto mirar los espléndidos disfraces, que van desde lo más elaborado y elegante a lo más informal, pasando por la era espacial. Hay estilos de todas las épocas y culturas: las maravillas de la moda que huyen de su propia dictadura.

Es exactamente el tipo de distracción que necesito.

Los días transcurridos desde que conocí a Hilde han sido intensos y cargados de mucha emoción. Pero también he empezado a relacionarme más con mis compañeros Hacedores. Antes me limitaba a meterlos en el mismo saco de culpables por no compartir sus recursos con mi mundo. Pero el tiempo con Hilde me ha hecho ser consciente de que la mayoría no son muy diferentes a mí. Siempre me he beneficiado de recursos y privilegios negados a muchos y nunca había sabido hasta qué punto. Entiendo que gran parte de los aprendices y oficiales con quienes interactúo diariamente no son responsables de las decisiones de los Hacedores.

Son los que dirigen desde las altas esferas quienes han mantenido mi ira burbujeando y han alimentado un nuevo enfoque clave en mi misión. Y el Carnaval ha sido el estímulo perfecto. Si bien he sido capaz de mostrar a Kor algunas cosas por videollamada, sabiendo lo

buena que es Georgie con los ordenadores no he podido arriesgarme a enviarles nada a las Familias sin que ella lo supiera. Así que estaba deseando salir de la isla hasta zonas con mayor cobertura donde poder enviar los materiales recogidos.

Con mi nuevo enfoque y el Carnaval a la vuelta de la esquina, me he volcado en analizar toda la información que he podido: notas detalladas de todas mis nuevas clases de oficial, bocetos de la disposición de la isla y del instituto, fotos de muestras del laboratorio alquimista. La semana pasada acampé en la biblioteca durante toda una noche para observar los protocolos de seguridad del Arca y los cambios rotativos y los horarios de la Guardia.

Eso ha sido mucho. Estoy agotada y lista para un descanso.

No veo la hora de divertirme y bailar sin pensar en las atrocidades del mundo, o en mis responsabilidades, o en los chicos a los que no les gusto.

Michael nos ha explicado la historia del Carnaval en clase de Fundamentos. Durante el Renacimiento, el Carnaval, una de las principales fiestas de Venecia para celebrar el hedonismo, dio la oportunidad de salir de su escondite a los creadores de Avant y de celebrarlo con viejos amigos. La práctica de llevar máscaras facilitaba ocultar sus identidades. Cientos de años después, cuando la Iglesia la prohibió, los Hacedores continuaron bajo las calles de Venecia como acto de rebelión. Hoy en día, pasados tantos años desde que los Hacedores dejaron de preocuparse por los tejemanejes del mundo provincial, y con la invención de que el Atlas permite unirse a los Hacedores de Génesis, el Carnaval se ha convertido en una tradición en la que los jóvenes celebran su libertad creativa. Las máscaras siguen siendo un accesorio habitual, pero son de vidriado para no ocultar la identidad del portador, una

señal de que nadie tiene por qué ocultar su creatividad en la sociedad de los Hacedores.

—Me encanta tu nuevo yo —dice Georgie. Se refiere a mi atuendo, que no es en absoluto de mi estilo habitual.

Carlota, de mi equipo de aerojustas, me ha prestado un vestido blanco de estilo griego que muestra la espalda y tiene una generosa abertura lateral. Es apretado y revela más de lo que estoy acostumbrada, pero sin duda acentúa las curvas correctas. Incluso tiene bolsillos. Mbali me ha dado la receta de un elixir que ha transformado mis ondas rebeldes en una ingeniosa masa de rizos sueltos, que he remado con un delicado collar de hojas de oro (hecho por mí). Me siento guapa, como si quisiera que me miren.

Le hago un gesto a Georgie.

—Estás increíble. Todavía no puedo creer que lo hayas diseñado tú, y hecho desde cero.

Su atuendo es resplandeciente: un abrigo ocre entallado que cae hasta el suelo. La parte delantera del abrigo queda abierta, dejando a la vista una blusa blanca de cuello alto, un pantalón de terciopelo púrpura y unos zapatos de tacón. Un sombrero Homburg negro corona el gran nido de pájaros de su pelo, peinado y recogido como un hilado de azúcar dorado y púrpura. Está preciosa, extravagante, y totalmente Georgie.

Las risitas susurradas y las posturas que se enderezan expectantes me informan de que alguien atractivo ha entrado en nuestro coche. Me giro para ver a Rafe mientras pasa con una rubia despampanante del brazo. Les sigue su habitual procesión de gente guapa, todos con la misma expresión de santidad. Pero Rafe destaca. Muchos pares de ojos siguen sus movimientos y, a medida que se acerca, mis ojos me traicionan y también lo buscan.

Su cabello dorado al aire roza apenas sus anchos hombros. Rara vez lo lleva suelto. No me gusta el pelo largo en los hombres, pero él sabe llevarlo. De hecho, se me seca la boca cuando se acerca a nuestros asientos. Tiene un aire majestuoso con una corbata burdeos y una chaqueta que parece sacada directamente de la milicia victoriana, con un espléndido terciopelo azul marino y doble botonadura de botones dorados. Completa el conjunto con unos vaqueros ajustados.

La cita de Rafe es una valquiria, su vestido sin espalda deja al descubierto un elegante par de alas, que brillan bajo la iluminación del tren. No me fijo mucho más en el vestido, ya que estoy demasiado distraída por lo poco que cubre sus infinitas piernas bronceadas con curvas y su piel tersa que ella aprieta contra Rafe de todas las formas posibles. Me resulta vagamente familiar de la pandilla de Rafe en el instituto, pero no es una de las chicas con las que ha estado flirteando últimamente (no es que lleve la cuenta). Supongo que la han ascendido.

Mientras se acercan a nosotros en una nube de aire perfumado, Rafe me pilla mirándole. No espero respuesta, pero él arquea con elegancia una ceja y recorre lánguidamente mi cuerpo con la mirada. Me sube el calor a la cara y, cuando nuestras miradas se cruzan, sus gélidos iris destellan con un conocido brillo depredador. Luego su expresión vuelve a ser aburrida y sus ojos se deslizan hacia la multitud que los adora. Georgie observa la interacción, ignorando las burlas que le dirigen los lacayos de Rafe, con las cejas enarcadas en una pregunta que flota en el aire incluso cuando todo el grupo de guapos ha entrado en el siguiente vagón.

Podría escribir un soneto de cómo detesto lo sexi que es Raphael Vanguard. Aunque no nos odiáramos el uno al otro, ya he aprendido la lección sobre los chicos que tienen esa clase de magnetismo.

Tener una estrella brillante con su propia fuerza gravitacional en mi vida es más que suficiente.

Al pensar en Kor, agarro el móvil de mi bolsillo. He venido preparada para entrar en el reino del dulce, dulce servicio móvil. Cuando viajamos a ver a Hilde, cronometré la distancia de Arcadia a la estación de Nueva York. Llevo la cuenta y deberíamos estar cerca.

—Ahora vuelvo —le digo a Georgie.

Todo lo que necesito es una mínima conexión para enviar mis materiales.

Me meto en un lavabo justo cuando el tren atraviesa las esclusas de la estación del Ayuntamiento. Compruebo mi teléfono y, al aparecer dos barras de servicio, una retahíla de mensajes ilumina la pantalla. Son de amigos de la escuela, la mayoría no saben dónde estoy. Los revisaré más tarde y usaré el ordenador de Georgie para responder a la gente que se merece algo más que dejarla en visto. Por ahora me concentro en preparar y enviar rápidamente todo lo que necesitan las Familias, y vuelvo con Georgie.

Cuando estoy en el pasillo, me empuja una persona bajita con la máscara de un murciélago. Es raro que ya la lleve puesta, y que sea negra y opaca en lugar de vidriado. Me giro con curiosidad para echar otro vistazo y veo una trenza rubia torcida terriblemente familiar que desaparece en el vagón contiguo.

¡Esa pequeña descarada! Creía que Hypatia había renunciado a sus planes de viajar de polizona. Cambio de dirección para alcanzarla, pero al llegar al vagón bar, ya la he perdido de vista entre la multitud.

—Disculpe, disculpe, perdón —digo mientras me abro paso entre la ruidosa muchedumbre.

Hypatia sigue sin aparecer. Me dirijo hacia la salida al siguiente vagón, pero me sobresalto, cegada por la oscuridad repentina,

cuando se va la luz y el tren se detiene bruscamente.

Oigo más de un grito de dolor. No me duele, porque me he desplomado en algo sólido y cálido. Una mano me sostiene y evita que me caiga. Sé al instante quién me ha cogido por la forma en que mi piel se eriza cuando su mano roza mi espalda al descubierto.

Rafe.

Está claro, porque al darse cuenta de que soy yo, su cuerpo se pone rígido. Me suelta y se aleja, e inmediatamente me empuja un enjambre preso de pánico. Me tambaleo y trato de alcanzar a ciegas la barandilla del techo, pero soy demasiado baja para llegar a ella y la aglomeración de cuerpos me hace caer de rodillas.

Suelto un chillido, rezando para que no me pisoteen.

A medida que se calma el pánico inicial, la gente va sacando sus cucharas para encender sus linternas. Rafe y algunos de los otros sire producen llamaradas de ha'i, iluminando el coche con un brillo espeluznante. Cuando Rafe me ve en el suelo, suspira exasperado y vuelve a acercarse. Murmura algo que suena como: «Ni siquiera puede valerse por sí misma».

Ignoro las palabras y respiro aliviada por no tener que preocuparme de morir por un taconazo a destiempo.

—Gracias —le digo a Rafe, e intento hacer mi propia llamarada sire, pero solo consigo un destello.

—Deja de liarla —dice sujetándome la mano—. Algo va mal. Nada debería causar un apagón como este —apunta. Sus ojos se entrecierran y me mira acusadoramente—: ¿Has hecho algo?

—¿En serio? ¿Sigues con esas? Pensaba que habíamos superado la desconfianza hacia un odio poco intenso.

Antes de que pueda responder, las luces se encienden y el caos se calma cuando el tren recobra lentamente la vida. Entonces se me

ocurre decirle a Rafe que Hypatia se ha colado a bordo para que la busque, pero ya me ha soltado y se marcha sin despedirse.

Veo a Georgie entre la multitud y me dirijo hacia ella, pero aunque los empujones han cesado, me siento inestable por la ausencia del fuerte cuerpo de Rafe apoyando el mío.

21

Ya hemos llegado. Como la multitud presiona hacia la puerta de salida, pierdo de vista a Georgie, pero cuando salgo al andén del tren me encuentro a Michael y a Kaylie.

Al ver la silueta alta de Michael y su pelo alborotado, la adrenalina me recorre por todo el cuerpo. Lleva un elegante traje de lana, con la americana abierta encima de una camiseta de los Beatles. Me he acostumbrado a verle con su larga americana de profesor y sus camisas de vestir, pero ahora se parece más al chico que conocí en Italia. Más juvenil, así que si entrecierro los ojos esos pocos años que nos separan casi desaparecen. No lo veía desde que fuimos a visitar a Hilde y de repente me pongo nerviosa. Recibió mi justa indignación, pero ahora no consigo recordar por qué debería estar enfadada con él.

—Estás preciosa —me dice Kaylie.

Su mano agarra ligeramente el brazo de Michael y él me ofrece una pequeña sonrisa. ¿Han venido juntos? ¿Juntos como amigos o juntos *juntos*?

La oleada de gente nos empuja hacia una estación cavernosa con techos altos y paredes recubiertas de frescos. No sé exactamente dónde estamos, pero se trata de algún lugar de Italia, cerca de Venecia.

—¡Remmy! —grita Kaylie, quien se separa de nosotros y corre hacia una figura alejada.

Cuando llega hasta el tipo, lo estrecha en un fuerte abrazo. Una vez que se sueltan, ella lo arrastra hacia nosotros.

—¡No estaba segura de que vinieras!

Es delgado, de piel pálida y con el mismo pelo corto y rojizo que el de Kaylie.

—Solo hay un breve trayecto desde Nueva York y, sin embargo, tengo que dar la vuelta al mundo para verte —balbucea ella emocionada.

Mientras Michael abraza al recién llegado con claro afecto, Kaylie se vuelve hacia mí.

—Ada, este es mi hermano Remmy.

¿Acaba de decir que vive en Nueva York? Me quema la curiosidad acerca de cómo un Hacedor, de una familia de valquirias nada menos, podría vivir en mi ciudad. ¿Cómo es que Kaylie nunca lo ha mencionado? Tengo muchas preguntas, pero rápidamente se lo llevan más Hacedores que están emocionados al verlo.

Entre Remmy y Hilde, he conocido a dos personas que abandonaron la sociedad de los Hacedores por el mundo provincial, y parecen bien recibidos por los suyos. Y basándome en el blog conspiratorio de Cicerón, podría haber otros por ahí. Quizá sean mi gente algún día, cuando me vaya. Porque ese es el plan.

—¡Por fin te he encontrado! —dice Georgie, agarrándome el brazo y tirando de mí hacia mi primer Carnaval.

Todo lo que me han contado sobre el Carnaval palidece en comparación con la realidad. Estamos en una enorme sala subterránea abarrotada de gente. Hay numerosos escenarios repartidos por ella cada uno con una actuación en marcha de música, bailes o acrobacias. Es un espectacular y reverente monumento de arte.

La mayoría de la gente ya se ha puesto la máscara, así que saco la mía del bolsillo. Es un sencillo diseño imitando los rayos de sol que me cubre los ojos y la nariz. La de Georgie tiene la forma de la cara de un gato.

Nos vemos arrastrados a la pista central de baile y nos convertimos en parte de la vibrante multitud. Aquí ya no somos reclutas aberrantes; formamos parte de algo más grande.

Nos detenemos a observar a Mbali, quien se ha unido a otros miembros del Matriarcado de las Islas, todos con máscaras de serpiente, en una hipnótica danza ceremonial.

Junto a ellos hay un coro, cada miembro salpica un tapiz gigante con pintura de un color diferente mientras entonan una compleja sinfonía, que empieza a tener plasticidad en la obra colectiva.

Gritos de júbilo y vítores dirigen nuestra atención hacia el escenario principal, situado en la parte delantera de la sala. Dos bailarinas valquirias inician un *ballet*. Un foco ilumina sus figuras esbeltas y sin camiseta. Una tiene el cuerpo de un intenso color caoba, la otro está morena y cubierta de tatuajes. Ambas llevan unas máscaras de pájaros y son las favoritas del público. La música es estridente, con una tenue percusión y un violín eléctrico. Las bailarinas son precisas y elegantes, con unos músculos ondulantes y muy ágiles. Con un espectacular redoble de tambor, sus alas se despliegan y la danza se eleva en el aire.

Se oyen más gritos y vítores cuando otra figura salta al escenario, se arranca la camisa y se une al baile. Es Remmy, el hermano de Kaylie. Es magnífico, gira en el escenario mientras las otras dos bailan flotando sobre él.

Remmy hace una impresionante pirueta que hace rugir aún más al público y luego frena con el cuerpo pegado al suelo, entonces tengo una visión clara de su espalda. En ella, Remmy tiene alas, pero no

como las alas de carne y hueso de su hermana o de las bailarinas de arriba. Las suyas son elegantes alas de ángel dibujadas con tinta en el contorno de los hombros y la espalda. Los tatuajes son hermosos, pero brotan en paralelo a unas cicatrices rojas e inflamadas. Y no tengo ninguna duda de lo que una vez creció en ese tejido cicatricial. Me pregunto con horror qué le ha pasado para perder las alas, pero la belleza de su baile arrastra mi atención lejos de su espalda.

A pesar de que permanece en tierra, de algún modo está volando, tejiendo una historia de pérdida que siento en lo más profundo de mis entrañas. No sabía que la danza pudiera contar una historia así; jamás había sentido que pudiera afectarme tanto como la música o la pintura. Pero aquí estoy, completamente deshecha.

La música reverbera por todos los rincones de la sala, discordante y armoniosa al mismo tiempo, elevándose en un glorioso *crescendo* y, justo cuando estoy segura de que mi corazón va a estallar en un millón de pequeños pedazos de dolor, las dos bailarinas voladoras levantan a Remmy del escenario y lo elevan por encima de la multitud. Todas las caras de la sala se dirigen hacia el techo, los tres bailan juntos, las dos valquirias se balancean y se van pasando a Remmy mientras este se eleva en rítmicas piruetas como una estrella fugaz en el cielo nocturno.

El anhelo se convierte en esperanza, toda la sala lo siente al unísono, nuestros cuerpos moviéndose con la música. Mi yo se disuelve en la multitud mientras la melodía resuena en mi cráneo hasta llegar a mis dientes. Se funde en mi sangre, reescribiendo el ritmo de mi pulso, pintándome como parte de esta obra maestra colectiva.

Soy incandescente,
una ráfaga de viento vespertino,

la última nota de una canción,
el jadeo entre besos...

Momentos, horas o vidas después, me giro y Michael está a mi lado.

—¡Ahí estás! —dice. Apenas oigo las palabras por encima de la música, pero puedo leerle los labios—. Quería ver la reacción de alguien que está aquí por primera vez. ¿No es increíble?

Me acerco para que me oiga más allá de la música ensordecedora.

—¡Sí que es increíble!

Su rostro brilla, todo hoyuelos y alegría, y no puedo resistirme a acercarme y apartarle un mechón de pelo de la cara. Normalmente nunca me atrevería, pero el ambiente del Carnaval hace que parezca que las reglas se suspenden por un lapso de tiempo. Se ríe mientras el mechón vuelve a la posición original.

—Esa es una batalla que perdí hace mucho tiempo.

Michael extiende los brazos, levanta la cara hacia el techo y gira. Río y giro con él, como si la música nos llevara lejos, hasta que me precipito sobre su cuerpo, mareada y embriagada por el momento. Me coge la mano y me hace girar bajo su brazo, luego lo hace a la inversa hasta que mi pecho presiona el suyo. Me suelta la mano y me agarra por la cintura. Le rodeo el cuello con los brazos, vacilante, y le miro a la cara. Es un rostro que me hace sentir cómoda, que me hace sentir en casa. Quizá tenga defectos, pero lo intenta. Y quizá pueda ayudarle a que lo intente más, porque su gente y todo lo que nos rodea merece la pena.

Cuando nuestras miradas se cruzan, nuestras risas se apagan. Los ojos de Michael brillan bajo sus espesas pestañas oscuras. Su nuez de Adán se balancea y me pregunto cómo se deben sentir sus labios sobre los míos. Sus dedos endurecidos por la guitarra rozan mi mejilla y me acarician la cara. No oigo la música ni siento el

movimiento de los bailarines de fondo. El único sonido es el eco de mi corazón en los oídos.

«Bum-bum».

La presión de su cuerpo alto y delgado contra el mío me hace sentir calor.

Me siento sensual, feroz y temeraria. Inclino mi cara hacia la suya y ahora nuestras bocas están tan cerca que respiro cada temblorosa exhalación.

«Bum-bum».

Clavo los dedos en sus hombros con tanta suavidad que casi no lo noto, me da un beso en la mejilla.

«Bum-bum».

Tan suave como el aleteo de una mariposa e igual de fugaz.

El roce desaparece tan pronto como ha empezado.

—Estás radiante esta noche —me susurra al oído, con palabras teñidas de una tierna nota de arrepentimiento.

Y entonces me suelta y se aleja, desapareciendo en la multitud ondulante. Casi dudo que haya sucedido, pero el lugar en el que sus labios han rozado mi piel está marcado con el aguijón de un tatuaje recién hecho.

El ruido vuelve y me encuentro sola en la abarrotada pista de baile, mi corazón se debate entre la emoción y la decepción, mi cuerpo está excitado y frustrado.

Me aferro mentalmente al recuerdo que se está desvaneciendo. No me suelo permitir desear a Michael, pero lo haré durante las próximas horas. Hasta que tenga que volver a la realidad donde nunca podré tenerlo. Por qué jamás podré tener nada de esta vida. Georgie se separa de un grupo de bailarines.

—He visto ese corto baile con el maestro alto, oscuro y emocionalmente promiscuo —grita para que la escuche. Me suelta

un manotazo en el brazo—. ¿Cuánto tiempo llevas babeando por una ración de esa tarta?

—¿Babeando? —respondo—. Más bien me muero de hambre por ese postre —digo mientras pongo los ojos en blanco—. Parece que desde siempre.

Sus ojos son comprensivos, pero brillan por la excitación conspiratoria de un gran secreto.

—Es un postre peligroso —dice mirándome intencionadamente.

—No tienes ni idea —digo. No hay lugar para la negación en un momento como este. Levanto los brazos y vuelvo a girar lánguidamente—. Estoy tan en el filo y tan hasta las trancas...

Se ríe.

—Bueno, no te aconsejaría que te distrajeras con su alteza Raphael VanCaraculo, por muy bueno que esté. También he visto el momento del tren —dice con complicidad—. Y definitivamente parecía correspondido.

—Eso es probablemente aún más peligroso —apunto con un suspiro, bajando los brazos.

Ella vuelve a reír.

—En eso tienes razón.

Me coge la mano y me hace seguir girando.

—Pero quién necesita chicos de todos modos. Baila conmigo.

Ella me hace girar, hiperactiva y eufórica, y pronto nos perdemos en la música y la belleza meditativa del infinito.

El tiempo pasa borroso. El cansancio y la sed me devuelven a la realidad.

No hace mucho, Georgie se ha ido bailando *lindy hop* de una manera adorable con una chica alta con máscara de zorro.

Me dirijo hacia el bar en busca de agua y veo a Rafe besándose con una rubia diferente a la que lo acompañaba, pero no me

sorprende. Ella empieza a besarle por el cuello y su mirada se desvía hacia arriba, encontrándose con la mía. Él me guiña un ojo, luego gira la cara para besar a un chico pegado a su otro lado. La sensualidad que irradian los tres hace que me sonroje y abandone la bebida con las prisas por irme.

Me siento arrastrada de nuevo al ambiente de baile. Interpretan un dúo de arpa y flauta, y yo giro al ritmo de la música, contribuyendo al espectáculo con pequeñas cintas de chispas que salen de mis dedos, igual que me enseñó Hypatia.

Me detengo cuando se me acercan dos chicos llamativos. A uno lo reconozco como un miembro del séquito de Rafe que está en mi laboratorio sire y al que he evitado desde que miró mal a Georgie en el aeroparque. El segundo, que lleva una máscara de león, tiene rasgos duros y es extremadamente alto, mi cabeza ni siquiera alcanza sus hombros.

—Buen truco —me dice el chico alto—. Eres muy guapa para bailar sola —añade con un acento que parece fruto de la combinación de británico y francés.

El chico guapo de Génesis lleva una piedra gremial ámbar en la oreja, pero el chico alto no lleva pendiente. En su lugar, lleva un anillo de rubí en la mano, junto a un anillo de hueso. Ciencia de la sangre y Guardia Avant.

—Podemos hacerte compañía —dice el guapo. No me gusta su voz y no me gusta el apetito de su expresión. Tal vez prefiero estar sola.

—Gracias —le digo—, pero en realidad espero a alguien.

Los ojos del chico más alto son agudos y evaluadores.

—Bram —le dice a su guapo compañero—, ¿por qué no nos traes unas bebidas? Voy a mantener a esta encantadora dama acompañada mientras espera.

Bram sonríe fríamente y se marcha. El chico alto me mira fijamente.

—No te gusta mi amigo —dice con naturalidad.

—Puede que tú tampoco me gustes —respondo.

—Bueno, me gustaría cambiar eso.

Hay mordacidad en su sonrisa, pero a diferencia de la de Bram, no me resulta molesta, y dejo que me arrastre a bailar. Su mano es grande y fría, mientras me sujeta contra sí me quedo maravillada con su tamaño. Es larguirucho, tan increíblemente alto que me siento cómicamente diminuta a su lado. Está muy seguro con la manera en la que me mueve, demasiado familiar para un desconocido. Una mano recorre peligrosamente mi espalda al aire y el calor inunda mis mejillas.

—Vaya, qué rubor más bonito.

Su mano baja aún más. ¿Por qué no la he apartado? Pero vista la decepción de la cautela anterior de Michael, una parte de mí anhela la audacia de este extraño.

—Nunca te había visto por aquí. Pensé que conocía a todos los sire de nuestro pequeño mundo.

Me está diciendo que sabe que soy una recluta. Pauso durante unos segundos el baile, pero su sonrisa y su abrazo siguen ahí.

—Enséñame otra vez las luces —me pide.

Levanto los dedos y dejo que las cintas brillen entre nosotros. Pasa sus dedos por los destellos y atrapa los míos.

—Precioso.

Se me ocurre que, aunque no niego que me siento atraída por él, no sé ni siquiera el nombre de este chico ni nada más. Pero me gusta cómo me abraza —como si fuera algo especial que reclamar— y la forma en que me mira, como si me codiciara. Siento la emoción de sentirme deseada en lo más profundo de mi vientre.

Bram vuelve con una jarra de agua. Nos da un par de copas y generosamente las llena. Estoy sedienta y acalorada. Sorbo agradecida mientras los descarados dedos del alto muchacho me rozan la columna vertebral. Su tacto me gusta demasiado y no me alejo. La larga noche ha empezado a afectarme y estoy un poco somnolienta.

—Debería ir a buscar a mi amiga —les digo a los chicos. El chico alto coge mi copa y se la devuelve a Bram.

—Solo un baile más, bonita hechicera de luces —dice, y no es una petición, sus ojos encierran promesas perversas. Me atrae hacia él posesivamente y sé que debería protestar, pero no lo hago. Estoy muy cansada y me siento bien dejándome llevar.

Me inclino hacia él con la mejilla apoyada en su pecho, la parte superior de mi cabeza apenas alcanza el cuello abierto de su jubón de ante. Él levanta la mano y unos suaves labios recorren la parte interna de mi brazo, provocándome un agradable mareo. Con el deslizamiento de su cálida lengua en mi piel, de repente la música parece lejana. Una gran mano me acaricia el pelo mientras apoyo mi peso en su sólido cuerpo. Cierro los ojos y me quedo dormida.

22

El ruido de un portazo me devuelve a la consciencia. Entrecierro los ojos con una oleada de vértigo e intento mover los brazos, pero no puedo. Parece que estoy atada a una silla.

Esto me llama la atención.

La adrenalina me recorre y parpadeo para enfocar la habitación. Un chico alto se asoma cerca.

¡Oh! Ese chico. Me invade el recuerdo de nuestro baile...

¡Ese cabrón me ha drogado! Forcejeo, tratando de liberarme para defenderme. Pero la cuerda de seda de araña no cede.

¿Cómo he pasado de tener una vida aburrida y normal a estar secuestrada dos veces en cuestión de meses? Menuda suerte...

—Suéltame —intento gritar, pero me sale más bien un graznido, ya que mi boca está muy seca. ¿Cuánto tiempo he estado desmayada?

—Bueno, hola, pequeña hechicera de luces.

El chico alto ya no lleva máscara y su mirada depredadora deja de ser atrayente. El miedo me eriza el vello de los brazos. La cabeza me late con fuerza y las cuerdas que me mantienen atada a la silla queman mis muñecas mientras sigo forcejeando.

Estamos en una habitación húmeda y con poca luz. Bram está de pie a pocos metros de distancia con la preciosa valquiria que acompañaba a Rafe en el Atlas.

—Pronto los pasillos estarán lo suficientemente despejados para sacarla de aquí sin que la vean —dice la chica a los demás.

—¿Adónde me lleváis? —pregunto con la voz temblorosa, pero me ignoran. Empiezo a sacudirme con tanta fuerza que la silla repiquetea contra las baldosas.

—Supongo que querrás volver a dormir —dice el chico alto, acercándose a grandes zancadas. Sin embargo, se detiene por el chirrido de la puerta que está detrás de mí.

—¿Qué está pasando aquí? —dice una voz profunda, con una evidente sensación de autoridad, y todo el mundo en la habitación se queda completamente quieto.

Reconozco esa voz. Me giro todo lo que permiten mis ataduras.

¡Es Rafe!

No sé si sentir alivio o miedo. Es una presencia familiar, pero no existe un amor ciego entre nosotros, y no me fío de él. Su mirada se cruza con la mía, pero sus ojos son apáticos, no revelan nada.

—Hola, Rafe —dice el chico alto despreocupado, aunque sus hombros están tensos y su mirada se ha bloqueado con la de Bram en una comunicación silenciosa.

—¿Por qué tienes a mi compañera de laboratorio atada en una silla? —pregunta Rafe con frialdad.

El chico alto enrosca un mechón de mi pelo alrededor de su índice.

—Simplemente estaba divirtiéndome un poco con la mala hierba —responde—. No sabía que la conocías, primo.

Se me encoge el corazón al oír que son parientes. El chico desenreda el pelo de su dedo, luego pone su mano en mi hombro y lo aprieta de una manera que me hace subir el ácido a la boca. Me mira lascivamente y pregunta:

—¿Te importa compartir?

—¡Suéltame!

Me resisto a que me toque. ¿Cómo he dejado que ese baboso me sobara?

El subidón de adrenalina de antes está empezando a desaparecer y me siento mareada.

—Eres tonto, Leo —dice Rafe con una voz sosa y aburrida—. ¿Sabes lo que ella es? No deberías estar tan cerca.

—¿Esta filistea imitación de una sire? —dice Leo con burla—. Es inofensiva.

—Podría matarte con un solo toque —dice Rafe levantando la mano con la palma hacia fuera—. La cantidad adecuada de ha'i en tu corazón y —chasquea los dedos— ¡pop!

Sus labios esbozan una sonrisa cruel.

—Y quizá te lo mereces por actuar de una manera tan irreflexiva. Ahora, déjala ir.

Vale, bien, esto avanza en la dirección correcta.

—La necesitamos —responde Leo, quien se resiste a la orden de Rafe.

—¿Y para qué podríais necesitarla? — le pregunta Rafe a Leo con un tono amenazador.

—Hay una recompensa... por los sire —explica Leo, encontrándose con la mirada de Rafe sin retroceder.

—¿Qué? —grita Rafe, y la ferocidad de su voz me hiela la sangre.

—La recompensa es astronómica —dice Leo, aparentemente petrificado ante las palabras de Rafe, evidentemente enfadado, aunque Bram y la chica se encogen como si pudieran desaparecer si se permanecen lo suficientemente quietos.

Rafe habla bruscamente, cada palabra corta el aire cargado:

—Sabes muy bien quiénes están pagando. ¿Cómo se te ocurre ayudarlos? —pregunta, y veo cómo sus ojos azules se han

oscurecido en un aterrador tono de medianoche—. ¿Qué te están ofreciendo? No necesitas su asqueroso dinero provincial.

Rafe se acerca y extiende su mano en shiin sobre el lado izquierdo del pecho de Leo. La amenaza es clara. Pop, y adiós muy buenas.

Los ojos de Leo muestran el primer destello de miedo, pero se mantiene firme y Rafe se da cuenta.

—Antimateria —dice respirando profundamente.

Leo asiente afirmativamente. Rafe baja su mano letal.

—¿Así que están ofreciendo antimateria como recompensa del secuestro de sire?

—Rafe, sabes que normalmente nunca me lo plantearía, pero ella no es más que una mala hierba. Vale lo que nos darán.

—Es mi compañera de laboratorio.

—No puede ser que te importe —se burla Leo—. Imagina lo que podríamos hacer si adquirimos antimateria...

—La Guardia debería expulsarte por ser cómplice de un Inquisidor —dice cortándolo y prácticamente escupiendo cada palabra—. A vosotros también —apunta mirando a los otros dos. La chica echa a llorar.

—Primo, ¿por qué defiendes a una mala hierba? Ni siquiera es tan bonita. ¿Qué te ha hecho Génesis? No existía un culo más elitista que el tuyo, Rafe Vanguard.

—Defiendo a una sire antes que ayudar a nuestro mayor enemigo —dice, y agarra la mano de Leo señalando el anillo de hueso, la gema gremial de la Guardia Avant—. Un enemigo contra el que has jurado por tu vida defender nuestro mundo. ¿Quién es el que ha cambiado aquí?

Leo es más alto que Rafe y, sin embargo, él le habla con desprecio. Rafe suelta la mano de su primo.

—Contadme todo lo que sepáis.

—No sabemos nada. Acabo de recibir esta paloma anónima —se defiende, y saca una paloma desplegada del bolsillo y se la entrega —. Cuando oí lo de la mala hierba sire, pensé que valdría la pena seguirles el rollo.

Rafe lee la nota, se la guarda en el bolsillo y se me acerca. Usa su cuchara para cortar las cuerdas que me atan a la silla.

—Gracias —murmuro mientras me pongo de pie. Pero una vez lo estoy, toda la sangre se me sube a la cabeza y me tambaleo mareada. Rafe me aparta bruscamente el pelo y me revisa el cuello. También me inspecciona las muñecas, ignorando las rozaduras de las cuerdas. No sé qué busca, pero no encuentro fuerzas para protestar por el contacto. Es rápido y clínico, pero cada roce de sus dedos provoca el extraño cosquilleo que asocio con su tacto. Si él siente algo no lo admite.

—No te preocupes. Ella está bien —dice Leo resignado.

—Más te vale —responde Rafe. Luego se queda quieto, tan inmóvil que parece inhumano. La furia negra ha vuelto a sus ojos. Está mirando una línea rosada descolorida en el interior de mi antebrazo. ¿Estaba ahí antes? Parece un arañazo casi curado. Rafe resigue la línea con su dedo.

Siento ese cosquilleo.

Me asusta la rabia en sus ojos y el hecho de que, salvo por su dedo en mi brazo, permanezca tan inquietamente quieto.

—Me mientes, Leonardo de Montaigne —dice finalmente con unas palabras tan heladas que enfrían la habitación. Todos tienen miedo.

—Oh, vamos, primo, no seas así...

Rafe se vuelve furioso hacia Leo.

—¡Maldito seas! Ya hay un traidor en tu familia, ¿y te arriesgas a hacer algo así? —grita, y me señala—. Ella nació provincial, pero

ahora es un Hacedor. Y es una sire. ¡Una sire! Has cruzado una línea que nunca debería cruzarse.

Mi piel se eriza por el frío y mis rodillas se debilitan.

No entiendo lo que está pasando y estoy tan mareada que se me hace difícil seguir la conversación. Trato de encajar las piezas que se me están escapando.

«Me secuestraron para intercambiarme por antimateria y también me hicieron algo más. Rafe cree que están trabajando con los Inquisidores, pero eso es imposible porque ya no existen. ¿Algún pariente de Leo es un traidor? ¿Cómo ha dicho Rafe que se apellida?».

—Dámelo todo. Ahora —le ordena Rafe.

Cierro los ojos para que la habitación deje de dar vueltas. Al notar mi repentina debilidad, Rafe me agarra del brazo para sostenerme.

—Maldita sea, ¿cuánto la has desangrado?

Cuando abro los ojos Leo le está dando algo a Rafe. Me preguntaría qué es si pudiera concentrarme, pero siento que mi cerebro está envuelto en una neblina. Rafe examina la habitación y luego habla:

—Mantendré tus escarceos con los Inquisidores en secreto, ya que podrían conducirte al exilio y eres de la familia. Pero Alex se enterará de que desangraste a una sire.

Hay un coro de respiraciones entrecortadas ante la mención del príncipe Alexander. El aire sabe a miedo.

La valquiria empieza a llorar de nuevo.

—Rafe, cariño —gimotea—. Lo siento mucho. En verdad yo no formaba parte de esto. Solo estaba en el lugar equivocado en el momento equivocado.

—Basta, Yvette —grita, y ella se calla al instante—. Todos vosotros, fuera de mi vista.

Los cuerpos abandonan rápidamente la habitación. Leo se detiene en la salida y se vuelve para mirarme con una curiosa malicia. Luego se marcha, la puerta se cierra tras él y el cansancio se apodera de mí. Cierro los ojos y recuesto la cabeza contra el brazo de Rafe. Sus bíceps son tan grandes. Está tan caliente. Me siento rara. A través del velo de mis borrosos pensamientos, veo a Rafe enviar una paloma.

Pronto llega Kaylie. En algún momento debo de haberme sentado en la silla, aunque sigo todavía apoyada en el brazo de Rafe, agarrando su muñeca. Kaylie y Rafe hablan con voces rápidas y nerviosas, pero yo entro y salgo de la conversación y solo capto algunos fragmentos.

—No eran Inquisidores, eran oficiales de Avant, de familias de la Guardia —dice Rafe. Supongo que planea mantener la promesa que le hizo a Leo sobre omitir para quiénes trabajaban—. La desangraron. Lo tengo todo aquí. Por su factor curativo de sire quizá no necesita una transfusión, pero pensé que deberías examinarla para confirmarlo. Las drogas seguro que siguen en su cuerpo.

—Hay que decírselo a Bloche de inmediato —dice Kaylie.

—No. Déjame decírselo al príncipe Alexander. Es un mal momento para crear tensión con la Guardia, y esto no es algo que el príncipe vaya a tomarse a la ligera, te lo aseguro.

Michael entra por la puerta. Tiene el rostro sonrojado y sus ojos brillan demasiado.

—Oh, gracias al Conductor —exclama al verme, pero después la expresión de su rostro cambia cuando repara en mi aspecto.

—¿Estás bien? —pregunta abriéndose paso hasta llegar a mi lado —. ¿Estás bien?

Ahora estoy bien, le quiero decir. En su lugar le sonrío. Está tan guapo cuando tiene pánico. Tiene el pelo tan salvaje.

—¿Dónde has estado? —susurra Kaylie apremiante—. He intentado localizarte durante una eternidad.

—¿Qué le ha pasado? —dice con una voz que suena lejana. Hay un zumbido en mis oídos—. Se rumorea que hay un sire secuestrado y una potencial brecha provincial. Vine a buscarla en cuanto me enteré. Ella no está entrenada...

—Ella está bien —dice Kaylie tranquilizadora—. Unos chicos le echaron algo en la bebida. La he examinado y está bien, pero necesita descansar. Tenemos que llevarla de vuelta al instituto.

La voz de Kaylie es suave y su mano acaricia el brazo de Michael. Veo cómo lo tranquiliza con sus palabras y su tacto. Luego le aprieta la mano con afecto.

Esto no me molesta.

No me importa.

«Por favor, deja de tocarlo».

—La llevaré al Atlas ahora —dice Michael—. Hay un tren que sale pronto.

—Yo la llevaré —interrumpe Rafe—. Si hay una amenaza provincial, estoy seguro de que te necesitarán aquí.

Michael asiente vacilante, con una pizca de desconfianza en la mirada. Espera, ¿va a dejar que Rafe me lleve de vuelta? No, quiero que lo haga Michael.

—Cuida de ella.

Rafe responde con una breve inclinación de cabeza. Me levanta de la silla con delicadeza. Mis piernas son fideos y me tiemblan las rodillas. Antes de que tropiece, Rafe se agacha y me agarra suavemente por detrás de las rodillas para llevarme en brazos como si fuera igual de ligera que mi gato Elliot. Echo de menos a Elliot. Era peludito. Lleva muerto desde que tenía doce años.

Rafe me abraza como a una niña. Mis piernas cuelgan entre sus brazos y mi cabeza se recuesta en su macizo torso. Me intento quejar, pero el calor de su cuerpo me quita los escalofríos y me siento menos mareada. Además, huele muy bien.

—No tienes instinto de supervivencia. No deberías ser tan confiada —murmura mientras camina por el pasillo.

No respondo.

—¿Estás bien? —pregunta desapasionadamente.

—¡Qué ojos tan bonitos! —es mi respuesta mareada. El reconfortante rumor de su risita me adormece.

23

Despierto algún tiempo después con la cabeza como si me la hubieran golpeado con un martillo. Espera, espera, esta no es mi cama.

No tengo tantas almohadas ni una lujosa manta de piel. Vaya, es tan suave. Entierro la cara en el calor acogedor e inhalo el aroma tan especial, de algún modo familiar.

¿Dónde estoy? Me incorporo. En vez de montones de ropa en el suelo, hay un gran piano. Una confirmación más de que esta no es, de hecho, mi habitación.

No me enrollé con nadie anoche, ¿verdad?

Todavía llevo el vestido.

«Mi vestido... Carnaval...».

Sí, claro. Me drogaron. Y algo más me había pasado que hizo que Rafe y Kaylie se preocuparan. Mi piel se eriza de inquietud mientras me autoexploro. No encuentro ninguna señal de la marca roja que Rafe me vio en el brazo y no me duele nada.

Además de angustia, también estoy frustrada por haberme dormido durante el trayecto en el Atlas hasta casa y haber perdido una segunda oportunidad de usar la cobertura del móvil.

¡Mi móvil!

Quién sabe qué mensajes inculpatorios habré recibido mientras estaba inconsciente. Estaba con Rafe. ¿Y si él los has visto? En un ataque de pánico, tengo dificultades para buscar el móvil a tientas

en mi bolsillo, pero por suerte, está aquí, bloqueado y aparentemente imperturbable.

Oigo un suave golpe y vuelvo a meterme el teléfono en el bolsillo antes de que se abra la puerta. Rafe se acerca a grandes zancadas, adueñándose del espacio de una forma que solo puede significar que esta es su habitación. Su cama. Trago saliva al darme cuenta del origen del embriagador aroma de hace unos momentos.

Me tiende una taza de té.

—He traído esto de la enfermería. Te ayudará a sentirte mejor, aunque ya tendrías que estar casi curada.

—Gracias —murmuro con la voz seca y áspera.

Mientras bebo, evito mirar a Rafe. No me creo que haya dormido en su cama. ¿Dónde ha dormido él? Se me calientan las mejillas de pensarlo.

A continuación, parece que me lea la mente:

—No te preocupes. Te he dejado dormir sola. No he vuelto desde anoche.

Asiento en señal de agradecimiento e intento terminarme la bebida lo más rápido posible para poder salir de aquí. Los dos permanecemos incómodamente callados. O al menos, yo lo estoy. Rafe parece perdido en sus pensamientos.

La bebida, algún tipo de brebaje de hierbas, me hace sentir mejor. A medida que mi cabeza empieza a despejarse, vuelven más recuerdos confusos de la noche anterior. Me sorprende la amabilidad de Rafe. Pero le mintió a Kaylie, diciendo que los Inquisidores no estaban involucrados cuando él sabe que sí.

Incluso si en realidad no fueran los Inquisidores, no entiendo por qué Rafe ocultaría información importante.

Estar en la cama de Rafe es incómodamente íntimo, así que salgo. El aire frío sobre mi piel expuesta me hace recordar mi atuendo

festivo, que parece demasiado revelador en estas circunstancias. Me calzo y cruzo los brazos, abrazándome. Rafe me tiende estoicamente su chaqueta de cuero. Me está demasiado grande, pero me meto en ella buscando una barrera entre yo y toda esta incomodidad.

—¿Por qué me has ayudado? —le pregunto. Parece que se está preguntando lo mismo, con el ceño aún más fruncido que de costumbre.

—Perderte a manos de los Inquisidores resultaría un desperdicio y un inconveniente. Eres útil para la sociedad de los Hacedores y no deberías estar en manos de nuestros enemigos.

Útil. ¡Qué imbécil! Y no ha terminado de ser ofensivo.

—Eres una maldita sire. Ellos no tendrían que ser capaces de dominarte. No eres consciente de tus propias habilidades.

Este tipo no puede abrir la boca sin criticarme, literalmente. Pero no voy a morder el anzuelo. No estoy de humor para una pelea y hay demasiadas cosas que tengo que entender.

—¿Qué me hicieron tu cita y tu primo? —pregunto con tono acusatorio.

—Leo es solo un pariente lejano, pero a él, como a tantos otros, le gusta utilizar el título deliberadamente para ganarse favores alegando una conexión con la Corona.

—Bueno, necesito entender lo que pasó.

Se balancea sobre los talones y se pasa las manos por el pelo, suspirando como si esta fuera la última conversación en el mundo que quisiera tener.

—Supongo que tienes derecho a saberlo —dice, y levanta la vista antes de seguir con franqueza—: ellos robaron parte de tu sangre.

La sangre que todavía me queda en el cuerpo se hiela.

—¿Para qué?

—Practican la ciencia de la sangre que a veces necesita sangre real. Pero nunca debe emplearse la sangre de otro Hacedor, jamás la sangre de un sire.

—¿La sangre de quién se suele usar, entonces? —pregunto, bastante segura de que en realidad no quiero saber la respuesta.

—Animales o filisteos.

He oído a otros de Avant usar ese término para referirse a la gente provincial.

—¿Así que usan sangre humana? —pregunto con la ira en aumento.

—Humano provincial —aclara Rafe, como si eso supusiera alguna diferencia. Rechino los dientes ante su insinuación de que los provinciales son iguales a los animales, pero no es nada nuevo para él—. A pesar de todo —dice, y su tono se vuelve amenazador—, no voy a dejar que se salgan con la suya después de lo que hicieron. —Aprieta la mandíbula y se le marcan las venas del cuello—. No fui sincero con la maestra Botticelli anoche, porque prefiero que Génesis no vea la insubordinación de la Guardia, pero se lo diré a Alex y esos malhechores sufrirán las consecuencias una vez haya obtenido toda la información que necesito de ellos.

—¿Qué tipo de información?

—Recibí novedades después de llegar anoche —añade antes de mirar hacia otro lado. Sus hombros se encogen. Por primera vez, me doy cuenta de que su pelo está apagado y su piel carece de su brillo habitual. Está... desaliñado. Es quizá la primera vez que veo a su alteza real algo menos perfecta—. Los Inquisidores campan a sus anchas y nadie hace lo suficiente —dice hablando más para sí que para mí.

—¿Cuáles son las novedades? —pregunto con un creciente presentimiento.

—Hypatia no regresó a casa anoche —dice tan bajo que apenas puedo oírle.

Jadeo mientras el miedo y el pánico me inundan.

Rafe se vuelve hacia la pared, ocultándome cualquier emoción.

—Ella es demasiado joven para asistir al Carnaval. ¡Ni siquiera debería haber estado allí! Pero se coló en el Atlas.

—Yo... no lo entiendo.

La culpa crece junto con el miedo. La vi. Debería haberle dicho algo.

—¿Qué hay que entender? Están persiguiendo a los sire y te ayudé en lugar de a mi familia —dice con un claro pesar en la voz—. Corren rumores de otro intento fallido de secuestro anoche. Dos sire rescatados y uno perdido.

Camina hacia mí con convicción.

—Encontraré a Hypatia y la rescataré. Tengo que averiguar todo sobre el otro intento fallido y ver si han contactado con alguien más con la oferta del comercio de antimateria. Leo jamás habría tocado a Hypatia, pero sabrá quién lo hizo. Hasta que no les interrogue a todos, no puedes decirle nada a nadie sobre sus conexiones.

Ah. De repente, la ayuda de Rafe, sin mencionar que me ha mantenido aislada en su habitación durante toda la noche, cobra más sentido. Él necesita que coopere. Pero si eso significa ayudar a Hypatia, estoy contenta de hacerlo.

—No diré nada —le prometo—. Quiero hacer lo que pueda por Hypatia, pero ¿no hay gente más cualificada buscándola? ¿No les facilitaría encontrarla si les damos la información?

Rafe suelta una carcajada amarga.

—Los malditos cualificados siguen demasiado las reglas. Conocían el riesgo desde hace meses y enviaron a esta isla a los sire de Avant para protegerse en vez de cortar el problema de raíz. Afirman que

están tratando de encontrar a los sire desaparecidos, pero nunca lograrán nada si son cautelosos en no interferir, en no dañar... —declara con los ojos ardiendo—. Herir no me asusta... Haré lo que haga falta.

—¿Y el príncipe Alexander?

—Dice que se está ocupando de ello. Que elaboró un plan con Chorus: ella le dio alguna profecía críptica como hace siempre. Pero Alex no estaba aquí para ver crecer a Hypatia como lo estuve yo. No me imagino que sienta la misma urgencia —dice, y por fin se le quiebra un poco la voz—. Ella y yo no hemos pasado por el mejor momento de nuestra relación últimamente —sacude la cabeza con pesar—. Por su amistad contigo y con tu compañera de apartamento. Pero no debí...

De repente se va al otro extremo de la habitación, obviamente enfadado consigo.

—¿Por qué te estoy contando esto?

—A veces hablar no es malo.

—Hablar es inútil. Necesito hacer algo. He pasado las últimas horas intentando salir de esta isla, pero no dejan salir a nadie. Necesito averiguar si esos tontos de anoche me pueden llevar hasta la escoria inquisidora que secuestró a mi prima.

—¿Cómo estás tan seguro de que son los Inquisidores los que están detrás de los secuestros?

Si dejo que persiga al culpable equivocado, es menos probable que encuentre a Hypatia.

—Por supuesto que lo están. Nos han estado cazando durante generaciones con la esperanza de robar nuestro conocimiento y luego finalmente aniquilarnos. Tenemos la certeza y nosotros deberíamos haber actuado hace mucho tiempo.

¿Qué pruebas podrían tener? ¿Debería decirle algo sobre Ozymandias Tech? Pero yo no tengo suficientes pruebas de que realmente sean ellos quienes secuestran a los sire. ¿Será su plan de investigación genética y el mensaje de texto de Izzy suficientes para convencer a Rafe de que anda descaminado?

—No me creo que hayamos llegado a esto —dice Rafe antes de cubrirse la cara con las manos—. Hypatia tiene necesidades médicas urgentes. No sé cómo se las va a arreglar.

Parpadeo, intentando desterrar los recuerdos de mi propio secuestro, que se arrastran por los bordes de mi cordura. Todavía no sé mucho sobre la enfermedad de Hypatia, pero sí sé lo que es estar secuestrada. No puedo imaginarla pasando por lo que pasé. Es difícil hablar más allá del nudo en la garganta.

—Rafe, lo siento mucho.

Se pone rígido y la expresión en su cara deja claro que vuelve a recordar con quien está hablando.

—Tu compañera de apartamento y el maestro Loew han estado acosándome y preguntándome por ti toda la mañana. Como parece que te encuentras mejor, deberías ir con ellos.

Incluso cuando me echa parece tan perdido... tan triste.

—¿Estás bien?

De repente, golpea la pared con el puño.

—Lárgate.

No me ofende su enfado. De hecho, me atrae. Reconozco que no quiere que lo vea vulnerable. Pero no quiero que se sienta tan solo.

¿Por qué, oh, por qué me importa?

Me acerco a él y le pongo con suavidad una mano sobre la espalda. Siento cómo sus músculos se relajan mientras se inclina casi imperceptiblemente hacia mí. Pero es solo un momento.

—Vete —dice con los ojos cerrados.

Y así lo hago.

Vuelvo a mi habitación para cambiarme de ropa. Georgie no está, pero la encuentro en el desayuno, donde me recibe con un fuerte abrazo.

—¡He estado muy preocupada!

—Estoy bien, pero no soy yo quien debe preocuparte.

Se mantiene a distancia, examinándome.

—¿Es... es la chaqueta del príncipe idiota?

—Sí...

Me la había vuelto a poner después de cambiarme en vista de devolvérsela a Rafe. Además, huele tan bien.

—¿Te has enterado de lo de Hypatia? —le pregunto.

—¿Saber qué de ella? ¿Dónde está?

—La secuestraron anoche.

Georgie se tapa la boca horrorizada. Le resumo los detalles de Hypatia colándose en el Carnaval y la recompensa por los sire.

—Por ese motivo el maestro Loew tenía un ataque de pánico. Te ha estado buscando por todas partes. Quizá deberías ir a verlo.

He estado demasiado distraída preocupándome por Hypatia como para pensar en Michael. Pero después de lo de anoche, no me siento preparada para enfrentarme a él a solas.

—¿Vendrás conmigo? —le pregunto a Georgie.

Ella asiente.

—Termínate primero el desayuno. Sea lo que sea lo que te pasó anoche, sospecho que necesitas comer.

Obedezco encantada, ya que mi desayuno es pan de plátano con nata montada y sirope de dátiles.

Mientras atravesamos el ala de primavera, trato de recordar si dije algo tentador a Michael mientras estaba mareada. No tengo ni idea de si nuestro baile fue lo que yo pensaba que era. Pero incluso si tuvimos un momento de atracción mutua, eso no significa que esté interesado en algo más. Ahora que Georgie sabe lo que siento por él, me alegro de tenerla conmigo como apoyo moral.

Llamo con timidez a la puerta del despacho de Michael, que se abre al instante.

—¡Oh, gracias al Conductor! —exclama Michael, y por un momento creo que va a abrazarme, pero en lugar de eso retrocede y nos deja entrar.

—¿Cómo te encuentras?

—Estoy un poco agitada, pero eso es todo.

Al entrar en su despacho, me acecha un persistente recuerdo de nuestra discusión y de que supuestamente debería estar enfadada con él. Pero la verdad es que solo contar con su presencia me alivia y, después de todo lo que ha pasado desde anoche, no tengo energía para conjurar mi ira.

—Estoy bien, de verdad.

—Bien —dice Michael, pero cuando nuestras miradas se cruzan aparta rápidamente la vista.

—¿Tienes novedades de Hypatia? —le pregunto.

—Ah, sí. Sé que sois muy amigas. Tenemos alguna pista sobre dónde podría estar.

—¿En serio?

Él asiente.

—Te aseguro que mucha gente está trabajando duro para traerla de vuelta.

—Mmm, ¿Ada? —dice Georgie con voz tensa.

Está mirando una foto encima de una pila de papeles en el escritorio de Michael con los ojos abiertos como platos. Me acerco para ver qué le ha llamado la atención. Se me revuelve el estómago.

—¿Quién es? —le pregunto a Michael intentando sonar lo más natural posible.

Michael se inclina para ver la foto que señalo. Está borrosa, pero lo suficientemente nítida para que no dude sobre al menos dos de las caras que veo rodeadas con tinta roja. Al parecer, Georgie tampoco lo duda.

—Es una fotografía del círculo íntimo de los Inquisidores —dice—. La Guardia ha determinado que es legítima. No hemos tenido una información sobre la actividad de los Inquisidores tan específica en décadas y confiamos en que esta nos ayudará a llegar a Hypatia.

Nada de esto tiene sentido.

—¿Cómo sabes que son ellos los que la tienen cautiva?

—Tenemos pruebas contundentes que los relacionan con todos los secuestros recientes.

El tiempo parece ralentizarse, los latidos de mi corazón resuenan en mi cráneo. Miro a Georgie y parece que se le van a salir los ojos de las órbitas.

—Tenemos que irnos —le digo.

—Pero si acabas de llegar...

Salgo corriendo de la habitación con Georgie pisándome los talones.

—¿No era tu...? —empieza ella.

—Shh. Aquí no. Volvamos a nuestro apartamento.

Georgie estalla en el momento en que estamos allí con la puerta cerrada detrás de nosotras:

—Ada, tu prima y tu madre estaban en esa foto.

—Sí.

Estamos horrorizadas por distintas razones. Ella por quien está en la foto. Yo porque tienen la foto.

—¿Qué significa esto?

—¡No lo sé!

Lo que no sé es por qué Georgie no lo ha resuelto ya. Por qué no me ha acusado de espionaje. Las pruebas son claras como el agua.

—¿Si tuvieras que adivinarlo?

Me mira sin un ápice de acusación. Por alguna razón, confía en mí. Aprieto los labios, las mentiras que estoy a punto de decir saben agrias en mi lengua.

Las Familias me habían enseñado varias formas de reaccionar si me pillaban. Tengo una justificación razonablemente plausible que podría decirle ahora mismo, pero Georgie es la última persona a quien quiero mentir. Así que le digo la verdad.

—Mi familia forma parte de una sociedad secreta que conoce a los Hacedores, pero no son los Inquisidores.

Esto no es mentira. Los Inquisidores que los Hacedores tanto temen ya no existen. La orden que ahora configura a las Familias comenzó con ellos, claro. Pero eso fue literalmente hace siglos. Me dispongo a explicar la situación a Georgie:

—La Inquisición creó un grupo de trabajo para buscar a los exiliados perdidos, pero ese grupo no ha continuado a la caza de Hacedores. Los descendientes de dicha escisión estaban horrorizados por las acciones de sus antepasados y se propusieron recuperar lo que les había sido arrebatado. Ellos se convirtieron en administradores, buscando y preservando la memoria de los Hacedores. Ese es el grupo del que forma parte mi familia. Aunque las personas que aparecen en la foto tienen una ligera conexión con la Inquisición, son algo completamente diferente. Y seguro que no están interesadas en secuestrar a nadie.

«¿Estoy segura de eso?».

—Pero nunca le dijiste nada de esto al maestro Loew cuando intentó reclutarte, ¿no? —me pregunta Georgie.

Por mucho que quiera contarle toda la verdad, sé que no puedo decirle la razón última por la que vine aquí. Así que hilo una versión paralela en la que mi familia trabajó para conseguir que me reclutaran, porque sabían que estaba en peligro a causa de los secuestros a los sire, y me vi obligada a ocultar quiénes eran mis ascendentes, porque sabía que, por la asociación con los Inquisidores, no sería bien recibida.

Y parece tragárselo todo, como si no tuviera motivos para dudar de mí.

—Más recientemente, con la comprensión de que la cultura de los Hacedores todavía sobrevivía y prosperaba, las Familias empezaron a buscarlos de nuevo, pero con el objetivo de lograr la reunificación, y no la destrucción. Los Hacedores solo creen que los Inquisidores siguen tras ellos porque están atrapados en el pasado.

—Pero ¿qué sucede con Naiot? —pregunta Georgie—. ¿De quiénes huían los profetas si no eran los Inquisidores?

Es una buena pregunta. Yo también quiero saber la respuesta, pero seguro que no tiene nada que ver con las Familias.

—No lo sé, pero sea quien sea, probablemente sea la misma gente que ha secuestrado a Hypatia. Mi familia jamás se la llevaría. Son buenas personas, no secuestradores —digo suplicante, y buscando los ojos de mi amiga—. Tienes que creerme.

—Te creo —dice. Mis hombros y mi corazón se relajan—. ¿Puedes hablar del tema con tu madre?

—Tengo que hacerlo —le respondo. Tengo que preguntarle muchas cosas, incluyendo cualquier nueva información que tengan sobre Ozymandias Tech. Deben de ser ellos los que están detrás de

todo esto. Pusieron sus garras sobre Izzy y ahora tienen a Hypatia; lo peor es que los Hacedores nunca sospecharán de ellos, porque están demasiado ocupados fijándose en la gente equivocada.

Necesito ayuda para redirigir los esfuerzos.

—¿Qué sabes de Nora Montaigne y Ozymandias Tech? —le pregunto a Georgie.

—Esa es la compañía que fabrica *jets* privados de energía limpia y hace todo eso de las controvertidas pruebas genéticas, ¿verdad?

Asiento con la cabeza.

—Vale, es muy gracioso que me preguntes eso, porque vi esta publicación justo el otro día.

Nos acercamos a su escritorio, abre el foro de ocultismo en una de sus pantallas y hace clic hasta que da con lo que está buscando.

Leo por encima de su hombro. Es una teoría detallada que afirma que Nora Montaigne es en realidad uno de «LOS OCULTOS» y que el éxito en su empresa es debido a que está usando su tecnología secreta.

Me pregunto si esto sería posible. ¿Podría ser ella Prometeo? No. Ella no ayudaría a las Familias si Kor piensa que está trabajando en su contra.

Y entonces algo hace clic. Jadeo y me agarro a la silla de Georgie para mantener el equilibrio. Leo, quien me capturó en Carnaval: Rafe lo había llamado «Leonardo de Montaigne». Y también había dicho que ya había un traidor en la familia de Leo.

«Nora Montaigne».

Tienen que estar relacionados. Por supuesto, Leo y Bram no estaban trabajando para los Inquisidores; en realidad, deben haber estado trabajando para Oz Tech todo el tiempo. Y que Leo hablara de antimateria y le hiciera creer a Rafe que eran los Inquisidores era un modo de alejar las sospechas de su hermana.

Cualquier duda que me quedara se disipa. Izzy trabaja para Oz Tech e intentó advertirme sobre algo que vio. Nora Montaigne solía ser un Hacedor y había hecho pruebas genéticas relacionadas con los sire. Y el hermano de Nora intentó secuestrarme por ser una sire. Oz Tech debe ser la responsable de los otros secuestros de sire.

No tengo ni idea de cómo explicarle algo de esto a Georgie, pero se la ve contenta por dejarme usar su ordenador para resolverlo por mi cuenta y se dirige al comedor a jugar con Bast.

Después de recuperar los pedazos de cerebro restantes tras que me explotara la cabeza, intento trazar un plan.

Tengo que hablar con las Familias. Debo decirles que los Hacedores tienen su foto, compartir mis sospechas sobre Nora Montaigne y ver si me pueden ayudar a encontrar a Hypatia.

Y a pesar de la solidez de mi teoría sobre Oz Tech, todavía estoy llena de temor por la absoluta certeza tanto de Michael como de Rafe de que los Inquisidores fueron quienes secuestraron a Hypatia. Necesito comprender qué pruebas tienen de ello y confirmar que las Familias no están implicadas en este asunto.

Kor no contesta, tiene sentido para esta hora de domingo. Así que lo intento con mi madre.

En cuanto da señal, voy directa al grano.

—Mamá, tengo que decirte que los Hacedores disponen de una foto de algunos miembros de la Cámara Interna y creen que están detrás de los recientes secuestros.

—Ada, ¿qué estás haciendo? No puedes hablar de esto abiertamente —dice asustada, y eso me asusta aún más, porque mi madre siempre está serena.

—Nadie nos está escuchando. Debes hablar conmigo.

—Ahora lo más importante es que protejas tu tapadera.

—Mamá, creen que las Familias son las que están detrás de los secuestros.

La expresión de su cara hace que deje de respirar.

—Mamá... —digo ahogándome—. ¿Están conectadas de alguna manera?

—El Oculus está involucrado en un montón de actividades de las que el resto de las Familias de la Cámara Interna no sabe nada.

—¿Qué estás insinuando? —pregunto con un tono que chirría de pánico—. ¿Eres parte del Oculus?

Hasta hace poco, ni siquiera sabía que seguía activo, y mucho menos que mi madre quizá podría integrarlo.

—No soy miembro, pero todos los integrantes de la Cámara Interna de Nueva York han prestado ayuda en una operación específica con sede en la ciudad. Ada, esto no es algo que podamos discutir aquí y ahora.

—Si no me vas a decir nada mientras estoy aquí, entonces volveré a casa.

—Tienes que quedarte donde estás. Estarás más segura allí y no puedes poner en peligro tu tapadera.

—¿A salvo de quién? ¿De Ozymandias Tech? No puedo seguir haciendo esto sin saber en qué bando estoy —exclamo, y me obligo a bajar la voz que se había convertido en un chillido—. Ni siquiera estoy segura aquí. ¿Sabes que anoche me secuestraron otra vez? Y me rescataron, pero mi amiga no tuvo tanta suerte —digo antes de que las emociones contenidas emerjan y rompa a llorar—. Solo tiene catorce años, mamá.

Los ojos de mi madre se abren como platos. Se la ve horrorizada.

No, parece culpable*.*

Hace unos momentos estaba convencida de que las Familias no tenían nada que ver con los secuestros, pero la mirada en su cara

destruye esta convicción.

¿Cómo podía estar pasando esto sin que yo lo supiera? ¿Cómo es posible que mi madre y Kor lo supieran y les pareciera bien? Y yo... ¡yo los ayudé! Recuerdo haber visto a Hypatia en el tren. Pienso en todo lo que podría haber hecho para que no la atraparan y siento que estoy a punto de vomitar.

—¿Está a salvo?

—No sé nada con seguridad, pero si se la llevaron las Familias, entonces seguro que sí.

—¿Puedo hablar con ella? ¿Cómo podemos enviarla de vuelta aquí?

—Ada, así no es como funciona esto. No estoy autorizada para ello. Si dependiera de mí, nada de esto estaría ocurriendo.

—Mamá, ella tiene serios problemas de salud.

—Este proyecto se está ejecutando en un centro médico con algunos de los médicos y científicos más inteligentes del mundo. Se va a poner bien.

¿Qué proyecto? ¿Qué instalación? Nada de esto está relacionado con lo que creía saber sobre las Familias.

—Tienes que explicarme por qué está pasando esto.

—No puedo, Ada.

—Está bien, se lo preguntaré a Kor.

—¡No! —dice mi madre, quien parece asustada durante un instante. No entiendo por qué—. Escúchame, Ada. Yo no voy a contar nuestra conversación a nadie, pero Kor sí que lo haría. Él es joven, está ganando popularidad y confía en el Oculus y el Gran Maestro.

—¿Me estás diciendo que Kor está implicado en los secuestros?

Me resulta imposible creer que mi dulce e idealista mejor amigo tenga algo que ver con esto.

—Por supuesto que sí, Ada. Y si él te ve como un peligro para la misión, se lo dirá al resto del Oculus. El consejero Avellino es el que manda en Nueva York ahora mismo, y sabes que no es tu mejor defensor. —El padre de Alfie, el abogado de las Familias, definitivamente no es mi mayor fan. Fue insufrible cuando me interrogó después de lo que pasó en Italia. También, era una de las voces más partidarias de mantenerme al margen de cualquier cosa remotamente confidencial—. Si el Oculus empieza a preocuparse por ti, ordenarán que vuelvas a casa de inmediato. Pero tú necesitas quedarte en Génesis.

Quiero gritar, pero no puedo arriesgarme a que Georgie o alguien más me oiga.

—No puedes esperar que haga esto sin decirme nada. Mamá, los Hacedores tienen una foto tuya. Lo que significa que corres peligro y que yo también si descubren nuestra relación. Si no puedes decirme qué está pasando, necesito volver a casa.

—Ada, tu seguridad es lo más importante. Estás más segura allí. Por favor, no hagas nada estúpido.

—No soy estúpida. No lo soy. Soy una ignorante, porque no me han dicho nada, pero no lo toleraré más. Me niego a ser un simple peón.

—Ada...

Cuelgo la llamada y salgo furiosa de la habitación. La única forma de encontrar respuestas es si yo las consigo.

—Me voy a Nueva York —le anuncio a Georgie.

—¿Qué? ¿Cómo?

—Me subiré al Atlas y me iré.

Necesito enfrentarme a la Cámara Interna o al Oculus o a quienes sean en persona, y asegurarme de que Hypatia está bien.

—No puedes. ¿No te has enterado? Hay un bloqueo.

—¿Qué quieres decir?

—Debido a los secuestros, todo el servicio del Atlas se ha suspendido. Nadie tiene permiso para salir de Arcadia.

Hago gestos de rabia y frustración.

—Tal vez deberías hablarlo con el maestro Loew... —sugiere Georgie.

—¡No puede ser! No debe enterarse.

La mera idea de que Michael se entere de mi traición me provoca un fuerte nudo en el estómago.

—¿Por qué no? Es tu amigo y sabrá qué hacer.

—Nunca confiará en mí si se da cuenta de que estoy emparentada con la gente de esa foto... —añado, y empiezo a llorar. Estoy admitiendo lo que realmente no debería—. Georgie, tal vez me equivoqué y fueron ellos quienes se la llevaron. Si lo hicieron, tiene que haber una buena razón detrás, pero necesito ayudarla.

—¿Tal vez se trata de algún tipo de error?

—Tengo que averiguarlo. Hasta entonces, por favor, prométeme que no le dirás nada a nadie.

—Por supuesto, nunca lo haría.

Se me acerca y me envuelve en un abrazo.

Me hundo en la comodidad de su apoyo, obligándome a respirar hondo y a pensar con lógica.

Debo ir a casa para ayudar a Hypatia y dejarles claro que no volveré a Génesis hasta que me lo expliquen todo. No puedo seguir ayudándolos si mis propias acciones están poniendo en peligro a mis amigos. Pero primero tengo que averiguar cómo salir de esta maldita isla. Y sé con exactitud quién puede ayudarme.

24

Esta idea es un disparate y tal vez un error.

La puerta se abre en cuanto llamo.

—¿Qué haces aquí? —pregunta Rafe con frialdad.

—Creo que podemos ayudarnos mutuamente.

—Eso es poco probable —dice inexpresivo, pero abre más la puerta y me deja entrar.

¿Qué estoy haciendo? ¿De verdad debería decírselo? Él es la última persona en este lugar en la que confiar y, además, no teme romper las reglas. Voy a apostar a que sus ganas de ayudar a Hypatia serán más fuerte que la rabia que está a punto de sentir hacia mí.

—Tengo unos contactos que podrían ayudarnos a llegar hasta Hypatia.

Se mueve tan rápido que ni siquiera apenas parpadeo antes de que me inmovilice contra la pared con su mano apretada sobre mi corazón.

—¿Conexiones? ¿Con los Inquisidores? Eso no suena nada bien, mala hierba.

Los latidos de mi corazón retumban bajo su mano. Puedo sentir lo fuerte que es y no he olvidado lo que dijo anoche sobre cómo un sire es capaz de poner fin a la vida de alguien con un toque de ha'i al corazón. Rafe es muy incoherente, me salva la vida un día y me amenaza al siguiente.

También soy muy consciente de nuestra escasa distancia y de su mano presionando mi pecho.

—Suéltame, asqueroso. Me ofrezco a ayudarte.

Intento deshacerme de su brazo, pero es demasiado fuerte y no se mueve. Darme cuenta de mi debilidad solo hace que mi corazón lata más rápido.

Quizá me haga daño.

Intento alejarlo de nuevo y la vulnerabilidad de sentirme tan atrapada aumenta mi pánico.

—Deja que te lo explique.

Aparto la mano y consigo tragarme mi instinto de sollozar.

—¿Cuál es tu problema? —le intento gritar, pero me sale más bien como un chillido. Se cierne sobre mí.

—¿Qué conexiones tienes con el enemigo de mi pueblo, los secuestradores de mi prima?

La acusación en sus ojos hace que el terror me recorra las extremidades.

—No cometas el error de pensar que no he denunciado a los canallas de anoche por benevolencia. Ellos me son útiles y son mis parientes. Puede que seas un Hacedor y una sire, pero sigues siendo una mala hierba. Los Inquisidores y cualquiera conectado con ellos son el enemigo. Si eres su aliada, te entregaré a la Guardia sin dudarlo. O simplemente yo me encargaré de ti.

Aunque ya no me toca, el aire está cargado de su amenaza. Me había dejado engañar por dormir entre sus brazos y en su cama. Está claro que Rafe no es mi amigo y confesarle cualquier cosa puede haber sido un error letal. A menos de que lo convenza de que no soy una traidora y que de verdad puedo ayudar a Hypatia. Aunque no sé si son ciertas ninguna de las dos cosas. Respiro hondo.

—Si me das una oportunidad, te lo explicaré todo.

«Bueno, una versión de todo».

—Vale —responde, sentándose a horcajadas en una silla. Se cruza de brazos sobre el respaldo y me mira fijamente—. Habla.

Me siento en el borde de su sofá y le cuento una de mis explicaciones preparadas para casos de emergencia: que me enviaron aquí sin saber las afiliaciones de mi familia y que me he dado cuenta de que mi viaje a Italia era una trampa, y que ahora que he visto la foto en el despacho de Michael me he percatado de que me han utilizado como un peón, pero que lo desconocía hasta ahora.

Incluso a mis oídos, la historia parece tan endeble como el papel higiénico de una sola capa, pero puse todo mi empeño en que colara, y Rafe tiene que tragarse al menos alguna parte de la versión, para que no vuelva a amenazar con matarme.

—Lo que estás diciendo entonces —responde Rafe en un tono que no suena homicida—, ¿es que puedes dirigirme a la gente que te envió aquí para que encuentre dónde tienen a Hypatia y rescatarla?

—Sí... pero necesito que me saques de la isla contigo.

—De ninguna manera.

—Necesito saber cómo mi familia está conectada con todo esto.

—¿Esperas que te ayude después de lo que acabas de admitir? —dice con burla.

—¿Tienes otra pista? No te puedo asegurar que pueda llevarte hasta Hypatia si no estoy contigo.

—Puedes decirme simplemente dónde está y me las arreglaré por mi cuenta.

—No sé dónde está —admito—, pero lo intentaré averiguar si cuento con tu ayuda. Yo también me preocupo por Hypatia. La rescataremos si trabajamos juntos.

Rafe se levanta y empieza a pasearse por la habitación, hablando para sí.

—Durante cientos de años, la Guardia ha protegido a los Hacedores para que no fueran descubiertos por los Inquisidores. Ahora, por primera vez en siglos, nuestro enemigo está asumiendo riesgos, trabajando con los traidores de nuestra sociedad y cometiendo errores que finalmente podrían llevarnos hasta ellos.

Se acerca a mí, mirándome con fijación, como si mis ojos contuvieran la solución de un acertijo.

—Entonces sales de la nada afirmando que conoces a nuestro enemigo —dice rascándose la barba incipiente de la mandíbula, sin dejar de mirarme—. Tengo que pensarlo un poco más. Déjame a solas.

Empieza a pasearse de nuevo como si me hubiera ido. No sé lo que está planeando, no tengo ninguna garantía de que no me entregará a la Guardia. Todo lo que puedo hacer es limitarme a confiar en que correr este riesgo ha sido la decisión correcta.

A medio camino hasta mi habitación me doy cuenta de que todavía llevo su chaqueta puesta.

Es difícil concentrarse en las clases cuando sé que Rafe podría denunciarme o planear mi asesinato en cualquier momento. En el laboratorio de los alquimistas me pierdo completamente las instrucciones sobre cómo mezclar un pigmento tan negro que se traga la luz. En Testamentos, estoy demasiado agitada para seguir el análisis de la historia y el árbol genealógico de la madre de Chorus, Psalm.

Cuando llego al laboratorio sire, Rafe está visiblemente ausente. Eso aumenta mi ansiedad. No contribuye que Gloria, la recluta que

siempre monopoliza a Michael durante Fundamentos, sea la otra sire capturada anoche y esté contando a un público embelesado la historia de su rescate gracias a un heroico desconocido enmascarado.

Supongo que Mbali ha oído hablar de mi aventura en el Carnaval, porque me abraza y pronuncia lo más parecido a una plegaria en un idioma extranjero. Hoy sus largos mechones están enrollados en un gran moño alto y viste un mono de tela azul marino y amarillo chillón. También se fija en mi atuendo, en mi chaqueta, que reconoce claramente. ¿Por qué no me he quitado ya esta maldita cosa? ¿Por qué?

Rafe irrumpe en el laboratorio y me agarra del brazo.

—Ven conmigo.

—¡Eh! —exclama Mbali bruscamente. Le coge la muñeca y la aprieta suavemente hasta que afloja su agarre, aunque no me suelta del todo—. Necesitas descansar —le susurra. Está claro que no soy la única que se ha dado cuenta de que está hecho unos zorros.

—Lo haré en cuanto pueda —responde.

—¿Hay novedades de Hypatia? —le pregunta.

Él niega con la cabeza, ella se inclina para darle un rápido abrazo y un beso en la mejilla. Rafe cierra los ojos y apoya unos segundos su frente en la de ella. Vuelvo a preguntarme por la naturaleza de esta relación.

—He contactado con la Matriarca para ver si puede ayudar de alguna manera —dice Mbali.

Su collar de serpientes se mueve con las vibraciones de su voz. Lo he visto moverse muchas veces, pero ahora me doy cuenta, por primera vez, de que es una serpiente viva de verdad. Se me pone la piel de gallina.

—Gracias —dice Rafe con sinceridad. Luego, se dirige a mí con menos agresividad que antes—. Vayámonos, tenemos que hablar.

Me arrastra fuera del laboratorio y por los pasillos hasta el ala de verano con sus dedos ardiendo en mi piel, el zumbido de nuestro contacto nunca disminuye. Siento el metal de sus anillos clavándose en mi muñeca. Su diamante sire y el anillo de hueso que me recuerda que, por encima de todo, él es un Guardia que ha jurado proteger a los Hacedores de gente como yo. Mi corazón late rápido por la inquietud. No tengo ni idea de cómo irá esta conversación y sé que podría significar el fin de mi misión.

Cuando llegamos a su habitación, por fin me suelta y deja que la puerta se cierre detrás nosotros. Anoche dormí plácidamente en esta habitación, pero ahora me siento como si estuviera atrapada en una jaula con un animal salvaje. Al recordar la sensación de cuando me empujó contra la pared me estremezco y me quedo cerca de la puerta.

Rafe empieza a hablar, sus palabras son frías y directas.

—Interrogué a la otra sire rescatada y no tenía ningún detalle útil sobre sus captores ni tampoco sobre su salvador más allá de que llevaba una máscara de arlequín sin gemas gremiales. Acabo de terminar de interrogar a Bram y a Yvette, y está claro que son peones que no saben nada. Con este bloqueo ridículo de por medio, no puedo tratar con Leo. Necesito hacer algo, y ahora mismo tú eres mi única opción —dice, claramente infeliz por admitirlo—. Estamos anclados a la isla hasta que la amenaza percibida haya retrocedido, así que vamos a tener que escabullirnos. Planearé nuestra partida para después del primero de mayo, así nos dará tiempo para prepararnos —añade con una voz intensa y paseando por la habitación—. La hoguera de Beltane, tras la apertura de los juegos de aerojustas, será la distracción perfecta para robar los suministros

necesarios e irnos a la mañana siguiente mientras todos siguen demasiado resacosos por las celebraciones como para darse cuenta. —Detiene su paso para mirarme fijamente—. Y tú emplearás el tiempo hasta aquel entonces para averiguar dónde mantienen a Hypatia, y así la rescataremos. ¿Estás segura de que puedes hacerlo?

Asiento con la cabeza, aunque no estoy del todo segura. Todavía no sé al cien por cien que las Familias tienen a Hypatia, pero al menos podría pedirle a mi madre que lo investigue.

—También debes entrenarte. Necesitas aprender cómo defenderte de aquellos que deberían ser más débiles que tú. Para ser al menos capaz de presentar batalla, aunque sea por una rabieta mía. Entrenarás conmigo a diario hasta que seas más útil que un pájaro asustado.

—¿Entrenaré contigo durante semanas? Claro, que pasemos tiempo juntos no hará que nadie sospeche —digo con la voz cargada de sarcasmo.

Sonríe con frialdad.

—Nadie me ha cuestionado nunca que pase tiempo de calidad con una chica guapa.

—De ninguna manera —replico—. No voy a hacerme pasar por una de tus amantes.

Hace un sonido que podría ser una carcajada.

—No seas tan sensiblera. Tú crees que la gente sospechará si pasamos tiempo juntos, yo les estoy dando una explicación perfectamente comprensible.

—No soy tu prototipo de amante.

Pone los ojos en blanco.

—Vale, ¿hacer ver que se trata de algo serio haría sentirse mejor a tu extraña moral?

Toso de sorpresa y, una vez recupero el control de mis cuerdas vocales, contesto:

—No pareces muy aficionado a la monogamia —suelto con un ligero gallo en la voz.

—Eso es verdad...

—Es una idea terrible —digo—. Todo el mundo sabe que me odias, solo atraerá atención innecesaria.

—Estamos rodeados de una vigorosa juventud. La parte más fácil de este plan será dejarse de preocupar por hacerles creer... que somos más que conocidos. En fin, la gente ya nos vio llegar juntos del Carnaval, y estoy seguro de que se dieron cuenta de que pasaste la noche aquí —dice con una sonrisa que es más bien una mueca, por lo que me doy cuenta de que le gusta tan poco la idea como a mí—. Por no mencionar el hecho de que has vuelto a mi habitación dos veces desde entonces, después de pasar un día entero con mi chaqueta.

Me sonrojo y empiezo a quitármela a la defensiva.

—No —dice Rafe—, será mejor que te la quedes por ahora.

Me la vuelvo a pasar encima del hombro.

—Bueno, si hacemos esto, ¿hay alguien que vaya a enfadarse? ¿Quizá Mbali?

—¿Qué tiene que ver Mbali?

—¿No estáis...?

—Oh, no. Absolutamente no —dice mientras su cara se frunce—. He estado comprometido con su hermana tres veces desde que éramos niños. Eso sería terriblemente raro.

—¿Estás comprometido? —grito.

—Ahora no, pero la Corona de Sangre y el Matriarcado de las Islas llevan años intentando aliarse, y el matrimonio de sus hijos siempre ha sido su estrategia favorita —dice como si fuera un asunto

irrelevante—. Por el bien de nuestra discusión actual puedo asegurarte de que, aunque estoy seguro de que muchos corazones se romperán, no hay nadie que vaya a salir perjudicado por mi falsa relación contigo.

—Pero todo el mundo sabe que me odias por ser una mala hierba...

—¡Maldita sea! No te llames a ti misma así —añade en un exabrupto.

—¿Por qué no? Tú me llamas así todo el tiempo.

—Sí, porque te insulto, pero no te rebajes.

—Entonces, ¿solo tú puedes rebajarme?

—La cuestión es que mi idea es buena y deberías estar de acuerdo con ella. No solo nos ayudará a salir de esta isla, sino que te tratarán mejor si te asocian conmigo, ¿no quieres eso?

—Por si no te has dado cuenta, casi todo el mundo aparte de ti y sus secuaces me trata bien. Además, no te importa cómo se comporta la gente conmigo. ¿Qué es lo que quieres conseguir con esto?

Estoy en lo cierto. Tiene un motivo oculto. Pero es Rafe, así que no tiene pelos en la lengua en explicarme la forma en que quiere usarme para su beneficio.

—Rescatar a mi prima es mi máxima prioridad, pero no negaré que este plan tiene un beneficio adicional para mí —dice ganando mi curiosidad—. Algunos defensores moralistas han solicitado que me retire de la liga de aerojustas por comportamiento intolerante. Están a punto de ascenderme a capitán de equipo y nuestra alianza demostraría que...

—¿Me estás tomando el pelo? ¿No sería más fácil dejar de actuar como un cerdo?

Levanta la vista al cielo.

—En realidad su motivación no es moral. Solo es que saben que su equipo no puede derrotarme, por lo que intentan echarme de la liga para aumentar las probabilidades de ganar.

—Sus motivaciones no importan si llevan razón.

Resopla despectivamente.

—Otro motivo por el que me serías útil es que algunas de mis parejas anteriores que... no parecen entender que lo que pasó fue algo de una sola vez...

Este chico es un pieza. Quiere usarme para mantener alejadas a sus conquistas más pegajosas y para aparentar ser menos reprensible de lo que es.

—Parece que vas a sacar mucho más provecho de esto que yo —le digo.

—Quieres mi ayuda para llegar al continente y esta es la mejor manera de hacer que suceda. ¿Estás dentro o fuera?

—¿Serías capaz de mantenerla quieta en tus pantalones tanto tiempo?

No me puedo creer que lo sopese. Se lo piensa un momento.

—Sinceramente, no lo sé.

—Pues más te vale. No me interesa ser la chica patética que todos saben que la engañan a sus espaldas.

—Entendido. Seré respetuoso con tu reputación. Pero no le contaremos nuestro secreto a nadie.

—Esto... Tengo que decírselo a Georgie.

No quiero mentir más a mi amiga de lo que ya lo he hecho. La necesito ahora más que nunca.

—Imposible. Si alguien lo sabe, no podremos controlar si hay más que se enteran. No podré sacarnos de esta isla con cotillas al acecho. Y necesito salir de esta isla.

—Confío en Georgie.

—Yo no, y para bien o para mal estamos juntos en esto.

—De acuerdo —concedo. Quiero decir, todavía planeo decírselo, solo que sin que Rafe se entere—. Pero necesitas comportarte civilizadamente con ella y hacer que tus amigos sean más amables también. No puedo hacer ver que salgo con alguien que actúa como si mi mejor amiga fuera invisible.

—Vale —acepta con los dientes apretados.

—Y no más amenazas de muerte.

—Vale, sí.

—Y tengo una exigencia más —digo sabiendo que estoy tentando mi suerte, pero yo sé que este plan podría poner fin a mi tiempo en Génesis, así que tengo que arriesgarme antes de perder mi acceso —, necesito que me ayudes a curar el cáncer de mi abuelo.

La expresión de Rafe se endurece.

—Siento oír que tu abuelo está enfermo, pero eso es imposible.

—¿Por qué no? Perteneces al gremio de biociencia y tienes acceso a su *Testamento*, además sabes usar las habilidades sire para la curación. Seguro que eres capaz de hacer algo.

Me mira fijamente en un silencio contemplativo durante lo que me parece un minuto eterno, antes de contestar:

—Si rescatamos con éxito a Hypatia, puedes llevarme ante tu abuelo. Lo examinaré y consultaré su historial médico. No puedo prometer que se pueda hacer nada, pero solo si rescatamos a Hypatia, solo entonces haré lo que pueda por ayudar.

Casi empiezo a llorar de alivio.

Limamos algunos detalles más, pero la incomodidad crece, y estoy ansiosa por estar sola para pensar en el error que acabo de cometer. Rafe quiere decirme una última cosa antes de irme:

—Descansa un poco, porque después de las clases de mañana vas a necesitar energía para nuestro entrenamiento. Y no pongas esa

cara tan penosa cuando salgas de mi habitación, tengo una reputación que mantener —añade con una sonrisa.

Pongo los ojos en blanco y le cierro la puerta en las narices.

25

Al terminar mi clase de escultura, Rafe me está esperando en la puerta para acompañarme a comer. Camino a su lado tiesa como un palo.

Esto es nuevo. Esto es raro.

Atraemos miradas cuando llegamos juntos a la cafetería, incluyendo la de Michael. Le sonrío y Rafe ve algo en mi expresión, porque me pregunta:

—¿Qué os pasa a vosotros dos?

—Nada —respondo demasiado rápido.

La comprensión se refleja en su cara y sonríe con picardía.

—¡Qué traviesa! —exclama, y se inclina más hacia mí para susurrarme al oído—: Tú también le gustas, se nota.

—No sé de qué estás hablando —digo con tanta ligereza como puedo reunir, pero la verdad es que mi corazón da un vuelco con esas palabras. ¿O es por la sensación de su aliento haciéndome cosquillas en el cuello? Está de pie muy cerca y sé lo que espera la gente que nos rodea: una buena muestra de nuestra farsa.

Michael nos observa a Rafe y a mí con una mirada tormentosa. ¿Está molesto? Rafe también ve la mirada, así que pone su mano en la parte baja de mi espalda y se inclina hacia mí, provocando una oleada de escalofríos en mi vientre.

—Yo también iría a por él si no fuera tan santurrón y aburrido —susurra Rafe. La forma en que me guiña el ojo hace que a los demás les parezca que ha dicho algo mucho más... íntimo.

Michael aprieta la mandíbula y cierra los puños.

Siento un poder que no había sentido antes. Es tan embriagador que apenas noto el creciente calor de la mano de Rafe a través de mi camisa o la forma con la que ese calor se extiende cuando mueve la mano para agarrarme por la cintura y llevarme hacia su mesa. Michael nos sigue.

—Oficial Castle —dice rígidamente—, necesito hablar con usted.

Siento que Rafe se ríe por lo bajo.

—Nos vemos después —dice besando con suavidad el aire cerca de mi mejilla. Todo esto es una actuación para Michael, lo sé, pero eso no impide que el calor aumente en el espacio que nos separa. Mi respiración se acelera mientras me acerco a Michael y estoy honestamente confundida sobre cuál de los chicos es mejor.

—¿Sí? —le pregunto a Michael una vez que Rafe está fuera de su alcance.

—Quería darle unos libros —dice. Rebusca entre el contenido del maletín de cuero sin mirarme y me tiende dos libros. Su mano se detiene con el roce de nuestros dedos—. El resto del seminario los leyó a principios de año, tendrá que ponerse al día.

Son *Utopía* de Tomás Moro y *El príncipe* de Nicolás Maquiavelo. Son muy diferentes a los libros de casa. Estos volúmenes encuadernados en piel tienen una tipografía elegante y páginas con textura que parecen cartas del autor dirigidas al lector.

La emoción que siento al recordar su expresión anterior me hace armarme de valor, así que le pregunto:

—¿Tal vez puedas ayudarme a ponerme al día?

No es que espere que pase nada; se supone que finjo tener una relación con Rafe al fin y al cabo. Pero echo de menos las sesiones de tutoría con Michael de cuando era aprendiz. No me mira a los ojos.

—Lo siento. Bloche está fuera de nuevo y mi agenda está llena esta semana. No es nada que no pueda hacer usted sola —dice, mirando hacia arriba con los ojos vacíos de cualquier emoción—. Si tiene alguna pregunta, puede formularla durante el seminario. Disfrute de su almuerzo.

Y con esa mirada y esas palabras, de repente todas mis dudas regresan. ¿Qué es una mirada celosa? Se malinterpreta fácilmente, eso seguro. Las palabras y acciones son más fuertes que el imperceptible y probablemente imaginado lenguaje corporal. Necesito dejar atrás mis fantasías. Me están distrayendo de lo que es importante y, aunque odio admitirlo, me están destrozando por dentro.

Rafe me ha guardado un asiento a su lado, pero la idea de comer con un grupo de oficiales de la Guardia no me atrae. Bram e Yvette están en esa mesa. Los dos quieren a todas luces volverse a ganarse la simpatía de Rafe y él parece dispuesto a soportar su presencia, lo que no entiendo. Pero no protesta cuando paso su mesa de largo para sentarme con Georgie. Simon ocupa emocionado mi asiento vacío. Ha estado siguiendo a Rafe como si estuviera haciendo una audición para el papel de perro faldero.

Mi comportamiento y el de Rafe no han pasado desapercibidos. Georgie tiene una mirada interrogante y algo ofendida. Pero todo el mundo a nuestro alrededor está escuchándonos a escondidas; ni siquiera están siendo sutiles al respecto. Tendré que esperar otro momento para explicárselo todo.

Pero no hay más tiempo para contárselo antes de reunirme con Rafe para la primera sesión de entrenamiento.

Nos ha reservado un estudio en el ala de primavera, una zona que apenas he explorado. Entro en un pasillo que tiene un riachuelo que lo atraviesa y suave musgo que crece en las paredes. El riachuelo se

convierte en una cascada cuando llego a una escalera por la que desciendo. Es un lujo respirar el fresco vapor. Debería pasearme por aquí más a menudo. Hay salas con piscinas, saunas, máquinas de ejercicio y un montón de gente con poca ropa aprovechando las instalaciones.

Encuentro la sala en la que Rafe me ha citado. Está tumbado sobre una colchoneta en el suelo, sin camiseta, resplandeciente de sudor, claramente acaba de terminar una ronda de abdominales, o tal vez el rodaje de un anuncio de ropa interior, porque estoy bastante segura de que es el único otro lugar en el universo donde los hombres salen así.

—Hola, hierbita —me saluda sin malicia.

Tiene un tatuaje de un dragón en el lado izquierdo del pecho. Arrastro los ojos lejos de su torso esculpido y muy conscientemente me concentro en mirar su nariz para que mis ojos no viajen por accidente a otra parte.

—¿Puedes ponerte una camisa? —pregunto en un tono más alto de lo previsto.

«Mírale a la nariz, Ada».

Sonríe, se levanta con elegancia, y se dirige hasta la esquina de la habitación, donde llena un vaso de una pequeña cascada. Ahora entro en pánico, porque su nariz ha desaparecido y no sé dónde mirar.

La sala está casi vacía, con muchas ventanas y un suelo fresco cubierto de alfombras. Hay unas cuantas rocas en la esquina donde la cascada desemboca en un pequeño estanque, las piedras forman múltiples cubículos de almacenamiento. Al otro extremo de la habitación, hay una grieta donde una raíz crece a través de la pared. Me centro en ella.

—¿Estás lista para entrenar? —pregunta Rafe. Sigo mirando la raíz, pero lo veo en mi visión periférica, descuidadamente secándose el sudor, sus músculos ondean.

—En cuanto a esa camisa —le recuerdo.

—Me alegro de que te guste lo que ves —responde.

—También estaría bien ponerse unos pantalones largos —añado. Sus ajustados pantalones cortos proporcionan demasiada información.

Se ríe.

—Hierbita, vas a tener que acostumbrarte a toda esta perfección si entrenamos juntos —dice recorriendo con las manos su expuesta figura.

Vale, entrenamiento. Una vez que digiera la profunda verdad filosófica que acabo de comprender sobre la etimología del término «abdomen de lavadero». Para mi alivio, Rafe saca una camisa de uno de los armarios. Luego se la abrocha, pone las manos en las caderas y dice:

—Vale, ¿por dónde empezamos?

—Dímelo tú.

Me rodea despacio, evaluándome, y empiezo a arrepentirme seriamente de haberme puesto unas mallas descoloridas y una vieja camiseta de las Tortugas Ninja. ¿No podría al menos haberme arreglado el pelo? Todavía no me lo he cortado y las largas ondas se me encrespan por todas partes.

—¿Cómo podremos convertirte en una auténtica amenaza?

—Vaya, gracias —respondo secamente mientras intento con desesperación y sin éxito ignorar el calor que emite su cuerpo tan cerca de mí.

—Si los Inquisidores tienen antimateria, necesitarás aprender movimientos básicos de combate para que no seas una completa

inútil si te neutralizan las habilidades.

El combate suena muy práctico. Una mirada lateral a esos cortos pantalones ajustados y quiero que tome sin duda la iniciativa.

—Empecemos con los asuntos de sire. Crees que tengo una debilidad particular.

—Sí, una de tantas.

Pongo los ojos en blanco.

—¿Tienes algo que haga chispa en tu cuchara?

—Sí.

—Sácala. ¿Sabes cómo usarla para crear una llama?

—Sí.

Bueno, en teoría sí, pero no se me da especialmente bien. La modificaron para que creara una pequeña chispa que se enciende con ha'i. Rafe saca su cuchara, abre la modificación que hace chispa y, sin esfuerzo, crea una llama.

—Ahora tú.

Sigo el ejemplo con incomodidad.

—Otra vez —dice observando mis manos—. ¿Qué te hace vacilar? —pregunta cuando llevo tres intentos.

—Nunca se me ha dado demasiado bien crear ha'i a la carta.

—Estás pensando demasiado, hay que hacerlo sin esfuerzo.

No es la primera persona en decirme esto, pero nadie parece entender que me parece que es cualquier cosa menos algo que no requiera esfuerzo. Tal vez soy una sire débil. Me hace probarlo un par de veces más hasta que consigo hacerlo con más soltura.

—No siempre podrás acceder a tu cuchara, así que tienes que estar preparada para improvisar. En esta sala, ¿qué puedes manipular con tu ha'i?

—Mmm, a ti. Y a mí.

Espera más, pero mi mente está en blanco.

—Las luces —digo cuando se me ocurre la idea—. ¿Y tal vez pueda electrificar el agua?

—¿Qué más? —pregunta mientras asiente con la cabeza.

—No me queda nada más —le digo.

—¡Piensa!

La gravedad de su tono me pone los pelos de punta.

—No lo sé, ¿vale? Pensé que por eso estabas aquí, para ayudarme.

—Hay una alfombra en el suelo, que es una fuente de electricidad estática. Ahí hay una ventana por la que vemos que árboles, con ramas y raíces lo suficientemente cerca para atravesarla —dice cortante y prepotente—. Las rocas de la esquina pueden calentarse. Si llevas algunos dones, se puede esculpir el barro y animarlo para que se convierta en un gólem. Tienes que aprender a pensar todo esto por tu cuenta. Tienes que saber lo que puedes controlar.

—Bien, estoy aquí para aprender. Lo intentaré, pero deja de gritarme.

Estoy molesta conmigo por no haber pensado en el árbol. Las plantas son mi especialidad.

—No te estoy gritando; te estoy hablando apasionadamente.

—Por favor, reduce tu pasión.

—Soy una persona apasionada.

—Eso he oído.

Sonríe, pero continúa sin perder el ritmo.

—Empecemos con la estática.

Lo demuestra frotando su pie con el calcetín puesto contra la alfombra y luego levantándolo con la pierna doblada por la rodilla. Entonces, en una demostración de increíble destreza, pasa su mano en shiin por debajo del pie. Una llama se prende y se apaga cuando Rafe la aplasta entre sus manos.

Es impresionante, pero no voy a darle la satisfacción de decirlo.

—¿Puedes hacerlo otra vez? —le pregunto.

Rafe se frota el dedo del pie con la alfombra. Me muevo para observarlo más de cerca y esta vez la llama que enciende se convierte en una gran llamarada, prendiendo un mechón de mi pelo.

La expresión de sorpresa de Rafe deja claro que esto no tenía que pasar. Por instinto, sofoco las llamas entre gritos, mi cara se va calentando a medida que el fuego me lame el pelo. Él abre veloz una modificación de su cuchara que apaga rápidamente las llamas. La habitación huele a pelo quemado.

—¿Qué acaba de pasar? —pregunto.

—No estoy muy seguro. No ha sido una respuesta normal. No he usado tanto ha'i. Es casi como si... —dice antes de interrumpirse y mirarme con curiosidad, pero no termina la frase.

—¿Cómo si qué?

Ignora la pregunta.

—Deberías practicar esto por tu cuenta hasta que le cojas el tranquillo.

—No estoy del todo convencida; no parece muy seguro.

Echo un vistazo a mi pelo, pero hay tanto que los rizos perdidos por el fuego apenas se notan.

—Deberías estar bien. Lo ocurrido es una circunstancia inusual. Solo asegúrate de tener a mano una modificación para extinguir las llamas.

Él blande la modificación que usó conmigo hace unos segundos.

—Uh, no tengo uno de esos.

—Tengo uno extra para prestarte.

—Gracias.

Rafe me hace crear electricidad estática con mi pie e intentar prenderle fuego, pero él parece distraído, y yo asustada por otro

incendio. Aunque puedo hacer una chispa, no me sale crear una llama. Finalmente, con un suspiro, Rafe se rinde.

—Creo que es suficiente por ahora, demos por terminada la velada.

Asiento con la cabeza, un poco decepcionada. No hemos ganado mucho terreno.

—Vuelve a mi habitación conmigo —dice Rafe—. Puedo conseguirte esa modificación.

Vuelvo a asentir.

El camino por el ala de verano se me hace familiar y sé que estamos llegando a su habitación cuando los tapices adquieren el color de la hierba recién cortada y las paredes se iluminan con luces de luciérnagas.

—¿Quieres entrar? —pregunta Rafe delante de su puerta.

Podría fácilmente coger la modificación y traérmela, así que la respuesta obvia a esa pregunta es un no.

—Claro —le digo.

Mientras él rebusca en un cajón en busca de la modificación, deambulo por la habitación. No tiene compañero de cuarto. Supongo que los príncipes están por encima de compartir alojamiento. Encima del piano que ocupa casi toda su sala de estar, hay una pequeña escultura de un dragón de hematita reflectante con los ojos de amatista. Junto al dragón, hay un marco dorado con una foto de la familia real de Vanguard, de la cual, a partir del Quórum, me he asegurado de saber más. Están todos sentados en fila sobre un estrado, tan perfectos como el cuadro de un museo. El padre de Rafe, el rey George, se sienta junto a su esposa, la princesa Lilith, quien parece más joven que algunos de sus hijastros. Alexander, el heredero, se sienta a la derecha del rey, y tanto Rafe como su hermano pequeño, Benjamin, están junto a la princesa. Aunque no

llevan corona, destilan realeza. Salvo el príncipe Alexander, todos son rubios, y sin excepción, hermosos.

Benjamin se sienta con menos gracia que el resto, ligeramente reclinado como el único punto de fuga en una línea simétrica de cuadros. Hay menos severidad en su rostro. Menos ángulos y líneas afiladas. Sus ojos tienen más humor que altivez, más pregunta que afirmación.

Rafe viene a ponerse a mi lado y me entrega la modificación.

—Gracias.

La cojo, pero no hace ningún gesto para echarme de la habitación, así que digo, haciendo un gesto al príncipe más joven:

—Parece un tipo divertido.

Rafe sonríe y su cara se suaviza.

—Ben es el que más se parece a nuestra madre. Es el más dulce de nosotros; y eso que no somos una familia especialmente dulce.

Suelto un resoplido.

—Pero Ben es diferente. Es... amable. Y divertido. Lo echo de menos.

—¿Por qué no vino contigo a Génesis?

—No es un sire, así que no se consideró que estuviera en peligro —dice, y su expresión se endurece—. Ojalá Hypatia se hubiera quedado allí con él. Su condición es demasiado inestable para haberla enviado sin supervisión tan lejos de casa, por eso tuve que venir yo también.

—¿Qué quieres decir? ¿No te enviaron aquí por ser un sire?

—Estaba cerca de la maestría en la ciencia de la sangre y tengo dieciocho años. Nadie me ha obligado a venir, pero elegí hacerlo para cuidar a Hypatia. Y fallé en hacer lo único por lo que vine.

Aumenta su ritmo respiratorio, pero después inhala con calma y parpadea como única evidencia de sus intenciones. Con el control

absoluto de su rostro, hace un gesto e indica el piano.

—¿Tocas?

—Terriblemente —respondo. Kor me ha enseñado un poco a lo largo de los años.

—Muéstramelo —me pide Rafe.

Me siento en la banqueta y arranco con una interpretación aceptable de la sonata *Claro de luna*. No es una canción que disfrute mucho, es un poco sencilla y lenta para mi gusto, pero eso la hace lo suficientemente fácil para hacerle algún tipo de justicia interpretativa.

Rafe se sienta a mi lado y me quita las manos de las teclas.

—Me vas a ensordecer si sigues así. Estás arrancando el alma a una hermosa canción.

—Supongo que ahora me dirás que Beethoven era un Hacedor o un sire o algo parecido.

—No, solo un genio.

—¿Un genio filisteo? ¿Es posible algo así?

—Era diferente en las generaciones anteriores. Cuanto más tiempo transcurre desde el Éxodo, más se separa el mundo provincial de la verdad que negaron y más involuciona en su ignorancia.

Uf. Intento no odiarlo... ¿por qué tiene que seguir haciéndolo imposible?

Pero entonces empieza a tocar la sonata. Y lo hace bien. Es hermosa, como ninguna otra versión de la canción que haya escuchado antes. Maldita sea. ¿Por qué tiene que dársele tan bien todo? Andaba equivocada al considerar que la sonata era sencilla; cuando se toca correctamente, es cualquier cosa salvo eso. Las notas me envuelven y tiran de mi pulso hacia la melodía.

Siento envidia. Ojalá pudiera expresar mis emociones a través de la música. A veces siento que hay algo dentro de mí, pero no

conozco el lenguaje para dejarlo salir, así que estoy condenada a no poder expresarme nunca del todo.

Rafe se inclina sobre el piano, con los músculos de la espalda y de los hombros ondulando. Es como si hubiera dos obras maestras separadas: Rafe, todo su cuerpo comprometido, sus manos haciendo una danza deliberada e intrincada en las teclas; y luego la propia música, tan hermosa, tan inquietante, tan rica. Hace la transición al tercer movimiento de la pieza, uno que apenas conozco y que sé que nunca podría interpretar.

Sus manos se mueven tan rápido que mi vista las ve borrosas. Las golpea casi con violencia, pero el sonido que emite es melódico. Cuando toco el piano, solo uso las yemas de los dedos. Rafe toda la mano. Los tendones se estiran a medida que sus dedos, sus nudillos y sus palmas intervienen en la danza.

Ha olvidado que estoy a su lado, incluso ha olvidado que estoy en la habitación. Lo sé por cómo se comporta. La forma en que ha salido de sí mismo y se ha metido dentro de la canción. La forma en que mece su cuerpo en cada nota. Toda su dureza habitual se ha desvanecido. Los ángulos y líneas desaparecen, revelando un rostro irreconocible. Uno del que solo había visto atisbos hasta ahora. Una expresión tan apasionada que me hace preguntarme cómo sería besarle. O hacer algo más que besarle. Si él se entrega tanto a su música, imagina lo que podría...

Eh... borra ese pensamiento.

Empieza a tocar una canción diferente, aunque tardo un momento en darme cuenta porque la transición es como un río caudaloso que desemboca en un océano tranquilo. Un océano familiar. Y a pesar de que no quiero romper el hechizo que se ha cernido sobre la habitación, estoy tan sorprendida que se me escapa un comentario.

—Conozco esta canción.

—Debes estar confundiéndola con otra —responde Rafe sin dejar de prestar atención a las teclas.

—No, nunca olvidaría una canción así —digo con voz soñadora, porque así es cómo me hace sentir esta canción. Me envuelve en un recuerdo que huele a cacao con canela, y los dedos de los pies fríos que sobresalen de una manta caliente—. Mi padre me la ponía cuando era pequeña. Es la misma melodía que tocaba la caja de música junto a mi cama.

—Eso es imposible.

La aparente seguridad de Rafe me saca de la calidez de mi recuerdo.

—¿Por qué? —pregunto.

—Esta canción fue escrita por un miembro de la tribu levítica para el uso meditativo de los Profetas de Naiot y ayudarles a alcanzar un estado oracular. Es imposible que puedas haberla escuchado.

Me sorprende que una música tan dulce pueda salir de sus dedos mientras el desprecio inunda su voz.

—Como quieras —respondo—, piensa lo que te dé la gana. Sé lo que mi padre me tocaba.

Cierro los ojos, deseando volver a sumergirme en la canción. Aprieto mis manos, frotando mis cicatrices la una contra la otra. No dejaré que la música de Rafe se arruine por su actitud. Pero mis palabras lo han enfurecido y sus dedos golpean las teclas con un tintineo de notas agrias.

—Te digo que es imposible que «Nocturno» de Yosef HaLevi fuera tu tonta canción de cuna en el mundo filisteo.

Olvido por un momento cómo respirar.

—¿Cómo acabas de decir que se llama el compositor? —pregunto.

—Yosef HaLevi —balbucea.

Si no me hubiera pasado los últimos meses reprimiendo constantemente mis reacciones, nunca habría sido capaz de aparentar indiferencia al responder.

—Tienes razón. Debo estar equivocada.

Pero sé que no.

¿Qué estoy haciendo aquí? Este plan no implica que nos hagamos amigos.

—He estado aquí el tiempo suficiente como para alimentar todos los rumores. Debería irme.

Me muevo del banco y me levanto.

No me acompaña a la puerta.

26

A lo largo de la semana siguiente, me esfuerzo en evitar a Rafe a toda costa mientras de cara a la galería sigo fingiendo salir con él. Nuestra relación ha atraído tanta atención como me imaginaba. Es decir, mucha.

—Así que he oído que has estado pasando bastante tiempo con Vanguard, ¿no? —pregunta Sebastian mientras que los miembros de nuestro equipo, tras un intenso entreno matutino de aerojustas, se remojan en una fuente termal. Se acerca la primera ronda de los juegos y los entrenamientos se han intensificado.

—Mmm, más o menos, solo estoy viendo cómo evolucionan las cosas.

Respiro la espesa niebla termal. Las aguas termales son una de las fuentes de niebla que cubren la isla. Debería oler a azufre, pero igual que tantas otras cosas, los Hacedores han mejorado su naturaleza y huele a pan recién horneado.

—¿Eso es todo lo que nos dirás?

Sebastian siempre ha sido un cotilla, parece terriblemente decepcionado.

—¿El mismo principito que se rio de ti mientras mordías el polvo? Nuestro mayor rival, quien notoriamente pasaba cada noche en una cama diferente hasta que llegaste tú... ¿y eso es todo lo que nos dirás?

Carlota sale en mi defensa.

—Pero ¿tú lo has visto? ¿Puedes culparla realmente? —pregunta echándole agua al pelo verde de Sebastian. Él se ríe.

—Tienes razón. Yo haría lo mismo.

Después de ducharme, uso el ordenador de Georgie para llamar a Kor. No he estado en contacto con nadie desde la revelación del secuestro. Estoy enfadada con mi madre, e insegura de cómo interactuar con Kor sin enfrentarme a él, pero necesito confirmar que tienen a Hypatia y, si es así, saber dónde podrían estar reteniéndola.

Sé que las Familias tienen muchas instalaciones en la ciudad: conexiones con el Met, la Universidad de Columbia y las Naciones Unidas, pero mamá dijo específicamente que Hypatia está en un centro médico. Necesito más pistas.

Excepto que la llamada resulta un fracaso total. Kor me informa, como siempre. Pero nerviosa me paralizo y no le hago ninguna de las preguntas que necesito. En vez de eso, lo miro como un abismo que no devuelve la mirada, pensando en cómo esta persona a quien creía conocer tan bien podría ser capaz de secuestrar a una preadolescente indefensa.

Lo peor es que no me parece imposible. Kor siempre ha sido muy perspicaz en conseguir lo que quiere.

Apenas le presto atención mientras me habla de una actuación para una obra benéfica contra el cáncer infantil.

—Fue raro dar un espectáculo sin ti —me dice con mucha ternura en sus ojos familiares.

Siento que necesito reiniciar el sistema para que todo empiece a tener sentido y, en lugar de recabar información, invento excusas para cerrar la sesión rápidamente.

Cuando le digo a Georgie que he terminado, entra y se pone a trabajar en silencio, en vez de arrastrarme a su animada cháchara

normal. Estoy bastante segura de que está distante por el asunto de Rafe. Debería explicárselo ahora. Explicarle que necesitamos colaborar sin levantar sospechosas y que, en verdad, no estoy saliendo con el tipo que la trata como el excremento de perro de su zapato. Empiezo a hablar:

—Tengo una idea sobre cómo salir de la isla...

Mueve la cabeza para mirarme.

—¿Has averiguado dónde está Hypatia?

Parece tan impaciente, tan preocupada. Suspiro mientras sacudo la cabeza, asqueada de mí. Hypatia está en peligro y yo soy su mejor baza de rescate. Pero ni siquiera soy capaz de mantener una conversación telefónica útil con mi familia. Menuda espía estoy hecha.

—¿Puedo ayudar en algo?

Estoy a punto de agradecérselo y declinar cortésmente, pero entonces me detengo y me lo pienso dos veces. Georgie ha dejado entrever suficientes pistas para dar a entender que la línea de sus actividades no es, que digamos, estrictamente legal. No sé si es de mala educación pedirle a un amigo que piratee a una tercera persona por ti, pero decido intentarlo.

—Mmm, solo en la teoría, ¿serías capaz de encontrar un lugar que sé que existe pero que no sé dónde está?

Piensa menos de tres segundos antes de responder.

—¿Conoces a alguien que esté por allí? En la teoría, por supuesto.

Mamá me había dicho que los miembros de la Cámara Interna de Nueva York están involucrados en lo que sea que esté pasando, así que eso me abre algunas opciones.

—Sí, conozco.

—Oh, entonces esto será muy fácil. Elige a quien sea más probable que abra un enlace tuyo en el móvil sin levantar sospechas.

Ya está tecleando, revoloteando entre monitores.

Kor y mi madre sospecharían si les enviara un mensaje al azar, ya que saben que no tengo cobertura en el móvil. Sin embargo, Alfie probablemente no lo pensaría demasiado.

—¿Tienes algún meme insultante? —le pregunto.

Georgie se incorpora en la silla.

—¿Que si tengo algún meme insultante? —pregunta mientras se frota alegremente las manos—. Déjame presentarte mi arsenal.

Por un momento, me recuerda tanto a Izzy que casi me siento como si estuviera engañando a Izzy con una nueva mejor amiga. Pasamos mucho tiempo juntas riéndonos de ridículas fotos alteradas de pinturas clásicas y de gatos gruñones profiriendo insultos shakespearianos. Me alegra saber que, a pesar de que Georgie ha estado aislada de la mayor parte de la sociedad provincial tantos años, todavía está al corriente de lo mejor de internet.

Nos decidimos por una imagen de *La última cena* en la que todos los comensales están haciendo una peineta. Georgie le manda el mensaje a Alfie desde su ordenador con mi número duplicado.

> Vi esto y pensé en ti.

Con un enlace adjunto al meme.

Momentos después, él responde con una cadena de emojis enseñando el dedo corazón.

—Y... estamos dentro —dice Georgie triunfante—. Oh, este tonto tiene su servicio de localización activado, por lo que ni siquiera tenemos que esperar a ver adónde va, puedo ver dónde estuvo la semana pasada.

Clac, clac, clac.

—Cielos, ¿no se supone que esta gente es supersecreta? Necesitan mejorar sus protocolos de seguridad digital —añade, y

comienza a etiquetar lugares en un mapa en su pantalla—. Entonces, ¿qué estoy buscando?

—¿Un lugar que albergue una instalación médica encubierta? No estoy muy segura.

—Dime que no has rastreado a nadie antes sin decir que no has rastreado a nadie antes —bromea—. Queremos descartar cualquier lugar que tenga motivos de visitar regularmente y a ver qué queda.

Mientras trabaja, Georgie me detalla lo que está haciendo. Empareja los datos de localización con otra información del móvil de Alfie para establecer con facilidad lo que hay que descartar: su piso, el gimnasio, la academia, la casa de su novia, los restaurantes favoritos de comida para llevar, etc. Ella ha hecho esto antes. Y ahora no puedo evitar preguntarme a quién más ha necesitado rastrear.

—¿Hay alguna razón para que visite esta zona? —pregunta Georgie señalando el East River en un mapa.

Miro por encima de su hombro mientras amplía la ventana del ordenador.

—No que yo sepa.

—Ha estado aquí tres veces en las últimas dos semanas —dice ampliando un par de pequeñas islas.

—Esto está cerca de la isla de Riker, la prisión de Nueva York —digo—. ¿Tal vez ha estado visitando a un preso?

—No —puntualiza Georgie sacudiendo la cabeza—. Esto de aquí es la isla de Riker, pero no es donde ha estado yendo. Ha ido aquí —dice señalando otra isla—. ¿Hay un parque allí o algo así?

Hace unos cuantos clics más y luego suelta:

—Isla del Hermano del Norte, así se llama.

Inhalo con ansiedad. La isla del Hermano del Norte alberga un hospital abandonado y está completamente restringida. O eso creía.

Georgie ya está leyendo una extensa investigación en la página web antes de que pueda explicárselo.

—Allí hay un hospital que en el pasado funcionó como centro para enfermos en cuarentena, residencias para veteranos y centro de rehabilitación para drogadictos. Ahora toda la isla es una reserva natural de aves y está prohibida para las personas —añade mirando de cerca una foto del antiguo hospital—. A mí me parece un centro médico escondido —dice con una sonrisa.

Asiento con la cabeza.

—Tiene que ser ahí.

—¿Insinúas que es allí donde tienen a Hypatia?

Vuelvo a asentir.

—¡Vale, pensamos que esto es verdad! —dice dando una palma—. ¿En qué más puedo ayudar? —pregunta, pero no espera mi respuesta—. Apuesto a que puedo hacer un mapa.

Clac, clac, clac.

En un monitor está investigando la isla del Hermano del Norte, y en otro sigue revisando el teléfono de Alfie, moviéndose tan rápido a través de sus aplicaciones, archivos y el historial de internet que apenas le sigo el ritmo.

—¿Este tío no ha oído hablar del modo incógnito? No necesitaba saber qué le gusta...

—¡No quiero saberlo!

—Buena decisión.

No estoy muy segura de lo que Georgie piensa que va a encontrar desplazándose a través de interminables selfis de Alfie flexionando sus músculos en el espejo del lavabo, pero ella sabe lo que está haciendo.

—¡Bingo! —exclama cuando encuentra una serie de fotos de lo que parece una obra en construcción—. Hizo fotos de las reformas

del antiguo hospital. No lo culpo, tiene muy buena pinta. Ahora yo puedo cruzar estas fotos con los viejos planos que encontré en el archivo de la sociedad para la conservación de Historic House Trust y hacer un mapa. No será totalmente exacto, pero es mejor que nada.

—Eres toda una maga —digo con auténtico asombro y una pizca de curiosidad por saber por qué habría necesitado alguna vez este conjunto específico de habilidades.

Suena una alarma y Georgie empieza a recoger sus cosas.

—Bueno, esto ha sido divertido, pero tengo una reserva para usar uno de los telares, así que tengo que irme.

Me lanza un beso y sale de la habitación mientras mi confesión sobre Rafe se me queda atrapada en la garganta.

27

Michael parece distante durante la clase de Fundamentos. O no distante, solo... normal. Como un profesor.

Lo odio.

Pero hay algo que quiero preguntarle y no puedo enfurruñarme para siempre. Lo alcanzo al salir del aula.

—Hola —me dice amablemente con una sonrisa. Tengo que dar dos pasos por cada uno de los suyos para seguir su ritmo.

—Escuché una hermosa canción la semana pasada —digo. No hace falta mencionar el intérprete—. Me dijeron que el compositor es... ¿Yosef HaLevi?

Michael se ilumina al oír el nombre y ralentiza un poco el paso.

—Uno de los mejores compositores de nuestro tiempo.

—¿De nuestro tiempo? ¿Sigue vivo?

—Nadie lo sabe. No se ha sabido de él en muchos años y se desconoce si estaba en Naiot durante la Caída.

—¿Así que Yosef también tuvo la Visión? —pregunto mientras sigo a Michael hasta la cafetería.

—No. Era un levita, un músico que tocaba para ayudar a los profetas a alcanzar la paz mental para recibir sus visiones. Y como era un nazir, él también amplificaba su Visión.

La cabeza me da vueltas.

—¿Un nazir?

—Es una rara habilidad genética, incluso más rara que los sire. Cuando un nazir hace el voto de adherirse a un código estricto,

puede amplificar la fuerza de quienes le rodean.

—¿Qué tipo de código?

—Juran abstenerse de beber alcohol, cortarse el pelo o estar en presencia de cadáveres.

Michael llena su bandeja del bufé, pero yo estoy demasiado distraída para tragar cualquier almuerzo. Me esfuerzo en recordar las clases de hebreo de los domingos por la mañana a las que mi padre insistía que asistiera.

—¿Como Sansón? ¿Y luego Dalila le cortó el pelo y perdió su poder?

—Sí, Sansón es uno de los nazir más famosos dada que su historia queda recogida en la Biblia.

—¿Y dices que los nazir renuncian a esas cosas para siempre?

—Si deciden hacer el voto. Pero es un compromiso difícil y muchos nazir nunca lo hacen. Creo que todavía tienen algunas habilidades naturales de amplificación si no rompen ninguno de los criterios durante un ciclo de cuarenta días. Pero si tienes tanta curiosidad sobre los nazir, deberías preguntarle al oficial Vanguard. Fue criado junto al nazir más famoso de las últimas generaciones —dice con un ángulo preciso de sus cejas que deja claro que tiene muchas preguntas sobre mi asociación con este oficial—. ¿Quieres sentarte? —pregunta señalando el asiento de enfrente. Me siento.

—¿Estás diciendo que el príncipe Alexander es un nazir? —pregunto mientras cojo un dulce crujiente del plato de Michael, que amablemente ha empujado hacia mí. Es una bola de masa quebradiza y nueces bañadas en miel que cruje con satisfacción entre los dientes. La miel hace que mis mordiscos sean pegajosos y lentos.

—Lo es.

—¿Es también un sire?

—No, ser ambas cosas es bastante raro. Aunque la genética sire es fuerte en la familia Vanguard, lo que concuerda con la teoría de que Chorus, la pareja del príncipe Alexander, será la madre del Niño de los Tres, el elegido profetizado, quien será un nazir, un sire y tendrá la Visión.

—¿Crees en esa profecía? ¿Que su hijo acabará con el exilio?

Se toma unos instantes antes de responder.

—Siempre se me enseñó que las profecías registradas están destinadas a servir de guía. Por eso creo que hay un mensaje en la profecía, instrucciones, incluso si todavía no entendemos lo que son. Pero no creo que exista un futuro prometido destinado a suceder.

Interesante.

—¿Ha habido alguna otra persona con las tres habilidades?

—Hay relatos contradictorios, pero posiblemente Jesús.

—Oh. Sí, definitivamente voy a tener que preguntarle más detalles a Rafe sobre esto.

Me arrepiento de lo dicho en cuanto las palabras salen de mi boca. Michael frunce el ceño.

—No entiendo qué haces con él.

Trago saliva.

—Vosotros dos no sois tan diferentes, ¿sabes?

Él levanta la mirada bruscamente.

—No me parezco en nada a él.

—Ambos tenéis principios, aunque los suyos sean muy diferentes, también sois ferozmente leales a vuestros amigos y familia. Los dos sois unos fanáticos de la música y la política y...

—Oh, por favor, no tengo prejuicios ni me enorgullezco de ello a propósito, y no engaño a la gente solo para llevármela a la cama.

Robo otro dulce y me río.

—¿Por qué te ríes de mí?

—Michael, eres completamente promiscuo a nivel emocional.

Georgie usó ese término y se me ha quedado grabado desde entonces.

—¿Qué se supone que significa eso? —pregunta con la vena de la sien palpitando.

—Oh, vamos. Puede que no estés saltando dentro y fuera de las camas, pero tú, de algún modo, te encariñas con las personas para luego mantenerlas colgando de una cuerda mientras sigues adelante y haces lo mismo con alguien nuevo.

Mis años de experiencia con Korach Chevalier me han valido para prepararme para Michael Loew. Sus ojos reflejan traición.

—Ser abierto emocionalmente con mis amigos no me hace... promiscuo.

—No estoy diciendo que estés siendo un imbécil a propósito. Solo estoy señalando que no eres tan inocente en la forma en la que manipulas a la gente.

—Ada, eso es muy duro —dice.

Sé que tiene razón. Sé que estoy siendo un poco cruel y que lo que estoy diciendo es una verdad a medias. Pero hay algo dentro de mí que quiere hacerle daño. Que quiere que vea que me hace daño todos los días.

—Lo siento, lo digo como lo veo. Mira lo que le haces a Kaylie.

Michael suspira exasperado.

—Mi relación con Kaylie no es de ese tipo.

Me burlo.

—La usas totalmente como sustituta de novia, aunque está claro que ella espera algo más.

—¡Eso no es verdad! —dice con dos manchas rojas en las mejillas. Respira hondo y se estremece. Se echa hacia atrás en la silla y suelta una exhalación.

—¿Es eso lo que piensas de mí?

—Yo...

Aparto la mirada, la culpa se apodera de mí. No debería descargar mi frustración en Michael solo porque deseo que las cosas sean diferentes. Vuelvo a intentarlo.

—Creo que eres un gran tipo. Solo que creo que no te das cuenta de cómo tus acciones a veces pueden malinterpretarse.

—¿Y crees que le hago daño a Kaylie?

—Mmm... Quiero decir, que no la ves saliendo con nadie más.

Grey le ha lanzado bastante la caña desde el incidente de Simon en el árbol, pero ella no parece haberlo notado. Él apila los platos en su bandeja.

—Entonces, ¿qué? —pregunta mirándome a los ojos, casi acusadoramente—. ¿Crees que debería salir con ella?

Los dulces crujientes se convierten en plomo en mi estómago. Pero todavía recuerdo su mirada cuando me despidió el otro día. Sé que mis deseos no son más que deseos.

—Creo que no es mala idea —digo, y me reclino en la silla, sin fuerzas para luchar—. Y si no es lo que quieres, entonces deberías dejárselo claro.

«También a mí».

Asiente y se tensa al mirar por encima de mi hombro. Me giro y veo a Rafe acercándose a nuestra mesa.

—Ahí estáis —dice con un gruñido grave, sus ojos son fríos como la cristalina agua de mar—. Vamos —dice, me agarra de la muñeca y me levanta de la silla.

—No le des órdenes —dice Michael cogiéndome la otra mano.

—No pasa nada —le digo a Michael. Pero él me ignora y se queda mirando a Rafe, midiéndolo.

Rafe se acerca y, sin romper el contacto visual con Michael, le quita los dedos de mi mano, me rodea la cintura con el brazo y me conduce hacia la puerta.

Le sacudo el brazo cuando salimos de la habitación.

—¿A qué ha venido eso?

—Me pediste que cuidara tu reputación y, sin embargo, no tienes reparo en tener lo que parecía una pelea de enamorados con otra persona en público.

—No es así. Él no me ve así.

—¿Y cómo lo ves tú?

—No lo sé.

—No me insultes.

—No seas tan controlador.

—No intento controlarte. Fuiste tú quien me pidió fidelidad por el bien de tu reputación y, sin embargo, no pareces tener en cuenta la mía.

Suspiro.

—Lo siento, ¿de acuerdo? No hay nada entre el maestro Loew y yo, pero, a partir de ahora, voy a ser más cuidadosa acerca de cómo se podrían malinterpretar mis actos.

—Muy agradecido.

—De todos modos, creo que he identificado dónde mantienen a Hypatia —digo.

—¿Qué? —exclama parándose en seco—. ¡Es increíble!

Me agarra por los hombros como si quisiera abrazarme. Me sorprende la acción y, por su cara, creo que a él también. Se aclara la garganta y dice:

—Vamos al laboratorio de los sire temprano. Tengo algo que enseñarte.

No he tenido un almuerzo muy saludable, pero acabo de comerme todos los dulces de Michael.

—Claro, vayamos.

Pasamos junto a Georgie en el Equinoccio y veo cómo la cara se le ensombrece mientras su mirada nos sigue. Ella y yo solemos almorzar juntas, pero está claro que me dirijo en la dirección equivocada con una de sus personas menos favoritas. Justo después de haberse desvivido por ayudarme. Me saluda con la mano y se va corriendo. Tiene todo el derecho a estar enfadada conmigo. Necesito encontrar algo de tiempo para que hablemos. Me aseguraré de alcanzarla esta noche, cuando pueda explicarle todo como es debido.

—¿Qué querías enseñarme? —le pregunto a Rafe al llegar al laboratorio. Todavía no hay nadie más.

—Mi plan para sacarnos de la isla —dice sacando un paquete de debajo de nuestro escritorio.

—¿Ese es el plan?

—Tendrá que servir. Tenía un plan mejor, pero la piedra ha'i que había en esta isla ha desaparecido.

—¿Qué es una piedra ha'i? — le pregunto. ¿Quién podría estar robando estas cosas? Soy la sospechosa más probable, y no tengo ninguna.

—El material precioso del gremio de la ciencia de la sangre. Una de esas canaliza cantidades concentradas de ha'i y pueden ser blandidas por cualquiera, incluso por aquellos sin habilidades de sire. Son extremadamente raras y difíciles de fabricar.

—Ah —consigo articular, pero mi cerebro se ha quedado congelado. «Pueden ser blandidas por cualquiera, incluso por aquellos sin habilidades de sire». Y es el material precioso de la ciencia de la sangre, lo que explicaría por qué nadie tiene

información al respecto en Génesis. Es esto. Lo que debía encontrar para las Familias. Pero alguien lo encontró primero.

La pregunta es: ¿quién?

Aparte de mí, alguien más está tramando algo en esta isla. No robé esa piedra ha'i y, aunque estoy devastada por enterarme de que las Familias han incitado alguno de los secuestros, ellos no son los que me secuestraron. Dos veces.

Archivo la información sobre la existencia de la piedra ha'i para más adelante. Ya no es una de mis prioridades. Salir de esta isla para averiguar qué está pasando con las Familias, rescatar a Hypatia y traer a Rafe para ayudar al abuelo es todo lo que me importa ahora.

—Este es el plan B —dice Rafe abriendo un bulto. Me lleva unos segundos volver a centrarme y darme cuenta de lo que es.

—¿Es este el bote plegable de la galería de Simon? —pregunto con la adrenalina todavía a flor de piel.

—Lo es. Es un buen chico —dice Rafe con sorprendente afecto.

—No funcionó muy bien, que yo recuerde.

—Es verdad, pero vamos a arreglarlo. Necesitamos un barco para llegar a tierra firme.

—Bueno, ¿qué necesita que haga, su alteza?

—No me llames así —dice.

—Pero estoy aquí lista para que me manden, y a ti te encanta decir qué hacer.

Pone los ojos en blanco y me pone a trabajar usando seda de araña para reparar las partes del bote propensas a las fugas. Él realiza una compleja reparación del motor. Un trabajo que requiere manos firmes y concentración. O al menos eso deduzco de la forma en la que Rafe frunce el ceño cada vez que me muevo o respiro demasiado fuerte para su gusto.

—¿Tienes que hacerlo todo con tan poca elegancia como un gólem hecho por un aprendiz? —expresa frustrado.

—Lo siento. Intentaré ser más silenciosa —digo.

—Odio cuando haces eso.

—¿Hacer qué? ¿Disculparme?

—Actuar civilizadamente conmigo cuando soy malo contigo.

—Por supuesto que voy a ser civilizada con mi compañero de laboratorio y falso amante.

—No puedes hacer que me gustes por pura cortesía.

—Francamente, no me importa si te gusto —le suelto.

—Francamente, no me lo creo, teniendo en cuenta que me miras de una manera que sugiere que te importa mucho lo que pienso.

Me está provocando. Rafe Vanguard me está tanteando y no sé cómo manejarlo.

—Solo porque te encuentre físicamente agraciado no significa que me importe lo que pienses.

—¿Crees que soy guapo?

—Pillar cumplidos no es necesario cuando te los estoy regalando. Y ya sabes cómo eres.

—Sí, es verdad. Soy mucho más guapo que tú.

No consigo contener mi mueca de dolor y sé que él la ve porque, justo por un momento, parece que se vaya a arrepentir de sus palabras; la sonrisa de su expresión se transforma en frustración.

—¿Por qué sonríes cuando he dicho una grosería? —pregunta exasperado.

—Has sido grosero, pero es cierto. Y yo... ¿cómo puedo explicártelo mejor? ¡No me importa lo que pienses! Así que llámame fea todo lo que quieras que me va a resbalar —digo orgullosa de lo segura que suena mi voz.

—No he dicho que seas fea.

—No te preocupes, no soy yo quien busca cumplidos. No hay necesidad de que reprimas lo que sientes.

Levanta las manos.

—¡Eres muy irritante!

—Prosiga insultando, su alteza.

Sacude la cabeza con pesar.

—Si eso le complace a mi damisela...

Otros oficiales han ido serpenteando al laboratorio, sus cabezas, que suelen operar en gélido silencio alrededor de nuestra mesa, se han descongelado. La atención me calienta la nuca.

Rafe guarda el bote con discreción y pasa el resto del laboratorio con Mbali, ayudándola a hacer que las uñas segreguen veneno de víbora. Pruebo cómo los diferentes niveles de ha'i afectan al grosor y la longitud de una vid cultivada a partir de una semilla sin sol ni agua. Mantengo la cabeza gacha, ignorando que todo el mundo sigue cuchicheando y mirándonos a Rafe y a mí.

Aquí no hay nada que ver.

28

—Esta noche vamos a centrarnos en lo básico —dice Rafe cuando nos reunimos en el entrenamiento por la tarde.

—¿Por qué? ¿No he mejorado? —pregunto mientras me descalzo y me aparto el pelo de la cara.

—Tienes que aprender a conducir mejor el ha'i. Sabes cómo hacerlo, pero tienes que ser capaz de hacerlo sin pensar.

Está claro que acaba de entrenar en el aeroparque, por lo que su ropa es, doy las gracias, menos reveladora de lo habitual. Pero en realidad, ¿podrían esos pantalones de montar ser más ajustados? Me duelen los brazos de haber entrenado antes. Debo pedirle a Rafe también que me enseñe a sostener una lanza.

«No esa lanza, cerebro. Basta ya».

—Te estás volviendo más fuerte, pero sigues siendo muy inconstante, y tenemos que llegar a la raíz que te impide conducir tu ha'i instintivamente.

Refunfuño.

—Beltane es en apenas unos quince días. En cuanto coja los suministros necesarios durante la hoguera, me voy de esta isla estés lista o no para venir conmigo, ¿lo entiendes?

—Sí, sí, lo pillo, su alteza.

—No me llames así. Pon tus manos en shiin.

Extiendo mi mano en esa postura.

—Ahora conduce.

—¿Conducir el qué?

—Empieza con un destello.

Levanta su mano en shiin y, sin esfuerzo, emite una tenue bola de luz. Incluso su mano es hermosa. Es fina a la par que musculosa como una escultura, como la mano de David.

Por lo general, me las arreglo conduciendo un destello. Repaso mentalmente los pasos igual que he hecho tantas veces antes, pero no pasa nada.

—Puedo hacerlo.

—A esto me refiero con lo de la constancia. Inténtalo de nuevo.

Lo hago y, de nuevo, no pasa nada.

Rafe me observa críticamente, con una pizca de aversión.

—¿Lo estás intentando al menos?

—¡Claro que lo intento!

—Pues no lo parece. Es como si ni siquiera quisieras conducir —dice dando unos pasos hacia mí—. Estás hecha para esto; debería ser tan natural como respirar. ¡Deja de contenerte!

—¡No me estoy conteniendo! ¿Qué razón podría tener para no querer conducir?

—El deseo tiene matices. Ser una sire conlleva responsabilidad, y tú no serías la primera persona en la historia que se abruma por ello. Necesitas enfrentarte a tus miedos, descubrir lo que realmente quieres y derribar los muros para conseguirlo.

¿Quién se cree que es? No tiene ni idea de lo que de verdad quiero. Bajo la mano.

—¿Y si no estoy hecha para esto? —sale como un susurro. Mis ojos arden con lágrimas de frustración. Tal vez años de reprimir mi ha'i han roto algo dentro de mí.

Espero que baje el tono, pero se trata de Rafe, no de alguien realmente sensible a mis sentimientos, así que su voz y su tono continúan igual de exigentes.

—No puedes rendirte. Ser un sire reprimido es doloroso. Por eso los sire tienen un mayor índice de depresión y autolesión. Naciste para crear y, si no lo haces, tu mente sufrirá por ello. Una parte de ti morirá.

Sé a lo que se refiere, porque he sentido la oscuridad en los momentos más complicados de mi vida. Ese pozo oscuro e interminable de mediocridad. Venir a Génesis ha empezado a reparar ese agujero.

No puedo evitar pensar en el estereotipo provincial del artista torturado, en las almas creativas que caen en la drogadicción, la enfermedad mental y el suicidio. ¿Cuántos de ellos eran sire reprimidos? ¿Me habría desviado por ese camino si no hubiera llegado a Génesis?

—Inténtalo de nuevo —me ordena Rafe.

Respiro hondo y me enfrento a las instrucciones contradictorias mezcladas en mi cabeza: el pozo de la maestra Liu y la fuente de Hilde se gritan el uno a la otra paralizando por completo mi flujo de ha'i.

—Eres el ama de tu ha'i. Exige que acate tu voluntad —dice Rafe.

Genial, otro método contradictorio, pero lo probaré.

En mi mente, ajusto los pensamientos para que coincidan con el tono exigente de Rafe y trato de intimidar al ha'i desde mi fuero interno hasta mis dedos. Es del todo ineficaz. No siento nada.

Siento tan poco que eso me da una idea.

¿Qué es lo contrario a una demanda? ¡Una petición! Ese es más mi estilo.

Y entonces pido.

Cierro los ojos e imagino una fuente resplandeciente de ha'i en la base de mi vientre y, en vez de tirar de él a la fuerza, le pregunto amablemente si me ayuda.

Y lo hace.

Mi mano se calienta. Vuelvo a pedir, esta vez un destello. Una bola controlada de luces brilla entre mis dedos. Agradezco mentalmente la idea que acabo de tener. A continuación, dirijo mi atención al aplique de la pared, hago otra petición interna y me alegro al ver que la luz parpadea.

Intento de nuevo que la luz resplandeciente se encienda y se apague en mis manos. Sucede sin problemas y de inmediato.

—Has hecho un gran avance —afirma Rafe.

—Creo que sí.

Pasar años reprimiendo mi ha'i no lo rompió; lo hizo tímido. Estaba golpeando una roca con la que debía hablar.

El vértigo se apodera de mí. Quiero saltar. Quiero abrazar a Rafe, pero me quedo donde estoy y me contento con una amplia sonrisa.

—Bien —dice Rafe—. Armonicémoslo para que pueda sentirlo.

Se acerca, hace shiin con su mano izquierda y la alinea junto a la mía. Una armonía es la práctica de dos sire que conectan su shiin en el índice y el pulgar en un triángulo para así combinar el poder de su ha'i. La energía entre mis manos y las de Rafe está cargada de... algo.

—Puedo sentir cómo conduces la energía. Ahora a ver si puedes controlar su dirección.

Su mano, mucho más grande que la mía, emite chispas. Estas se enroscan alrededor de mi muñeca y forman un brazalete, o un grillete. Después las chispas se apagan al chocar con mi piel.

—Ahora inténtalo tú.

«¡Chispas!». Me olvido de enmarcarlo como una petición.

No hay chispas. En cambio, el aire entre mi mano y la de Rafe vibra como una fuerza magnética, juntando nuestras palmas. Su mano presiona la mía. Me quema, una quemadura placentera que

me recorre todo el cuerpo. Miro a Rafe y veo sus ojos fijos en la unión de nuestras manos, su rostro expresa confusión. Alza la vista y nuestras miradas se encuentran.

No puedo respirar.

Nos miramos las manos, y Rafe entrelaza sus dedos en los espacios vacíos de los míos. Uno a uno. Me provoca un torrente de sensaciones en mis partes más sensibles. Nuestras manos entrelazadas forman una energía intensa y tangible, y ninguno parece dispuesto a romper la conexión.

Cada partícula de mi cuerpo siente una atracción magnética hacia Rafe.

Como si quisiera que cada centímetro de nosotros estuviera en contacto, y como si eso no fuera lo suficientemente cerca, y como si quisiera que nos fundiéramos en un único ser.

Respiro y aparto la mano. Pero cuando vuelvo a mirarlo, veo puro deseo. Me aterra saber que esa misma mirada esté reflejada en mis ojos.

—No eres mi tipo —dice con voz entrecortada—, pero al parecer nuestro ha'i es altamente compatible. He oído hablar de eso, pero jamás lo había experimentado.

Su expresión hace que el aleteo de mi vientre se convierta en un enjambre. Y no de delicadas mariposas. Más bien de polillas, murciélagos y otras cosas nocturnas con malas intenciones.

Da un paso adelante y sus ojos hambrientos recorren mi cuerpo. Su arrogancia por creer que es apropiado hacer un acercamiento ahora me horroriza, ya que eso es lo que tiene en mente. Abro la boca para regañarle, pero mi rechazo se queda en los labios cuando acorta la distancia entre nosotros y siento que mi cuerpo solo lo quiere más cerca.

—Para —jadeo, alejándome de él. Me doy con la pared que tengo detrás sin ninguna otra salida—. Estás haciendo algún tipo de truco con tu ha'i.

Se ríe.

—¿Yo? Hierbecita, no puedes culparme de todo esto a mí.

Él arrastra su dedo índice por mi brazo y los dos vemos con asombro cómo se encienden chispas allí donde nuestra piel se encuentra. Me recorre bajo la piel un hormigueo físico, eléctrico, y cada fibra de mí arde y se estremece. Se inclina y me murmura al oído con voz grave:

—Tu ha'i también ha salido a jugar.

Puede que no lo entienda, pero sé que tiene razón.

Pasa un momento en el que lo único que se oye es nuestra respiración entrecortada y entonces nos dejamos llevar al unísono. Lo agarro y él me presiona, me coge la mano y la inmoviliza por encima de mi cabeza contra la pared para besarme el cuello. Sus dedos se curvan alrededor de mi garganta y gimo cuando aprieta más fuerte, el metal de sus anillos se hunde en mi suave carne. Su boca asciende para mordisquearme la oreja y cada roce me enciende la piel. No como las llamas de una vela, sino como el devastador fuego de un bosque en llamas. Siento cómo partes de mi cuerpo reaccionan, partes de mí que ni siquiera sabía que existían hasta este momento, ahora todas deliciosamente en llamas. Mi mano libre sube por detrás de su camisa, mis uñas se clavan en su espalda sólida y musculosa. Siento su acelerado corazón apretado contra mis pechos e involuntariamente empujo mis caderas contra las suyas con un gemido delirante.

—He estado con otros sire antes; no suele ser así. A mi ha'i le gusta mucho tu ha'i —dice en un susurro. Entonces pone su mano

en mi muslo, levantando mi pierna para presionarme aún más cerca, haciéndome jadear.

Su boca roza mis mejillas, su aliento me calienta la piel entre gemidos mientras sus labios se acercan. Juro que jamás he deseado nada tanto en mi vida como este beso que está por llegar, pero en el último segundo cambia la trayectoria y, en su lugar, su boca me roza el cuello. Gime de frustración, y me muerde. Siento cada diente hundiéndose en mi piel, como si estuviera a punto de desgarrarme el cuello y beberse mi alma. No es un mordisco suave. Me duele. Los fuegos artificiales estallan en mis párpados cerrados. Estoy mareada y me siento ligera, como si toda mi sangre se hubiera sustituido por helio. Entonces su lengua se arremolina con suavidad alrededor de donde me ha mordido, calmándome, haciéndome gemir de nuevo.

—Rafe, para, no podemos —jadeo.

Emite un gemido agónico, pero se detiene y responde sin aliento:

—Esto va a acabar conmigo.

—No.

Lo empujo suavemente y, para mi sorpresa, no se resiste. Me esfuerzo por recuperar el aliento.

—Voy a salir de esta habitación... y luego voy a evitarte.

Me tambaleo hacia la puerta, sin saber cómo consigo mantenerme de pie. Me doy la vuelta y añado:

—Y nada de tocarnos durante el entrenamiento.

Parece casi borracho cuando responde con voz entrecortada y una sonrisa.

—Me equivoqué. Eres totalmente mi tipo.

29

El Equinoccio bulle de vida. Aunque la isla está bloqueada, nada les puede quitar a los Hacedores de Génesis la emoción de hoy, porque es el primero de mayo y arranca la temporada de torneos de aerojustas.

Todos visten los colores y emblemas de su gremio y algún que otro complemento mal combinado para apoyar a los jugadores favoritos de otros gremios. El equipo de biociencia es sin duda el favorito; su emblema, con una mano de carne y otra de hueso sosteniendo una doble hélice, abunda entre los aficionados. Todos los jugadores de la liga reciben mucha atención, yo incluida.

Estoy esperando a Rafe bajo el árbol en el vestíbulo donde han configurado un gigante termómetro de Galileo para realizar el seguimiento clasificatorio de los jugadores: dentro de un tubo, flotan pequeñas burbujas de colores que representan a cada jugador.

Con suerte hoy tendré la oportunidad de ver mi burbuja subir, pero eso puede ser lo más alto a lo que llegue. Rafe y yo hemos planeado dejar la isla mañana. Deberíamos estar de vuelta antes de que cualquiera de nuestros equipos compita de nuevo, pero no sé qué pasará en Nueva York, y no puedo decir con seguridad que yo vaya a volver. Pensarlo no debería dolerme tanto. Siempre he sabido que este nunca sería mi hogar. Y, sin embargo...

—Buenos días —me susurra al oído una sedosa voz mientras me abrazan por detrás.

Inmediatamente me tenso y las piernas se me ponen rígidas.

—Relájate —me regaña Rafe—. Todo el mundo está mirando.

Todo esto del rollo entre Rafe y Ada ha sido bastante sutil hasta ahora, pero hoy será una actuación de los Óscar en toda regla.

Quizá Rafe es un príncipe y todo eso, pero lo que más admiran los jóvenes de la sociedad de los Hacedores es su destreza en las aerojustas. Al ser hoy la apertura de los juegos de la nueva temporada, cada globo ocular estará puesto en Rafe. Y por lo tanto en mí, a su lado. De corazón que no estoy deseando llamar la atención, pero todo por lo que hemos estado montando esta farsa alcanzará hoy su punto crítico.

Mientras navegamos por la abarrotada sala, siento la calidez del brazo de Rafe alrededor de mi cintura. Demasiado cálido. Pero no en el mal sentido. En el buen sentido.

—¿Por qué no podemos estar con nuestros equipos y hacer como que nos enviamos besos? —digo como una queja—. Esto me parece exagerado.

Por no decir que es un territorio muy peligroso. He estado respetando las distancias entre nosotros durante el entrenamiento, lo que hizo que ayer le resultara difícil enseñarme cómo inducirle un desmayo inofensivo a alguien sobrecargando su nervio vago, ya que me negué a que me tocara el cuello, así que espero no verme obligada a usar ese truco en nuestros viajes, pero aparentar ser cariñosos delante de una audiencia enorme el día de un torneo de aerojustas es, por lo visto, un deporte de contacto total.

—No queremos que nadie se pregunte por qué no estamos juntos en la hoguera de esta noche o en el desayuno de mañana. Estoy seguro de que puedes aguantar un día más de esto —dice Rafe. Su tono está lleno de fastidio a pesar de la suave sonrisa en su cara para complacer a los demás—. Y prometiste ayudarme a dar una buena impresión en las aerojustas.

Suspiro. Lo hice.

Pero el problema de que no nos hayamos tocado desde hace un tiempo es que ahora no estoy preparada para lo potente que es este roce.

Rafe y yo hemos reconocido que nuestra particular mezcla de feromonas sire ha dado lugar a una cierta química. Al parecer, esto se debe a que a los sire les gusta crear cosas, y a mí me gustaría crear algo con otra persona, y a veces esas vibraciones son especialmente magnéticas con las de otros sire. Pero nos hemos resignado a algo parecido a una amistad.

Pero Rafe no se conforma con parecer simples amigos hoy.

—Oh, no, no juegues sucio —dice Rafe, acercándome más contra él mientras intento que no quedemos atrás para pasar más desapercibidos. Para quienes nos rodean, la acción probablemente parezca posesiva.

Aprieto los dientes y sigo sonriendo y saludando con la cabeza a toda la gente con la que nos cruzamos que saluda con entusiasmo a Rafe.

Hoy voy a jugar mi primer partido oficial y estos nervios no me están ayudando.

De repente, sale el sol. Y con eso quiero decir que Rafe exhibe su sonrisa más encantadora, de la que tengo que apartar la mirada para recordar que me está agarrando por la cintura. Miro para ver a quién está sonriendo. Su objetivo es la mesa de cabezas de rostro severo de la logia de las aerojustas.

Yo también les sonrío. Ves, gente de la logia, esas quejas sobre el mal comportamiento de Rafe con los reclutas no pueden ser ciertas. Uf.

La verdad es que no me molesta tanto como debería importarme. No quiero ser cómplice de Rafe ayudándolo a salirse con la suya

siendo un imbécil, pero lo he conocido mejor en las últimas semanas, no es que haya resultado fácil cuando mantiene sus emociones bajo llave como una cámara acorazada del Vaticano. Pero algo de lo que me he dado cuenta es que las aerojustas son una de las pocas fuentes de alegría de Rafe en esta isla. Él dejó su vida, su gremio y a toda su familia para venir a Génesis con Hypatia, y ahora también se ha ido. Cuando su posición en la liga se vio amenazada, no se trataba solo de un juego que estaba en disputa. No me molesta entonces ayudarlo a permanecer en la liga.

Mantener alejadas a sus conquistas, por otro lado, todavía me hace entornar los ojos. Pero esa parte, debo admitir que funciona.

Un chico guapo se acerca e intenta darle a Rafe su pañuelo de buena suerte.

—Me temo que ya tengo la buena suerte a mi favor —le dice Rafe —. ¿No es así, mi amor?

Resoplo por lo ridículo que suena, pero intento disimularlo con una risita coqueta.

—Ya lo creo, querido —respondo.

Me acaricia la mejilla mientras tira con delicadeza de una de las cintas verdes de mi trenza y la ata alrededor de su muñeca.

—Entonces, ¿es verdad? —pregunta enfurruñado el chico del pañuelo—. ¿De verdad que estás con ella?

No, en realidad no está conmigo, vaya iluminado.

Rafe me sujeta por la cintura y me usa como escudo humano para navegar, pasando por delante del resto de sus admiradores hasta llegar a las puertas principales. Es hora de que empiecen los juegos.

—A Hypatia le encantaría esto —digo con nostalgia mientras seguimos el desfile de gente hasta la arena, al borde de la isla. Me siento culpable por ir a disfrutar de mi primer partido de aerojustas sin la persona que me descubrió el juego.

Rafe se tensa a mi lado y me arrepiento de mi frivolidad. Si yo me siento mal y echo de menos a Hypatia ahora, no me puedo imaginar cómo se siente él.

La expresión de su cara es tan férrea como siempre, pero he pasado suficiente tiempo a su lado para percibir los indicios que emplea por mantener su fachada inalterable.

Es el instinto más que nada lo que me lleva a cogerle la mano para ofrecerle algo de consuelo, algo de solidaridad. Soy la única persona que conoce los pasos que está tomando para ayudar a su prima. Entrelaza sus dedos con los míos, apretándolos suavemente, y... bueno, eso ya no parece mera solidaridad. Nuestro ha'i reacciona como siempre, pero lo noto distinto esta vez, como si solidificara en lugar de chisporrotear, haciéndome sentir que nuestras manos encajan.

Levanto la vista, pero Rafe no me devuelve la mirada. Está mirando a uno de sus compañeros. Por lo visto, la mano no es gran cosa para él, mientras que yo me siento como si me hubieran bajado de mi aerotabla.

Tengo que dejar de perderme en la actuación. Rafe es un maestro actuando con este papel sin que signifique nada. Aunque estoy segura de que ayuda que haya tocado muchas, muchas más, mmm, manos que yo.

Separarnos para sentarnos cada uno con nuestros equipos es un alivio. Mi partido no empieza hasta el mediodía, así que puedo ver los demás partidos de cerca mientras disfruto de dulces crujientes, zumos variados y de la grandiosa vista del océano desde el anfiteatro abierto, construido en el acantilado.

Hay mucha pompa. Cada liga tiene un heraldo y, al tratarse de los partidos inaugurales de la temporada de torneos, se esmeran en sus

actuaciones, presentando a cada jugador, su historia y puntos fuertes.

Cuando llega el momento del combate de Rafe contra un musculoso sofista, que duplica su tamaño, los vítores se multiplican por diez. Parece que es lo que toda la isla ha venido a ver. El heraldo de biociencia comienza con florituras:

—Honorables Hacedores, es mi privilegio presentarles, para su primer torneo en la liga de Génesis, al príncipe Raphael Vanguard. —Los vítores de la multitud son ensordecedores—. Capitán del equipo del gremio de la ciencia de la sangre en Avant durante dos años e invicto hasta el día de hoy.

El lazo verde de su muñeca contrasta con el ámbar del resto de su armadura. Oigo a la gente de mi alrededor susurrar acerca de cómo él nunca había llevado ningún distintivo, especulando a quién pertenece.

Y entonces se vuelve hacia mí y me guiña un ojo y la especulación se detiene. Y también mi corazón al morir de la vergüenza.

Pero por suerte el gong da comienzo al partido y ya nadie me mira.

Rafe es simplemente... magnífico. Ahora lo entiendo. Participa en el juego como si fuera un arte, y él, un maestro.

Derrota a su oponente en los dos primeros asaltos y la segunda vez que el sofista cae tiene problemas para volver a levantarse. Está claro al principio de su tercer asalto que el sofista está herido y que le espera una humillante y dolorosa derrota.

Excepto que eso no es lo que sucede.

Cuando los dos se acercan al centro, Rafe levanta su lanza hacia arriba y los dos se cruzan sin impactar.

El tercer asalto termina en empate.

Rafe podría haber ganado fácilmente unos pocos puntos más para incrementar su puntuación, y oigo algunos abucheos de miembros de su equipo que con claridad desearían que lo hubiera hecho, pero en cambio ha dejado que su oponente terminara con dignidad y sin el riesgo de una lesión mayor.

Eso ha sido tan... honrado. ¡Y la multitud está de acuerdo! Están todos de pie celebrándolo y vitoreándolo.

—¡Digno de un Hacedor! ¡Digno de un Hacedor!

Me enorgullece interpretar el papel de novia cariñosa y corro a felicitarlo.

En vez de abrazarme, me levanta y gira conmigo. No debería ser capaz de lograrlo tan fácilmente, pues yo no soy una persona que pese poco, pero supongo que hay algo más que apariencia en esos ridículos músculos que tan bien le sientan, porque me hace sentir ligera. También me hace sentir como una novia de verdad, me sonríe con la genuina alegría del juego, como si yo fuera de corazón la persona con la que quisiera celebrar este momento.

Se me ocurre que, si estuviéramos juntos de verdad, ahora es cuando me besaría.

«Oh, no».

No seré capaz de sobrevivir si lo hace, y tengo mi partido en unos minutos.

Pero no tenía de qué preocuparme. Rafe coge la banda de ganador con la que lo han premiado y me la ata alrededor del brazo. Se inclina hacia mí y su pelo, que la mayor parte se ha soltado de su moño, actúa como una cortina, impidiendo que los demás nos vean. Así que nadie más sabe que, cuando se me inclina todavía más cerca, lo único que hace en realidad es susurrar.

—Tu equipo no tiene ninguna posibilidad contra nosotros, hierbecilla.

No me pierdo el coro de suspiros de los espectadores.

—¿Cómo juegas con tanta... elegancia? —le pregunto. Me contesta mientras voy de camino con él hacia la tienda de su equipo.

—La razón por la que los sire somos tan apreciados en la liga es por nuestra capacidad de recuperarnos de las lesiones y seguir jugando. Cuando corro y me inclino, lo hago con la total seguridad de que puedo curarme inmediatamente de cualquier dolor que se me presente. La elegancia proviene de la ausencia de miedo. Sin miedo al impacto, controlo la inclinación.

Forzando la realidad a su voluntad, como siempre. Está hecho todo un príncipe.

Antes de que me deje para ir a asearme y cambiarme, le digo:

—Lo que has hecho de empatar en la tercera ronda me ha parecido genial, has hecho lo correcto.

—Siempre hago lo correcto —se burla—. Tú y yo solo tenemos diferentes ideas sobre lo que es correcto.

A medida que avanzan los partidos, los codificadores y los bios encabezan la clasificación, como era de esperar. En el primer partido de los alquimistas, Sebastian gana contra los artesanos, pero luego perdemos un reñido partido contra los sofistas. Cuando me llega el turno de competir no tengo que ganar mi partido a toda costa, pero tendré que hacerlo bien para mantenernos en el juego. Si pierdo todas mis rondas o me derriban demasiadas veces y pierdo muchos puntos, a menos que los miembros de mi equipo jueguen perfecto, que es raro si no te llamas Rafe Vanguard, corremos el riesgo de ser eliminados.

Teniendo en cuenta que soy tan buena con la lanza como eligiendo a mi *crush*, esto es mucha presión.

Una vez con la armadura de seda de araña puesta, respiro hondo y me sacudo el cuerpo. Mi objetivo es ganar al menos un asalto y mantenerme en el aire durante al menos uno más. Oigo a Zo, nuestro heraldo, comenzando su perorata:

—Honorables Hacedores, para su torneo de debut...

Mientras me pongo el casco, bloqueo los sonidos exagerados de Zo sobre mis habilidades y, en su lugar, me digo que me debo imaginar que estoy a punto de hacer *snowboard*: yo sola con la tabla y el viento frío en mi cara.

Suena el gong y me deslizo hacia el foso. Mis latidos son tan fuertes que resuenan en mis oídos, ahogando el rugido de la multitud. Los gritos, cánticos y ánimos se funden en una leve vibración que me recorre, sincronizándose con mi pulso. Este es el momento. Mi momento. Todo el mundo está mirándome. Los alquimistas cuentan conmigo.

Miro a través de la arena para ver quién es mi oponente. Tendría que haber escuchado a su heraldo.

Armadura naranja. Un bio. No reconozco el blasón en su escudo, pero debajo de su yelmo sí que advierto su sonrisa de desprecio. Es Bram.

Mi escudo verde (como no tengo blasón, solo tiene el emblema de los alquimistas) es resistente contra mi peto izquierdo (la armadura de hombro), mi lanza pesa con la empuñadura de mi guantelete (la armadura de mano) y mis rodillas se doblan ligeramente y las espinillas presionan las grebas (la armadura de piernas) como botas de *snowboard*, que me sujetan a la tabla.

Puedo manejar a Bram.

Él es conocido por ejercer una gran fuerza en sus cargas, que despliega a expensas de su equilibrio. Así que, básicamente, él es mejor que yo, pero, aunque mi puntería apeste, existe la posibilidad

de que en algún momento pueda derribarlo. Y estoy alimentada por el rencor. No hay nadie en esta escuela que desee tanto ver ahogándose en el barro a Bram como yo.

Solo tengo que esforzarme en golpear su escudo y centrarme en permanecer en la tabla. Suena el gong y salimos disparados. Todo sucede muy rápido. En un momento estamos yendo a toda velocidad el uno hacia el otro y al siguiente la lanza de Bram se estrella, con una puntería precisa, en mi hombrera. Él es fuerte. Y duele. Mi cuerpo quiere caerse de esta tabla.

Todo lo que iba tan rápido de repente se ralentiza.

«¡Quédate en la aerotabla!».

Me duele mucho el hombro. El dolor de algo roto. La armadura suele proteger de este tipo de lesiones, pero yo iba muy rápido y Bram me ha golpeado muy fuerte.

Recuerdo lo que Rafe dijo sobre cómo los sire pueden curarse mientras juegan. Yo también puedo hacerlo, ¿verdad? Conduzco el ha'i hacia la lesión y la palpitación disminuye al instante.

«Sigue avanzando. Llega al final del pozo».

Dejo caer mi lanza para ayudarme a mantener el equilibrio, porque me cuesta mucho mantenerme erguida. Pero solo unos momentos más tarde mi equipo se agolpa a mi alrededor en el otro extremo de la fosa.

Lo he logrado y no me he caído.

—¿Cómo es posible que te hayas mantenido firme después de un golpe como ese? —pregunta Sebastian con una mirada de perplejidad y agradablemente sorprendido.

—Menudo golpe, ¿estás bien? —pregunta Miriam.

—Estoy bien, creo.

Cierro los ojos y enfoco mi ha'i hacia la zona dolorida, moviendo mi hombro hacia delante y hacia atrás.

—Estoy bien —les digo.

Bram recibe un punto por su golpe y yo no recibo nada porque apenas he estado cerca de golpear algo. Pero todos esperaban que ese golpe me derribara, así que, que se vaya con un único punto es como si fuera una victoria.

Y ahora sé qué esperar de él y puedo elaborar mi estrategia para el próximo asalto.

No puedo garantizar mantenerme en el aire con otro golpe como el último. Tampoco seré capaz de golpear si estoy completamente a la defensiva. Mi única opción es llegar a Bram antes de que acumule suficiente impulso para tener mucha fuerza detrás de su golpe. Lo que significa ir muy, muy rápido. El tipo de velocidad que no se recomienda durante las aerojustas, porque la mayoría de los jugadores no pueden conservar el equilibrio a tales velocidades. Pero hacerlo mientras se va rápido en una aerotabla es tal vez la única cosa en la que puedo destacar de verdad en esta isla.

Es una buena estrategia y funciona.

Voy tan rápido que, en el momento en que me acerco a Bram, sigue todavía lejos del centro. Él no ha cogido mucha velocidad, pero a mí me sobra. Nuestras lanzas chocan contra los escudos. Esta vez el golpe de Bram es apenas un toque. Y yo también le golpeo. Duro. ¡Sí, nena! A cada uno nos dan un punto. Puedo ver lo enfadado que está Bram desde el otro lado de la fosa. Según los de mi equipo, ha estado a punto de caer por mi golpe.

—Debes tener cuidado en esta ronda —me advierte Miriam—. Bram se siente humillado, porque la chica nueva lo está dejando en evidencia. Y alguien como él se vuelve impredecible cuando está enfadado.

No debería intentar el mismo truco dos veces, porque ahora Bram estará listo para ello. Esta vez ajustaré mi postura para que le sea

más difícil apuntar a mi escudo. Un golpe en cualquier otro lugar no sumará puntos.

Me pongo de lado, lo que me desequilibra un poco, ya que no puedo sostener mi lanza de la forma en que he entrenado, pero si lo consigo seré capaz de golpear el escudo de Bram antes de que alcance el mío y, con suerte, para entonces mi golpe bastará para rebajar su puntería y fuerza de ataque.

Pero, tan pronto como nos dirigimos el uno hacia el otro, siento que algo va mal. El ángulo de la lanza de Bram está mal; está apuntando demasiado alto. Él sabe que está en desventaja si me apunta al escudo, así que no lo hace en absoluto. El baboso está apuntando a mi cabeza.

No tengo tiempo para pensar en lo que un golpe como el suyo me haría en el cráneo. Solo actúo por instinto.

He estado experimentando con la versatilidad de mi aerotabla y practicado algunos trucos de *skate* en el aerotatami, así que estoy casi segura de que lo que estoy a punto de intentar va a funcionar. Si no, va a doler.

Justo cuando nos acercamos al impacto, lanzo mi lanza, apuntando más o menos al escudo de Bram. Luego me inclino hacia atrás en mi tabla y salto sobre la valla que nos divide. La parte inferior de mi tabla chirría contra el metal del riel —que no tiene tecnología de maglev— y me deslizo así, completamente fuera del alcance del golpe de Bram, montada sobre la barandilla hasta el final del foso. Luego, sintiéndome bastante satisfecha, me exhibo un poco y hago un *kickflip* al bajar.

La multitud enloquece.

La logia se reúne para determinar si mis movimientos son legales. Al cabo de poco, dictaminan que, teniendo en cuenta que yo estaba continuamente avanzando, cuenta como un movimiento legítimo.

Y, por lo visto, cuando tiré mi lanza rocé el escudo de Bram, así que lo cuentan como un golpe.

Con dos aciertos para cada uno el partido termina en empate.

Entre el bullicio de las gradas, oigo que mi nombre se eleva desde la multitud. Miro y me duelen las mejillas de sonreír cuando veo una gran pancarta que dice: «¡VAMOS, ADA, VAMOS!». Es tan provincial. Seguro que la ha hecho Georgie. A pesar de estar enfadada conmigo por lo de Rafe, me está animando. Y ella es solo una de las personas que sostienen el cartel en alto, junto con Mbali, una muy embarazada Xander y Kaylie. Todos me están animando, llevando complementos de los alquimistas y saludando y enviándome besos.

De repente, la certeza de que me voy mañana me golpea directamente.

Estas personas se han convertido en mi familia aquí. ¿Cómo elegir una familia u otra?

¿Tendré que hacerlo?

Michael también está allí, sentado al lado de Kaylie, con una cinta verde para animarme. Pero no me mira. Está mirando rabioso hacia el equipo de biociencia. ¿Está celoso de que Rafe y yo nos tiremos los tejos? ¿O es a Bram a quien está mirando por apuntar imprudentemente a mi cabeza? Es difícil saberlo, porque Rafe y Bram están juntos en el otro extremo del foso.

Bram no recibe ningún tipo de apoyo con abrazos o chocar los cinco como yo de los alquimistas. De hecho, Rafe le está gritando y lo empuja hacia la tienda de su equipo. Si su estilo es gritar a sus compañeros de equipo cuando pierden, me cuesta imaginar que fuera un buen capitán para su último equipo.

Me dirijo hacia las tiendas de campaña de los equipos, pero en lugar de entrar en la mía, sigo a los chicos a la tienda bio.

Cuando entro, Rafe sigue gritando, pero cuando escucho lo que dice, me alejo para que no me vean.

—Podrías haberla herido gravemente, ¿en qué estabas pensando?

—Es un juego peligroso, Vanguard. De eso se trata.

—No es peligroso del tipo que intenta infligir lesiones a propósito. Primero el golpe bruto y luego un tiro en la cabeza, ¿estás loco? Tienes suerte de que la logia no lo haya considerado una falta.

—¿Estás hablando en serio? Hemos jugado en el mismo equipo durante tres años y algo así nunca te había molestado.

—Ya no estamos en Avant. Tú sabes que en Génesis toleran menos que no se cumplan las normas. Este tipo de juego podría provocar que nuestro equipo quede descalificado.

—No, no lo harán. Solo estás enfadado, porque he magullado a tu mala hierba sin talento...

Bram no termina la frase antes de que Rafe lo tenga agarrado por la garganta, apretado contra un poste.

—No vuelvas a hablar así de ella.

Es bastante impresionante este acto de novio posesivo. Parece muy enfadado, pero en realidad me asusta un poco. No me gusta la violencia, especialmente no en mi nombre. Me acerco corriendo y le pongo la mano en el brazo.

—Déjalo, no merece la pena.

—Discúlpate con ella —brama Rafe, quien sacude a Bram con fuerza.

Bram me mira, más asustado que arrepentido.

—Lo siento mucho —dice.

Rafe lo suelta y Bram se escabulle como un ratón patético.

Rafe sigue echando humo.

—Cálmate —le digo—. En verdad, no me ha hecho daño. ¿Ves? Estoy perfectamente bien —digo extendiendo los brazos y moviendo

los dedos.

—Puede que estés ilesa, pero sigues aceptando las faltas de respeto con demasiada facilidad.

—¿De verdad estás molesto por lo que ha dicho? ¿Por qué? Tú me dices cosas peores siempre.

Rafe invade mi espacio, mirándome fijamente a los ojos.

—Vamos a dejar las cosas claras, hierbecita. Si todos ellos —dice señalando la salida de la tienda hacia la multitud, pero sin apartar su mirada de la mía— tienen que pensar que estamos juntos —me pone las manos en los hombros y se me acerca más—, entonces nadie puede insultarte excepto yo.

Guau. Mi corazón me late muy deprisa. Me muerdo el labio inferior y Rafe emite un sonido que suena sospechosamente como un gruñido.

—Vale, vale, no dejaré que ningún chico me hable mal, queridísimo —intento bromear, pero me sale un poco a trompicones.

—Asegúrate de hacerlo, mi damisela.

Eso suena mucho mejor de lo que debería. Quizá sea un problema.

Hablo cuando me ha quitado las manos de encima y me da espacio para respirar.

—Cuando te vi gritando a Bram pensé que estabas arremetiendo contra él por perder.

Rafe apoya la cabeza en un poste con un suspiro.

—Ahora resulta difícil incluso preocuparse por ganar. Otras cosas parecen mucho más importantes.

«Hypatia».

—Lo entiendo, yo siento lo mismo.

—De todas formas, enhorabuena. Has hecho un buen partido para ser tu debut.

Mi cerebro está en *shock* al recibir un cumplido de Rafe.
—Y tú estabas tan seguro de que yo no iba a ser ninguna rival.
—¿Tú? Sigues sin ser competencia.
—Eres un burro.
—Y tú tienes un bonito culo.
Dos cumplidos en un día. Ahora sí que tengo problemas.

30

Todos celebran los primeros partidos en la hoguera de Beltane, incluso los artesanos, quienes quedaron últimos en el torneo y no pasarán a la siguiente ronda. Ojalá pudiera unirme al jolgorio y a la fiesta con mi equipo, pero Rafe ha aprovechado la distracción de que el mundo está volcado en la celebración para escabullirse y «tomar prestado» el equipo que necesitaremos.

Así que no puedo ir. La gente seguro que notará la ausencia de Rafe y él quiere que asuman que es porque estamos juntos.

En lugar de eso, me dirijo a mi habitación para hacer la maleta.

Creo que no todos están en la hoguera, porque me encuentro con Michael saliendo de la biblioteca.

—Oh, hola —dice nervioso.

—Hola —le respondo con poca elocuencia.

Es triste que las cosas se hayan vuelto tan incómodas entre nosotros. Pero he estado manteniendo las distancias desde nuestra última conversación en la que le dije que debería salir con Kaylie.

Ahora que me voy mañana y no sé cuándo volveré a verlo de nuevo, de repente me arrepiento de ese consejo. Parece que hayamos desperdiciado nuestras últimas semanas juntos.

—Gran partido —dice—. Ha sido muy interesante ver tus jugadas.

—Gracias —le respondo. Hay mucho más que quiero decirle, pero está todo demasiado enredado para salir. De todos modos, nada de eso importa. Michael y yo no tenemos futuro. Si no vuelvo, nunca lo

volveré a ver. Y si lo hago... bueno, si se entera de lo que he hecho, me odiará.

Los dos empezados a hablar al unísono.

—Debería ir a...

—Quería decirte...

Pausa incómoda.

—Tú primero — le digo.

Michael se aclara la garganta.

—Solo quería decirte que me tomé en serio lo que dijiste. Yo... necesitaba oírlo.

¿Eso significa que ahora sale con Kaylie? Podría echarme a llorar.

—Tenías razón, estoy muy agradecido de que no te reprimieras y te enfrentaras a mí.

Ni siquiera estoy segura de a qué enfrentamiento se refiere. Supongo que eso demuestra cuántas veces le he regañado al pobre. Se pasa la mano por el pelo alborotado, pero solo lo empeora más.

—Sí, así que, solo quería que supieras lo mucho que valoro tu amistad.

—Oh, gracias. Quiero decir... yo también la valoro.

Eso es tan dulce. Entonces, ¿por qué duele tanto?

—Yo solo... —dice, y hace un gesto hacia delante. Luego vuelve hacia atrás y, con una última sonrisa, se va en dirección a la hoguera.

Me dirijo a mi apartamento y, cuando entro, oigo a Georgie tararear desde su habitación. Supongo que tampoco irá a la hoguera. Con todo lo que está pasando, Georgie y yo apenas nos hemos visto, y parecía contenta de mantener las distancias. Sin embargo, hoy ha dado el callo por mí en el partido y ha sido una amiga increíble. Le debo algo mejor. Ahora es el momento perfecto

para finalmente hablar con ella. Para explicarle que la movida con Rafe es falsa. Lo cual sigue siendo del todo así.

Dudo al llamar a la puerta de Georgie, pero me hace pasar. Está tan emocionada que parece haber olvidado que hemos estado incómodas la una con la otra durante días.

—¡Felicidades por tu partido!

Ella tiene el arpa y la rosa del emblema artesano pintado en una mejilla, y el emblema alquimista en la otra, para mí, a pesar de todo.

—Fue totalmente increíble, pero hay algo que quiero que veas. Ven a verlo —dice dando unos pequeños golpes con las palmas—. Cicerón...

—¿El tipo que dirige el foro de conspiraciones?

—¡Sí! —grita tan excitada como la vez en la que Hera Earhart le hizo un cumplido a su pajarita—. ¡Excepto que no es un tío! No sé por qué lo supuse, pero él... es decir, ella, he comprobado sus pronombres, tenía una identidad tan bien escondida que me ha llevado años encontrarla. Mira, esta es Cicerón.

Georgie gesticula hacia su monitor, que tiene una foto de una chica asiática con gruesas gafas redondas y la mitad de la cabeza rapada. Su corte de pelo es nuevo, pero la reconocería en cualquier parte. Mi corazón se estremece al echarla de menos.

—Izzy King —digo.

Ya nada debería de sorprenderme, pero siempre aparece al menos una revelación más.

—¿La conoces? —pregunta pegando un brinco de la silla—. ¿Cómo? ¿Cuántas probabilidades había?

Bueno, ahora que sé quién es Cicerón, en realidad tiene mucho sentido. ¿Todo ese conocimiento sobre los Hacedores? Lo extraño es que yo no hubiera considerado antes que Cicerón pudiera estar conectado con las Familias.

—Es una vieja amiga de la Familia.

—Esta chica sabe de ordenadores, conoce nuestra existencia y es guapísima. ¿Puedes presentarnos?

—Es una amiga de la *Familia* —digo enfatizando en la palabra «Familia» para darle el sentido adecuado—. Y ahora trabaja para Oz Tech con Nora Montaigne.

—Oh —dice, y las cejas de Georgie se levantan gradualmente a medida que lo va comprendiendo—. Entonces, así es como obtiene información.

—Su familia, la mía y todas las demás estarían furiosas si supieran lo que está haciendo.

Aunque no he hablado con Izzy en meses, sigue siendo una de mis mejores amigas, y espero que no se esté metiendo en ningún lío.

Georgie mira la foto de Izzy con los ojos muy abiertos.

—Es tan raro pensar que los Inquisidores de los que tanto hemos oímos hablar no existen. Eso me da por preguntarme en qué más andan equivocados los Hacedores, ¿sabes?

Entiendo lo que quiere decir. Como se acerca el día de luto por la caída de Naiot —que coincide con la víspera de mi cumpleaños, así me acordaré—, hemos hablado largo y tendido de los Inquisidores en Fundamentos. Los Hacedores hablan de ello como si los «extraños» mencionados en las historias testamentarias fueran, sin duda, los Inquisidores.

—Sí, siento como que deben tener algún otro enemigo por ahí que ni siquiera conocen.

¿Quizá la caída de Naiot fue también culpa de Ozymandias Tech?

Ahora me cuestiono si el mensaje de advertencia de Izzy era sobre Oz Tech después de todo. Con lo que he aprendido sobre el Oculus y el secuestro de Hypatia, ¿podría estar relacionado con las Familias lo

que la asustó? ¿Podría estar relacionado con la razón por la que nos abandonó?

Pero incluso si Oz Tech no son los que secuestraron a Hypatia, no son inocentes. Intentaron secuestrarme dos veces. Leo de Montaigne me drogó para entregarme a su hermana, y eso lo prueba.

Me pregunto por millonésima vez qué sabe Izzy que no me está contando.

Ojalá hubiera confiado en mí en vez de cortarme el rollo.

Georgie confía en mí. Se creyó de principio a fin que los Hacedores están equivocados sobre los Inquisidores.

Ese tipo de confianza merece mi más sincera honestidad. Tomo aire.

—Entonces, sobre Rafe...

Inmediatamente se pone rígida y frunce los labios.

—No es lo que parece... —empiezo con demasiada culpa en mi tono.

Me mira como si no pudiera creer lo que acabo de decir y luego se ríe. Una risa amarga.

—¿Así que no os estabais tirando los tejos en ese partido en el que estaba todo el mundo?

—Lo que quería decir es...

—Ada, no tienes que mentirme para no herir mis sentimientos. Pase lo que pase no voy a contarle a nadie lo de tu familia.

—¡No! ¡Georgie! Por favor, escucha. No estamos saliendo ni nada. Es solo que queremos que la gente lo piense. Estamos trabajando juntos para salir de la isla para ayudar a Hypatia.

—¿Y confías en él*?*

—Es complicado. Pero tengo claro que quiere encontrar a Hypatia. Por favor, no te enfades conmigo.

Georgie se da la vuelta y se dirige al comedor. La sigo mientras hace ruidos de besos llamando a Bast. La gata, que está tumbada en el sofá, la ignora por completo, pero Georgie la coge en brazos, hundiendo la cara en su pelaje azul, desdibujando los emblemas pintados en sus mejillas. Bast aguanta el afecto durante muy poco tiempo, pero luego se aparta de los brazos de ella y sale corriendo.

—Georgie, nunca quise hacerte daño. Aquí nadie me entiende como tú.

Ella resopla.

—Es bonito fingir que nos entendemos, Ada —dice con tono hiriente, pero al ver que está conteniendo las lágrimas, mi enfado desaparece—. Puede que las dos seamos del mismo sitio, pero tú eres una sire. Todo el mundo respeta eso. No te haces una idea de cuánto tiempo me ha costado llegar a que me toleren. Al menos ahora es mejor que antes. —Ella gira la cara. Ha sustituido a Bast por un cojín y lo agarra acurrucada en el sofá—. Incluso la gente que es amable me ve como a una extraña. No estoy en la hoguera esta noche, porque sin Hypatia y contigo ocupada con cosas del equipo no tengo otros amigos. Cuando llegaste... Hay una razón por la que tu habitación estaba disponible: ninguno de ellos quería vivir conmigo, no saben cómo actuar cerca de mí.

—Georgie, lo entiendo. Lo entiendo.

—No, no lo entiendes. Has tenido un pie fuera desde que llegaste aquí. Se supone que este es el hogar para el resto de mi vida. Y nunca encajaré. Cuando de vez en cuando consigo integrarme, a veces desearía no haberlo hecho, porque oigo cómo hablan de la gente del mundo provincial. Como si fueran inferiores, como si hubiera que temerlos —dice sin fuerzas.

Tiene razón. No he estado aquí tanto tiempo como ella y, justo hoy, he sentido que realmente sí que pertenezco.

—No... No lo pensé...

A Georgie le tiembla el labio superior y me siento tan mal por haberla herido que no estoy segura de cómo seguir. Lo que se supone que le debo decir es que lo siento. Y lo siento. He estado equivocada.

Me mira expectante, esperando a que encuentre mis palabras. Yo ya me habría enfadado y me habría dado con la puerta en las narices.

Respiro hondo. Puedo arreglarlo.

Pero el sonido de unos golpes nos interrumpe.

—¿Hola? —suena la voz de Rafe desde la puerta como una premonición de fatalidad.

—Lo siento mucho —le digo a Georgie ignorando la forma en que mi corazón empieza a acelerarse al oír su voz—. Haré que se vaya.

—No, está bien —dice con un tono que es una mezcla de benevolencia y sarcasmo que ni siquiera sabría cómo analizar.

Abro la puerta.

—No es un buen momento —digo. No voy a dejar que Rafe entre en el espacio personal de Georgie ahora mismo, puedo concederle esa cortesía al menos.

Los ojos de Rafe no se pierden nada mientras evalúa la escena. Georgie no está mirando dócilmente hacia otro lado como suele hacer, sino que lo está mirando obviamente cabreada. Se acerca como si fuera a besarme la mejilla y susurra:

—He venido a ayudarte con la maleta, y ha sido una buena idea, porque me parece que necesitas un escolta para que no sueltes cosas que deben mantenerse en secreto, como acordamos.

Luego me dedica una sonrisa falsa y me empuja.

—Bueno, mírate, pequeña belleza —apunta Rafe cuando Bastet se le acerca con curiosidad. Se agacha para rascarle la cabeza

exactamente como a ella le gusta. La gata azul se acurruca en la mano de Rafe y permite que la coja. Georgie la fulmina con la mirada por traidora—. Parece que alguien ha estado experimentando ilegalmente contigo —dice Rafe a Bast, que se ha acurrucado cómodamente en su regazo. Ella ronronea tan fuerte que no me sorprendería si descubriera que la cruzaron con un motor. Georgie no quiere verlo más.

—Devuélveme a mi gato —añade apartando a Bast lejos de Rafe —. Me voy a la cama.

Y se va a su habitación y cierra la puerta.

—Ves, no hay riesgo de que le cuente nada, Rafe. No hay necesidad de que te quedes por aquí.

—Quizá tu compañera de apartamento sea quien robó la piedra ha'i —reflexiona él.

—¿Qué dices? Claro que no.

—¿Por qué estás tan segura? Está claro que les guarda rencor a los Hacedores, y además tiene un gato azul.

Sopeso la idea durante un brevísimo momento antes de quitármela de la cabeza.

—Ella te guarda rencor porque eres un imbécil. Y ella tiene una gata azul porque la rescató.

Aunque también tengo curiosidad por la piedra ha'i; el misterio de quién podría haberla robado me ha estado distrayendo durante días. Ahora me pregunto si Bram e Yvette se la llevaron a Nora Montaigne.

—De todas formas, no puedes contarle nuestro plan. No podemos permitirnos que nada se interponga en nuestro camino mañana.

—Rafe, ya le he contado algo. Y deberías alegrarte de ello. La destreza de Georgie con los ordenadores provinciales es la única razón por la que pude localizar a Hypatia.

Observo la progresión de emociones en su rostro mientras asimila esta información.

—Ya puedes irte —digo llevándolo hacia la puerta.

—No me iré a ninguna parte hasta que esté seguro de que has hecho las maletas —puntualiza—. Tengo el equipo que necesitamos. Saldremos a primera hora, y nadie debería echarlo en falta hasta el mediodía, pero con suerte ya nos habremos marchado para entonces.

—Bien, si insistes. Pero tienes que quedarte aquí. —Lo agarro por las caderas, forzándolo a sentarse en el sofá—. No vas a entrar en mi habitación.

Por una vez me siento aliviada de que mi habitación sea un desastre. La posible vergüenza de que Rafe vea mi caos resuena más que la voz que me susurra oscuras ideas sobre lo que podría pasar si entrara.

—No lleves demasiadas cosas. Tu bolsa debe ser ligera —susurra a mis espaldas mientras cierro la puerta.

Oh, menudo lío. ¿Por dónde empiezo? Había intentado limpiar, de verdad, pero entonces la vida se interpuso. Y no hay nada que deteste más que limpiar mi habitación. Excepto preparar el equipaje. Hacer las maletas es peor, porque implica encontrar las cosas soterradas bajo los montones.

—¡Esto es ridículo! —grita Rafe—. Voy a entrar.

¡Es tan y tan impaciente!

—Por favor, no.

Oigo girar el pomo de la puerta. Oh, no. Rafe está a punto de ver mi locura. Como si, por lo visto, no me despreciara ya lo suficiente. Quiero decir, he visto su habitación, y no sería una exageración llamarlo obsesivo.

Pero cuando abre la puerta y contempla el panorama, no es desdén lo que veo en su cara, sino que creo que lo encuentra divertido.

—Tú sigue haciendo la maleta.

Y entonces él se pone con la que posiblemente sea la opción más mortificante: empieza a limpiar.

En poco tiempo ha introducido un nuevo sistema organizativo en la habitación. Metódico, va poniendo todo en su nuevo sitio.

Yo lo estoy metiendo todo sin doblar en mi mochila. Me interrumpe el sonido de Rafe aclarándose la garganta. Me levanto y alzo la mirada. Está de pie junto a la cama, enarcando una ceja con mi sujetador brillante rosa colgado de su dedo índice.

La vergüenza que me irradia es tan intensa y caliente que, en realidad, podría derretirme los huesos. Estoy bastante segura de que mi cara se está volviendo del mismo color que el objeto traidor. He estado buscando esta maldita cosa, olvidándome de que la había tirado debajo de la cama la última vez que un chico estuvo en mi habitación. ¿Por qué demonios está Rafe limpiando debajo de mi cama? ¿No sabe que ahí es donde se entierran los secretos?

Quizá nunca consiga recuperarme de este momento.

—¿Quieres que te lo preste? —bromeo con la esperanza de aliviar la tensión.

—No, gracias, pero esperaba que lo metieras en la maleta para nuestro viaje. La verdad es que es de un color precioso.

Lo encesta con puntería en mi mochila.

No creía que fuera posible sonrojarse más, pero parece que sí.

Pronto tengo todo recogido y la habitación tiene un aspecto increíble. Mi mente se calma al estar rodeada de orden.

Acompaño a Rafe hasta la puerta y es incómodo porque parece que debería besarme, pero no hay nadie mirando. En su lugar, lo

abrazo, porque acaba de limpiarme la habitación y le estoy profundamente agradecida. Parece sorprendido, pero me devuelve un abrazo tímido, de forma amistosa, con un atisbo de tensión con el roce de mi oreja por encima de su cuello.

Mañana nos escaparemos de esta isla y nos enfrentaremos a mi familia. Y esta noche dormiré en una cama sin ropa arrugada por debajo. Vaya mundo este.

31

Al día siguiente emprendemos el viaje antes del amanecer. Intento memorizar el camino hasta el agua para futuras ocasiones, pero me quedo sin aire por la dificultad que me está resultando hacer una caminata en toda regla. Cuando llegamos a un claro en la maleza, me detengo. Un rayo de sol comienza a teñir el cielo, lo suficiente para ver el sendero que bordea justo por el lado del acantilado. Un rocoso descenso estrecho y empinado compone los escalones naturales, cada uno de apenas treinta centímetros de ancho, con el acantilado a un lado y el vacío en el otro. Hay una caída libre de cientos de metros hacia el océano.

—¿Cómo esperas exactamente que baje por aquí? —le pregunto a Rafe.

—¿Con los dos pies que bondadosamente el Conductor te ha concedido?

—Mis caderas son más anchas que este camino.

—Tus caderas, aunque preciosas, son irrelevantes para tu descenso.

—¿Era todo este plan un complot para matarme? Porque no veo la forma de bajar con vida.

Lo digo en broma, pero reconozco que no sería una mala forma de deshacerse de esta chica de quien Rafe ahora tiene pruebas irrefutables de que está relacionada con el enemigo.

Se me acerca por detrás y su aliento me hace cosquillas en el cuello mientras me susurra al oído:

—Si te quisiera muerta, habría encontrado una forma mucho más deliciosa de matarte.

Es oficial. Debo estar rota, porque una amenaza de muerte no tendría que hacer que mi respiración se parara así.

Rafe me gira hacia él y me mira directamente a los ojos.

—Puedes hacerlo. Esto no es diferente de bajar escaleras. Y tú bajas escaleras todo el tiempo.

—La mayoría de las escaleras no me matan si me caigo.

—¿Cuándo fue la última vez que te caíste en una escalera? El único peligro está en tu cabeza. Y si te resbalas, tengo unos reflejos excelentes.

Me guiña un ojo. Vuelvo la vista hacia el sendero. Puede que no me caiga con frecuencia por las escaleras, pero la mayoría tampoco son propensas a desmoronarse bajo mis pies. Tengo la boca seca.

—Rafe, realmente no estoy segura de poder hacerlo.

—Realmente no tienes otra elección.

Su momentáneo apoyo ha llegado a su límite. Ahora hay un tono impaciente en su voz.

—¿Pensaste que escabullirte de una isla secreta iba a ser fácil? Te vi ayer dando piruetas con tu aerotabla desde una barandilla de metro y medio; puedes controlar algunos escalones.

—Tú primero.

Baja por la cornisa y no tengo más remedio que seguirlo.

Durante la primera docena de pasos, mientras miro fijamente la espalda de Rafe y no me atrevo a mirar a otro sitio, estoy bien. Pero con el tiempo los escalones se vuelven más irregulares.

—¿Por qué estamos haciendo esto? —pregunto cuando tanto las rodillas como las pantorrillas se me empiezan a cargar por el ángulo del descenso. El viento me revuelve el pelo en la cara y me roba las palabras de la boca.

—Es la única forma segura de salir de Arcadia que no sea el Atlas.

—¿A esto lo llamas seguro?

Me concentro en hacer que mis pies sigan a los suyos. Si hago lo que él hace, estaré bien.

—Y es divertido.

—Doloroso y aterrador no es realmente mi idea de diversión —refunfuño.

—Oh, vamos, no está tan mal. Tenemos que lanzar el bote en el momento preciso para que la Guardia no nos vea. Deja de quejarte y mantén el ritmo.

—¿Te das cuenta de que eres más fuerte, tienes las piernas más largas y estás sobradamente más en forma que yo?

Como para demostrarlo, resbalo con una piedra suelta. De inmediato Rafe me agarra del brazo y me estabiliza.

—Mantener el ritmo es mucho pedir.

—Como siempre, te pones en un listón demasiado bajo.

—O tú me pones en un listón imposible —digo deshaciéndome de su brazo. Sigo caminando.

—Te presiono para que des lo mejor de ti.

—Lo siento si, por no ser una alpinista profesional, significa que no soy lo suficiente para ti. Pero, noticias de última hora, esta soy yo, soy mediocre y lo llevo bien.

Se ríe.

—Creo que he dejado claro que eres más que suficiente para mí.

—Nunca he confundido tu voluntad de acostarse conmigo de manera respetuosa —apunto, y me limpio el sudor de la frente con la manga.

—Tienes razón. No podría respetar a alguien que es mediocre y lo tolera.

—Eres insoportable —le digo a sus espaldas.

—¿O simplemente tengo razón sobre tus capacidades?

Ha dejado de caminar y, cuando levanto la vista, veo la playa.

Me apresuro a bajar los últimos escalones y corro hacia el agua, con los brazos abiertos. Tengo todos los músculos cargados y estoy cubierta de sudor y suciedad, pero lo he conseguido. Y me siento maravillosamente bien.

Vale, incluso ha sido un poco divertido.

Rafe me sonríe con su sonrisa demasiado bonita, pero me niego a darle la razón, así que giro la cara hacia la brisa salada.

Rafe infla rápidamente el bote. Se sienta en la parte de atrás y me hace acurrucarme entre sus piernas, con mi espalda apoyada en su pecho. Bueno, esto es incómodo. Estoy muy mugrienta de la caminata, y no me dejo de mover debido a la particular alineación de mi trasero y su entrepierna.

Rafe me da una cantimplora y yo bebo de un trago mientras arranca el motor y guía la barca. Y entonces nos ponemos en marcha, y el invento es muy rápido. Salimos disparados dejando una estela de espuma blanca a nuestro paso. Suspiro y apoyo mi cabeza sudorosa en la injustamente seca y no maloliente cabeza de Rafe. El sol brilla y cierro los ojos.

Me despierto con la cabeza apoyada en su pecho tan y tan duro. Para mi vergüenza, tengo la mejilla empapada de babas. Si Rafe se ha dado cuenta de la ofensa, no parece molestarle. Sus manos descansan despreocupadamente sobre mis muslos.

—Buenos días —me dice. Luego señala con la barbilla en dirección a la costa a la que nos acercamos—. Justo a tiempo.

32

Estoy bastante atontada cuando atracamos en una playa que, según informa un cartel, está en St. Augustine, Florida. Rafe pliega el bote, se lo echa a la espalda y me guía a través de la boca de una cueva hasta una estación del Atlas, la primera construida en el Nuevo Mundo en el momento en se empezó a construir la línea.

Aunque la estación de Arcadia permanece cerrada, el resto de la línea sigue operativa, y nadie que nos ve subirnos nos hace ninguna pregunta.

—¿No te preocupa que te reconozcan? —pregunto.

—Nunca supuse que fuéramos a pasar desapercibidos —responde —. En Génesis pronto se darán cuenta de que falta la pistola magnética y unirán todas las piezas. Nuestra única ventaja es llegar a Nueva York antes de que nos detengan.

El viaje hasta la estación de Nueva York es corto y pronto caminamos por el conocido andén, con las esclusas cerrándose tras nosotros.

Salimos de la estación del Ayuntamiento de una manera poco divertida, por un simple ascensor que da a un discreto edificio de oficinas en el que cada puerta tiene un código especial, y entonces volvemos a mi ciudad. El puente de Brooklyn se eleva enfrente de un hermoso día de primavera. No sé por qué me sorprende esto, ya que es primavera en Arcadia también, pero la última vez que estuve aquí, la ciudad llevaba su abrigo invernal de escarcha y adornos navideños.

Me resulta familiar el concierto de bocinazos, sirenas a todo volumen y gritos de peatones. Huele a comida callejera, a tubo de escape y a basura, pero en el mejor de los sentidos. La ciudad rebosa vitalidad. La población de Hacedores es minúscula, nada en comparación con la bulliciosa vida de Nueva York.

—Pareces feliz —dice Rafe a regañadientes mientras se aparta de la trayectoria de un hombre, que nos va de frente y teclea mensajes de texto agresivamente sin apartar la mirada.

—Me encanta estar aquí. ¿Habías estado antes en Manhattan?

—No. El único tiempo que he pasado en el mundo provinciano ha sido en Europa.

Siento que se me ensancha una sonrisa.

—Bueno, entonces me tocará guiarte por aquí.

Por fin estamos en mi terreno. Quiero que vea mi mundo. Quiero que vea lo increíble que puede llegar a ser y que la gente tiene tanta profundidad y creatividad como los Hacedores.

—Primero vayamos al hotel a asearnos y deshacernos de estas bolsas —dice Rafe, que reservó una habitación. Aunque no tengo ni idea de cómo se las arregló para hacerlo sin internet, me alegro de su previsión, ya que estamos hechos un desastre total, sucios y sudorosos, también mojados y embarrados del bote.

—Genial, podemos coger el metro.

—Cojamos un taxi.

—El metro es una experiencia clásica de Nueva York y hoy eres un turista.

—También es lento y sucio. Por lo que sé, un taxi amarillo es también un clásico de la ciudad de Nueva York. Y tengo dinero para gastar.

A pesar de que los Hacedores no usan dinero normal, Rafe está desorbitadamente forrado en el mundo provincial. Los Hacedores y,

especialmente los Vanguard, tienen numerosos y viejos negocios para cuando necesitan dinero.

—El transporte público es mejor para el medio ambiente.

Guarda silencio un instante.

—De acuerdo. Pero en ese caso estoy dispuesto a renunciar a mis principios morales en aras de la comodidad. Cojamos un taxi.

Para ser un chico que ha crecido en un mundo sin dinero, sabe cómo gastarlo. Y para ser alguien que nunca ha estado en Nueva York, sabe cómo vivir a lo grande aquí. El hotel al que llegamos es del tipo en los que nunca he estado, porque nunca he tenido razón para pisar una zona tan elegante.

Al entrar, me siento como una completa impostora, sobre todo estando tan sucia y mal vestida. Estoy segura de que en cualquier momento me informarán de que este reluciente vestíbulo solo está disponible para los huéspedes del hotel, cosa que evidentemente no me incluye. Pero todo el mundo es extremadamente educado.

Especialmente la recepcionista. Es muy guapa y coquetea descaradamente con Rafe, con su perfecta sonrisa y moviendo su perfecta coleta rubia. Incluso dice que podemos disponer de nuestra habitación de inmediato, aunque faltan horas para el registro. Sin embargo, al mencionar que su turno acaba a las cuatro y media, le da su número de teléfono a Rafe, cosa que me cabrea. ¿Cuál es su problema? ¿No es obvio que estamos aquí juntos? En verdad, no estamos juntos, pero ella no tiene forma de saberlo. «Vaya buscona».

—Creía que odiabas a los provinciales —le digo a Rafe—, pero no parece que te cueste hacer amigos.

Oigo el malhumor en mi voz.

—Solo hago lo que puedo para encajar aquí —responde Rafe—, pero debo decir que encuentro tus celos muy excitantes.

Intenta rodearme la cintura con el brazo y yo se lo quito de un manotazo.

Rafe sabe cómo hablar con el personal del hotel y cómo mostrar todas las sonrisas adecuadas y tarjetas de crédito correctas. Sabe cómo dejarse acompañar por el botones hasta nuestra habitación del décimo piso y cómo darle propina sin que resulte incómodo.

Estoy muy resentida. Este es mi mundo y lo está haciendo mejor que yo.

Pero es difícil seguir enfadada cuando veo nuestra habitación.

Es opulenta a la par que acogedora. Mucho blanco impoluto y dorado intenso.

Hay dos camas de matrimonio tan esponjosas como los malvaviscos y una vista de Nueva York que hace que parezca la versión cinematográfica de la ciudad en lugar de la real en la que crecí.

El baño es aún más dorado y blanco, con hermosos azulejos de mármol y una bañera lo suficientemente grande para nadar en ella. Una vez que he tirado todas mis cosas, me doy una lujosa ducha con jabones perfumados y toallas hechas de nubes. Solo cuando los dos estamos aseados y con la ropa impecable, me doy cuenta de que estoy sola en una habitación de hotel con su alteza Raphael Vanguard.

—Estoy hambriento —dice Rafe—. Vamos a comer algo.

Bueno, eso resuelve el problema... por ahora.

Rafe destaca en las calles de Nueva York. Aunque lleva vaqueros, camiseta y la chaqueta de cuero, la que al final le devolví, con su aspecto, su complexión y su moño, las miradas de los admiradores se posan constantemente en él. Veo que dan por sentado que debe ser famoso, un actor o un modelo, porque la gente normal no tiene tan buen aspecto. Todos esos ojos se deslizan hacia mí,

interrogantes, y luego se alejan veloces al ver que no soy nadie especial. Es una sensación increíblemente familiar. La mismísima manera en que siempre me siento con Kor a mi lado. Hacía meses que no me sentía tan invisible.

Rafe está erróneamente convencido de que ha probado buena *pizza* desde que la probó en Nápoles, donde «se inventó la *pizza*». Así que no tengo más remedio que educarlo con la auténtica *pizza* neoyorquina, que comemos en un banco de Central Park. Luego, como no pensamos seguir adelante con nuestro plan hasta el anochecer, paseamos por el Museo Metropolitano de Arte.

He estado en este museo innumerables veces, pero ahora lo observo con una mirada distinta. Veo los fundamentos de la vida de los Hacedores plasmados en el arte del Renacimiento. Rafe se pone muy irritable con una pintura de Raphael y dice que es una falsificación, ya que su familia tiene el original colgado en su casa de Avant. Lo dirijo a la sección de arte moderno para que no monte un escándalo, pero allí pierde rápidamente el interés.

—Ada, esto ha sido encantador, pero estoy agotado y quiero descansar para más tarde. Voy a volver al hotel a echarme una siesta. ¿Por qué no te quedas aquí? Está claro que hay mucho más que ver.

Él no me da la oportunidad de responder. Se lleva mis manos a sus labios y me roza los nudillos con un beso.

—Te veré más tarde.

Y se va.

Entonces me doy cuenta. Como un camión que se salta un semáforo en rojo. ¿A qué hora ha dicho la recepcionista que terminaba el turno? ¿A las cuatro y media? Ahora son las cuatro y cuarenta y cinco. Claro que está cachondo después de semanas sin sexo por fingir salir conmigo. Se me revuelve el estómago. Estoy

enfadada. Antes de que pueda pensar en lo mala idea que es, vuelvo furiosa a nuestro hotel.

Atravieso la puerta de nuestra habitación, dispuesta a dejar que mi ira arda, pero lo que veo me detiene en seco.

Rafe levanta la vista bruscamente, sorprendido por mi entrada. Está abrazándose con la recepcionista, pero no en flagrante delito, como yo esperaba. Los dos están sin camisa, pero supongo que es una cuestión de limpieza más que por otra cosa. Rafe está sentado en la cama y ella sobre su regazo. Estoy bastante segura de que está inconsciente.

Y luego está la sangre. Hay mucha.

Rafe se queda con la boca abierta por la sorpresa. Sus dientes brillan de color rojo, contrastando mucho con el nacarado blanco de la piel. La sangre le gotea por la barbilla y por el cuello. Su torso es un esculpido lienzo de una pintura caótica de Jackson Pollock con salpicaduras carmesíes. Esa no es su sangre. Es toda de ella. Brota en un río rojo de un corte en su delgada muñeca. La cuchara de Rafe está en la mesilla de noche con una punta afilada, ahora escarlata.

—No esperaba que volvieras tan pronto —dice como si le hubiera pillado cogiendo prestado un libro sin permiso o algo parecido. Sus palabras suenan húmedas y pegajosas por la sangre que recubre sus dientes. Él también se da cuenta y cierra los labios. Como a cámara lenta observo cómo se pasa la lengua por el interior de la boca. Su garganta se sacude al tragar. Me mira directamente, tan serio como siempre—. Te pido disculpas. No quería que vieras esto.

33

Estoy muda, entumecida tratando de procesar lo que estoy viendo.

—¿Qué...?

Pero ni siquiera sé qué preguntar. Contemplo la posibilidad de girarme y correr tan rápido como pueda.

—Dopaje sanguíneo —explica Rafe con sencillez, como si debiera ser obvio para mí. Tiene las pupilas dilatadas y sus músculos más definidos y grandes que de costumbre.

La sensación de Rafe mordiéndome el cuello me hace cosquillas en la memoria. Recuerdo haber pensado que quería atravesar mi piel y succionarme el alma.

—Al consumir su sangre, mi torrente sanguíneo absorbe sus células sanguíneas, lo que me da más energía, resistencia y fuerza —dice completamente tranquilo mientras la mujer yace inerte en su regazo—. El linaje familiar Vanguard tiene sistemas digestivos mejorados que producen enzimas protectoras, impidiendo así la descomposición de las células sanguíneas. El consumo de sangre se utiliza cuando necesitamos una suplementación extra.

—¿Bebéis sangre para haceros más fuertes?

Él asiente.

—¿Me estás diciendo que eres un vampiro?

—Los primeros experimentos con los Vanguard hicieron a los sujetos más dependientes de la sangre que ahora y algunos incluso tenían colmillos. Ellos son la fuente del mito del vampiro.

Mi cerebro estalla en mil pedazos. Miro a la chica.

—¿Está ella...? Ni siquiera puedo decirlo.

—Está bien. No he bebido tanto, y la he dormido. —Veo la copa vacía en la mesita de noche—. Se despertará, pensará que se quedó dormida viendo una película conmigo y seguirá su camino no peor de lo que estaba.

Y entonces doy un grito ahogado al encajar las piezas. Me agarro el brazo, recordando el rasguño rosa claro de Carnaval. Rafe ve el gesto y asiente.

—Sí, cuando los traidores de la Guardia te robaron la sangre, lo hicieron para doparse. Ellos seguro que buscaban divertirse a tu costa antes de entregarte a los Inquisidores. Como sire tu sangre tendría un efecto mucho más poderoso de lo normal; incluso podría otorgar temporalmente al bebedor tus habilidades de sire —añade desplazando a la chica de su regazo y untándole una pasta de barro en la muñeca—. Sin embargo, el *Testamento de la Guardia* prohíbe desde hace tiempo alimentarse de la sangre de otro Hacedor. Solo se puede emplear sangre filistea o animal para el dopaje.

—¿Cómo puedes comparar así a los humanos con los animales?

—Oh, vamos, tú tratas a los humanos como animales todo el tiempo.

—¡Eso no es verdad!

—No seas tan santurrona —suelta. Se limpia la sangre de la barbilla y se lame los dedos—. Toda la humanidad se ha beneficiado de la sangre de otros humanos desde el principio de los tiempos. Este país entero ha estado chupando vidas inocentes desde que diezmaron la población indígena y construyeron su economía a costa de los esclavos.

Utiliza la sábana sucia para limpiarse los restos de sangre del cuello y torso. Es obvio que hay un poder latente a través de él. Casi puedo ver su tatuaje de dragón ondulando mientras su corazón, que

ahora me doy cuenta de que es mucho más frío de lo que esperaba, bombea con el poder de la sangre robada.

—Finges superioridad moral y, sin embargo, los provinciales todavía compráis tecnología aun sabiendo su origen. Consumís moda y combustible para los coches sabiendo que estáis embolsando los bolsillos de regímenes que matan y oprimen a otros pueblos en beneficio propio. Os pasáis la vida ignorando el coste de las comodidades modernas y, sin embargo, siempre estás dispuesta a crucificar a cualquiera que sea un poco más sincero sobre la tendencia parasitaria de la humanidad.

Mi mente se tambalea ante sus acusaciones. Suena como el abuelo, siempre tratando de explicar que las grandes empresas se aprovechan sin miramientos de la mano de obra barata. Pero eso no es lo mismo que la chica desangrada tumbada en la cama.

—¿Así que crees que eso hace que esto esté bien?

—Significa que tú y yo no somos tan diferentes de lo que te gusta pensar. Solo te soy sincero. Puedes seguir comiendo carne de animales que nunca has visto y enviar niños a morir a la guerra en la que tú no lucharías. Si te aprovechas de alguien que está muriendo solo porque nunca le has visto la cara, entonces eres una maldita hipócrita. Yo sé quién soy y lo que hago. Puedes seguir viviendo en tu mundo de negación, sigue mintiéndote, pero no juzgues mis acciones.

—¿Por qué no bebiste mi sangre?

Esta sugerencia lo enfurece.

—Nunca te compares con ellos —dice furioso—. Eres un Hacedor, eres una sire. Estás hecha a imagen y semejanza del Conductor y vives una vida dedicada a continuar la creación del mundo, en lugar de vivir una vida destructiva de despilfarro, por instinto, como un animal. —Su rostro está lleno de desdén—. Quizá llegaste siendo

una mala hierba, pero tienes el potencial para ser mucho más. Ser mi alimento es lo más importante que ella podía... —Señala el cuerpo flácido de la pobre chica como si fuera un plato de sobras.

—Es una persona —murmuro. No entiendo cómo no se da cuenta. ¿Es así cómo ve a Georgie? ¿Como si fuera comida?—. Todos son personas con el mismo potencial que los Hacedores. ¿No ves esta increíble ciudad?

—Más negación. Ya sabes lo inútil que era tu vida antes de venir a Génesis —dice, y empieza a rociarlo todo con quitamanchas, porque por supuesto los Hacedores tienen uno que funciona. Ha hecho maravillas con mi ropa interior—. Son todos unos consumidores perezosos. Solo un puñado de filisteos han hecho alguna contribución útil al mundo desde el Éxodo de los Hacedores. Y todas se han utilizado para alimentar la codicia o la guerra.

No tiene ni idea de lo equivocado que está.

—Soy igual que ellos, y me parecía que habías dejado de odiarme. ¿No te das cuenta de que si les dieras una oportunidad también verías su valía?

Se me acerca, clavándome los ojos, su mirada dopada destila un tono de acero brillante y antinatural, está muy enfadado.

—¡Eres muchísimo mejor que ellos!

Está tan cerca que mi ropa corre peligro de mancharse de sangre. Tan cerca que ya ni siquiera veo la sangre. Tan cerca que oigo su corazón bombear a una velocidad sobrenatural. Miro hacia otro lado.

—Voy a asearme —dice él. Oigo la puerta del baño cerrarse de golpe.

Espero un momento, con la respiración agitada. Luego lo sigo enfadada. Esta conversación no ha terminado y no puedo quedarme sola en la habitación con el cuerpo inconsciente de una chica.

Entro en el baño con los ojos cerrados. Ya está en la ducha, con el agua a tope. Entrecierro los ojos y, cuando veo la cortina de la ducha corrida, los abro. Los restos de su ropa yacen en un montón desordenado en una esquina de la habitación. Una solitaria goma de pelo está tirada encima del tocador, cerca del lavabo. Cierro la puerta para no tener que ver a la chica tumbada, tendida y flácida.

—No puedo seguir formando parte de esto —digo levantando la voz lo suficiente para que se me oiga sobre el sonido del agua.

—Buscaremos a Hypatia y nos ocuparemos de tu abuelo, y todo habrá terminado —responde desde el otro lado de la cortina—. Te llevaré de vuelta al instituto, y allí podrás seguir viviendo en la negación, también podremos empezar a ignorarnos de nuevo.

La habitación se llena de vapor. Todo lo que acabo de ver y oír me hace más fácil ignorar que estamos teniendo esta conversación mientras él está completamente desnudo. Hay una raja en la cortina que no toca a la pared y a través de ella veo agua rosácea arremolinarse por el desagüe.

Sangre. La sangre de la chica. Me alejo de la ducha mientras me dan arcadas.

El vapor es más denso y el espejo está empañado. Solo puedo distinguir partes extrañas de mi cara, distorsionadas en una imagen deformada que no reconozco. Me cuesta respirar el aire pesado y húmedo. Respiro y mis pulmones se llenan del olor metálico de la sangre mezclado con las flores aromáticas del jabón del hotel. La cabeza me da vueltas y la saliva se me acumula en la lengua. Sé lo que viene a continuación.

Caigo de rodillas enfrente del inodoro justo a tiempo. Mi almuerzo de *pizza* me quema la garganta y me entran arcadas enfrente de la taza.

¿Qué estoy haciendo aquí? ¿Planeando tender una emboscada a mi familia con Rafe? ¿Por qué nunca me disculpé con Georgie? ¿Por qué le dije a Michael que debería salir con Kaylie? Estoy separada de todos los que realmente se preocupan por mí y la única persona en la que elegí confiar ha resultado ser un monstruo. Vuelvo a tener arcadas.

Una ráfaga de aire frío me hace cosquillas en el cuello y percibo cómo el sonido del agua ha cesado. Me giro y Rafe está detrás de mí con un mullido albornoz blanco. Ha abierto la puerta para que salga el vapor y respiro largo y tendido el aire limpio. Pero ahí está ella, tumbada en la cama con una expresión vaga en su rostro dormido. Vuelvo deprisa a la taza, Rafe se arrodilla en el suelo a mis espaldas, sujetándome el pelo mientras vacío el último contenido que queda de mi estómago en el retrete. Estoy temblando y sudando por todas partes. Mis manos están sucias al deslizarse por los lados de la taza de porcelana. Es imposible que salga algo más. Escupo en la taza varias veces, intentando quitarme el sabor de boca. Me incorporo, apartando a Rafe.

—No me toques —digo toda tensa. Estoy exhausta, agotada. ¿Por qué confié en él? Sabía que era peligroso. ¿Por qué me dejé atrapar por nuestra farsa? Sé que parte del dolor que siento ahora es el aguijón de la decepción.

Reconozco que, si bien esto siempre ha sido para salvar a Hypatia, también estaba empezando a ser algo más, algo con lo que nunca debería haberme entretenido. Ahora es una cosa más en la que estoy perdida mientras me arrepiento de estas decisiones. Me siento cómplice de lo que Rafe ha hecho. Tendría que haber sabido que no podía dejarme engañar por su buena apariencia y la química que hay entre nosotros.

Tiemblo de escalofríos y me castañetean los dientes. El trauma de la situación me envuelve en un manto de frío. Seguimos sentados en el suelo del baño. De cerca veo la degradación del paso de los años en las juntas de las baldosas de mármol. No es una vista tan glamurosa desde aquí abajo. Rafe está de rodillas detrás de mí. Se acerca y me agarra de los hombros, tratando de calmar mis temblores y darme algo de su calor.

—Por favor, no me toques —vuelvo a decirle, pero no se mueve—. Quítate —insisto débilmente.

Pero sus manos siguen ahí, sujetándome mientras mi cuerpo amenaza con temblar tan fuerte que se rompería en mil pedazos.

—Ada —me susurra con suavidad al oído, con una voz tan grave como siempre, pero inusualmente tierna—. No iré a ninguna parte hasta que te calmes.

Me tapo la nariz mientras el suave aliento de sus palabras recorre mi cara. Tengo miedo de que si inhalo oleré la sangre en su aliento. Me rodea con los brazos, envolviéndome en quietud, su pelo húmedo me cae en la cara. El agua lo ha transformado de rubio dorado a castaño pálido. Intento zafarme de su agarre, pero una vez más lo encuentro tan sólido como una roca. Una roca envuelta en suave terciopelo. Intento deshacerme de él una última vez, pero estoy bien atrapada. Después de lo que he presenciado, esto debería aterrorizarme más allá de las palabras. Pero, por alguna razón, surte el efecto contrario.

Lo odio. Eso es lo que me digo. Si tuviera la energía, la ira quemaría a través de mí. Gritaría. Lo arañaría. Le escupiría en la cara. Pero en lugar de eso, hago lo que él se espera. Me rindo, me desplomo sobre su pecho y lloro. No resulta una imagen bonita. Esta no es la de una delicada damisela en apuros llorando. Mi aliento huele a vómito, mi cara está húmeda de lágrimas y, probablemente,

de mocos. Mi cuerpo tiembla cuando lloro y él sigue abrazándome mientras me acaricia el pelo y susurra al oído. Me repite algo una y otra vez, unas palabras susurradas que no comprendo entre mis sollozos.

Cuando por fin he terminado de llorar, me levanto y pongo distancia entre el chico casi desnudo y yo, y que ahora lo siento como si fuera un extraño. Busco sus ojos, no sé para qué. Pero todo lo que encuentro es una fría maquinaria.

—Deberíamos irnos —dice mientras recoge la ropa. Sale del baño y yo lo sigo—. Es casi de noche, y quiero actuar mientras la sangre tiene su máximo efecto.

Puaj. ¿Tiene que seguir recordándome lo de la sangre?

—¿Cuánto durará? —pregunto con la garganta irritada.

—Estará en mi sistema durante unos días, pero los efectos más potentes durarán solo unas cinco horas. Sin embargo, te advierto que, si necesito ejercer mucho poder, me agotaré mucho más rápido de lo normal a menos que consuma más sangre.

—No —digo sacudiendo la cabeza enérgicamente—. Esa no es una opción.

—En cualquier caso, debes ser consciente de los riesgos.

—¿Qué hacemos con... ella? —digo señalando la cama.

—Se despertará y se irá. Estará de maravilla, lo prometo.

—¿Qué pasará con la parte en la que, ya sabes, le cortaste la muñeca y sorbiste su sangre?

—Ella no recordará nada de eso.

—Aun así, la violaste —digo recogiendo la ropa que prepararé para esta noche.

—Eso no es...

—Sí lo es.

Agarro mi bolso y vuelvo al baño a cambiarme, cerrando la puerta tras de mí.

Me pongo unos vaqueros y un jersey de cuello de cisne negros. Cuando los metí en la maleta imaginaba sentirme como una ladrona de gatos sexi. Había imaginado llevar el conjunto por encima de mi sujetador rosa. Pensé que seguramente Rafe adivinara qué sujetador llevaba.

Eso parece que fue hace toda una vida.

Ahora me siento ridícula. Me miro en el espejo, el negro hace que mi piel pálida resalte en un contraste fantasmal. Me recojo el pelo en un moño alto.

Cuando salgo del baño, Rafe también se ha cambiado. Viste sus vaqueros negros ajustados y su cazadora de cuero negra. Su pelo, aún cobrizo por la ducha, está recogido en un moño bajo, y su gran bolsa colgada en un hombro. Pero su aspecto ya no me conmueve, sobre todo con la señorita Suficientemente Buena para Comer desmayada detrás de él.

Rafe ha borrado cualquier señal de lo sucedido y ella yace en una cama de sábanas blancas impolutas. Casi puedo convencerme de que la escena es normal.

Me alejo de los dos y me dirijo a la puerta.

—Hagámoslo.

34

—Solo para aclararlo —le pregunto a Rafe mientras nos dirigimos a la parte alta de la ciudad—. Si una persona sin tu genética bebe sangre, ¿no le afecta?

La tensión me recorre desde la mandíbula hasta mis dedos apretados en un puño, pero Rafe camina con la misma frialdad confiada de siempre.

—No, a menos que se someta previamente a una cirugía digestiva invasiva de la que casi seguro que no sobreviviría.

Es la hora justo antes de que la ciudad se ilumine para alejar la oscuridad. Encontramos un lugar privado a lo largo del East River y Rafe abre el bote en las sombras.

Me inquieto al constatar que estoy a punto de hacer exactamente lo que mis detractores entre las Familias temían. Entregar la información que no querían confiarme a alguien que podría ponerlos en peligro. No habrá vuelta atrás después de esto. Pero no tengo otra opción; tienen a Hypatia.

—Recuerda el trato —susurro, casi inaudible. Esta parte del río está restringida y vérnoslas con la policía es lo último que necesitamos ahora, pero no puedo seguir adelante sin esa garantía —. Pase lo que pase, no harás daño a mi familia.

Rafe asiente.

—Siempre que Hypatia no salga perjudicada por mi inacción, tu madre y la estrellita pueden estar tranquilas.

—Y después harás todo lo que puedas por mi abuelo.

Vuelve a asentir.

No decimos nada más. No hay nada más que decir. Subimos al bote y Rafe despliega un remo para usarlo de motor y así no hacer ruido. La única fuente de luz proviene del reflejo de la ciudad en el río. Los únicos sonidos son mi respiración y el fantasmal deslizamiento del remo en el agua. No quiero tocar a Rafe, pero no hay espacio para no hacerlo. Está caliente contra mi espalda, sus muslos me abrazan mientras nos desvanecemos en la negrura de la noche.

Cuando llegamos a la isla, atracamos detrás de un arbusto cubierto de maleza. Ignoro la mano que Rafe me ofrece para ayudarme a salir del bote, tropiezo y me hundo en el agua hasta la rodilla. Cuando por fin estoy en la orilla, los zapatos se me embarran y las piernas me pesan por la tela vaquera empapada. Me apresuro a alcanzar a Rafe, quien avanza rápido y en silencio por el sendero cubierto de maleza.

—¿Cómo puedes ver por dónde vas? —susurro. Tengo la respiración agitada por intentar mantener el ritmo y me tropiezo continuamente con piedras y arbustos mientras nos alejamos de las sombras.

—Había olvidado que no puedes ver. Iré más despacio. Todos mis sentidos están agudizados.

Como si necesitara otro recordatorio sobre el asunto de la sangre.

Un gigantesco pájaro blanco con una cabeza emplumada se cruza en mi camino y me grazna. Pego un grito y Rafe me fulmina con la mirada por hacer ruido. Nos acercamos a un gran edificio, en su mayoría invadido por la naturaleza, con enredaderas verdes devorando ladrillos y piedra. Usando el mapa de Georgie en mi teléfono, encontramos una entrada en ruinas, la puerta hace mucho tiempo que no está y navegamos a través de pasillos que parecen

desérticos. El mapa nos indica que estamos cerca de una nueva construcción y, por supuesto, al torcer en la siguiente esquina, hay una puerta de acero que impide el acceso más allá. Un guardia se pasea por el pasillo y, cuando gira en la dirección opuesta, Rafe se lanza con absoluto silencio y hace shiin contra el cuello del guardia hasta que cae inerte en sus brazos.

—¡No puedes seguir haciendo daño a la gente! —susurro enfadada mientras Rafe deja al guardia en el suelo.

—No te preocupes. Tan solo le he sobrecargado el nervio vago.

Así que es eso lo que ocurre si empleas la técnica correcta.

—Es solo un desmayo leve, así que despertará pronto. Muy pronto. En marcha.

Rebusco en los bolsillos del guardia y encuentro una tarjeta naranja exactamente como la que me denegaron. Porque podría haberla utilizado para este mismo propósito. Ignoro la punzada de culpabilidad y uso la tarjeta para abrir la puerta.

Dentro, una escalera conduce hasta un sótano poco iluminado. El espacio ha sido renovado del todo. Pasamos enfrente de una habitación que parece un laboratorio médico, excepto porque está enrejada como una celda de prisión. Un hombre de mediana edad con una bata blanca de laboratorio está mirando a través de un microscopio, indiferente a su encarcelamiento.

Me preocupa que alerte a alguien de nuestra presencia, pero cuando pasamos junto a su celda, ni siquiera levanta la vista del microscopio.

Hay un laboratorio vacío, sin barrotes, y entro a echar un vistazo. En este hay tres frigoríficos grandes, y cuando abro uno, veo que está lleno de bolsas de sangre. ¿Para qué necesitan las Familias un banco de sangre?

Rafe mira desde la puerta donde vigila y, al ver la sangre, sacude la cabeza.

—Esto tiene muy mala pinta —susurra.

Seguimos avanzando y recorremos más celdas. Hay una en la que un hombre duerme con el pelo y la barba largos. Parece que lleva aquí una temporada y, por los muebles rotos arrojados con rabia, queda claro que no está del todo contento. Pero el resto de las celdas están desocupadas. Si las Familias son responsables de todos los otros sire desaparecidos, aquí no es donde los retienen. Empiezo a temer que Hypatia tampoco esté aquí.

Cuando llegamos hasta el final del pasillo, hay otra celda que está algo amueblada con una cómoda, una mesa y una cama. Hay una bandeja con comida sobre la mesa. Acurrucada en un rincón, hay una chica con la cabeza apoyada en las rodillas. Mis débiles músculos se alivian. Es Hypatia.

Rafe corre hacia la celda y se agarra a los barrotes. Al instante retrocede, aullando de dolor. No sabía que Rafe Vanguard pudiera aullar.

—¿De dónde demonios sacaron suficiente antimateria para construir algo así?

Mira los barrotes con una rabia atónita e impotente.

Me hago la misma pregunta. Nadie en las Familias parecía saber nada de antimateria cuando les conté lo de los guantes que me mortificaban en el secuestro. Pero estas barras indican lo contrario.

—¿Hypatia? —pregunta Rafe. Un temblor de miedo en su voz hace que la mire preocupada. Ella ha alzado la vista, pero no se ha movido ni ha hecho ademán de reconocernos. No se parece en nada a la luchadora que era antes. Tiene su pelo rubio claro suelto y el blanco de sus ojos teñido de rojo.

Tenemos que llegar hasta ella. Pero no hay ninguna abertura discernible o cerradura en la celda. Los barrotes neutralizarán cualquier uso de ha'i.

Rafe abre la cremallera de su bolsa y saca la pistola más ridícula que he visto nunca.

Es de plástico con un montón de tubos extraños, como una de esas grandes pistolas de agua.

Rafe apunta a la celda y aprieta el gatillo. El arma emite un láser que lo utiliza para recortar una retícula de los barrotes y hacer una abertura. El láser solo funciona con estos y rebota inofensivamente en cualquier otra cosa que toque. Con el último recorte, los barrotes ceden hacia dentro, cayendo al suelo con un estruendo chirriante que me hace pegar un salto.

Rafe se precipita por el agujero y abraza a Hypatia, quien se deja caer débilmente en él.

—¿Qué ocurre?

Su voz es un gruñido dolorido.

Hypatia se toca el cuello.

Veo el collar al mismo tiempo que Rafe. Es del metal de los barrotes, de los guantes. Antimateria.

—¡Maldita sea! Ada, ayúdame.

Tiene los ojos húmedos. Corro a su lado y ayudo a sostener a Hypatia mientras empuña el arma con cuidado. Pero no aprieta el gatillo. Me mira con los ojos llenos de miedo. No creía que fuera posible que Rafe Vanguard tuviera miedo.

—Una pistola magnética solo debería afectar a la antimateria —me explica, aunque suena más como si se estuviera autoconvenciendo.

—Tú puedes hacerlo —susurro.

Hay un sonido inconfundible de pasos acercándose desde la dirección por la que vinimos. Tenemos que darnos prisa. Consulto el

mapa de Georgie en mi teléfono buscando una salida alternativa. A lo lejos una puerta se cierra. Pasos pesados vienen hacia nosotros. Van deprisa.

—Rafe —le digo, tan calmada y tranquilizadora como puedo.

Aprieta el gatillo.

El collar se desprende y la carne de debajo está roja e hinchada. Con la antimateria lejos de su cuerpo, Hypatia suspira profundamente y veo cómo la piel se le cura por sí sola, dejando solo un fino anillo rosado de tejido cicatricial.

—Gracias al Conductor —respira aliviado Rafe—. No debe de haber estado activo demasiado tiempo.

Eso me hace recordar lo que Michael dijo cuando me rescató de los guantes, que la exposición prolongada a la antimateria puede ocasionar que un sire pierda su capacidad de conducir.

—¿Estás bien? —le pregunta Rafe a Hypatia.

—Tengo sed —carraspea débilmente.

—Ahora estás a salvo. Te lo prometo —dice Rafe atragantándose con las palabras mientras devuelve la pistola magnética a la bolsa.

De acuerdo con el mapa de Georgie, la única otra salida sin volver por el pasillo está hacia arriba. Hay una ventana en la celda, pero está demasiado alta para subir, e incluso si no lo estuviera, no llegaríamos a tiempo.

—Puedo hacer ese salto —dice Rafe—. Subiré a Hypatia, luego volveré y bajaré a por ti.

—¿Estás loco? No hay manera de que puedas llegar, ¡ni mucho menos con nosotras y tu bolsa!

—Yo puedo.

Flexiona los brazos y veo sus músculos rígidos y las venas palpitantes de su cuello. Recuerdo la sangre robada que corre por su cuerpo. Aparto la mirada.

—Coge a Hypatia y vete. No hay tiempo para que vuelvas a por mí, pero estaré bien. No me harán daño. Te veré en el bote.

—¿Estás segura de que estarás a salvo? Puedo correr más rápido que ellos, incluso sosteniendo a las dos.

—Vete. Tengo que averiguar lo que está pasando aquí antes de irme.

Dicho eso, se cuelga la bolsa en el hombro y se agacha. Hypatia se sube a lomos, aferrándose a su cuello. Como si no pesara más que una almohada, Rafe se eleva, saltando mucho más alto de lo que es capaz cualquier humano, y se agarra con la punta de los dedos al alféizar de la ventana. Luego, sosteniendo el cuerpo de los dos con un solo brazo, utiliza el codo revestido de su chaqueta de cuero para romper la ventana. Vaya, supongo que no exageraba sobre los efectos del dopaje sanguíneo. En segundos, se han escabullido a través de la ventana y se han ido.

Momentos después, cuatro guardias de seguridad se acercan, bloqueándome la salida de la celda. Les sigue Alfie. Su corbata de hoy es de colores mostaza y púrpura.

Alfie evalúa la ventana rota y la prisionera desaparecida.

—¡Quiero que los encontréis y recuperéis a la chica! —les ordena a los guardias—. Yo puedo ocuparme de ella.

Los guardias se marchan por donde han venido. Trato de empujar a Alfie.

—Llévame con Kor o con cualquier otro miembro de la Cámara Interior que esté aquí —exijo.

—De ninguna manera.

—¿Cuál es tu problema?

Lo empujo, pero no tengo mucho margen de maniobra mientras evito tocar las barras de antimateria.

—¿Por qué iba a ayudarte? —se burla Alfie—. Has resultado ser la traidora que llevaba esperando. El único lugar al que vas a ir es a una de esas celdas y permanecerás allí hasta que llegue mi padre.

Oh, diablos, no. Supongo que tendré que encontrar a alguien razonable por mi cuenta. Me giro para comprobar si hay algo en la celda que pueda utilizar para defenderme. Nada. Cuando vuelvo a girarme, los ojos de Alfie parpadean hacia arriba demasiado rápido, y estoy bastante segura de que me estaba mirando el culo. Se ve bien con estos vaqueros.

—Mis ojos están aquí arriba, pervertido —digo mientras doy un paso adelante para que estemos nariz con nariz. Seguro que existe alguna forma de usar mi ha'i para esquivar a Alfie, pero me atengo a lo que mejor sé hacer, y le doy un rodillazo en las pelotas. Mientras él se pliega con un chillido de dolor, lo empujo y corro.

No me alcanza hasta que ya he subido las escaleras y estoy fuera del edificio. Al tropezar por el oscuro paisaje cubierto de maleza, él se abalanza sobre mí, tirándome al suelo. Y luego, sin contemplaciones, se sienta en mi espalda para mantenerme en el suelo.

—¡Suéltame! ¿Qué haces?

—Te estoy deteniendo, traidora.

Tiene una cuerda y, por lo visto, duda si usarla para mis manos o mis pies.

—No soy una traidora, idiota. Llama a Kor o a mi madre. Puedo explicártelo todo, tonto.

—Si quieres un final feliz, tal vez deberías hablarme con más respeto.

—¿Con más respeto? Estás literalmente sentado encima de mí.

Y es pesado. Mis intentos para empujarlo están resultando del todo inútiles.

Él murmura un poco más acerca de cómo todo el mundo solo confía en mí debido a mi familia mientras él entrenaba tan rigurosamente, y bla, bla, bla. Como si no aprovechara a la mínima oportunidad para recordar a la gente que es descendiente directo de un Borgia.

Decide usar la cuerda para mis pies, que anuda con habilidad a la altura de los tobillos. Tal vez atar nudos fue una de las muchas cosas que me perdí durante esos «rigurosos entrenamientos».

Hago shiin e intento conducir, pero no pasa nada. Estoy acostumbrada a reprimir mi ha'i con las Familias. Por no hablar de que, con Alfie sentado encima de mí reviviendo los recuerdos de estar atrapada en una caja, estoy muy lejos de poder acallar mi mente, cosa que suelo cultivar cuando invoco mi ha'i.

Cuando Alfie por fin me quita el peso de encima, intento coger mi cuchara, pero él es más rápido que yo y me retuerce los brazos a las espaldas, atándolos, de entre todas las cosas, con su ridícula corbata. Luego me quita la cuchara y el móvil del bolsillo.

Una vez que estoy completamente inmovilizada, retrocede un poco. Rafe estaría furioso conmigo por haberme metido en esta situación sin defenderme.

Alfie se pasea de un lado a otro mientras teclea rápidamente en su móvil.

—¿Entiendes lo que has hecho? —me pregunta.

—¿Salvar a una niña secuestrada y sufriendo?

—Has revelado una de nuestras ubicaciones más secretas. Puede que hayas deshecho años de trabajo. Podríamos vernos obligados a destruir todo este sitio si se corre la voz. Y no creas que no he encontrado el troyano en tu meme inmaduro.

—Así es. Tu falta de precaución es la verdadera razón por la que esta ubicación encubierta está en riesgo.

—Menuda... —bravuconea en una rabieta interna contenida, y, aunque está demasiado oscuro para verlo, me gusta imaginar que su estúpida cara refleja un profundo enfado—. Podrás regodearte todo lo que quieras cuando te ponga uno de esos collares.

El horror me recorre la espina dorsal al recordar la antimateria punzándome las palmas de las manos.

—Eso no es necesario —digo mientras intento mantener la calma —. Solo llama al resto de la Cámara Interior. Llama al doctor Ambrose si no crees que mi madre o Kor sean imparciales.

No hay forma de que ninguno de ellos me ponga un collar, excepto por...

—Mi padre ya está en camino.

El pánico me aprieta la garganta. El consejero Avellino no dudaría en encerrarme igual que a Hypatia. Pero ya he estado expuesta a la antimateria, y si me ponen un collar durante demasiado tiempo, podría perder mi capacidad de conducir ha'i, cuando apenas he aprendido a usarlo correctamente.

Mis siguientes palabras salen como un sollozo.

—Por favor, déjame ir.

—No actúes como si esto fuera culpa mía. Tú has traído al enemigo aquí. No seré quien cargue con la culpa de nada de esto cuando fui yo quien intentó advertir a todo el mundo sobre ti.

—Por favor, llama también a mi madre —le ruego—. Te juro que nadie te culpará.

Pero Alfie ignora mis súplicas, y sé que, esta vez, nadie me rescatará.

«Inhala».

«Exhala».

Voy a tener que salvarme yo sola.

Examino mi entorno tal y como Rafe me ha enseñado. Si pudiera hacer una llama, quemaría mis ataduras, pero Alfie tiene mi cuchara, y no hay forma de que genere una llama estática. ¿Dónde hay una alfombra cuando la necesitas?

Tanteo con mis manos detrás de la espalda, esperando hallar algo, cualquier cosa que pueda usar.

Hierbajos, barro o palos.

Todos inútiles.

Tengo una idea. No es nada que Rafe me haya enseñado, sino un viejo recuerdo de un campamento de verano. Habíamos estudiado herramientas de supervivencia en la naturaleza y aprendimos cómo encender un fuego a partir de la fricción de ramitas. Se requiere mucho esfuerzo y yo nunca lo logré, pero tengo que intentarlo.

Agarro dos palos y, aunque no tengo mucho margen de movimiento, froto el uno contra el otro con tanta fuerza como puedo mientras conduzco mi ha'i, buscando cualquier chispa para prender fuego.

«Por favor, ayudadme».

No pasa nada, aparte de que mi piel se pone en carne viva. Sé que el objetivo es que la fricción caliente la madera lo suficiente para que arda, así que me detengo y hago shiin, concentrando todo mi ha'i en calentar la madera. Una vez que siento que prácticamente me está abrasando las manos, froto las ramas de nuevo y conduzco mi ha'i hacia fuera. Mi ha'i que forma parte de mí. No está separado de mí.

«Ada, ayúdate a ti misma».

Surge una llama. No puedo verla, pero puedo sentirla, quemando la piel de mis manos mientras cumple su función con la corbata de Alfie y el dobladillo de mi cuello de cisne.

Grito triunfante. Alfie viene corriendo hacia mí, pero lanzo una bola de fuego hacia él y salta lejos.

—¡Atrás! —le grito.

Mis manos ya se están curando, pero no lo bastante rápido. Procuro ignorar el dolor mientras voy desatando las cuerdas de mis tobillos. Cada movimiento es una agonía para mis dedos.

Al levantarme, ya no hay ninguna bola de fuego a la vista, y Alfie se acerca. Pero no me van a derribar o atar de nuevo. Cuando me agarra, no forcejeo, sino que me inclino hacia él, lo que le hace tambalearse por la inesperada falta de resistencia. Aprovecho el momento para alcanzar su cuello, rezando por haber elegido el lugar correcto. Conduzco mi ha'i hacia su nervio vago, y debo haberlo hecho bien porque se desploma desmayado.

Siento que el corazón me va a estallar de alivio.

Rebusco en los bolsillos de Alfie, cojo mis cosas y de inmediato uso mi teléfono para llamar a mamá.

¡Uf! ¿Por qué nunca contesta? Cuelgo e intento llamar a Kor, pero salta el buzón de voz.

Rafe e Hypatia no pueden esperarme eternamente. Tendré que volver sin aprender lo que vine a aprender. Uso la linterna de mi cuchara para tratar de encontrar el camino de vuelta al agua, pero sin Rafe para guiarme, está demasiado oscuro y cubierto de maleza.

De pronto noto que una luz viene hacia mí desde un camino mucho más visible que en el que estoy.

—¿Ada? ¿Eres tú?

Con la escasa luz tardo un minuto en reconocer que es Kor. Está más delgado, lo que resalta la exquisita estructura ósea de su cara aún más que antes, y su pelo ha crecido tanto como nunca lo he visto. Pero parece tan tranquilo y dominante como siempre, y me

siento aliviada. Él sabrá qué hacer y podrá explicarme qué está pasando.

—Hola —dice como si no estuviéramos en el recinto de un hospital en ruinas.

—Hola —digo yo como si no me faltara el aire por haberme escapado de una captura.

Entonces se abalanza sobre mí y me envuelve en un abrazo.

—Me alegro de verte.

Le devuelvo el abrazo, con fuerza, retrasando el momento en que tendré que enfrentarme a las preguntas difíciles que podrían cambiarlo todo.

—Ada —me dice en el oído—, ¿qué haces aquí con un hereje?

Rompo el abrazo y doy un paso atrás. Hereje. Así es cómo se refieren a los exiliados en los primeros textos de las Familias, en los textos del Inquisidor, pero ya nadie los llama de esta manera.

—He venido a...

Suena un graznido desde el árbol por encima de Kor, quien se mueve a unos metros de distancia haciéndome señas para que lo siga.

—Eso son garzas —explica—. Hay que tener cuidado de no molestar demasiado a las aves. Nuestra actividad en la isla ya ha disminuido su reproducción y no queremos que la Sociedad Audubon ande husmeando. ¿Qué decías?

—He venido a advertirte de lo mucho que los Hacedores saben de ti y para rescatar a Hypatia.

—¿Por qué necesita que la rescaten?

Recuerdo el estado en el que la encontramos y de nuevo me nacen ira y confusión.

—Bueno, desde luego sí que lo parecía.

Había planeado convertir el rescate en algo beneficioso para las Familias, explicarles que no vale la pena correr el riesgo, ya que ella pertenece a la familia real, pero estoy demasiado enfurecida tras ser testigo de su maltrato.

—Te enviamos a la escuela de herejes para obtener información, no para hacer amigos y que los ayudes a robarnos.

—¿Qué estás diciendo? ¡Estás literalmente secuestrando gente!

—Casi todos los sire han accedido a cooperar como voluntarios. Están encantados de ayudarnos tan pronto como les explicamos la importancia de nuestro trabajo y los ayudamos a comprender sus habilidades.

—Habéis secuestrado a una niña de su hogar y la habéis mantenido en condiciones abusivas...

—No ha sido maltratada. Hemos intentado que estuviera cómoda y feliz, pero apenas comía, y tuvimos que encerrarla en la celda desde que intentó escapar de noche, lo que resulta muy peligroso para ella en esta zona. Anoche atacó a un guardia, le mordió la muñeca tan fuerte que sangró, por eso le pusimos el collar. No debería haberle sentado tan mal el collar, por eso lo siento —añade, y frunce el ceño, con una genuina preocupación en los ojos.

—Sí, eso es porque es una enferma crónica. Hay que devolverla a casa para no desatar la ira de toda la familia real y su guardia.

—Por desgracia, la necesitamos, y no puedo dejarla marchar.

—No lo entiendo... ¿Quién eres ahora?

Resoplo y me doy cuenta de que he empezado a llorar de nuevo. Estoy llorando porque no entiendo lo que estoy viendo en esta isla o cómo Kor podría formar parte de este entramado.

—Kor, tienes que entenderlo. Los Hacedores no son malos. Los que están al mando han tomado decisiones egoístas, sí, pero son buenas personas.

—Basta, Ada. Te defendí cuando otros dijeron que no creían que estuvieras preparada para este trabajo. Creí en ti, pero tenían razón: te lavaron el cerebro. Estoy seguro de que los herejes tienen muchas cualidades, pero son los responsables de dejar que el resto del mundo sufriera cuando tenían el poder de ayudar.

—Su objetivo final es reunirse con el resto del mundo. ¡Tienen una profecía al respecto y todo!

—Sí, el Oculus ha encontrado evidencia de años y años de profecías que podrían ayudar a todo el mundo, sin embargo, las han mantenido para ellos. El Gran Maestro no estará contento de oír hablar de tu mentalidad simpatizante. Te retiro de la misión.

—¿Qué? No, no puedes...

Endereza la espalda y me mira.

—¡Sí que puedo! Soy la mano derecha del mismísimo Gran Maestro.

—Pero estoy aprendiendo tanto... Aprendo a controlar mis habilidades, imagina los avances que podríamos aplicar...

—Y es una pena que pierdas eso, pero es preferible a que yo te pierda a ti.

—No vas a perderme.

—¿No te he perdido ya? —pregunta con una expresión oscura, de tristeza y decepción—. Ni siquiera me dijiste que venías a la ciudad. Te colaste aquí. ¡Y te has llevado a una prisionera! ¿Y no debería dudar de tu lealtad?

—¿Qué se supone que debía hacer? No me dijiste nada. ¡Nada! Vine aquí para advertirte, para decirte que tienen fotos tuyas, y para averiguar lo que he estado ayudando a hacer. Pensé que te estaba ayudando a mejorar el mundo, ¡no a secuestrar niñas!

—Lo único que tenías que hacer era mantener tu tapadera y, en vez de eso, le dices a un peligroso miembro de la familia real quién

eres y lo traes directamente a nosotros. Vamos a tener que trasladarlo todo a otra instalación ahora que ha estado aquí.

—Piensa lo que quieras, pero tomé la decisión correcta. El hecho de haber salido de esa isla y estar aquí hablando contigo es la señal de mi éxito. Fue tu elección mantenerme en la sombra, así que me vi obligada a actuar por mi cuenta. Y elegí a la persona perfecta para contárselo. La persona con más probabilidades que creyera en mi inocencia a pesar de mis conexiones familiares. Una persona que tiene su futuro planeado y sus propios secretos, para que se me mantenga callado cuando todo esto termine. Ahora deja de subestimarme como el resto y confíame la información que necesito para cumplir el trabajo que me enviaste a hacer.

No estoy segura de querer seguir haciendo cualquier tipo de trabajo para ellos cuando descubra lo que el Oculus ha estado tramando, pero ahora mismo asegurarme de que soy yo la que tiene el control de tomar esta decisión me reconforta.

—Ya has completado tu trabajo. La información que nos enviaste es suficiente. Con eso, combinado con lo que tenemos de Prometeo y nuestra nueva pista, no hay razón para que vuelvas.

—Pero al fin tengo información sobre una piedra que permite a quienes no son sire usar el ha'i. Soy la única sire de la familia. Me necesitas para...

—Eso ya no es del todo cierto.

Kor arranca una hoja del árbol de su lado y la presiona en su mano, que hace shiin. Siento el zumbido de ha'i —mucho más fácilmente de lo que yo lo logré con los palos— y la hoja estalla en una llama de pocos segundos. Luego desaparece, como una nube de ceniza que cae al suelo.

—Ya no eres la única sire de la familia, Ada.

35

Kor no es un sire. No puede serlo. No tiene los síntomas con los que crecí. Miro su labio superior y su cicatriz sigue ahí. Los sire no tienen cicatrices. ¿Habrá conseguido una piedra ha'i? Pero sus manos están vacías.

—No lo entiendo.

—¿No es increíble? ¿Sabes cuánto bien he hecho ya? —dice con una cara radiante—. He estado ayudando en la clínica de caridad. Hay tantas pequeñas cosas que soy capaz de curar solo con mi energía. He salvado vidas, Ada —cierra los ojos, con el ceño fruncido —. Antes había mucho ruido. Todos esos fans pensando que yo era alguien especial, tratándome como si mis canciones dieran sentido a sus vidas. Me sentía como un impostor sin nada real que ofrecer —abre los ojos—. Pero ahora, ahora tengo tanto que dar.

Toma mi mano entre las suyas y su mirada se vuelve sombría.

—Estoy seguro de que hay gente buena en esa isla, pero haré lo que sea para ayudar a nuestro mundo.

Hay algo en la forma en la que lo dice que provoca que mi cuerpo se enfríe.

—Kor, ¿qué has hecho?

Pero ya sé cómo alguien que no nació sire puede obtener poderes.

—Has estado bebiendo la sangre de los sire secuestrados —digo conmocionada y disgustada.

Asiente.

—Pero... ¡eres vegetariano!

Apenas reconozco a la persona que me habla.

—He aceptado que este poder tiene un coste.

—¡Sangre humana!

Me alejo de él horrorizada.

—¿Cómo eres capaz de digerirla?

—Prometeo me dio la información adecuada para transformarme.

Prometeo. El aliado de Kor en Avant. Sé que ha dado información relevante a las Familias, pero nada que les diera acceso directo al pueblo de los Hacedores. Nada como lo que sí que esperaban obtener de mí.

—No fue una cirugía sencilla.

Jadeo cuando Kor se levanta la camisa. Hay un brutal entrecruzamiento de cicatrices, un mapa de carne desgarrada.

—Las habilidades de sire solo curan tu cuerpo tal y como está ahora, no cualquier daño anterior a que se activaran.

Hay amargura en su voz. Kor ha estado trabajando duro para lograr el cuerpo con el que ganó una serie de portadas de revistas descamisado. Ahora su abdomen cicatrizado está muy lejos de ser digno de una sesión de fotos. Si Prometeo le enseñó a Kor cómo hacerse esto, no me hago una idea de qué otros conocimientos médicos puede llegar a tener.

—¿Puede Prometeo ayudar a curar al abuelo?

—¿Tomás?

Kor vuelve a bajarse la camisa.

—De su cáncer.

—Tomás no está enfermo.

Estoy tan confundida.

—Está enfermo.

—Tu abuelo es un anciano, Ada. Tuvo una operación rutinaria mientras estabas en Italia y otra desde entonces. Hubo un periodo

de recuperación difícil, pero está bien ahora.

—Pero ¿qué pasa con todo eso de las células madre y las transfusiones de sangre?

Kor se pone rígido y no me mira a los ojos.

—Eso era para mí.

—¿Quieres decir que eran para eso? —le pregunto señalando su cuerpo.

—No. Ada, soy yo quien tiene cáncer.

—¿Qué?

Kor es joven, vital y sano.

—Tengo leucemia. Estadio cuatro.

Su mirada es serena y resignada.

Me llevo la mano a la boca horrorizada. Siento que el tiempo se ralentiza mientras trato de encajar las piezas.

—Pero si puedo mantenerme bien el tiempo necesario para que nuestro plan sea un éxito, nadie más lidiará con esta miserable enfermedad jamás.

Pienso en todas sus visitas al doctor Ambrose, las hemorragias nasales, la gira pospuesta.

—¿Cómo es que nunca me lo dijiste?

—No estaba preparado, y entonces tuviste que irte. Pero ahora estoy bien. La sangre de sire me mantiene sano.

—¿Por qué Prometeo no pudo ofrecerte otra cura?

—El cáncer estaba demasiado avanzado. Era demasiado tarde para cualquiera de sus curas.

¡Demasiado tarde! Kor se estaba muriendo y nunca me lo dijo.

—Pero ahora que eres un sire, ¿estás mejor?

A pesar de todo lo que he aprendido a lo largo de esta noche, quiero que él esté bien.

—No. La sangre sire me da habilidades y me mantiene estable mientras está en mi sistema, pero al dejar de tomarla, me deterioro deprisa. Por lo visto, la chica tiene un grupo sanguíneo universal que habría sido más eficaz. Pero ella ha estado demasiado enferma para que lo pruebe.

Probarlo. Es decir, beberlo. Mi cerebro está enredado tratando de reorganizar mis sentimientos. Estoy furiosa y disgustada por lo que Kor ha estado haciendo, pero la parte de mi corazón que lo ha amado durante tanto tiempo se está rompiendo por saber lo enfermo que está.

—¿Por qué no usaste mi sangre? La habría dado sin dudarlo. Te la daré ahora.

—Lo consideré, pero tu madre no lo permitió.

Oigo crujidos en el sendero detrás de mí y giro la cabeza para encontrarme con mi madre acercándose. A pesar de lo tarde que es, va tan arreglada como siempre. Quiero correr hacia ella, dejarme caer en sus brazos y que me proteja de toda esta verdad inoportuna. Pero ella ni siquiera me mira hasta que está de pie a mi lado.

—No dejaré que te conviertan en uno de sus experimentos, robando libremente tus plaquetas cada vez que lo necesiten —dice. Un apretón cordial es el único afecto que recibo—. Déjala ir y que se lleve a la niña.

—No puedes darme órdenes. Ya no eres mi superior.

—Puede que sea cierto, pero soy tu tía —afirma mientras se cruza de brazos—. Prometeo tampoco estaba contento con el cautiverio de la chica. Ha estado exigiendo su liberación antes de brindarnos más ayuda y rescatarla hará que la tapadera de Ada sea más creíble. Dejarlas ir nos beneficia.

—Ada no necesita que su tapadera sea más creíble —replica Kor —. Ella no va a volver.

—Ada decidirá lo que es mejor para ella —dice mi madre con firmeza. Esas son palabras que nunca pensé que diría. Kor parece a punto de protestar.

—Quiero volver —les digo.

Kor se vuelve hacia mí con los ojos muy abiertos.

—¿Me dejarás por ellos?

¿Cómo está tan dolido? Soy yo a quien han traicionado.

—No, voy a ayudarte. Hay algo llamado piedra ha'i. Si puedo encontrarla, tal vez no necesites la sangre de nadie.

Su expresión se endurece.

—De acuerdo. Ve. Y llévate a la chica. Si está enferma, debe estar con su familia. Pero piénsatelo dos veces antes de irte. Nosotros no te necesitamos más allí. Tenemos un nuevo informante en Génesis.

—¿Qué?

«¿Qué diablos?».

¿Quiénes podrían ser? ¿Son los que robaron la piedra ha'i? Y si no fue Nora Montaigne, ¿de qué modo está involucrada? Bah. Todo está confuso en mi cabeza.

—Sigue tu camino.

Kor se aparta de mí.

—Espera. ¿Qué más has averiguado sobre Ozymandias Tech?

Se queda inmóvil y, sin girarse, dice:

—Ya no creemos que estén implicados.

Eso no es verdad. Tienen que estar involucrados de alguna manera. Quiero decirle a Kor lo que he averiguado sobre las conexiones familiares de Nora Montaigne, pero hay otra cosa prioritaria en mi mente.

—Si no fue Oz Tech, ¿quién me secuestró?

Kor se encoge los hombros y finalmente se vuelve para mirarme de nuevo, su cara es todo un cuadro de tristeza.

Apenas puedo respirar.

Miro a mi madre, que tiene lágrimas en los ojos.

—Te juro que no tenía ni idea —dice.

Vuelvo a mirar a Kor.

—Pero ¿tú sí?

Él asiente con la cabeza. Siento como si me fuera a derrumbar en el suelo, pero, de alguna manera, me mantengo de pie.

—¿Cómo has podido? —pregunto antes de ahogarme, incapaz de contenerme las lágrimas—. Kor, me metieron en una jaula. No podía moverme. Apenas podía respirar —me ahogo en un sollozo—. Y los guantes me quemaron. Me dolía tanto...

Se me quiebra la voz e intento tragarme el doloroso nudo de mi garganta.

—No tuve elección.

—Me dejaron inconsciente.

Por instinto me llevo la mano a la nuca.

—No deberían haber hecho eso —dice con acero en la voz—. Nunca debieron hacerte daño.

—¿Por qué no me avisaste?

—Quería hacerlo. Debería haberlo hecho. Pero... Tu reacción tenía que ser auténtica.

Parpadeo.

—Tienes que estar de broma.

—Lo siento —dice en voz baja—. No podía estar seguro de que tener habilidades bastara para que los herejes te reclutaran. Necesitaban pensar que estabas en peligro. Y el resto de la Cámara Interna tenía que estar convencida de que estabas en peligro para que estuvieran de acuerdo en enviarte lejos.

No solo no me lo dijo, sino que fue él quien planeó todo el asunto.

Miro a mi madre en busca de alguna explicación.

—Nadie fuera del Oculus sabía de los secuestros hasta hace poco. La mayoría de los demás sire vinieron voluntariamente —explica ella en voz baja—. Así que tu abducción parecía una amenaza externa para el resto de nosotros.

Ni siquiera encuentro las palabras. He conocido a Kor tanto tiempo, y esto está tan lejos de cualquier cosa que pudiera imaginarlo hacer, incluyendo lo de beber la sangre de una chica joven.

No hay suficiente espacio dentro de mí para contener tanta conmoción y confusión.

«Vi algo que no debería haber visto».

Eso es lo que decía el mensaje de Izzy. Pero lo que sea que hubiera visto no fue en Oz Tech. Estaba con las Familias. Lo que fuera que vio la hizo querer dejar la orden, y también trató de protegerme de ellos.

Espero que, donde quiera que esté, esté a salvo.

—Por favor, compréndelo —dice Kor con una expresión realmente sincera—. Hice esto no solo por las Familias. Todo ha salido mejor de lo que podíamos esperar. Siento que tuvieras miedo y te sintieras herida. Nunca me perdonaré por tus cicatrices —añade, y se agarra la cruz del cuello, apretándola en el puño—. Pero también me alegro de que haya funcionado.

Sacudo la cabeza, sin saber cómo responder a una traición tan grande de una de las personas que más quiero en el mundo.

—Me perdonarás —insiste con la convicción de alguien que siempre se sale con la suya—. Volverás para obtener más información de los herejes y juntos traeremos un cambio radical al

mundo. Entonces te darás cuenta de que todo ha valido la pena y me perdonarás.

Su tono es confiado, pero sus ojos son suplicantes.

—Tienes que irte, Ada —dice mi madre—. Toda la Cámara Interior ha sido alertada sobre la brecha de la celda y no todos querrán dejarte ir.

La sigo y le doy la espalda a Kor sin despedirme.

Mamá me guía con una linterna hasta la zona de la orilla donde Rafe está esperando.

Cuando casi estamos allí, me arrepiento y me detengo.

—Esto no me parece bien. Creía que las Familias eran buenas.

—No es tan sencillo. Y muchos integrantes de las Familias no están de acuerdo con lo que ha estado pasando aquí.

—Entonces, ¿deberíamos ayudarlos? ¿O deberíamos detenerlos?

Mi madre se queda pensativa un momento y luego dice:

—Siempre he creído en la misión de las Familias. Kor tiene un nuevo plan radical para ayudar a hacerlo posible y el Oculus lo aprueba. No soy la única que no está de acuerdo con sus métodos, pero es una persona que tiene una gran influencia dentro de la organización y puede hacer del mundo un lugar mejor.

—Quizá debería quedarme.

—No —dice, y su voz se vuelve muy aguda—. Es más seguro que te vayas.

Se me revuelve el estómago al ver lo convencida que está de que me vuelva a ir.

—Acabas de decirle a Kor que puedo elegir lo que es mejor para mí.

Eso me ha hecho sentir que había una conexión entre nosotras, como si por fin empezara a tratarme como a una adulta. Ella suspira.

—Por supuesto que puedes elegir. Pero tampoco tienes tiempo para tomar la mejor decisión. Tu seguridad es mi prioridad, muy por encima de mis deberes con las Familias. No puedo evitar que te utilicen por tu sangre si te quedas aquí.

—Mamá, tú también necesitas protegerte. Si vine aquí fue para avisártelo. Los Hacedores saben quién eres.

—No te preocupes por mí. Sabemos lo que saben. Solo mantente a salvo.

—¿Y qué pasa con el abuelo? ¿Está bien de verdad?

Su expresión es tensa.

—Está bien.

—Aunque no sea cáncer, ¿le pasa algo más? Parecía tan enfermo. Rafe es un sanador. Ha aceptado tratar de ayudar al abuelo. Tal vez deberíamos ir con él antes de...

—No. Tienes que irte. Te prometo que no está enfermo. Tuvo una serie de operaciones, pero fueron un éxito y se está recuperando bien.

—¿Por qué no sabía nada de ellas?

—No quería que lo supieras. Pensó que tu preocupación por él podría afectar en tu decisión de irte o no.

¿Por qué me da la sensación de que no me lo está contando todo?

El bolsillo de mamá ha estado vibrando sin parar. Me da la linterna y saca su móvil. Sus ojos miran la pantalla y luego vuelven a mí con una determinación distante que me resulta familiar. Dice:

—Voy a encontrar una manera de suavizar las cosas con el Oculus —añade. Entre frase y frase, se vuelve a aplicar pintalabios, sin necesidad de espejo. Su armadura antes de entrar en batalla—. Ahora vete. Cuando vuelvas al instituto, puedes seguir espiando, o no, si no crees que sea la opción correcta, pero protegerte es tu objetivo principal.

Le devuelvo la linterna, luego me muevo para darle un abrazo, pero ella se da la vuelta y se va. Así que hago lo mismo.

Cuando me abro paso entre la maleza, Rafe está justo ahí. No abajo en el bote como esperaba. Estábamos susurrando, pero sé que el dopaje sanguíneo le ha dado una audición mejorada. Sé que ha oído toda nuestra conversación.

«Seguir espiando».

Mi madre dijo esas palabras exactas.

—No es como ella lo hizo sonar.

Trato de tragar saliva, realmente asustada. Sé lo que piensa de los traidores a su pueblo y esta vez la prueba es mucho más condenatoria.

Sus ojos son como el hielo sobre un lago helado, fríos y ásperos, y esconden infinitas profundidades. Está rodeado por los cuerpos de los guardias de seguridad inconscientes que, de alguna manera, ha conseguido noquear sin ayuda.

—Por favor... No pienso espiar.

—Ada —me interrumpe. Su voz militar me hace callar—. No te preocupes. No sabías lo que estaban haciendo, y no quieres ayudarles más.

—Rafe, te juro...

Me hace callar con un dedo en los labios.

—Ada, confío en ti —dice, y se acerca más—. Estás temblando. —Se quita la chaqueta y me la echa por encima—. Ahora, tenemos que salir de aquí. Vayámonos.

Y sin mediar palabra camina hacia el bote en el que descansa Hypatia.

Tardo un momento en recuperarme de la sorpresa y luego lo sigo.

36

Cruzamos el río a toda velocidad y nos apresuramos a regresar hasta el hotel. Hypatia todavía sigue muy débil y Rafe carga con ella casi todo el trayecto. En cuanto estamos en nuestra habitación —la recepcionista debe de haberse despertado y marchado, ya que no se la ve por ninguna parte—, empieza a arremangarse.

—¿Qué haces? —protesta ella.

—Necesitas sangre ahora.

Él le tiende su mano, pero ella sorprendida la aparta sin fuerza.

—No de ti. Busca a otro.

—Necesitas comer ahora y la sangre de un sire te ayudará a sanar más rápido.

—Madre dijo que nunca de un sire.

Pero su voz es pequeña y frágil. Rafe la ignora y presiona el antebrazo interior contra su boca. Ella duda un momento, después se lo agarra y lo muerde.

Me doy la vuelta para darles intimidad, pero no antes de ver cómo unos diminutos colmillos pinchan la piel de Rafe.

Espero entrar en una espiral de enloquecimiento total por el hecho de saber que mi querida amiga es todavía más vampiresa que su primo, pero ya he alcanzado mi límite mental de traumas por hoy. Mi cerebro ha arrojado sus armas y está dispuesto a aceptar cualquier cosa en este momento.

Me acomodo en la otra cama, fingiendo estar ocupada con el móvil hasta que Rafe viene a sentarse a mi lado.

—Está durmiendo y necesita descansar. Pasaremos la noche aquí y mi hermano nos recogerá por la mañana. Ya he contactado con él. Lo que has dicho sobre que tu abuelo no está enfermo significa que no tenemos que ir allí primero, ¿verdad?

Asiento con la cabeza. Le he explicado lo básico durante la travesía de vuelta.

—¿Estás... bien? —pregunta.

—No.

Mejor mantener la mente ocupada con asuntos prácticos, así que cambio de tema.

—¿Quién podría haberles dado los conocimientos para crear un falso sire?

He puesto a Rafe al corriente de la enfermedad de Kor y de su operación, y tengo más curiosidad que nunca por saber quién podría ser Prometeo.

—Sinceramente, no tengo ni idea de quién haría algo así. Pero tendremos que encontrar una manera de neutralizar ese conocimiento. Las habilidades sire son demasiado peligrosas en manos provinciales.

«Neutralizar ese conocimiento». Eso no puede significar nada bueno para mi familia. A pesar de todo lo que he presenciado esta noche, no quiero que les suceda nada malo.

—No lo entiendo —le digo a Rafe—. Los inventos de los Hacedores son una cosa, pero ¿por qué no podemos enseñar a los sire provinciales a utilizar el ha'i? No todos están reclutados. Hay muchos sire sin entrenar por ahí que no tienen ni idea de lo que son ni de lo que podrían hacer por la sociedad. Ya nadie lo prohíbe, ¿por qué no reintroducir el conocimiento de los sire para que el mundo pueda beneficiarse de ello?

—¿Me estás tomando el pelo? Mira lo que hizo tu familia en cuanto supo sobre los sire. Secuestrarlos y drenar su sangre, ¿crees que es la primera vez que ocurre algo así? Despierta, Ada, esto es lo que hace el mundo provincial. No pueden aceptar que la gente sea diferente y roban cualquier poder disponible. Convierten en arma cualquier cosa.

No hay nada que pueda decir sobre esto. Me miro las manos y me froto las cicatrices. Mi mejor amigo, una de las personas más benévolas que he conocido, ha hecho cosas indecibles por este poder. ¿Y si estuviera en manos de personas sin menos escrúpulos?

Estaba segura de que había alguien más involucrado en todo esto, pero si las Familias me secuestraron y ahora tienen otro informante en Génesis, es posible que siempre hayan sido ellos. No estoy segura de poder soportarlo.

—¿Qué sabes de Nora Montaigne? —le pregunto a Rafe, todavía incrédula de que no esté implicada de alguna manera.

—¿La traidora de Leonora de Montaigne? Es la hermana mayor de Leonardo, maestra de codificadores y ciencias de la sangre. Es la prima de la Corona. Desprecio a esa familia.

—¿Es posible que Bram y Leo hayan estado trabajando para ella y que pudieran estar detrás de algunas de las fugas de información y los robos?

—¿Qué? No, Leonora nunca haría algo así.

—Pero ¿no me acabas de decir que es una traidora?

—Es una traidora por elegir abandonar su herencia y vivir entre los filisteos. Pero continúa en contacto constante con la Guardia y solo comparte lo que ellos aprueban.

Esto no es lo que esperaba. Y lo encuentro sorprendentemente constructivo.

—Eso es increíble, que haya de verdad Hacedores haciendo un esfuerzo para ayudar al resto del mundo.

Rafe se burla.

—Sus intenciones no son tan nobles, te lo aseguro. Se mueve puramente por interés y afán de riqueza. Lo que la hace perfecta para la gente que ha elegido en vez de a los suyos.

Me pongo de pie, lista para alejarme molesta. Estoy harta de la impertinencia de Rafe.

Se levanta y me tira hacia abajo junto a él.

—Lo siento —me dice.

No parece algo que esté acostumbrado a decir. Me inclina un poco la barbilla para que lo mire.

—No debería haber dicho eso de la gente con la que creciste.

Le quito la mano de encima y me alejo.

—No necesito tus disculpas. Hemos hecho lo que vinimos a hacer. Ahora podemos seguir adelante.

Es verdad. No me importa. Me siento vacía por dentro. Un vacío que empezó cuando encontré a Rafe cubierto de sangre antes y que ha ido creciendo hasta hacerse más grande con todo lo que he visto. La traición de Kor duele más que cualquier cosa que Rafe haya hecho.

—Quiero disculparme —insiste Rafe. Su mirada es vulnerable en lugar de la indiferencia congelada a la que estoy acostumbrada—. No quiero que te enfades conmigo —añade, y traga saliva—. No sé por qué importa eso.

Parece confuso.

No respondo.

Rafe se aclara la garganta.

—Entonces, ¿entiendes ahora que sabes que Hypatia es diferente por qué tuve que priorizar su rescate por encima de todo?

Asiento con la cabeza y lo miro. No estaba segura de que estuviera dispuesto a explicármelo.

—¿Qué le sucede exactamente...? —pregunto mientras señalo mis dientes.

—Su genética Vanguard está más concentrada. No usa sangre para el dopaje; la necesita para sobrevivir. Génesis no permite el consumo de sangre, pero le han permitido recibir transfusiones. Es suficiente para que ella esté bien, pero los efectos desaparecen más rápido y la debilitan. —La mira, observándola dormir con adoración —. Hypatia es un caso extremadamente raro, tiene una fuerte genética Vanguard y también es una sire. Cuando sus habilidades estén del todo desarrolladas, puede que sea uno de los humanos más intrínsecamente poderosos en la sociedad de los Hacedores. Pero los Inquisidores no pueden saber que su genética única de Vanguard ha sobrevivido. La mayoría de los Hacedores ni siquiera lo saben.

Los Inquisidores no pueden saberlo, pero él me lo está diciendo, así que cree de verdad que no les diré nada.

Ni siquiera sé aun lo que les diré o no.

Hypatia parece tan serena durmiendo. Me cuesta imaginar que es tan poderosa como él afirma. Rafe la mira con tanto amor... Luego me mira a mí con la misma mirada, una que por primera vez me invita a quedarme en lugar de dejarme fuera.

—Ada...—Me agarra la mano. El calor fluye por mis dedos mientras sus ojos reclaman los míos, con tanta naturalidad que no puedo apartar la mirada—. Nunca podré agradecértelo lo suficiente. Has salvado a mi prima... —Hace una pausa, procesando sus emociones —. Nunca podría haberla ayudado sin ti —dice, y la dulzura de su voz hace que su acento se pronuncie más. Su intensidad provoca que mi corazón lata feroz—. Sé que tus razones para estar en

Génesis son complejas, pero si me dices que no planeas poner en peligro a mi gente, confío en ti. Y te juro, por el ha'i de mi madre, que no se lo diré a nadie.

Está sentado tan cerca de mí, con toda su belleza feroz y perfecta. Pero lo conozco mejor ahora.

—¿Te callarás solo para que no revele el gran secreto de tu familia? —respondo con rotundidad.

—No, por eso no... —Aprieta los labios con frustración y lo intenta de nuevo—. Confío en ti sin ninguna amenaza. Y quiero que sepas que tú también puedes confiar en mí.

—Rafe, llevemos a Hypatia a casa y luego cada uno por su lado.

Trato de apartar mi mano, pero él la aprieta más fuerte, la vibración de nuestra química única late bajo nuestra piel.

—Ada... —dice con voz rasgada, mientras el calor de su agarre en mi mano se extiende lentamente por otras partes de mi cuerpo—. ¿Nuestros caminos tienen que ser tan opuestos?

Su pregunta está cargada de algo en lo que no estoy dispuesta a pensar.

A pesar de que estoy decidida, mi voz me traiciona con el sonido de la vacilación al responderle:

—Creo que será lo mejor.

—Ada... —susurra de nuevo. Levanta mi mano y me roza suavemente los labios contra la palma. Es el más suave de los besos. Una dulzura que, una vez más, es muy poco usual en él—. Me gusta que te importe. Aunque no estoy de acuerdo con las mentiras que te han contado, me gusta que intentes ser buena.

La electricidad que siempre suele vibrar entre nosotros cobra vida, como si mi ha'i echara chispas a través de mi piel, suplicando estar más cerca del suyo. Me trago un jadeo.

—Este tipo de conexión entre dos sire que tienen ha'i compatible es muy rara. Solo he oído hablar de ella en leyendas. Quizá no deberíamos descartar nada.

Me besa tanto la mano como la muñeca de una forma que provoca que el pulso de mis venas se dispare. Siento que está despertando algo dentro de mí, algo con lo que no me apetece lidiar ahora. Sobre todo, cuando el sitio donde me besa me recuerda al de otra muñeca en su boca, una muñeca que no era la mía, pintada de rojo rubí.

Aparto la mano de él, respirando hondo para calmar el cuerpo y ponerme de pie.

—Jamás te perdonaré que violaras a esa chica.

—No la violé.

—La drogaste y usaste su cuerpo sin su consentimiento.

Sé lo que es descubrir que te han robado la sangre, que te mientan y te usen como un mero peón.

—Ella está completamente sana y nunca lo sabrá ni le importará.

Sacudo la cabeza.

—Y es que ni siquiera te arrepientes.

Cierra los ojos y exhala, pero no responde.

Voy al lavabo a lavarme y a ponerme el pijama. Cuando salgo, miro hacia donde Hypatia duerme profundamente en el centro de una de las camas.

Rafe está tumbado con un pijama de seda a un lado de la segunda cama, mirándome con ojos desafiantes. En silencio, me dirijo al otro extremo de la cama, me arropo y miro fijamente al techo.

—Yo no soy el malo aquí.

—Bueno, sin duda, no eres el bueno.

—Tú tampoco.

El colchón se mueve debajo de mí mientras aproxima su cuerpo al mío. Giro la cara hacia él y me lo encuentro mucho más cerca de lo que creía. Añade en un susurro aterciopelado:

—Y quizá por eso nosotros funcionamos tan bien juntos.

El aroma de su cercanía invade mis sentidos. Trago con fuerza.

—No hay ningún «nosotros». Tú y yo ya no trabajamos juntos.

Parpadea. Y es como si se cayera un telón. Toda la vulnerabilidad se reemplaza por su frialdad habitual, todo atisbo de emoción desaparece.

—Si eso es lo quieres —dice con sorna. Su voz es dura y mezquina.

Le doy la espalda e intento dormir.

No duermo bien, pero pasar la noche en vilo con la mente acelerada también tiene sus ventajas.

He ordenado los pensamientos y sé cuál tiene que ser mi siguiente paso.

Rafe ha vuelto a la normalidad, no hay rastro del chico vulnerable de anoche. Hypatia se toma el asunto de que yo era una espía todo el tiempo con calma y ahora se encuentra mucho mejor.

Ella está embelesada con la televisión y me ofrece asombradas descripciones de varios dibujos animados y de las maravillas del canal del tiempo. Trato de que mis ojos no se posen en la cicatriz que rodea su delicado cuello. O en los colmillos que ahora no se molesta en ocultarme al sonreír.

—¿Habías visto esto antes, Ada? —me pregunta emocionada sobre alguna serie juvenil—. Es una especie de distopía donde todos están retocados estéticamente y tienen que luchar hasta la muerte para ser coronados reyes o reinas del reino de Homecoming.

Resulta encantador saber que los estándares de belleza poco realistas de nuestra sociedad son como modificaciones distópicas para un extraño. Es un poco raro ver la versión distorsionada de la realidad a través de la televisión después de estar tan lejos de todo durante tanto tiempo. Creo que hacía meses que no me quejaba por tener poros. Ayer me comí un segundo trozo de *pizza* sin sentirme culpable.

Es difícil separar la pantalla de Hypatia cuando llega la hora de irse.

—Nos equivocamos con los provinciales —dice al entregarme con solemnidad el mando a distancia—. La televisión es un invento asombroso.

Mientras los tres bajamos por el ascensor, le pregunto a Rafe:

—¿Estás preocupado?

—No. Es mi hermano, no mi padre.

El príncipe Alex está en el vestíbulo, llama mucho la atención con su pelo largo y su físico corpulento. Se le ve guapo e intimidante, pero muy poco principesco con mucho cuero y en vaqueros. Mi corazón da un vuelco cuando me doy cuenta de que Michael está con él. Parece preocupado, agotado y adorablemente despeinado.

El dulce de Michael, quien no bebe sangre ni pone su vida en peligro. Bueno, tal vez sí que amenaza mi vida; cuando levanta la vista y nuestros ojos se cruzan, el ritmo de mi pecho es como un ataque al corazón. A medida que me observa veo cómo su ansiedad desaparece. Quiero correr hacia Michael. Abrazarle y contarle todo lo que ha pasado, pero ninguno de los dos se mueve.

Alex se acerca corriendo y estrecha a Hypatia contra él.

—Gracias al Conductor —jadea. Luego se vuelve rápidamente hacia Rafe—. ¿En qué estabas pensando? ¡Te dije que lo tenía todo

bajo control! ¿No confías en Chorus? Hay que tener el justo equilibrio...

—Estoy seguro de que Chorus te dijo que volveríamos sanos y salvos. Y mira, gracias a mí. Y a Ada.

Los ojos furiosos de Alex se vuelven hacia mí.

—Oh, no la culpes de nada —le dice Rafe—. Sabes que todo fue idea mía. Necesitaba la ayuda de alguien. —Luego su sonrisa se vuelve diabólica y continúa—: Y no me iba a pasar una noche solo en un hotel de lujo.

Me muero por poner los ojos en blanco.

Alex mira con escepticismo la chaqueta de Rafe, que vuelvo a llevar puesta.

No significa nada, simplemente tenía frío.

—¿Estás bien? —me pregunta Michael, acercándose con cautela—. No sabía dónde estabas, si te habías ido voluntariamente o te habían secuestrado o...

Le pongo la mano en el brazo.

—Estoy bien. Siento haberte preocupado. —Odio estar a punto de mentirle otra vez, pero no hay manera de que pueda decir la verdad —. Estaba muy preocupada por Hypatia y, cuando Rafe me lo propuso, me emocioné de volver a ver Nueva York. No me di cuenta de que sería para tanto.

Mira, si Rafe está dispuesto a cargar con la culpa por mí, le dejaré hacerlo. Sin duda se lo merece.

El príncipe Alexander me mira desconfiado mientras hablo. Pero Rafe corrobora mi historia, y en su mente, no tiene motivos para mentir.

—Bien, vamos —dice el príncipe Alex—. Te escoltaremos de vuelta a Génesis.

Todos empiezan a dirigirse hacia la salida, pero yo me quedo quieta.

—No voy a volver con vosotros —les digo.

Ahora que sé lo que mi familia ha estado haciendo, me ha quedado claro que Génesis no es donde debo estar. Necesito estar en casa para convencer a Kor y al resto de que hay una manera mejor de lograr nuestro objetivo. Mamá puede pensar que estaré más segura en Génesis, pero ya estoy demasiado cansada de ser un mero peón, y desde que todo esto comenzó, eso es lo que he sido. Es hora de empezar a hacer lo que creo que es lo correcto.

—Estar aquí me recuerda lo mucho que echo de menos a mi hogar, a mi familia. —Algo dentro de mí muere al decirlo, al fingir que cualquier cosa de este mundo me atrae más que Génesis. Rafe y Michael están bastante pasmados, pero el príncipe Alex no parece muy sorprendido—. Solo he venido esta mañana a despedirme.

Rafe me fulmina con la mirada y sale del hotel sin mediar palabra.

Hypatia me da un largo abrazo e insiste en que le envíe palomas y Alex sigue a Rafe.

Michael se queda atrás.

—¿Estás segura de que esto es lo que quieres? —pregunta mientras sus cálidos ojos marrones buscan los míos.

—Lo he pensado mucho. Estoy segura. Contactaré con Georgie para que mande el resto de mis cosas.

Me miro las manos, algo se derrumba dentro de mí. Él se acerca.

—Puedes cambiar de opinión.

—No lo haré.

No esperaba decir nada más, pero es Michael, y estoy enfadada con Rafe. Necesito que me tranquilice.

Levanto la vista y digo:

—Me enteré de lo del dopaje sanguíneo.

Su expresión se vuelve tormentosa.

—Me pone enfermo —dice Michael— que alguien pueda robar sangre indiscriminadamente. En especial cuando nuestra gente se ha visto acusada de falsos robos de sangre.

Nuestra gente. No está hablando de los Hacedores. Se está refiriendo a mí como algo más que un Hacedor. Como un compañero judío. He oído hablar de la sangre de los libelos. Mentiras sobre el pueblo judío robando la sangre de los niños contadas para justificar generaciones de atrocidades cometidas contra nosotros.

—Mi familia y yo hemos sufrido el odio por ser judíos en distintas épocas y en distintos países —dice Michael—. Unirse a los Hacedores fue para ellos hallar un refugio contra el odio y la discriminación religiosa. La idea de que el antisemitismo de los vampiros haya podido ganar cierta credibilidad gracias a las acciones de los Hacedores me revuelve el estómago. No puedo creer que la práctica siga permitida en Avant. Pero si es eso por lo que te vas...

—No es por eso. Solo necesitaba saber cómo te sentías al respecto.

—Ada... Por favor...

Me coge la mano y hay una desesperación en su voz que no me atrevo a interpretar. Hay demasiado en juego para dejarme llevar por mis sentimientos, que, en cuanto los admita, ya no los podré ignorar.

Me niego a levantar la vista; tengo un nudo en la garganta.

—Adiós, Michael. Gracias por todo.

Suelto la mano y salgo del hotel sin mirar atrás.

Mientras avanzo por las calles, dejo que los sonidos y los olores de la ciudad me azoten. El viento me arranca las lágrimas de los ojos mientras aprovecho el viaje hacia casa para llorar por la decisión tomada. Pero una vez allí no habrá más dudas. Ni más lágrimas.

He dado a las Familias mucha información confidencial. Y ahora Génesis corre peligro. Por mi culpa.

Tengo que arreglarlo.

37

—¿Te gusta? —me pregunta Kor.

Se refiere a la nueva canción que acaba de tocar, que me la escribió como regalo de mi decimoctavo cumpleaños. Si no lo conociera tan bien, sus continuos intentos de ganarse de nuevo mi confianza me habrían convertido en un tembloroso charco de hormonas.

Claro que me gusta la canción. Es hermosa, conmovedora, quizá la mejor letra que ha escrito hasta ahora. Pero eso ya no me importa.

Sonrío tensa, Kor se acerca rasgueando la canción de «Cumpleaños Feliz» y me distraigo mientras busco estrellas en el nublado cielo de la ciudad.

Estamos en el tejado de la casa del abuelo, un espacio pequeño y llano al que se accede desde la pared de una ventana de las habitaciones de invitados, que rara vez se utiliza. Tanto Kor como yo hemos estado muy ocupados —y quizá también lo he estado evitando un poco—, así que no hemos tenido muchas oportunidades de estar a solas, pero esta noche ha venido para mi cena de cumpleaños, y después hemos subido hasta aquí con unas seis cervezas y una guitarra como en los viejos tiempos.

Pero no se parece en nada a los viejos tiempos.

Volví hace dos semanas. La mayoría de las cuales las he pasado siendo interrogada por la Cámara Interna. Kor y mi madre se las arreglaron para explicar mis acciones en el hospital, lo que no

resultó demasiado difícil, ya que muchos integrantes de la Cámara Interna ni siquiera saben lo que está pasando allí. Ahora mi trabajo a tiempo completo es ganarme su confianza y, al mismo tiempo, tratar de ocultar cualquier información que se pueda emplear para perjudicar a los Hacedores. Hoy me han hecho muchas preguntas, en concreto sobre la Guardia Avant y las nieblas que rodean la isla.

A pesar de que mi misión haya sido una de las más importantes de la historia de las Familias, el Oculus y el Gran Maestro me han ignorado por completo. Necesito averiguar más sobre quiénes son y qué se traen entre manos, pero soy la última persona que puede hacerse con esa información ahora.

—Pareces tan diferente —dice Kor apoyando la guitarra contra la ventana.

¿Lo parezco? Tal vez el haber sido traicionada y secuestrada por mi mejor amigo tiene algo que ver con eso. Pero, por cómo me recorre con su mirada, se refiere a mi aspecto físico.

Sé que estoy guapa. Georgie recogió mis cosas, me las envió y coló algunos de sus diseños personalizados hechos a medida, así que todavía no he vuelto a mis viejas sudaderas. Y, aunque solía llevar el pelo suelto y alborotado o recogido en un moño despeinado, hoy llevo una elaborada corona de novia como los peinados que se llevaban en Génesis. Me he tirado horas siguiendo un tutorial de vídeo para conseguirlo. Cuando Sal lo vio, podó un trozo de hiedra y la entretejió en la trenza.

No soy la única que ha cambiado. Kor está más delgado, más pálido y tiene el pelo más largo. Todo ello le confiere una belleza ásperamente frágil. Pero sus ojos son tan conmovedores como siempre, y no puedo reconciliarme con lo que ahora sé de él.

Kor me ofrece un trago de su cerveza y estoy tentada de beber un sorbo. Necesito algo de ebriedad para superar esta sensación de

intimidad. Pero odio el sabor amargo del lúpulo y mi malestar no se va a arreglar con nada de esto, así que aparto la lata y me obligo a enfrentarme a mis sentimientos.

No puedo superar lo que Kor ha hecho, pero me siento profundamente sola. No tengo a Izzy, no tengo a ninguno de mis amigos Hacedores, y soy consciente de lo mucho que dejé atrás en Génesis. Ni siquiera tuve la oportunidad de despedirme.

Desde que volví, he intentado acercarme a algunos de mis amigos del instituto, pero nunca estreché vínculos y, tras los meses pasados entre los Hacedores, el abismo entre nosotros era demasiado grande para salvarlo.

Ojalá tuviera a Georgie, a Hypatia, a Mbali, incluso a mi equipo de aerojustas. Cuando Georgie envió mis cosas, ella también me regaló su aerotabla. Lloré cuando la vi. Espero que mi equipo no se resienta demasiado por abandonar el resto del torneo.

También echo de menos a Michael, pero intento no pensar en él. Me duele demasiado.

Siento que lo he defraudado. Y, aunque podré seguir en contacto con Georgie y algunos otros a través de ella, él está fuera del alcance.

Jugueteo con la paloma doblada que llevo en el bolsillo. Es la misma que Michael me dio meses atrás, el día en que nos conocimos. Las familias la desmontaron y le hicieron todo tipo de pruebas, luego me pidieron que la volviera a armar. Fui capaz de reemplazar el don y doblarla de forma correcta, pero no logré reanimarla. La animación no fue una de las habilidades que me preocupé por aprender durante mi tiempo en Génesis. Así que ahora es solo una paloma de origami sin vida. Lo suficientemente inútil para que, con suerte, las Familias no noten que la robé.

Aunque no sé por qué me molesté. Es solo un recordatorio de lo que no puedo hacer, de que no puedo volver. Aunque Michael dijera que, si alguna vez necesitaba su ayuda vendría a por mí, he desestimado también esa conexión.

Estúpida paloma muerta.

Saco la mano del bolsillo antes de aplastar la marga entre mis dedos.

—No sabes lo bueno que es tenerte de vuelta —dice Kor—. Una vez que sabes cuánto más hay ahí fuera es muy difícil conectar con los demás.

Estaba pensando lo mismo hace apenas unos momentos, pero cuando él lo dice suena muy elitista. Me recuerda a la forma en que Rafe habla de la gente provincial.

Pero, si quiero influenciar a Kor, ese no es el enfoque que adoptar.

—Sé lo que quieres decir —le digo—. Todo aquí parece bidimensional en comparación.

—Quiero saber cómo era —dice.

Así que se lo cuento.

No las cosas que compartí en nuestras videollamadas y con la Cámara Interior, sino las mejores partes. Todo lo que me gustaba.

Bebe otro trago de cerveza y pienso de golpe en una fuerte imagen de mi extraño sueño de hace unas semanas —todavía no he conseguido olvidarlo—, en el que aparecía Kor bebiendo una copa de vino. El eco de un trueno me produce escalofríos y me estremezco visiblemente. Kor me rodea con el brazo. Su tacto y su olor ahuyentan el sueño y evocan años de anhelo.

Apoyo la cabeza en su hombro mientras sigo hablando. Le cuento las aerojustas y la animación de un gólem que hice con mis manos. Siento cómo se le acelera la respiración de emoción cuando describo el vuelo de las valquirias.

—Te encantaría, Kor.

—Sé que me encantaría.

—¿Y aun así quieres acabar con él?

—En absoluto —dice con suavidad. Tan suavemente...—. Solo quiero compartir sus maravillas con nuestro mundo.

—Yo también.

Siento que estoy cerca. Que con más tiempo, seré capaz de hacérselo ver. A pesar de todo lo que ha hecho, no puedo evitar seguir creyendo que su corazón es bueno.

Kor toma mi mano entre las suyas, acariciando mi cicatriz con el pulgar, e incluso sin cerveza, empiezo a marearme.

—Ser un sire ha aumentado mi creatividad —dice—. ¿Siempre has tenido este impulso artístico constante?

—Supongo.

Escucho la parte tácita de la pregunta. Si es así, ¿por qué has hecho tan poco con ello?

—No es el único impulso constante, si sabes a lo que me refiero.

Se ríe. Mi cara se pone al rojo vivo. Está hablando de su libido. Porque, aparentemente, los sire son todos un montón de facilones. Tuve una conversación con Hypatia sobre ello.

—Los sire tienden a ser enamoradizos —le digo—. Nuestros cuerpos, como nuestras mentes, están preparados para la creatividad.

Aprender sobre los ritos de apareamiento gracias a una niña de catorce años fue toda una experiencia.

—Supongo que no tengo nada con que compararlo —le digo a Kor de repente deseando que Nueva York estuviera en una zona sísmica para que las probabilidades de que un terremoto interrumpiera esta conversación fueran mayores.

Al haberme pasado de la raya por confesarle lo cachonda que voy, nuestra conversación adquiere ahora un cariz distinto. Retiro mi mano, lo que resulta contraproducente cuando Kor lleva su mano a mi muslo.

—¿No es un subidón? —pregunta Kor, con la otra mano brillando con el resplandor de ha'i—. ¿Conocer tu propio poder?

Pero no puedo evitar pensar en lo que ha hecho para conseguir ese poder. Me pregunto de quién era la sangre en esta ocasión. Incluso sabiendo que la necesita para mantenerse con vida y que podría habérsela dado yo voluntariamente, me sube la bilis a la garganta.

Me nota rígida y suspira.

—Ada, sé que todavía estás enfadada conmigo, pero ¿no ves que valió la pena? Vamos a cambiar el mundo. Juntos.

«Juntos».

Recuerdo los años de ir a verlos tanto a él como a Izzy a entrenar sin mí. De ver sus conciertos y sus entrevistas, y la forma en la que aprovechó su plataforma para concienciar a otras personas. Nunca fui más que un espectador, anhelando tener una fracción de su talento. Ahora me está diciendo que soy todo lo que siempre he querido. Puedo transformar este mundo con él.

Pero empiezo a darme cuenta de que puedo transformarlo yo sola.

Me mira como si los dos fuéramos las únicas personas en el mundo, de esa forma que solía hacerme sentir tan especial y confundida. Hace ese gesto tan sexi de morderse el labio y lamérselo que me está comenzando a excitar. Un de clásico Kor, intentando jugar conmigo. ¿O esta vez de verdad quiere que esto vaya a más? Sus ojos fijos en mi boca sugieren que sí. De repente mi corazón late con fuerza y la mano de Kor sube por mi muslo mientras se inclina.

Hacía tanto tiempo que deseaba esto.

Pero ya no lo quiero.

Le aparto la mano de mi pierna y me alejo de él.

Hace una mueca.

—Ada, no me excluyas. Eres mi mejor amiga.

—Tú eras el mío.

Se estremece.

—Lo siento, yo... No quise decir eso.

—No pasa nada. Lo entiendo —añade, y se levanta—. Tengo que ir a prepararme para mañana igualmente.

Sus ojos, tan concentrados en mí hace un momento, no podrían estar más distantes.

—¿Qué pasa mañana? —le pregunto mientras guarda la guitarra en su funda.

—Avanzaremos con la siguiente fase de la Operación Génesis.

—¿Qué?

Todos mis músculos se tensan. Sabía que los interrogatorios que me han estado haciendo eran para organizar la expedición de un pequeño equipo a Arcadia. Pero pensaba que todavía no. No antes de que tuviera tiempo de asegurarme de que el plan cambiaba.

—Pensé que habías dicho que estaba programado para el otoño...

Esto es malo. Muy malo. Me levanto con cautela.

—Prometeo se puso muy contento con el regreso de la niña y por ello nos correspondió con nueva información, que indica que ya no es necesario que esperemos más —explica Kor.

—Pero todo esto va demasiado rápido, y la Guardia sigue en alerta...

—Esto te puede parecer rápido, pero llevo trabajando con Prometeo dos años. El Oculus ha estado esperando una oportunidad como esta durante generaciones. Esperamos poder evitar un

enfrentamiento, pero estamos preparados para tratar con los militares si es necesario.

—¿Te refieres a luchar contra ellos?

No puedo evitar el horror en mi voz.

—Ada, tu panda de amigos de la escuela y cualquier otra cara bonita con la que hayas tenido un *crush* no son representativos de esta gente ya. No todos son tan inocentes. ¿Entiendes lo que está en juego para nuestro mundo? Necesitamos acceder a los *Testamentos* de los que nos hablaste, y hay que conseguir una piedra ha'i, o al menos las instrucciones de cómo hacerla.

Tiene razón en que no estoy familiarizada con la mayoría de la sociedad de los Hacedores. Sé que las cosas son diferentes en Avant, y he visto cómo se resisten incluso los más bondadosos a compartir sus conocimientos. El acceso a una piedra ha'i conllevaría que Kor dejara de beber sangre y continuara estando bien. Podríamos ayudar a muchos otros a estar bien. ¿Vale la pena sacrificar a unos pocos por los millones de personas de este planeta?

No estoy preparada para tomar este tipo de decisiones.

—Además —Kor se levanta agarrando el crucifijo plateado de su cuello— hemos encontrado otro donante de sangre universal, pero, seamos honestos, no sé cuánto tiempo más voy a estar aquí. Esto tiene que ocurrir en cuanto antes.

—Kor, encontraremos la manera de...

—Mi salud no es lo importante. Solo soy una persona. El éxito de la Operación Génesis es lo único que importa. Si todo va según lo planeado, llegaremos sin ser detectados e iremos directos a por los pergaminos.

Kor trepa por la pared de la ventana y salta al suelo, luego se gira para ayudarme a pasar.

—Los pergaminos de los *Testamentos* están en un espacio muy público. Es una escuela. Hay profesores y niños... —digo mientras desciendo. La habitación de invitados está a oscuras, está abarrotada y huele a naftalina.

—Seremos cautos para evitar víctimas. Pero esto es demasiado importante. Demasiados años de historia aguardan este momento.

Camina a través de los obstáculos del cuarto y sale al pasillo.

«Víctimas». Mientras sigo a Kor por la gran escalera, me siento enferma de pavor. ¿Quiénes podrían ser esas víctimas? ¿Simon, de guardia en las escaleras del Arca? ¿Xander, en el escritorio, a pocas semanas de dar a luz? ¿Un maestro sofista en la biblioteca en el momento equivocado que seguro que se involucra porque no mira por su propio bien?

¿Les haría daño Kor por el bien de su misión? Ese no puede ser el camino. Esas no pueden ser las manos adecuadas para sanar al mundo.

Pienso en mi segundo nombre, Isabel, en honor a la reina Isabel de Castilla. Sigue siendo una figura venerada en la historia; hay monumentos suyos por todo el mundo. Es un nombre común en las Familias —tienen una conexión histórica con su reinado— y siempre me sorprendía cuánto la odiaba mi padre judío, quien escupía en su estatua al pasar por su lado en Washington D. C. ¿Por qué eso me sorprendía por aquel entonces? Su objetivo de lograr una España unificada valió decenas de miles de vidas y cientos de miles de exiliados.

Las Familias afirman haber superado su truculento origen, pero ¿cómo pueden no sentir los ecos del pasado en estas decisiones?

Al pie de la escalera le agarro la mano a Kor.

—Debería formar parte de esto. No podrás navegar por la isla sin mí.

—Nuestro nuevo informante de Génesis nos ayudará con eso.

—¿Quién es el nuevo espía?

Le he hecho esta pregunta a Kor muchas veces, pero no me lo dice. No suelta prenda de lo que se entera gracias a Prometeo y al nuevo informante. Si no puedo intervenir, el mundo de los Hacedores está realmente en peligro.

—Ada, ya te he dicho que te lo contaré todo cuando sea el momento.

Me besa la mano y luego se aleja, dirigiéndose hacia la puerta.

Nada de esto estaría pasando si no fuera por mí. Todo es culpa mía, pero no puedo detenerlo sin saber más detalles.

Solo se me ocurre una persona que podría estar dispuesta a ayudarme a saber más.

38

Subo corriendo a mi habitación cuando Kor se va. Hago algunas búsquedas en internet y navego por varios portales de redes sociales, pero todo es inútil. No sé cómo localizar a una persona que no quiere ser encontrada.

Pero Georgie sí que puede. Le envío un correo electrónico pidiéndole que me llame cuando esté disponible.

Mientras espero su respuesta, saco mis pasteles y añado algunas sombras a un retrato del abuelo en el que he estado trabajando. Intento no pensar en cuántas actividades creativas realizaba cada día en Génesis en comparación con las últimas semanas, en las que prácticamente no hecho apenas ninguna. Pero este retrato está bien. El abuelo ha estado posando para mí en el solárium cada mañana, en el momento en el que hay la iluminación adecuada.

Lloré a lágrima viva cuando lo vi por primera vez tras mi regreso, sabiendo que él iba a estar bien después de tantos meses de preocupación. Y realmente parece que lo está. Tiene mucha más energía y vitalidad que la última vez que lo vi.

Hoy temprano hemos hecho un poco de jardinería en el patio trasero juntos y no tenía ningún problema más que los extenuantes tirar y cavar. Y ayer, tanto él como Sal bajaron a desayunar con el pelo mojado. Como si los dos se hubieran duchado juntos. Han estado conviviendo en esta casa durante mucho tiempo, así que todo es posible...

Le he preguntado al abuelo sobre sus operaciones y solo ha insistido en que no había nada de lo que preocuparme.

—Puede que la naturaleza de los cuerpos sea degradarse, pero yo me he pasado la vida como científico aprendiendo que podemos revertirla, que podemos mejorarla. Y puedo decir sinceramente que nunca he estado mejor. Y te prometo, mi reinita, que seguiré por aquí mucho tiempo.

No es propio del abuelo hacer promesas que no vaya a cumplir, pero esto es algo que no puede controlar. De hecho, está fuera de mi control.

Ahora mismo todo parece estar fuera de mi control.

Abandono mis pasteles para comprobar si Georgie ya me ha contestado.

Quiero decir, sé que es imposible que lo haya hecho, pero me cuesta pensar en otra cosa. Actualizo la pantalla por si acaso. Por si acaso.

Cojo un pastel para seguir trabajando, pero cambio de idea y lo suelto. Me cuesta pensar que, mientras estoy aquí sentada mejorando las líneas de la sonrisa, Kor está a punto de invadir Arcadia y no estoy haciendo nada al respecto.

En su lugar, como un poco. Y luego, un poco más.

Al final me tumbo en la cama y cojo la caja de música de mi padre de la mesilla de noche. Papá es una persona más con la que no he tenido suerte. He tratado de llamarlo cada día, pero nada hasta ahora. Giro la llave y empieza a sonar la canción familiar: «Nocturno» de Yosef HaLevi. La misma canción que Rafe me aseguró que jamás podría haber escuchado en el mundo provincial. Las notas me calman de inmediato. Respiro hondo e intento despejar la mente. Cuando termina la canción, giro la llave para escucharla de nuevo y cierro los ojos.

Un sonido de mi portátil me despierta. Parpadeo un par de veces y me levanto de un salto cuando veo que entra luz por la ventana. Son más de las siete de la mañana y tengo la horrible sensación de haber dormido toda una noche con el sujetador puesto.

Mi portátil vuelve a sonar.

«VIDEOLLAMADA ENTRANTE DE BOTAS PÚRPURA».

Corro para aceptarla en un clic y, al ver la sonrisa torcida de Georgie y el pelo que ahora es rosa chicle, quiero llorar y reír al mismo tiempo.

—¡Tú! —dice con una exuberante ternura—. Echo de menos tu cara.

Puedo ver por el vídeo que mi cara está bastante manchada y embadurnada de maquillaje, aunque mi corona de trenzas se ha mantenido sorprendentemente bien. La hiedra ni siquiera se ha marchitado.

—Yo también te echo de menos y todavía lo siento mucho...

—Ada, ya hemos superado eso. ¿Tu correo decía que necesitabas ayuda?

—Sí. Necesito que me pongas en contacto con Cicerón —digo.

—¿Para...?

—Creo que tiene información que puedo usar para evitar que ocurra algo malo.

—Ningún problema. Ya tengo una ventana de chat abierta con ella.

—¿Has estado chateando con ella? Georgie, eso no es seguro. Te dije con quién está conectada. No sé si es de fiar.

—Relájate. Ella no sabe quién soy. Casi siempre hablamos en código y cosas similares. Además, es muy guapa.

—Entonces, ¿puedes ponernos en contacto?

—Ya lo he hecho.

Se abre una nueva ventana y «CICERÓN» se une a nuestra llamada.

La cara de Izzy aparece de repente, ampliada en mi monitor. Gafas gruesas, pelo corto en punta. Está muy mona y no se sorprende lo más mínimo al verme.

—Hola, Ada Castle.

—Hola, Izzy King.

—Cuánto tiempo sin verte.

—Desearía que no hubiera pasado tanto tiempo —le digo, son palabras llenas de dolor que no tengo tiempo para sentir en este momento. No sé por dónde empezar. Pero no hay nada peor que un lienzo en blanco, así que lo salpico de pintura—. Necesito saber todo lo que sabes sobre la Operación Génesis.

No parece especialmente sorprendida.

—Por lo que he oído, está ocurriendo gracias a la información que les has proporcionado.

En la otra ventana, los ojos de Georgie se abren como platos, pero no dice nada.

—Pues ahora quiero pararlo.

—¿Y cómo sabes que yo quiero pararlo?

—Bueno, ¿tú no?

—Claro que sí.

Sonrío. Izzy también.

La cara de Georgie se relaja.

—Así que, Botas Púrpura —le dice Izzy a Georgie—, ¿en realidad eres uno de los ocultos?

Georgie sonríe con timidez.

—Algo así... Y puedes llamarme Georgie.

—Sí, señora.

Izzy parece como si quisiera llamarla muchas cosas más, pero tengo una crisis entre manos.

—Entonces, ¿por qué has permanecido en silencio? —pregunto—. ¿Y esa gran peineta a todo lo que las Familias creen?

—Ah, sí. Ninguna de estas cosas extremistas en las que está metido el Oculus está relacionada con las creencias de nuestras familias.

Me alivia oírla decir esto. Ha sido difícil confiar en mi instinto de que todo esto está mal cuando la gente en la que más confío piensa que está bien. Saber que Izzy siente lo mismo me confirma que no estoy exagerando. Y también significa que el Oculus se está desviando de los valores de las Familias. O la otra explicación que empezaba a temer que fuera cierta, que esto es lo que han sido todo el tiempo, y todo en lo que crecí era mentira.

Estos últimos días le he estado sacando a mamá toda la información que he podido sobre las Familias. Por lo visto, los Oculus siempre han tenido planes más grandiosos que la mera administración del resto de las Familias. El padre de Kor, Aragon, consagró su vida en encontrar a los exiliados para que compartieran sus innovaciones y le transmitió esa pasión a Kor. Pero ahora, a medida que más miembros de la Cámara Interna se han ido incorporando a la nueva operación, hay muchos que no están de acuerdo con los cambios radicales.

Izzy se sorprende de que decida actuar contra Kor.

—Traté de advertírtelo, pero nunca ibas a escucharme.

—No me lo advertiste. Solo me dijiste que no fuera a Italia sin ninguna explicación. Pensé que era un mensaje de borrachera.

Quiero estar dolida porque Izzy no tenía fe en mí, pero considerando la cantidad de gente en la que he confiado erróneamente no puedo culparla por tomar el enfoque más sabio.

Izzy explica que, tan pronto como le conté sobre mis habilidades, comenzó a investigar a los sire y descubrió muchas cosas que les

preocupaban sobre el Oculus y sus métodos. Una vez enterada de los secuestros, supo que no podía formar parte de ello, pero no estaba segura de si las Familias la dejarían alejarse. Por suerte, Georgie no fue el único que la identificó desde el foro de ocultismo. Nora Montaigne también lo hizo y usó su influencia para mantenerla lejos de las demandas de las Familias.

Pero Izzy sigue en contacto con su hermano, Roman, quien la mantiene informada.

—Y todavía tengo acceso a todas sus bases de datos —añade socarronamente.

Así que tiene mucha información útil. No puede responder a todas mis preguntas, pero comparte la suficiente como para que pueda encajar las piezas y hacerme una idea de lo que Kor tiene en mente.

Y no es nada bueno.

—Tengo que hablar con Kor y tratar de detenerlo.

Izzy arruga el ceño.

—¿Cómo? Ya se han ido.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que ya se dirigen a Arcadia. Roman llamó para despedirse al amanecer.

Me quedo paralizada, presa del pánico. ¿Cómo está sucediendo todo esto tan deprisa? Cierro los ojos y respiro profundamente. Necesito pensar.

—¿Sabes cuántos más hay con él?

—Kor, Roman y Alfie son los únicos miembros de la Cámara Interna. Roman mencionó a otros, pero no son de la Cámara, así que apuesto que serán médicos e ingenieros de sistemas o industriales.

—Tenemos que advertir a Génesis —le digo a Georgie, quien mira a Izzy con nerviosismo.

—Lo entiendo —dice Izzy—. Es la hora de revelar los grandes secretos. Te echo de menos, Ada. Nos vemos pronto, Botas Púrpura.

Tan pronto como la ventana de Izzy se cierra, Georgie me pregunta:

—¿Debería llamar al maestro Loew?

—Mmm, no, él no sabe sobre mis conexiones.

—Vale, bien, llamaré al rubio imbécil. Espera.

Ella garabatea una paloma. Unos minutos después, la cara demasiado bonita de Rafe aparece en mi pantalla.

—¿Qué tal Nueva York? —pregunta sin parecer ni remotamente emocionado de verme. Supongo que ya se le ha pasado lo que tuvimos. No debería sorprenderme.

—No está mal, pero tenemos problemas más importantes.

—Supongo que sí, si te has molestado en buscarme después de tanto tiempo sin una palabra.

Georgie enarca las cejas.

—Enfádate todo lo que quieras más tarde, pero en este momento Kor está camino de Arcadia.

—Imposible.

Le cuento todo lo que Izzy nos acaba de decir.

—Han inutilizado el Atlas y creo que irán por los túneles.

—¿Y cómo saben ni siquiera lo del Atlas?

Me muerdo el labio y evito responder a esa pregunta en concreto. Les conté demasiado a las Familias antes de comprender el peligro...

—La cuestión es que están en camino con una versión de antimateria en aerosol.

O eso dijo Izzy, quien sonaba bastante segura de todo.

Rafe se pellizca el puente de la nariz y, tras unas cuantas respiraciones, dice:

—¿Cuántos de ellos vienen? ¿Cuáles son sus intenciones?

—Unos cinco o seis. Y creo que van tras los pergaminos del *Testamento*.

—Bueno, si son los pergaminos, me encargaré de tenerlos mejor protegidos. No hay tantos guardias en Arcadia, pero debería haber suficientes para manejar a un grupo pequeño —dice Rafe.

—¿Estás seguro? —le pregunto—. Tienen ese nuevo gas de antimateria.

—¿Qué más me puedes decirme sobre él?

Interrogué días atrás a uno de los científicos de las Familias sobre la antimateria. Como concepto, es algo de lo que los científicos modernos tienen una comprensión básica, pero solo a nivel teórico. El saber de cómo cultivar y utilizar antimateria fue robado a los Hacedores durante la Inquisición original y fue transmitido solo entre los miembros del Oculus. Hasta hace poco.

Roman está aparentemente en el equipo que sintetizó el gas, así que Izzy tenía muchos detalles.

—Es un gas que, cuando se inhala, suspende temporalmente las habilidades sire sin hacer ningún daño permanente.

—Eso suena como que es algo que sí haría una tremenda cantidad de daño a los sire —dice Rafe con su voz de «estoy siendo muy severo».

—Solo tiene una pequeña prueba de antimateria. En teoría, ha sido testado y no ha ocasionado daños a largo plazo a ningún sire. Solo está destinado a... ¡por supuesto!

Me doy una palmada en la frente.

Los dos me miran expectantes.

—Explícate —me pide Rafe.

—¿Sería posible esparcir un aerosol a través de lo que sea que bombea la niebla alrededor de la isla?

—No es una bomba. Es un contraste de temperatura artificial, creado a partir de las aguas termales y el...

Se detiene y se queda quieto y blanco como el mármol.

—¿Qué pasa?

—Creo que es posible. ¿Estás segura de que tienen una manera de contaminar la niebla?

—Yo... no lo sé. Me hicieron muchas preguntas al respecto.

Pensaba que solo me lo preguntaban por su interés en la energía geotérmica sostenible.

—No les conté mucho, pero tienen varios informantes.

Georgie ha empezado a teclear intensamente.

Rafe se pasa las manos por el pelo haciendo que el coletero vuele por la habitación.

—Si pueden hacerlo sería devastador.

—Quiero decir, sé que no es genial —digo—, pero solo debería suspender temporalmente las habilidades sire.

—No, no lo entiendes. Para un sire normal, solo puede impedir su capacidad de conducir, pero no es el único ha'i conductor que se vería afectado. ¿Sabes cuántas personas podrían estar en el ala médica en este mismo momento siendo mantenidas con vida por la curación sire hasta que sus condiciones se estabilicen? ¿O personas que ahora están bien pero dependen de las tecnologías de conducción debido a lesiones o enfermedades? Cualquiera con biología mejorada, como las valquirias, dependen del ha'i conductor. ¿Quién sabe cómo la inhalación de antimateria podría afectarlas? Sin mencionar que la antimateria es muy volátil. Si hay alguna posibilidad de que no se haya estabilizado correctamente, explotará tan pronto como interactúe con la materia regular. Si este plan tiene éxito, muchos podrían morir.

Se me cierra el estómago y siento que la sangre me bombea el doble de rápido de lo normal. Quizá Kor ande equivocado en el camino de sus ideales, pero nunca haría lo que Rafe está describiendo. Estoy segura.

—He hablado con Cicerón —interviene Georgie—. No hay confirmación completa sobre las nieblas como vector, pero dice que el equipo parecía bastante seguro de tener una forma con la que contaminar el aire de la isla temporalmente.

—¿Quién diablos es Cicerón? —pregunta Rafe, quien parece que vaya a montar una rabieta por toda la habitación.

—Es irrelevante ahora mismo —le digo.

—¿Hay alguna manera de que puedas... apagar la niebla? —pregunta Georgie.

Él niega con la cabeza.

—No funciona así, y ni siquiera sabemos si van a usar la niebla. Lo que tenemos que hacer es estar preparados para su llegada y detenerlos de inmediato.

—No olvides que ahora Kor es un sire. Y tendrán armas provinciales como pistolas.

—La Guardia Avant se ha estado preparando para una amenaza provincial desde su creación.

No me gusta cómo suena eso.

—Si la Guardia logra dominar a Kor y a quienes estén con él, ¿qué harán? —pregunto.

—Su disrupción será breve. ¿Estos intrusos saben dónde vivimos, planean envenenar nuestro aire y robar nuestros textos más sagrados e importantes? No creo que la Guardia tenga muchas opciones.

—Siempre hay otra opción.

—Respóndeme a esto, Ada. ¿Qué hará tu familia si no los detienen?

—No vienen a haceros daño, solo a llevarse información. Tienen buenas intenciones.

—No importa cuáles son intenciones, tenemos que defendernos. ¿No es por ese motivo por lo que me quisiste advertir de todo esto?

Sí. Pero ¿prevenirle fue un error? ¿Tiene razón sobre el gas? ¿Dejar que Kor entre y salga con posibles bajas menores sería mejor que causar un enfrentamiento con la Guardia donde seguro que habrá pérdidas en ambos bandos?

Me imagino horribles imágenes de la hermosa isla humeante por la destrucción de la batalla. También valquirias cayendo en picado desde el cielo mientras inhalan antimateria.

No quiero que le pase nada malo a Génesis. O a Kor o al hermano de Izzy.

Alfie puede arder; él no me importa.

—Tenemos que avisar a la Guardia, pero no podemos dejar que maten a nadie —le digo.

—No puedo prometerte eso.

—Rafe, te ayudé a salvar a tu prima. Ahora ayúdame a salvar al mío.

Él no responde.

—Puedo hacer entrar en razón a Kor. Estoy segura —le suplico—. Solo necesito detenerlos antes de que lleguen. Él quiere los pergaminos, pero no quiere causar muertes innecesarias.

—Pero si están en camino. Ya es demasiado tarde —dice Georgie.

Una idea, nacida de la desesperación, aparece en mi mente.

—¿Por qué tiene que ser demasiado tarde? Sabemos que probablemente están viajando a través de los túneles del Atlas y sabemos hacia dónde se dirigen.

Aparece un interrogante dibujado en su rostro.

—Y tienen una ventaja significativa.

—Pero sin tecnología maglev.

—Ni tampoco tú... oh. No. Imposible. —Ella sacude la cabeza enfáticamente—. Está demasiado lejos. Y es demasiado peligroso.

Rafe aprieta los dientes y sé que se ha hecho a la idea.

—Ada, para y piensa por un momento. Lo que estás pensando es imposible. ¿Sabes lo largo que es el viaje? ¿Qué rápido tendrías que ir para alcanzarlos?

Rápido, puedo gestionarlo.

—Es la misma tecnología, ¿no? —insisto.

Se pasa una mano por el pelo.

—Quiero decir, técnicamente el aerotatami utiliza la misma forma de tecnología maglev que los túneles de Atlas, pero...

—¡Genial! Entonces ya está decidido.

—No podemos confiar en que lo consigas. Tendré que alertar a la Guardia para que esté preparada. El riesgo para nuestro hogar es demasiado grande si fallas.

—Estoy de acuerdo. Deberías tener un plan B, pero no es tan simple. Kor está trabajando directamente con alguien infiltrado y no sé quién es.

Le he preguntado a Izzy si sabía algo del nuevo informante, pero ni idea.

—No sé en quién podemos confiar.

La cara de Rafe es una tormenta.

—¿Cómo es eso posible? ¿Cómo estamos debilitándonos de este modo?

Luego mira con escepticismo a Georgie, sentada a su lado, pero ya no le permito dudar ni hablar mal de ella.

—Le confío mi vida a ella —digo.

Georgie se sienta un poco más recta y Rafe asiente. Entonces, para mi sorpresa, le tiende la mano. Cuando ella la estrecha tímidamente, él dice con seriedad:

—No dudo de tu lealtad. Sé que nunca podríamos haber rescatado a Hypatia sin tu ayuda y estaré en deuda contigo siempre.

Las mejillas de Georgie se sonrojan y trago saliva mientras algo dentro de mí se hace papilla.

Cuando estoy segura de que mis tripas vuelven a ser sólidas, me dirijo a Rafe:

—Necesitamos ayuda. ¿En quién confías a ciegas?

—En mis hermanos. Contactaré con Alex, pero está en Avant. Necesitamos gente en Génesis.

—Yo confío en el maestro Loew —digo.

—Pues yo no —responde Rafe decidido.

—¿Y Kaylie?

—Sí —responde—. E Hypatia, Simon y Mbali.

Los tres hablamos de los detalles del plan. Además de avisar a la Guardia sin alertar al espía, Rafe averiguará cómo proteger mejor las nieblas. Georgie conseguirá que los artesanos hagan y distribuyan máscaras protectoras, por si acaso. Míralos colaborando tan amablemente. Y Rafe no se ha burlado ni una sola vez.

Vaya, vaya, mi listón está muy bajo. ¿Cuándo empecé a felicitar a los chicos por la mínima decencia humana? Pero se merece una palmadita en la espalda. Quizá en el culo. Nos despedimos rápido y esta vez no hay necesidad de lágrimas, pronto veré a mis amigos de nuevo.

—¡Ten cuidado, Ada! — me ruega Georgie.

Rafe no dice nada.

No creen que pueda hacerlo. Pero no tengo otra opción. Se están preparando para una invasión que es por mi culpa, pero voy a

detenerla. Y voy a ayudar a las Familias a construir un camino mejor.

El traje de cumpleaños con el que he dormido no me sirve. Necesito vestirme para la velocidad y el frío. Me pongo un sujetador deportivo y un jersey de cuello de cisne, también unas mallas y los vaqueros con los trabajaba en la granja de la isla. Doy gracias por tener la chaqueta de cuero de Rafe, que es lo bastante resistente para protegerme del viento en un viaje traicionero. Hay una bolsa casera de frutos secos (cuidadosamente preparada por Sal) en el bolsillo. Perfecto. Quién sabe cuándo será la próxima vez que pueda comer. No tengo tiempo de arreglarme el pelo, así que me dejo la corona trenzada ligeramente despeinada con la bonita hiedra en su interior. Me cuelgo la aerotabla en el hombro, camuflada en mi bolsa de *snowboard*, y respiro hondo.

¿Qué estoy haciendo? Es una idea terrible. Soy la última persona capaz de hacer esto. Ni siquiera Georgie y Rafe creen que lo logre.

Aparto todos mis miedos e inseguridades. Si arreglar mis errores significa ser irresponsable y tonta, entonces eso es todo lo que se necesita.

No quiero tener que explicar adónde voy, así que decido escabullirme por la cocina.

—¿Ada?

Mi plan para evitar a mi familia ha fallado, ya que mi madre está apoyada contra la encimera comiendo restos de tarta de cumpleaños. Es extraño que no esté vestida con la ropa de trabajo todavía, y es aún más extraño que esté comiendo voluntariamente algo con mantequilla y azúcar.

—¿Adónde vas?

Bueno, no puedo decírselo, ¿verdad? Pero hoy se me acabaron las mentiras.

—Voy a volver a Génesis.

—¿No ibas a despedirte?

Me quería despedir, pero me preocupaba que enfrentarme a mi familia me hiciera cambiar de opinión. Aún no estoy segura de no cambiar de opinión, considerando que mi convicción es tan estable como una burbuja de jabón.

Mi madre deja la tarta, se acerca y me abraza.

—Bien —me dice—. Estarás mejor allí.

Su abrazo es cálido, pero no me gusta que esté tan ansiosa por librarse de mí otra vez.

—Ojalá no tuviera que ser así —continúa—. Preferiría tenerte cerca. Te eché tanto de menos mientras no estabas.

Oh. La aprieto más fuerte.

—Te mantuve al margen tanto tiempo como pude, pero si tienes que estar implicada, es más seguro para ti allí que aquí.

—Espera. ¿Qué quieres decir con que me mantuviste al margen? —murmuro en su hombro.

—No dejé que las Familias te iniciaran cuando cumpliste la mayoría de edad. No quería que conocieran tus habilidades y te convirtieran en su constante conejillo de indias.

¿Qué?

Rompo el abrazo y repito sus palabras en mi cabeza.

«No dejé que las Familias te iniciaran».

—¡Creía que no me iniciaron porque no era lo suficientemente buena!

Incluso pensando en ello ahora, resurge la familiar vergüenza.

Mi madre me coge la cara entre sus manos, me mira a los ojos y me dice:

—Ada, siempre has sido lo suficientemente buena.

Apenas puedo respirar.

Mi madre sigue hablando, acariciándome con suavidad la mejilla.

—La razón por la que finalmente les permití iniciarte es para que te reclutaran en el instituto. Quería que estuvieras allí por tu propia seguridad. En el momento en el que las Familias se enteraron de tu don, supe que debía alejarte de ellos.

Mi don. ¿Es eso lo que ella piensa de mis habilidades? Entonces, ¿cómo pudo hacerme verlo como una maldición?

Mi pulso retumba en mis oídos y mi voz tiembla cuando le confieso:

—Pensé que me tenías miedo.

—Nunca te he tenido miedo. Solo tuve miedo por ti. Estaba aterrorizada de lo que las Familias podrían llegar a hacerte si entendían lo que eres.

Siento un escozor detrás de los ojos y en la parte inferior de la garganta, es como si mi mente estuviera reorganizando mi visión de la realidad una vez más.

Mamá se apoya en la encimera con un suspiro.

—Ada, tus habilidades son genéticas; vienen de familia. Tu abuela no las tenía, pero pensó que yo podría tenerlas. Cuando era joven, me ponían a prueba constantemente. Pasé la mitad de mis años de secundaria siendo analizada en un laboratorio hasta que determinaron que no era lo que esperaban. No quería eso para ti.

Ni siquiera sé qué decir. Es lo último que esperaba oír. Quiero decir, sabía que ser una sire era genético. Debería haber pensado que podría ser cosa de familia.

—Toda mi vida —continúa mi madre— he sentido que tenía que trabajar más duro que los demás para compensar el hecho de no haber nacido excepcional. Se convirtió en un reto. Si podía

perfeccionar todo lo que estaba bajo mi control, tal vez lo que quedara fuera importaría menos. Pero nunca quise que te sintieras así. No podía soportar que cargaras con el peso del escrutinio de las Familias como lo sufrí yo. Y no necesitabas que te presionaran. Siempre te las has arreglado para ser excepcional basándote en tus propios criterios, no en los de los demás. —Toma mis dos manos entre las suyas—. Y me siento muy orgullosa de ti por ello.

Retiro la mano, pero solo para poder limpiarme las mejillas mojadas. Y la nariz.

—¿Por qué no me has contado todo esto antes? Pensaba que era un fracaso.

—Lo siento mucho. Tu abuela... Ella intentaba motivarme explicándome las dificultades que había atravesado durante la infancia. Pero siempre parecía como si estuviera tratando de manipular mis emociones para convertirme en lo que ella quería que yo fuera. No quería hacerte eso, pero está claro que me pasé. —Me da su servilleta para ayudarme con mi fuente de mocos—. Pero, aunque he estado distante, ocupada, y no tan comunicativa como necesitabas, era porque estaba trabajando para mantenerte a salvo. Todo lo que he hecho ha sido para protegerte.

¿Todos esos años de sentirme una inepta merecían esa protección?

La rabia por la posible respuesta a esa pregunta se ve ensombrecida por una profunda sensación de alivio. Y un impulso extra en confiar en que el plan ridículo que estoy a punto de ejecutar es el correcto. Si mi madre, que ha crecido con las Familias toda su vida, piensa que son tan peligrosas como para alejarlas de su hija, ¿qué dice eso de lo que son capaces? Pero ahora que mi madre está siendo sincera conmigo, tal vez pueda ayudar.

—Mamá, Kor comenzó la siguiente etapa de la Operación Génesis antes de tiempo y necesito detenerlo. ¿Sabes algo más?

—Ojalá, pero el Oculus le dio a Kor rienda suelta para actuar sin la aprobación de la Cámara Interna y no ha compartido sus planes con ninguno de nosotros. Y los miembros de la Cámara Interna están molestos conmigo porque accidentalmente —pone la palabra entre comillas— se han borrado tus imágenes de la isla del Hermano del Norte, por lo que me están evitando.

Vaya, vaya, ella ha estado trabajando para mí detrás de las escenas y yo no tenía ni idea.

—No sé cómo hacer que Kor me escuche, si es que puedo llegar a él a tiempo.

Me acaricia el pelo.

—Ada, no tengo ninguna duda de que puedes hacerlo.

Hay un orgullo en su voz que me invade y llena las grietas de tantas viejas heridas.

—Eres tan valiente e ingeniosa que si ese chico escucha a alguien además de al Gran Maestro es a ti.

Me da un último abrazo y me besa la cabeza.

Es hora de hacerlo.

Y puedo hacerlo. Porque soy una sire y un Hacedor, y soy la leche de rápida en una aerotabla.

Y haré todo lo que sea necesario.

39

No tengo los códigos de las puertas de la estación del Ayuntamiento, así que tengo que coger la «ruta divertida» que usé con Michael. Por desgracia, es mucho más difícil sin escolta. Me quedo atascada tratando de abrir las puertas del vagón del metro en la estación abandonada. Tras dos intentos fallidos y el temor momentáneo de tener que coger esa línea de metro toda la noche, abro la puerta del vagón, que está cubierta de basura y con carteles que advierten que eso no se puede hacer. Me paseo entre vagones. Es aterrador, muy ruidoso y hay ratas. No lo recomiendo. Mientras el tren chirría en la estación abandonada, contengo la respiración, y de alguna manera me las arreglo para no morir ni mearme en los pantalones al saltar.

Cuando llego al andén del Atlas, está abandonado y con las puertas abiertas.

Me siento en el borde de la vía, con las piernas colgando. Luego me dejo caer hasta que los dedos de los pies tocan el metal. Es un tubo, no hay superficie plana en la que apoyarse.

Desabrocho la cremallera de mi bolsa de *snowboard*, bajo la aerotabla que se acopla con levitación magnética a la pista, me subo a ella y planeo hacia la esclusa.

«Hagámoslo».

El maglev es mucho más fuerte de lo que estoy acostumbrada en la fosa del aeroparque y salgo disparada hacia delante tan rápido que me caigo con fuerza. Mi tobillo se tuerce con un crujido repugnante. No hay tiempo para el dolor. Conduzco ha'i por mi

pierna para aliviar la herida mientras cojeo tras mi tabla y vuelvo a subirme.

Esto es bueno. Voy a poder ir más rápida de lo que pensaba. Pero, siendo realista, no creo que ni siquiera yo sea capaz de permanecer en mi tabla a la velocidad que necesito mantener para interceptar a Kor. Me gustaría tener un agarre con el que fijarme como en la tabla de *snowboard*.

Hago inventario de todo lo que llevo, pero no tengo ninguna cuerda ni nada que me ayude a sujetarme a la tabla.

«Encuentra cualquier cosa que puedas usar». Eso es lo que Rafe diría.

Piensa.

Ya estoy sudando. Me aparto los pelos de la cara y mi mano se engancha en la hiedra que Sal tejió en mi trenza. Sí.

Desenrollo la hiedra, la agarro entre mis manos y respiro hondo.

Por favor, que crezca, le pido.

La hiedra se alarga y se enrolla alrededor de mis brazos.

Sí. Más fuerte. Más gruesa.

Pronto tengo una enredadera gruesa el doble de larga que mi cuerpo. La uso para atar mis pies a la tabla.

Y entonces me largo.

Doblo las rodillas para encontrar mi centro de gravedad y soy una bala. Pierdo la noción de lo que es arriba y abajo. Solo soy una chica siendo succionada a través de una pajita inmensa. Lo cual, por lo visto, no es una existencia sostenible durante mucho tiempo.

He perdido la noción del tiempo y la distancia. Estoy completamente agotada de estar tanto de pie. Disminuyo la velocidad y me tomo el tiempo necesario para comer la mezcla de frutos secos de Sal. Mientras mastico cacahuetes y pipas de calabaza, contengo las lágrimas.

¿Cómo voy a hacer esto? Está oscuro, estoy sola y cansada.

Me duele todo. Los músculos de la pantorrilla me están matando de tensarlos sin querer durante el camino. Ojalá pudiera sentarme.

Y entonces tengo una idea bastante extraña que podría funcionar.

Reduzco la velocidad hasta detenerme por completo. Lo cual es aterrador en un túnel con eco en algún lugar profundo bajo el océano Atlántico. Me niego a pensar en lo que podría pasar si el tren se reactivara.

Saco otra pipa de calabaza de la bolsa, uso la cuchara para arrancar la cáscara y luego pongo mis manos en shiin alrededor de la semilla interior. Soy una alquimista sire y he aprendido a hacer esto. Sé que puedo hacerlo. Ya está. Puedo sentir un pequeño hilo de ha'i todavía dentro.

«Por favor, crece».

Y lo hace. Repito la operación hasta que la planta es demasiado grande para sostenerla, y a continuación la coloco encima de mi aerotabla y sigo conduciendo el ha'i en ella. Pronto hay una hermosa calabaza del tamaño adecuado para sentarse, con una vid gruesa que crece entre mis piernas, larga y lo suficientemente fuerte como para mantenerme atada a la calabaza y a la tabla.

Y así es cómo continúo mi viaje. En un trono de calabaza con una hiedra como cinturón de seguridad, intentando respirar tranquila mientras atravieso el túnel, perdiendo la noción de lo que podrían ser minutos u horas.

Hablo conmigo misma. Canto. Grito a pleno pulmón.

Soy una estrella fugaz, un meteorito, una avalancha.

Soy una chica cabalgando a muchos kilómetros por hora sobre una calabaza.

Una chica que se acerca a una esclusa.

Grito de alivio al reconocer el andén. Para cuando reduzco la velocidad y paso a través de la esclusa de aire, estoy llorando. He llegado a Arcadia. A Génesis.

A casa.

La estación está vacía y oscura. No hay señales de nadie. No hay señales de Kor.

Debería haberlos interceptado en el túnel. Hay un gran reloj de arena en la pared de la estación y la acumulación de arena indica que es alrededor de las primeras horas de la tarde. He hecho una buena marca. No creo que hayan llegado antes que yo.

A menos que hayan elegido otro camino...

Las luces automáticas se encienden cuando alguien se mueve entre las sombras.

—¿Hola? —grito.

—¿Ada? —pregunta la voz de un chico.

—¿Simon? ¿Eres tú?

—Sí, soy yo.

El joven baja a la vía de un salto. Lleva su uniforme de la Guardia y de repente me mareo con una fuerte sensación de *déjà vu*.

—¿Estás bien? —me pregunta.

—Ah, sí. —Había olvidado momentáneamente mi aspecto, un desastre sudoroso y lloroso sentado en una calabaza, atada a una aerotabla en medio de las vías de un tren—. Pero ¿podrías ayudarme a cortar estas enredaderas?

Rápidamente está a mi lado con su cuchara en alto, cortando.

—¿Por casualidad acabas de pasar por el túnel del Atlas?

—Sí.

—Qué raro.

No sé qué responder. Pero Simon parece estar tomándoselo todo con calma.

—¿Qué estás haciendo aquí? —pregunto.

—Me han enviado para comprobar que la salida de emergencia a la cala es segura y desactivar el ascensor. Pero una vez que se desactiva, no se puede reactivar sin la llave de un miembro del Consejo, así que tengo que esperarme aquí abajo. Tú también tendrás que hacerlo; no hay manera de subir.

—¿Te han enviado solo?

¿Por qué se habría arriesgado Rafe a eso? ¿Y si Kor hubiera llegado antes que yo?

—Creo que Rafe esperaba que yo... —dice, y sacude sus alas para que se ericen un poco.

Por supuesto, técnicamente Simon podría haber volado de nuevo, pero tiene miedo de volar y no se le da muy bien.

Un fuerte chirrido sacude la estación. Simon se levanta y corre hacia la puerta de emergencia, que conduce a la cala exterior. Le sigo a trompicones con las piernas temblorosas.

—Escóndete —me dice—. Yo vigilaré la puerta.

—No. Tengo que salir. Cuando lo haga, asegura la salida de detrás de mí y mantente fuera de vista.

—Soy un soldado de la Guardia Avant —dice Simon con temblorosa resolución—. Y si hay peligro fuera de esa puerta, ¡yo te protegeré, oficial Castle!

—Escúchame, Simon. Yo voy a salir y tú te quedas aquí. Pase lo que pase, te quedarás escondido. ¿Me has entendido?

Mi insistencia lo convence, porque no me impide desbloquear la puerta y empujarla para abrirla.

La brisa marina me abofetea la cara. La sal, la arena y el pelo se me meten en los ojos, pero nada me impide ver el elegante submarino negro emergiendo en la cala. Kor sale de una escotilla en la parte superior mientras atraca el submarino junto a las rocas.

40

—Ojalá no hubieras venido —dice Kor avanzando por las rocas resbaladizas mientras se acerca a la orilla.

—¡Y ojalá me lo hubieras consultado para prevenirte de este error! —digo levantando la voz para que me escuche por encima del viento y las olas. Hay apenas unos metros de arena y agua entre nosotros, pero parece una distancia imposible.

—Sí, supongo que convencer a toda la orden de que eras digna de confianza fue un error —me responde.

Sus palabras me hieren.

—Puedes confiar en mí. Y deberías hacerlo, porque si usas el gas, los resultados serán devastadores. Nuestros objetivos son los mismos, pero no puedes usar ese gas, o la gente morirá. Los asesinarás tú.

Con los ascensores inutilizados, no hay manera de que Kor suba a la isla, pero tampoco hay forma de que me llegue ayuda. Necesito convencerlo de que abandone su plan y tendré que hacerlo sola.

—Realmente vinimos con la esperanza de no herir a nadie, pero ahora que estamos aquí haremos los sacrificios necesarios —dice sin inmutarse.

—No puedes decirlo en serio.

—Ada, Ada... —Kor sacude la cabeza—. ¿Quién lo hará si no lo hago yo? —pregunta, y señala su abdomen—. Ya he condenado a mi alma por beber la sangre de otros y, a pesar de eso, seguro que no me queda mucho tiempo en este mundo. Pero antes de morir haré

algo importante —dice levantando los brazos y mirando al cielo, con su larga melena ondeando al viento—. El Gran Maestro me eligió para esto y Dios me ha preparado para ello. Estoy dispuesto a hacer lo que tenga que hacer para salvar el mundo...

Deja de hablar y agarra su cruz, sus ojos brillan en éxtasis. Cuando resigo su mirada, me doy cuenta de que no son sus palabras las que lo han impactado, más bien dos pares de hermosas alas. Un par perteneciente a una valquiria de cabello cobrizo —parece el cuadro de un ángel dibujado por Kor hecho realidad— y el otro par de un caballo de viento con un jinete escultural.

Kaylie, Peggy y Rafe bajan volando desde el acantilado. Después de todo, no estoy sola.

Kaylie aterriza en la playa con sus alas desplegadas, su cara feroz y hermosa. Kor la mira con asombro y adoración. Rafe se apea de Peggy a unos metros de distancia. Tiene una pistola magnética en una mano y una espada en la otra. El calor del ha'i se eleva fuera de él como una olla hirviendo.

Kor alterna la mirada entre Rafe y Kaylie, luego grita hacia la escotilla:

—¡Refuerzos!

—Si me entregáis vuestras armas y permites que te detenga a ti y a tus camaradas, te protegeré de cualquier daño y te escoltaré para hablar con el Consejo —señala Rafe.

—No he venido hasta aquí para que me arresten —dice Kor, levantando con frialdad una pistola y apuntando a Rafe.

—¡Esto no es necesario! —grito con pánico en la voz dando un paso adelante.

Alfie y Roman salen por la escotilla hacia la playa. Roman va armado, pero parece nervioso. Se queda pasmado al ver a una valquiria y un caballo de viento y se persigna. Alfie está sosteniendo

una lata parecida a un extintor con una manguera de pulverización que debe ser el gas antimateria. Apunta la boquilla como un arma. Puede que no haya niebla aquí abajo, pero si rocía el gas y sucede como lo esperamos, podría herir seriamente a Kaylie y a Peggy. Además, Rafe y yo perderíamos nuestras habilidades sire.

—No... —empiezo a decir en el momento en el que Rafe se mueve para interceptar a Alfie y que Kor carga su arma—. ¡No! Kor, no podemos...

Y entonces dispara.

Oigo el chasquido de la bala. Luego llega el silencio.

Alguien a lo lejos rompe el falso oasis cuando empieza a gritar.

No, no está lejos. Soy yo quien grita.

Pero el resto de mi cuerpo está congelado. Todo lo que puedo hacer es mirar fijamente como una flor roja despliega sus pétalos en la parte izquierda del pecho de Rafe. Como una flor en su chaqueta, parece tan elegante, listo para bailar.

El recuerdo del sonido de la detonación retumba una y otra vez en mis oídos.

Y entonces Rafe cae al suelo. No sabía que Rafe Vanguard podía derrumbarse. El tiempo se reanuda cuando veo a Kaylie corriendo hacia él. Y entonces yo también corro.

Kaylie está tratando de detener el flujo de sangre, pero ya no es una flor. Ahora es un ramo y se extiende convirtiéndose en un campo ante mis ojos.

Rafe respira con dificultad, con los ojos vidriosos. Consigue sonreírme.

—Estaré bien —musita, y veo su boca formar las palabras, pero no puedo oírlas.

Todo lo que oigo es el eco de la detonación y el sonido de mi propio pulso en mi cabeza.

Kaylie me habla insistente, pero estoy aturdida.

Kor acaba de disparar a Rafe.

Me lo repito: le ha disparado.

¿Por qué no he dejado que Rafe trajera a la Guardia? Esto es culpa mía. Esto es mi culpa.

—¡Ada! —el grito de Kaylie por fin rompe mi niebla mental—. Sus habilidades de sire no lo están curando, necesita tu ayuda.

Sí, puedo ayudar.

Me agacho y hago shiin con las manos. Alineo el triángulo hecho con mis dedos sobre las flores pegajosas de su pecho. Conduzco ha'i una y otra vez.

«Por favor, por favor, por favor», le suplico a la fuente dentro de mí.

Pero no cura.

—¿Por qué no se cura? —grito presa del pánico, sabiendo que estoy agotando mi propio ha'i, aunque no estoy dispuesta a rendirme.

—Es una bala de antimateria —dice Kor.

Me giro y lo veo de pie con el rostro pálido mirando su mano temblorosa que todavía aprieta el gatillo de la pistola. Peggy se agita y empieza a corcovear y batir las alas. Alfie gira la boquilla del gas hacia ella.

—¡No la lastimes! —exige Kor.

—Tenemos que extraer la bala —dice Kaylie, ignorando la amenaza del gas que Alfie ha girado en su dirección.

Ella desgarra la camisa de Rafe.

—No le dio en el corazón por poco, pero la antimateria en su cuerpo durante demasiado tiempo, cerca de sus órganos vitales... —Detiene la charla mientras usa una cuchilla de su cuchara para cortar el pecho de mármol, a través del tatuaje del dragón. Rafe está tan

inconsciente que ni siquiera se inmuta—. La bala le ha perforado el pulmón. Necesito drenar el aire, así que es urgente que tú saques la bala.

No sé cómo lo hago, pero mientras Kaylie hace una incisión, meto la mano en el pecho de Rafe. Me concentro en el sonido de su voz dándome cuidadosas instrucciones. Mi mano está cubierta de sangre mientras saco la bala, la antimateria me quema los dedos hasta que dejo caer la bala brillante como un rubí sobre la arena húmeda.

Después empiezo a conducir ha'i al pecho de Rafe y esta vez sí que funciona. La sangre que sale de su cuerpo disminuye. El tejido comienza a repararse, pero Rafe ha perdido mucha sangre. No se está curando lo suficientemente rápido, y siento mi fuerza flaquear.

—Ayúdame —le grito a Kor, que me mira horrorizado.

—Nunca he conducido así...

Luego mira a Roman, que parece igual de aterrorizado e inseguro con lágrimas en los ojos.

—¿Quieres tener su muerte en tu conciencia? —grito. Veo la indecisión en sus ojos, la guerra del orgullo y la culpa—. ¡Kor, necesito que me ayudes a salvarle! —digo ahogándome en mis sollozos—. ¡Ayúdame!

Le exijo ayuda de nuevo. Tiene que ayudarme. No importa lo que haya dicho sobre lidiar con los daños colaterales, sé que no es un asesino.

Suelta el arma y viene corriendo.

Le muestro a Kor cómo alinear su shiin junto al mío. Cuando nuestras manos casan, conducimos un poderoso flujo de ha'i a través del triángulo formado por nuestros dedos. El cuerpo de Rafe se sacude erráticamente.

—¡Otra vez! —le grito, y Rafe suelta una bocanada profunda con la siguiente descarga de ha'i. Luego parece respirar con más

facilidad.

El flujo de ha'i ha sido asombroso, más de lo que nunca he sentido el mío o el de otra persona. Pero ahora Kor parece tembloroso y débil. Recuerdo a Rafe explicándome que el dopaje sanguíneo da a un sire un tremendo poder, pero que también hace que se agote más rápido. Kor no parece tener la fuerza para seguir conduciendo. Pero Rafe aún no está completamente curado.

La cara de Kaylie es una máscara de horror. Ella se presiona los nudillos en los labios haciendo el saludo real de Avant. No cree que su príncipe sobreviva.

Sé lo que tengo que hacer.

Agarro la hoja de Kaylie y sin pensármelo demasiado me hago un corte en el antebrazo.

La sangre corre a través del corte y dirijo su goteo directamente hacia la boca de Rafe. La adrenalina y el ha'i corren a través de mí con tal fuerza que veo que la hemorragia se ralentiza y la piel alrededor de la herida se tensa mientras mi cuerpo intenta curarse a sí mismo. Golpeo el corte con la punta del cuchillo para mantener la sangre fluyendo. De algún modo, mi mente ahoga el dolor. Me siento como un observador externo, viendo como la cálida vida de mi interior sale a chorros de la terrible herida hacia los labios de Rafe.

Kor se aleja de nosotros y veo una expresión en su cara que no puede describirse como otra cosa que hambre.

—¿Deberíamos retirarnos? —le oigo a Roman preguntarle a Kor. Pero no oigo su respuesta mientras Rafe parpadea y se traga mi sangre derramándose por su boca.

Tanta sangre. Hasta que me interrumpe con la voz desgarrada.

—¡Basta! —Me aparta el brazo—. Cántame tu poder.

No lo entiendo, pero en este momento, haré lo que me pida. Si él quiere que cante, cantaré. Así que deshecho la hoja y empiezo a

tararear «Nocturno» de Yosef HaLevi. El corte en mi brazo se cura mientras veo el efecto de mi sangre ayudando lentamente a Rafe. Me agarra las manos entre las suyas mientras tarareo.

Y entonces algo en el aire cambia. Siento que el ha'i de Rafe se duplica, luego se triplica, amplificándose a niveles que nunca hubiera creído posibles. Su cuerpo tiembla mientras su curación sire se acelera.

Rafe jadea y se incorpora bruscamente, con las heridas ya cerradas.

El sonido de una trompeta fuerza mi mirada hacia el acantilado, donde veo la Guardia Avant con lo que parece una gran ballesta del tamaño de un camión. Una figura se separa del resto, despliega sus alas y vuela hacia nosotros. Es Grey. Aterriza enfrente de Rafe, bloqueándolo de cualquier amenaza potencial.

—Su alteza, sé que ordenó a la Guardia que aguantara, pero Simon voló hasta el acantilado para alertarnos de que había sido atacado —explica Grey.

¿Simon? ¿Voló hasta el acantilado? Bien por él.

Grey saca una espada larga, volviéndose para mirar a Kor, quien está huyendo hacia el submarino; Alfie y Roman van justo detrás de él.

—Adelante —Grey grita tras ellos—, subid a vuestra nave. La ballesta hará un trabajo rápido con ella y con vosotros.

Todos miramos hacia el acantilado, donde la Guardia ha apuntado la ballesta gigante, o, mejor dicho, la balista, otro de los inventos originales de Da Vinci, hacia el submarino. Los tres jóvenes dejan de correr y Grey les quita sus armas.

Rafe se levanta con confianza. La sangre cubre su pecho y su herida ahora es una cicatriz que atraviesa el ojo del dragón que guarda su corazón.

—Tú y toda la Guardia —le dice a Grey— fuisteis testigos de que, a pesar de lo que este hombre hizo, también ayudó a salvar mi vida. Que eso se tenga en cuenta cuando su destino se decida.

Grey inclina la cabeza.

—Informaremos al Consejo.

Rafe se vuelve hacia Kor.

—¿Estás dispuesto a cooperar ahora?

Kor mira al guardia y después a mí.

—No tienes elección —le digo, intentando comunicarle con la mirada que debe confiar en mí.

Kor asiente.

—¿Tienes más balas de antimateria, armas y gas ionizado?

—Sí.

—¿Y más hombres?

—Dos hombres más. Puedo retirarlos y entregarte la antimateria restante con las armas.

Kor camina hacia el borde de las rocas, donde el submarino espera, parcialmente sumergido. Me sorprende que haya aceptado. Parece demasiado ansioso por entrar en el submarino, lo que me pone nerviosa.

—No sin supervisión —apunta Grey. Sujeta a Alfie y a Roman con lazos de seda de araña y luego se mueve para escoltar a Kor al submarino—. Te lo advierto, filisteo —y vuelve a señalar al guardia que aguarda en lo alto del acantilado—, si intentas algo mientras estás dentro de la nave, no dudarán en aniquilarla.

Poco después de entrar, el submarino se apaga, y luego Kor sale de vuelta, seguido por dos hombres aterrorizados. Uno parece el capitán del submarino y al otro lo reconozco como el guardia de seguridad que Rafe dejó inconsciente en la isla del Hermano del

Norte. Grey está cerca detrás de ellos, llevando un gran petate negro, presumiblemente conteniendo sus armas.

Mientras Kor deja que Kaylie le ate las manos, me fijo en que sus mejillas están de nuevo llenas de color y que su fuerza parece haber vuelto.

Grey y Kaylie conducen a los cinco hombres a la prisión.

Cuando todos los curiosos se han ido, Rafe se tambalea y yo lo guío para que se siente sobre una roca. Una sombra cae sobre nosotros cuando una nube tapa el sol.

Rafe mira hacia arriba y sonríe, y mis ojos siguen los suyos.

No, no es una nube.

Alas enormes y brillantes escamas negras eclipsan el cielo. Veo un azote de cola, garras afiladas y ojos feroces e inteligentes. Y entonces la majestuosa criatura aterriza enfrente de nosotros, con el príncipe Alexander a horcajadas sobre su lomo.

Nos sube a Rafe y a mí con él.

Nos alejamos volando hacia el cielo anaranjado al atardecer en un maldito dragón.

41

Montar en dragón es la experiencia más impresionante, maravillosa y aterradora de mi vida, pero no tengo mucho tiempo para apreciarlo. Cuando aterrizamos en la pista del ornitóptero del instituto, el príncipe Alex se dirige de inmediato a la sala del Consejo mientras los maestros de biociencia comprueban las constantes vitales de Rafe. Todos están demasiado ocupados para preguntarse cómo y por qué he vuelto a la isla.

Me meto en el primer lavabo que encuentro para lavarme la sangre de las manos. Me las froto hasta dejarlas en carne viva, pero todavía quedan restos carmesíes bajo mis uñas, así que sigo restregándomelas.

«Todo el mundo está vivo. Todo el mundo está vivo».

Me lo repito una y otra vez. Esta mañana he salido de Nueva York con este objetivo en la mente, que me ha estado alimentando a lo largo de este interminable día.

Me miro en el espejo. Comprobado: parezco alguien que revoloteó por un túnel durante horas y a quien luego le hicieron hacer una operación improvisada en la playa. Mi adrenalina sigue fluyendo, cada latido comunica urgencia, pero no estoy segura de lo que debo hacer a continuación.

Podría ir a mi habitación, buscar a Georgie, dormir un poco. Pero mis pies no me llevan al ala de invierno. A pesar de haber logrado evitar la tragedia, me siento tan vacía... Tan perdida. Y solo hay una persona a la que quiero ver.

Al plantarme enfrente de la puerta que me ha atraído instintivamente, me siento tonta. Probablemente ni siquiera esté aquí, pero llamo de todos modos.

—Adelante.

Michael se endereza sobresaltado cuando entro en su despacho.

—¿Ada?

Está de pie ante su escritorio, rodeado de una montaña de archivos y libros. Su pelo es una tempestad, su chaqueta y su corbata hace tiempo que desaparecieron; el pelo castaño rizado de su pecho asoma por su camisa de pico desabrochada.

—Hola —le digo.

—¿Cómo...? Hola.

No lleva zapatos y los calcetines están desparejados. Parpadea y entonces los papeles que tiene en la mano caen sobre su escritorio y se apresura hacia mí, envolviéndome en un abrazo. Huele a té y a chocolate, y aunque mi pulso se acelera por su cercanía, me siento tranquila por primera vez en horas. Quizá en días.

—Creía que no ibas a volver.

—Tuve que hacerlo —digo contra su pecho—. No estoy segura de que haya un lugar para mí en el mundo provincial.

Se aparta, manteniéndome a distancia.

—No digas eso. Tu mundo es increíble. Has hecho mucho para recordármelo, no lo olvides tú también.

«Tu mundo». ¿Está insinuando que debería haberme quedado allí? Cuando se trata de Michael, siempre es este mismo carrusel interminable de dudas. Me sonríe como si hubiera dicho algo gracioso.

—¿Qué pasa?

—Es solo... esa mirada en tu cara. La que pones siempre cuando te tomas un cumplido como un insulto.

—Bueno, te advertí de que soy una cínica crónica.

—No eres una cínica —dice sacudiendo la cabeza con complicidad —. Eres demasiado optimista para ser una cínica. Una cínica anticiparía que todos van a decepcionarla, en lugar de esperar que den su mejor versión.

Sus ojos se han vuelto serios, y me doy cuenta de que pese a la distancia no ha dejado de tocarme, sus manos cálidas y firmes siguen en mis hombros.

—No puedes aceptar un cumplido, porque eres demasiado humilde para ver tu valor.

—Confía en mí, Michael —le corto—, nunca he sido la chica que pensabas que era. No soy humilde, solo soy un desastre total.

—No es así —insiste, apretándome los hombros—. No dejaré que te desmerezcas más. Tienes inseguridades, pero por debajo hay esa determinación de acero de querer entender lo que es correcto y verdadero, siempre dispuesta a cuestionar lo que crees que sabes — dice acercándose—. Mientras tanto, yo soy el que todo el mundo cree que lo tiene todo resuelto, cuando por dentro en realidad solo soy una bola de ideales ruidosos y contradictorios a los que no les encuentro sentido. Excepto cuando tú desafías mis creencias y de repente todo lo que realmente importa se vuelve más nítido.

Mi respiración se acelera mientras lo miro a los ojos. Ha bajado la guardia y veo al chico que conocí en Italia. No el maestro prodigio que es más joven que todos sus colegas y que trabaja el doble para demostrar su valía, sino el chico apasionado que anhela la unión, ve la maravilla en cada cosa y está dispuesto a aceptar otras perspectivas.

Lo conozco. Y él me conoce a mí. Siempre nos hemos entendido.

—Michael...

Pero no tengo palabras para expresar nada de mis confusos pensamientos.

—Te he echado de menos —dice tenso.

Me acaricia la mejilla y mi respiración se corta. Sus párpados están cansados, sus pupilas dilatadas, y cuando el instinto me hace inclinar mi cara hacia la suya, se acerca a mi encuentro. Nuestras narices se rozan, luego lentamente nuestros labios. Michael me coge la cara entre sus manos y me besa, suave, dulce y tierno.

Estoy besando a Michael. Michael me está besando.

—He pensado en esto tantas veces —musita entre besos.

Los labios se separan y su lengua se desliza en la mía.

Yo también, quiero decir, pero he perdido la capacidad de formar palabras, así que lo digo con mis besos en su lugar. «Pienso en ti todo el tiempo. Significas tanto para mí. La idea de no volverte a ver me destrozaba».

Agarro su camisa mientras el beso se hace más profundo y urgente. Y entonces me empuja contra su escritorio, su cuerpo me aprieta. Introduce las manos en mi pelo y los restos de mi trenza se deshacen.

Tengo una corriente dentro de mí que hace que lo estreche como las cuerdas afinadas de una guitarra.

Olvidaos del paseo en dragón: esta es la experiencia más impresionante, maravillosa y aterradora de mi vida.

Michael me sube a su escritorio, los papeles se desparraman. Sus besos viajan y murmura mi nombre contra mi piel. Deslizo las manos por su pelo y atraigo su cara hacia la mía, mis dientes mordisquean y lamen su labio inferior.

Sus manos se mueven por mi espalda, más abajo incluso; sus dedos presionan mis curvas a través de mis vaqueros y ahogo un

gemido. Mis piernas rodean su cintura y, al apretarme contra él, noto cuánto me desea.

Cuánto me gusta esto.

Pero ¿cómo funcionará si le miento? Y si le digo la verdad, seguramente lo perderé.

Mi vacilación momentánea hace que Michael se quede quieto. Su respiración es entrecortada mientras desliza sus manos hasta mi cintura y me susurra al oído:

—No deberíamos estar haciendo esto.

Su aliento golpea mi cuello en gemidos calientes.

—Sí, definitivamente deberíamos —contesto acercándome a él y apoyando mi mejilla en el hueco de su garganta. Noto cómo se le mueve la nuez de Adán al tragar y me giro lo justo para poder presionar mis labios contra él, y después mi lengua. Siento las vibraciones de su gemido.

«Por favor, no dejes de besarme».

Él me aparta suavemente las piernas de su cintura y se despega de mí. Una ráfaga de aire frío le roba la calidez a su tacto ahora ausente.

—Ada...

Pero las palabras de Michael se ven tragadas por un grito de dolor cuando se agarra el estómago. Se levanta la camisa y observamos hipnotizados cómo se forman letras en la piel desnuda de su abdomen.

—¡Maldita sea, Ari! —grita atragantándose.

La piel de Michael está enrojecida e hinchada mientras las letras siguen formándose. Aprieta los dientes con evidente agonía. Cuando queda claro lo que dicen las letras invertidas, se le va todo el color de la cara.

«TIENEN A HILDE».

¿Qué? Se me hiela la sangre.

Por supuesto, Kor me dijo que habían encontrado otro donante de sangre universal. Me bajo del escritorio para ponerme de pie. ¿Cómo es que gente a la que quiero le sigue haciendo daño a otras personas a las que quiero? Respiro hondo. No, no le harán daño.

Michael me mira con total desesperanza.

—Se lo advertí. Yo... no puedo ayudarla.

Se pasa las manos por el pelo angustiado.

Tal vez pueda ayudarla. El Atlas no funciona y Kor está detenido aquí en la isla, pero puedo usar el ordenador de Georgie para llamar a mamá.

—Ada, lo siento mucho. Sé que el momento... Tengo que irme.

—Lo comprendo.

Me da un abrazo incómodo, corre a su escritorio para recuperar algo del cajón central y luego se apresura a salir de la habitación.

Dedico unos momentos en arreglarme el pelo y calmarme por el hecho de que acabo de enrollarme con Michael. Entonces salgo y me dirijo a mi apartamento.

Es demasiado tarde para contactar con mamá, pero me aseguro de que no tengo motivos para pensar que Hilde esté en peligro inmediato. Había conocido a algunos de los otros sire cuando estuve en casa y Kor fue sincero al decirme que los trataban bien. Con los que hablé, incluido el renombrado científico que llevaba meses desaparecido en las noticias, cooperaban voluntariamente, entusiasmados por formar parte de un experimento innovador. Además, con Kor aquí, la sangre de Hilde está a salvo de momento.

Cuando llego a mi apartamento, Georgie grita y salta, volcando una pila de máscaras de seda de araña que ha estado cosiendo con la ayuda de Mbali e Hypatia.

Los segundos siguientes transcurren entre abrazos.

Mbali me pregunta:

—Si has vuelto, ¿significa que se ha impedido la contaminación atmosférica?

Su presencia aquí y saber lo que está pasando significa que se ha enterado de lo que he hecho. Sin embargo, parece tan feliz de verme como Georgie e Hypatia.

—Sí —digo, con la garganta apretada por la emoción—. Se acabó.

Y más abrazos.

—¡Cómo te atreves a no decirme que los dragones existen! —digo en el cuello de Georgie mientras me aprieta fuerte.

—Espera. ¿Existen los dragones? —pregunta, separándose sorprendida.

—¿No lo sabías? Pero si vi dragones en la televisión en Nueva York —dice Hypatia.

—¡Son de mentira!

—¿Cómo crees que saben cómo deben ser los de mentira si no había ninguna apariencia real en la que basarse? —pregunta Hypatia como si esta lógica debiera ser del todo obvia.

Esto me lleva a hablar de cómo conocí a los dragones y les resumo brevemente lo que ocurrió en la cala.

—¿Simon voló todo el camino hasta el acantilado? —pregunta Hypatia con incredulidad.

—Sí, claro.

No menciono que era porque a su primo le habían disparado en el pecho.

Vuelve esa sensación de *déjà vu*. La imagen de Simon sobrevolando el acantilado mientras Rafe se desangraba abajo sacude algo en mi memoria.

«Un largo paseo en aerotabla. Un trueno. Simon sobrevolando Rafe, que está tumbado en un campo de flores rojas...».

Ese sueño incesante que había estado teniendo.

«Una hermosa chica desconocida sirviéndole vino a Kor».

Oh. «Ohhh».

Por eso Hilde me resultaba tan familiar cuando nos conocimos. Había soñado con ella.

No entiendo cómo ni por qué, pero soñaba con todo lo que ha sucedido esta noche.

Y ahora entiendo cómo Kor pasó de estar débil y agotado a vigorizado después de volver a ese submarino.

No necesito llamar a mamá. Sé exactamente dónde está Hilde.

42

Espero para actuar hasta que es lo suficientemente tarde como para saber que la mayoría del instituto estará dormido, y el pueblo, vacío. Mientras bajo por el ascensor la vista a través del cristal es oscura, con solo un inquietante resplandor de los líquenes bioluminiscentes que se aferran a las formaciones de la cueva.

No sé por qué estoy tan segura de mi sueño, pero lo estoy. Estoy segura de otra cosa también: mis objetivos son diferentes a los de las Familias.

Kor puede haber ayudado a curar a Rafe, pero estaba dispuesto a dispararle y raptar a Hilde. Además, el Gran Maestro ha respaldado sus decisiones.

Es hora de que admita que pertenezco a Génesis, a este lugar, junto a la persona que comparte mis objetivos. Puede que hayamos llegado por caminos diferentes a la misma conclusión, pero los dos queremos que la sociedad de los Hacedores y la sociedad provincial aprendan de forma segura la una de la otra. Después de ocuparme de Hilde, voy a contarle toda la verdad.

Y después voy a besarlo de nuevo.

Juntos Michael y yo vamos a idear un plan para que tanto los Hacedores como las Familias empiecen a hacer las cosas de otra manera. He terminado de ser un mero peón para las Familias. Dejaré que piensen que aún lo soy, pero es hora de hacer las cosas a mi manera.

Las puertas del ascensor se abren, y el andén luce abandonado y silencioso mientras me dirijo al submarino. Utilizo el destello de mis poderes de sire para iluminar la cala negra como la tinta. No hay rastro de los sucesos de hace unas horas. Las huellas han sido borradas por el mar. También la sangre. El submarino parece intacto. Supongo que la Guardia planea ocuparse de él más tarde.

Las olas son tan fuertes que ahogan cualquier otro sonido. Por eso no oigo el otro ascensor o la puerta.

Pero un reflejo en el agua me alerta de que ya no estoy sola en la playa.

Me giro y Kor está de pie detrás de mí con su destello sire. Alfie y Roman y los otros dos hombres se dirigen rápidamente al submarino.

—Creía que estabas encerrado —digo con el estómago contraído. Me alegra ver que ninguno está herido, pero algo no va bien.

—Nuestro otro operativo hizo lo que tú no pudiste y nos liberó.

Un motor ruge mientras el submarino se enciende.

—Tenía un plan. Te habría liberado.

—Te creo —dice. Da un paso hacia mí y coge mis dos manos entre las suyas, nuestros destellos de sire parpadean. Pero estamos lo suficientemente cerca para que pueda ver la súplica en sus ojos—. Debería haberte creído antes. Ahora que entiendo los riesgos asociados al gas, entiendo por qué tuviste que interferir. Fui un arrogante y demasiado engreído y debería haberte escuchado cuando estabas en posición de saber más que yo.

Emociones disonantes entrechocan en mi interior. Estoy convencida de que Kor tiene buenas intenciones y aquí está disculpándose.

Pero sé que ninguna de sus palabras importa si tiene a Hilde.

—Dijiste que habías encontrado otro donante universal sire. Te bebiste su sangre para recuperar fuerzas antes.

Cuando estuvieron en el submarino, Grey no pudo estar por Kor, porque estaba reuniendo a los otros hombres y cargando las armas.

Kor asiente.

—¿Está en el submarino?

—No, solo bolsas de sangre refrigerada.

Ah. Así que el sueño era más metafórico.

—¿Está a salvo? ¿La están tratando bien?

—Sí, Ada, te lo juro. Ella ha accedido a donar de buena gana, y ha sido muy útil para ayudarme con mi tratamiento.

Un diminuto porcentaje de la tensión en mis hombros se libera. No me gusta, pero al menos sé que Hilde está a salvo de momento.

Kor continúa:

—Tenemos que irnos antes de que alguien se dé cuenta de que nos han liberado. ¿Te vienes con nosotros?

Sus manos aprietan las mías con fuerza, posesivamente. Pero ya no soy su compinche.

Sacudo la cabeza.

—Ven, por favor. —Su voz se quiebra—. No dejaré que vuelva a ocurrir algo así. Confío en ti; me aseguraré de que la Cámara Interior y el Oculus también lo hagan.

Me mira con la misma sonrisa triste que ha roto un millón de corazones.

Él cree plenamente en su actuación, pero yo no.

Sin embargo, si está dispuesto a confiar en mí, puedo utilizar esa confianza para conseguir lo que necesito.

—No. Creo que puedo serte más útil aquí por ahora.

En realidad, es él quien me será útil. Menos mal que he tenido mucha práctica mintiendo.

Un movimiento junto a la estación atrae mi atención. Hay alguien allí, pero la noche lo cubre. Un viento chillón se cierne sobre la orilla y me estremezco por el frío.

La figura sombría da un paso adelante.

—¿Ada? —pregunta una voz demasiado familiar.

Aparto mis manos de las de Kor, con el corazón en el estómago.

Una helioantorcha se enciende y revela el rostro horrorizado de Michael.

—¿Qué haces aquí? —pregunta con voz hueca.

Sabe lo que estoy haciendo. Ha oído lo que ha dicho Kor. Lo sé, porque lo dice su mirada. Incredulidad, miedo, ira.

Angustia.

—Ah —continúa Kor—. Parece que os conocéis bien.

—¿Qué está pasando? —susurra Michael con las sombras jugando sobre su rostro. El rostro que he sostenido en mis manos.

—Puedo explicártelo... —me ahogo en un sollozo.

¿Por qué ha tenido que pasar esto ahora? Justo cuando por fin he decidido dónde quiero quedarme.

Por él. Por el hermoso mundo que me ha mostrado.

Él nunca me perdonará.

Kor sigue hablando, pero nada podría hacer que me importara lo que él está diciendo. Miro fijamente a los ojos iluminados por la helioantorcha de Michael y, al ver toda esa traición hacia mí, siento un dolor real y físico en el pecho.

—¿No somos afortunados por haberlo reclutado?

Kor está sonriendo a Michael.

Espera.

¿Qué?

—Prometeo organizó nuestra presentación.

No proceso sus palabras. Es como si estuviera hablando otro idioma. Al igual que mi cerebro no está recibiendo suficiente oxígeno para pensar, para ser capaz de encajar las piezas.

¿Cómo puede ser Michael un espía? Es la persona más honesta que conozco.

También es la persona que más quiere ayudar a la gente provincial.

Kor nos mira confuso. Luego se da cuenta de lo que sucede.

—Ah, ya veo. Tenía la impresión de que te gustaba el rubio.

Michael sigue sin decir nada. No ha intentado negarlo. ¿Por qué no lo niega? Se me hace un nudo en la garganta y me siento mareada. Necesito que lo niegue.

En la oscuridad, no puedo distinguir si el estruendo de mis oídos es el de las olas o el de mi pulso acelerado. No puedo decir si es la sal del mar en mi lengua o mis propias lágrimas.

—Ada —dice Kor—. Tenemos que irnos ahora. Última oportunidad.

Quiero quedarme aquí, donde está demasiado oscuro para ver la verdad. Donde el viento y el agua pueden robar la realidad y ahogarla con la marea. Pero eso no es una opción. Las opciones son volver a las Familias con Kor o quedarme con los Hacedores, pero sin Michael como mi aliado o como cualquier otra cosa.

Hace apenas unos momentos estaba tan segura de saber dónde estaba mi lealtad. Pero ¿ahora? Todos los que elijo parecen estar en el bando equivocado.

Pero mi decisión no depende de Michael. Mis creencias no han cambiado.

El plan no está arruinado, solo alterado.

Estoy demasiado conmocionada para hacer algo más que sacudir la cabeza.

—Si eso es lo que quieres.

Kor se inclina y me besa en la mejilla. Luego vuelve a encender su destello sire, que ilumina su rostro con un halo angelical.

—Adiós, Ada.

Tras una última mirada ferviente, se dirige al submarino.

Michael y yo permanecemos en silencio. El casco del submarino cruje mientras comienza a sumergirse, rociando agua hacia nosotros.

—Eres una gran actriz —dice finalmente Michael, con gotas de agua brillando en su pelo en la oscuridad—. Pensé que era todo real.

Pero es él el actor. Ahora lo veo. He sido demasiado joven para él todo el tiempo. Una chica ingenua, tan fácilmente manipulable pensando que sabía quién era cuando en realidad no tenía ni idea. El recuerdo de su beso que me avivaba ahora es hielo. Quiero arañarme el estómago y arrancar los sentimientos que han arraigado.

Vuelvo a encender mi destello de sire para que podamos hablar cara a cara.

—Me sorprende que accedieras a traicionar tu hogar —le digo.

—El mundo provincial es un lugar hermoso y merece que compartamos nuestros conocimientos —responde rígido—. Me has convencido de ello.

Le tiembla la mandíbula.

—Pero... ¿sabes que ellos son los que se llevaron a Hilde? ¿Que van a usarla por su sangre?

—¿Qué te parece? —me reta.

Esta pregunta parece una trampa. No puedo poner en peligro mi plan haciendo que las Familias, o su espía, duden de mi compromiso.

—Solo me sorprende que estés de acuerdo con sus métodos.

—Entiendo que hay que hacer lo que sea necesario para lograr un objetivo que merece la pena —dice Michael.

Existía una chispa de esperanza en mi interior de que quizá la implicación de Michael fuera una especie de farsa. Pero, con esta respuesta, la chispa parpadea y se apaga. Si Michael está dispuesto a entregar a Hilde a las Familias, entonces él no es la persona a quien creía conocer.

—¿Hacías lo mismo con Vanguard? —me pregunta—. ¿Lo usaste como me usaste a mí, como un medio para un fin? Un príncipe seguro que es una herramienta poderosa para tener en la recámara.

Me siento mal.

—No ha sido así. Con ninguno de vosotros...

No debería haber dicho eso. Debería hacerle creer que todo fue una estrategia.

Pero a pesar de lo que ahora cree, Michael es la única persona a la que nunca se me ha dado bien mentir.

Suelta una carcajada sin gracia.

—Claro. Tú estabas en Florencia al mismo tiempo que nos avisaron de un sire en peligro —levanta las manos—. ¡Fui tan estúpido! ¡Como si fuera a encontrarme por casualidad con mi chica perfecta! Se gira y empieza a caminar hacia la estación.

«Su chica perfecta». No puedo decir, incluso ahora, si esto forma parte de una actuación. No puedo decir si su dolor es real o solo otra manipulación más. No puedo confiar en nada en la versión de él que creía conocer.

En cualquier caso, ahora tengo que fingir que soy su aliada. Camino tras él, acelerando el paso para seguirle el ritmo.

—Michael, hice todo esto por mi mundo, que está sufriendo y necesita una oportunidad mejor.

Parpadeo cuando entramos en la estación, adaptándome a la luz.

—Nunca quise hacerte daño. Mentí sobre por qué vine a Génesis, pero no sobre nada más. Nuestra relación...

—Ada, no puedes esperar que crea nada de lo que dices ahora que sé cómo actúas.

Lo dice como si yo le diera asco.

No sabía que me quedaba corazón por romper, pero algo dentro de mí se está agrietando y derramando, envenenando lentamente mis entrañas.

—¿La forma en que actúo? —pregunto mientras lo sigo hasta el ascensor—. ¿Cómo puedes pensar que mis acciones son peores que las tuyas? He conocido este lugar, a esta gente, durante meses, pero esta es tu casa desde siempre. Bloche ha sido tu mentor durante años. Eres el único al que confía su llave del Consejo. Y esa cosa es una llave maestra para todo el instituto. Apuesto a que eso es lo que acabas de usar para ayudarles a escapar. ¿Estoy en lo cierto?

Las puertas del ascensor se cierran, atrapándonos juntos en el espacio reducido.

—¿Y cómo sabía Korach que tengo una llave del Consejo? —apunta Michael con tono de acusación—. Un hecho del que era plenamente consciente cuando me propuso trabajar juntos. ¿Cómo sabía también que tengo archivos, en mi despacho privado, que contienen la ubicación de los sire provinciales?

Siento una oleada de vergüenza.

Michael se me acerca y sus ojos brillan mientras continúa:

—Yo me lo preguntaba, y ahora sé que solo lo sabía porque me sedujiste para espiarme.

Mi ira sustituye rápidamente a la vergüenza, y casi le suelto una bofetada.

—Nunca te seduje. En todo caso, fue lo contrario.

—Eso es ridículo. Trabajé duro para mantener los límites apropiados.

—¡Yo también!

—Eso no importa.

La mirada apasionada de Michael pasa de mi cara a la pared.

—Tenemos un trabajo que hacer. Por lo que Korach dijo, suena como que intentaste disuadirlos de venir aquí...

Asiento con la cabeza, nuestras expresiones están opacadas en el reflejo del cristal oscuro, y el parpadeo intermitente de los hongos incandescentes resulta una siniestra parodia de la romántica luz de las velas.

—Yo también —dice muy serio—. Solo accedí a liberarlos si se comprometían a no volver a ignorar mi preocupación por la seguridad de mi pueblo.

Puede que sea así, pero de todos modos dejó que se quedaran con Hilde.

El viaje parece interminable mientras nos movemos en silencio el uno junto al otro.

Cuando Michael vuelve a hablar, es prácticamente un susurro:

—Cuando Prometeo me puso en contacto con Korach, acepté su oferta por ti. Tú fuiste quien me dijo que dejara de poner excusas y que hiciera algo. Y tenías razón.

Se lo dije. Pero nunca hubiera querido que traicionara a sus amigos y familia, o participara voluntariamente en actividades que yo no hubiera tenido estómago para aceptar. El hecho de que tuviera eso dentro significa que su personalidad amable y leal era una máscara.

Levanta la mano para mordisquearse la uña del pulgar y yo, instintivamente, intento detenerle. Nos quedamos quietos y nuestras manos se tocan.

Hablo antes de poder contenerme.

—¿Por qué duele tanto?

Suelta un largo suspiro y dice:

—Porque nos mentimos el uno al otro y la confianza se ha roto.

Giro la cara para que no me vea llorar.

—No llores —me dice en voz baja. Se acerca, me inclina la barbilla hacia él y me pasa el pulgar por la mejilla húmeda—. Una parte de mí cree que todo esto es una actuación, pero no soporto verte llorar.

Mi cuerpo reacciona a él como alguien familiar, algo que quiere. No ha procesado todavía lo que mi mente y mi corazón saben que es verdad. Se acerca aún más y no lo alejo, ni cuando me toma la cara con la mano, ni cuando me roza el labio inferior con el pulgar. Tampoco cuando se inclina a mi oído y me susurra:

—Quizá estar en el mismo bando no sea tan malo.

Por un segundo casi le creo. Casi me olvido de que en realidad no estamos en el mismo bando. Mis labios hormiguean con el recuerdo de su boca, mi cuerpo está preparado para volver adonde lo dejamos.

Podría ponerme de puntillas y besarle ahora. Podría hacer lo mismo que él y usar nuestra conexión para ganarme su confianza.

Pero no quiero esta versión de él.

No la quiero.

Su mirada arde de rabia y deseo, como si pudiera castigarme con un beso, descargar su ira con nuestros cuerpos.

Sería caliente.

Y desgarrador.

Aparto la mirada.

Michael retrocede y se aclara la garganta.

—Iremos directamente a Bloche. Tengo un plan para explicar cómo escaparon —dice al salir del ascensor.

—Yo también tengo uno —digo. Porque lo tengo, pero no lo involucra a él—. Es mejor si pareces ajeno a todo esto. Tu tapadera es más importante que la mía. Deja que me ocupe yo sola.

Levanta la ceja, pero no se le ve ningún hoyuelo.

—Vale, lo haremos a tu manera. Tus manipulaciones te han traído hasta aquí.

Es como un cuchillo atravesándome el corazón. Y con cada paso que damos hacia el instituto, siento que se retuerce más profundamente.

43

—¿Seguro que estás bien? —me pregunta Rafe al menos por tercera vez. Me acompaña a reunirme con el rector y el príncipe heredero, con quienes ha convocado una reunión a petición mía después de los acontecimientos de anoche—. Tú... no tienes buen aspecto.

Le he contado sobre la huida de Kor, pero he olvidado mencionar la parte en la que me arrancaron el corazón del pecho. Tampoco le comentado nada sobre Michael.

—Estoy bien —le aseguro.

Quiero sincerarme con Génesis, pero ¿cómo voy a hacerlo sin decirles nada sobre Michael? No decirles nada los deja muy expuestos, sin embargo, hay una parte de mí que todavía no puede imaginar que la elección que ha hecho pueda ser la equivocada. Y para poder ayudar a ambas partes, necesitaré contar con Michael como aliado.

Estoy decidida a contárselo si es necesario, pero todavía no.

Sin embargo, estoy dispuesta a confesar mi propia implicación y a ayudar a que los Hacedores estén protegidos para lo que sea que los Inquisidores planeen a continuación.

—¿Te das cuenta —me dice Rafe— de que siempre lo he sabido?

—¿Saber qué?

—Quién es tu familia. Por qué estás aquí.

Me freno en seco.

—¿Qué quieres decir?

—¿Por qué crees que desconfié tanto de ti? ¿Crees que la Guardia ha logrado mantener ocultos a los Hacedores durante todos estos años sin comprobar los antecedentes de los reclutas? ¿Crees que no nos dimos cuenta inmediatamente de que tú eres una descendiente directa de la línea de los Castle?

Mi cráneo palpita.

—Entonces, ¿por qué me aceptaron en Génesis?

—Chorus les dijo que lo hicieran y confían en sus visiones. Nadie más que el Consejo lo sabía, pero yo me enteré por Alex.

—No lo entiendo. Si lo sabías, ¿por qué aceptaste trabajar conmigo?

Se encoge de hombros.

—Pensé que podrías serme útil. Más un beneficio que un enemigo... y entonces...

Aparto mi mirada de la suya y empiezo a caminar de nuevo, sin querer que desarrolle ese pensamiento. Se ríe amargamente y me sigue.

Cuando llegamos a la sala del Consejo, Rafe llama a la puerta y esperamos a que nos reciban.

Se coloca enfrente de mí, un poco demasiado cerca, así que doy un paso atrás y me golpeo con la pared de detrás.

Digo palabras que sé que lo alejarán.

—Aquella vez en el Atlas, ¿recuerdas el corte de luz? Fue por mi culpa.

—Me di cuenta.

—Proporcioné la ubicación de la estación en Nueva York y avisé a las Familias de nuestra llegada para que pudieran utilizar un pulso magnético para detener el tren y colocar un rastreador.

Y he estado consumida por la culpa desde entonces, asumiendo que llevar a las Familias al Carnaval había contribuido al secuestro de

Hypatia. Pero ahora me pregunto si Michael los ayudó. ¿Cuánto tiempo ha estado trabajando con Kor?

Rafe no ha dicho ni una palabra a mi confesión.

Yo rompo el silencio primero.

—Lo admito, esperaba un poco más de amenazas con esta información.

—Creo que te prometí evitar más amenazas de muerte —dice con una sonrisa que me deja la boca seca.

Se acerca y mi respiración se entrecorta cuando me aprieto contra la pared, sin espacio para retirarme. Ambos nos miramos intensamente y la sensación es diferente. Por primera vez, ambos nos hemos quitado la máscara. Él ha visto lo peor de mí y yo he visto lo peor de él. Conocemos los valores del otro sin fingir. Me siento desnuda; me había acostumbrado tanto a llevar mi máscara...

Rafe levanta la mano para apartarme el pelo del cuello y luego me pasa un dedo eléctrico por la garganta:

—Todavía puedo saborearte —susurra inclinándose, su nariz rozando mi piel. Respira profundamente, pero yo ya he perdido la capacidad de respirar.

Siento un calor húmedo mientras su lengua recorre mi garganta, haciendo que todo mi cuerpo se estremezca y se contraiga. Entonces sus dientes y mis ojos se cierran mientras me arqueo hacia él. No sabía que un reciente corazón roto pudiera acelerarse tanto. No sabía que la promesa de un mordisco podría hacerme desear...

La puerta de la sala del Consejo se abre y nos separamos de un salto.

—Adelante —dice el príncipe Alex.

La sala del Consejo es grande y las paredes están cubiertas de coloridos frescos del techo al suelo. Bloche se sienta en una de las sillas alrededor de una gran mesa redonda en el centro de la sala.

En la mesa, enfrente de él, está tallado el emblema de Génesis. El príncipe Alex toma asiento en un lugar marcado con un dragón. Doy un vistazo alrededor de la mesa y veo que casi todos los asientos están marcados con un emblema. Cada uno de los símbolos del gremio está representado, así como el emblema de la Guardia Avant, y la víbora que reconozco como el emblema del Matriarcado de las Islas, o el ojo que representa a los Profetas de Naiot. Rafe y yo no estamos invitados a sentarnos.

—¿Supongo que tenemos que darle las gracias por los criminales fugados? —me pregunta Bloche calmado.

—Sí — le respondo.

—¿Y también de que vinieran aquí?

Asiento con la cabeza.

—Pero espero ayudar a disminuir la amenaza que suponen aprendiendo de sus planes y así poder advertiros de ellos.

—¿Ha estado trabajando en su nombre, pero quiere cambiar de bando? —pregunta Bloche. El príncipe Alexander me mira, con cara de interrogante y los dedos apretados, pero no habla.

—Sí.

—¿Y por qué deberíamos confiar en usted?

—Si sirve de algo, yo confío en ella —interviene Rafe.

Me sorprende lo mucho que significa para mí oírle decir eso.

—Pero hay algo más que deberías saber. Algo más importante — todos nuestros ojos se centran en Rafe—. Anoche soñé con ella.

Siento una lenta quemadura subir por mi cuello.

—Rafe, no creo...

Me calla con una mano en el brazo, pero no me mira. No me mira a mí, mira a Alex.

—Ayer me dio de beber su sangre para curarme.

Bloche dice enfadado:

—Príncipe Alexander, el Consejo nos aseguró que si aceptábamos estudiantes Avant en este campus no habría consumo de sangre...

El príncipe levanta la mano.

—Con todo respeto, rector, creo que necesitamos escuchar lo que Rafael está tratando de decir.

—Después de beber la sangre de Ada —continúa Rafe— soñé con ella toda la noche. Con ella... en el futuro.

—¿Qué has visto? —pregunta Alex.

—No entendí casi nada.

Alex sacude la cabeza.

—Las profecías de sangre siempre son crípticas. Anota cada detalle que puedas recordar. Tendrás que hablar con Chorus.

—¿Estás sugiriendo que la oficial Castle tiene la Visión? —pregunta Bloche.

—Si al consumir su sangre Rafael experimentó la profecía, entonces eso parece.

Bloche se vuelve hacia mí y me pregunta:

—¿Ha tenido alguna vez premoniciones o visiones?

Mi mente es un torbellino. ¡Por supuesto que no he tenido visiones!

Excepto una. El sueño.

—Una vez —les digo.

Alex me mira fijamente e interviene con un deje acusatorio:

—Recibir profecías implica un ritual que requiere una amplia formación. Pero premoniciones poco fiables y crípticas pueden inducirse con el Kishuf, la corrupción de la naturaleza con artes oscuras como la magia de la sangre. ¿Consumiste sangre antes de tu visión?

—Por supuesto que no.

Excepto que...

—Oh. Simon... Él se me cayó encima y le corté la mejilla con mis dientes —me estremezco al recordar la sangre llenándome la boca —, pero fue un accidente.

Alex se levanta y se me acerca. Me mira directamente a los ojos. Su mirada es fría, majestuosa, dominante.

—¿Quién eres? —me pregunta.

Por un momento no respondo. Entonces digo el nombre que una vez me proporcionó orgullo.

—Me llamo Ada Isabel Castle, de las Hijas de Castilla, administradora de las historias de las Familias de la Santa Inquisición —trago saliva—. Me enviaron aquí para reunir información para las Familias. Pero ahora renuncio a esa misión. —Bueno, al menos parcialmente—. A partir de ahora lo que quiero es ayudar a proteger a los Hacedores de Génesis.

El príncipe Alex niega con la cabeza.

—Pero ¿quién eres? —insiste.

Me hace una pregunta que yo me hago inconscientemente desde hace tiempo.

Mientras he estado conociéndome a mí misma —mi corazón, mis creencias, mis valores— he tenido dudas sobre todo lo que creía saber sobre mi infancia y sobre quién creía que era mi familia.

—No estoy segura de cómo responder a tu pregunta —digo con sinceridad—. Pero puedo decirte esto: mi padre es un músico llamado Yoseph HaLevi.

Los ojos de Alex se abren como platos y oigo las entrecortadas respiraciones de Bloche y Rafe. La sala parece quedarse quieta durante un momento de silencio y luego todo se mueve más rápido que los latidos de mi corazón.

Alex agarra a Rafe por los hombros y le dice atentamente:

—No debes decírselo a nadie. Ni siquiera a papá.

—Tenemos que informar a Chorus —dice Bloche, poniéndose de pie.

Alex sacude la cabeza con frustración.

—Probablemente ya lo sabe. Ella no ha querido conocer a la chica. Ha estado diciendo que aún no es el momento... —Sacude la cabeza de nuevo, su largo pelo moviéndose como un ser vivo—. Desearía que ella... —Se interrumpe y vuelve a mirarme—. Yosef no era un profeta, pero su abuela sí.

Su abuela, es decir, mi bisabuela. Era un profeta.

—Tendría sentido que su hijo heredara la Visión —dice Alex, que avanza hacia mí. La intensidad no ha abandonado sus ojos—. Nunca debes ingerir sangre para inducir una profecía de sangre. Tuviste suerte esta vez, pero no puedo insistir en lo peligroso que es el Kishuf. Cuando sea el momento adecuado, Chorus te entrenará para que desarrolles la Visión correctamente usando las piedras rituales. El Kishuf nunca será necesario. —Se acaricia la barba—. Por el Conductor, la hija de Yosef HaLevi... ¿Cuántos años tienes? —me pregunta.

—Dieciocho.

—¿Y tu padre sigue vivo?

Cuando asiento con la cabeza, Alex murmura en silencio, lo que supongo que es una oración mientras se pasa las manos por el pelo largo. Recuerdo lo que Michael había dicho acerca de que no se sabía si Yosef HaLevi había muerto durante la caída de Naiot.

Nadie en las Familias ha oído hablar de Naiot. Mi madre estuvo casada con mi padre durante diez años y, sin embargo, tampoco ella ha oído nunca hablar de ese asunto.

He releído el *Testamento de Chorus* innumerables veces desde mi conversación con Michael, lo que me hizo darme cuenta de que mi padre tenía algún tipo de conexión con ese pueblo. Pero, a medida

que voy asimilando lo que dicen sobre él, que era hijo de una familia de profetas, empiezo a entender que la gente que murió en Naiot era mi familia. Muchas cosas sobre mi padre tienen más sentido ahora... su distancia emocional y mal humor. No puedo imaginar cómo debe haber sido para él enterarse de lo que les pasó a su hogar y a su familia, haber sobrevivido cuando ellos no, y ni siquiera haber podido hablar de su existencia y llorar adecuadamente. Se me parte el corazón por él.

De repente, los ojos de Alex se abren como platos mientras me examina. Se fija en mi largo pelo, que no me lo he cortado en meses, y con voz suave pregunta:

—¿Has hecho el voto?

Sacudo la cabeza. Sé lo que me pregunta. Lo había estado sospechando desde que supe que mi padre era un nazir y entendí lo que eso significaba. También recordé la forma en que papá siempre insistía en tener el pelo bien corto.

—Te entrenaré yo mismo —dice Alex.

Bloche vuelve a sentarse. Se le entrecorta la voz cuando pregunta:

—¿Ella también es nazir?

—Creo que me amplificó dos veces —responde Rafe.

Por supuesto, el fuego cuando estábamos entrenando. Y ayer, cuando me pidió que cantara para ayudarle a curarse...

Bloche me mira fijamente, su único ojo visible está húmedo.

—Sire, nazir y una ¿profeta?

—El Niño de los Tres —declara Alex.

—¿Qué? No.

Intento intervenir, pero Rafe me agarra la mano con fuerza, silenciándome.

—¿No está profetizado que el Niño de los Tres será el hijo de Chorus? —pregunta Rafe.

—No. —Alex niega con la cabeza—. La profecía solo dice que el niño debe ser de su sangre, lo que implicaría cualquier parentesco directo y que ella lo entrenará. Tras la caída de Naiot y la muerte de toda su familia, para muchos tenía sentido suponer que sería su hijo, pero —me está mirando con un asombro que me incomoda— la madre de Chorus, Psalm, era hermana de Yosef, así que tal vez su hijo sea el que se predijo.

—¿Cuándo cumpliste los dieciocho años? —pregunta Alex bastante afectado.

La cabeza me da vueltas.

—Hace tres días.

—Hace dieciocho años, un día después de enterrar a su pueblo, Chorus tuvo una visión de esperanza viniendo al mundo. Ese fue el mismo día en que tú naciste. Todo se alinea.

Me siento temblorosa y, sinceramente, horrorizada. Todos están tan callados y me miran con admiración, como si tuviera algo que ofrecerles. No tengo nada que ofrecerles.

¿Su tan esperado mesías que los sacará del exilio soy yo? Eso no puede ser. Solo soy una sire mediocre. Ni siquiera sé si creo en las profecías. Ni siquiera les digo toda la verdad. Cualquier profecía que confíe en mí está destinada a ser una gran decepción.

Desconcertada, miro los elaborados murales de las paredes que me rodean. Figuras con túnicas que parecen tan reales como para salir de las paredes. Valquirias, unicornios, caballos de viento, dragones. Soy una impostora en este mundo. Una maestrilla de baratillo entre maestros.

No. Cierro los ojos y me reprendo. Ya no me lo creo.

¿Qué es una maestrilla de baratillo sino una mujer del Renacimiento en formación? Soy más de lo que me he creído. Pero

todavía no hay manera de que yo sea quien están sugiriendo. Quien, según la profecía, los reunirá con el mundo.

Aunque ¿no ha sido siempre ese mi objetivo? ¿Unir las maravillas de este mundo con el mío? Siento el corazón atrapado en la garganta.

Llaman a la puerta en silencio y, ante la invitación ladrada de Bloche, Michael entra.

—Oh, no quería interrumpir... —se fija en las caras de sorpresa—. ¿Está todo bien?

Sus ojos se clavan en los míos. Saco mi mano del agarre de Rafe. A Michael se le tuerce un músculo de la mandíbula y se vuelve hacia Bloche.

—Todo está bien, muchacho —dice el director, con la voz cargada de emoción—. Todo es exactamente como debe ser.

Miro al director, quien cree que seré la salvación de su pueblo. Luego, a Michael, quien cree que contribuiré a su traición. Miro mis manos, mis dedos. Me fijo en las cicatrices de la media luna, en las líneas de mis palmas y el entramado de venas azules.

¿De qué son capaces estas manos mías?

Agradecimientos

A mi agente, Ali Lake, ninguna cantidad de agradecimientos será suficiente. No solo fuiste la primera persona en arriesgarse conmigo y mi libro, también captaste las capas de esta historia de una manera que ninguno de mis otros lectores ha hecho. Me has demostrado que, con el agente adecuado, incluso las partes más difíciles de la publicación no son tan arduas. Estoy muy emocionada ante la oportunidad de hacer crecer nuestras carreras juntas.

Gracias a mi editora, Sarah McCabe. Trabajar contigo ha sido un sueño. Ayudaste a sacar lo mejor de este libro y lo hiciste de una manera que siempre me hizo sentir apoyada y escuchada. Adoro tu respeto por el objetivo de conseguir que todo esté perfecto.

Muchas gracias a todos los que en Simon & Schuster han hecho posible este libro. Sé que, mientras escribo esto, aún no os conozco a todos, pero estoy infinitamente agradecida por todo lo que estáis haciendo para crear mi libro y ponerlo en manos de los lectores. Mi más profunda gratitud a Justin Chanda, Karen Wojtyla, Anne Zafian, Anum Shafqat, Emma Saska y Tatyana Rosalia, y también a Penina López, Cecilia Gray y Kayley Hoffman. Y a Chrissy Noh, Caitlin Sweeny, Alissa Rashid, Lisa Quach, Bezi Yohannes, Perla Gil, Remi Moon, Amelia Johnson, James Akinaka, Saleena Nival, Elizabeth Huang, Trey Glickman, Shannon Pender, Amy Lavigne, Julia Ashley Romero, Lisa Moraleda, Nicole Russo y Maryam Ahmad. Un millón de

gracias también a Christina Pecorale y su equipo de ventas, y a Michelle Leo y su equipo de bibliotecas.

Gracias a los increíblemente talentosos Dominique Mayer y Michael McCartney por la magnífica ilustración y el diseño de la portada, que es la razón por la que mucha gente se hará con este libro. También a Robert Lazzarreti y Michael McCartney por la ilustración y el diseño del mapa, y a Aleksandra Simonović por las ilustraciones de los emblemas. Sarah y Michael, realmente aprecio nuestra colaboración en todos los elementos visuales del libro. Gracias a ambos por vuestra increíble visión y por ser tan flexibles con mis quisquillosos comentarios y los cambios de dirección.

Gracias a mi hermana, Devorah. Durante el largo viaje de escribir este libro, has recorrido tu propio camino, desde tu graduación y el comienzo de tu carrera hasta el diagnóstico de cáncer, el tratamiento y la remisión. Y a través de todo, has sido mi mejor y más constante fuente de apoyo y retroalimentación. Todavía eras una niña cuando me mudé de casa y estoy muy agradecida de que, tantos años después, este libro nos haya acercado como hermanas. (Y Azzie, yo también te quiero).

Gracias a Michal Schick, Jenn Levine y A. C. Huntley, las mejores compañeras de escritura y equipo de promoción que un autor podría pedir. No creo que este libro existiera sin vosotras. Estuvisteis ahí en cada paso del camino y también en los altibajos. Realmente sois mis hermanas de oficio, ¡y las mejores escritoras de la historia!

Gracias a Salon: Rachel Rose, Genoveva Dimova, Katy Hays, Joel Dane, Meredith Adamo, Sandra Salsbury, Ahana Virdi, Amy Jackson, Cee Jordan, Jill Grun, Brooke Johnson, Mitchell Logue, Anna Makowska, y también Egg, Amber y Ren. Me habéis ayudado mucho en todo el proceso de presentación y debut. He aprendido mucho de

todos y cada uno de vosotros, y vuestra amistad ha sido tan valiosa como la escritura y la publicación de apoyo.

Gracias a los dos doctores, Ariel y Jill, por responder con paciencia y entusiasmo a todas mis preguntas médicas a lo largo de los años con paciencia y entusiasmo. Muchas de las conversaciones teóricas se han entretejido en la trama de esta historia.

Gracias a los muchos amigos y colegas autores que han hecho cosas grandes y pequeñas que marcaron la diferencia. Me resulta imposible enumerarlos a todos aquí, pero sabed que os aprecio profundamente a cada uno de vosotros. Por nombrar solo algunos: gracias a Katy Hays, Brigid Kemmerer, Genoveva Dimova, Shea Ernshaw y Ashley Shuttleworth por sus magníficas reseñas. Y a Crystal Seitz: al haber hecho todo esto antes que yo, has actuado como mi faro, ayudándome a navegar por este proceso con la sabiduría de tu experiencia. A mis muchos lectores beta que me dedicaron su tiempo y me ayudaron a pulir este libro en distintas etapas, nunca podría haber llegado a este punto sin vosotros.

Un agradecimiento especial a Madison Story, su entusiasmo por la trama y los personajes me ayudó a superar muchos ataques del síndrome del impostor. Estoy deseando ver pronto vuestras historias en las estanterías. (He intentado encontrar la referencia a Taylor Swift adecuada para esta ocasión, pero probablemente sea mejor que no pueda, ya que esto se está alargando demasiado, y esta vez no te tengo a ti para enseñarme qué escuchar). Gracias también a Leah Enowitz por venir conmigo a investigar los claustros, ayudarme con bocetos estructurales y también por ser una mujer extraordinaria (me hace muy feliz que uno de tus diseños haya entrado en mi mapa).

Gracias a todos los escritores de internet que desinteresadamente proporcionan valiosos recursos para escritores como yo, y a todas

las diversas comunidades y servidores de Discord de los que me he beneficiado a lo largo de los años. Un agradecimiento especial a OLUF, authortube y r/pubtips. También a la chica de YouTube que dijo que, si no te sientas y escribes, no escribirás. Tenía razón.

Gracias a los miembros de las muchas salas de profesores que he frecuentado a lo largo de mis diferentes trabajos. He tenido la suerte de estar rodeada de eruditos en todos los temas en los que no soy experta y a los que pude acribillar con preguntas esotéricas que me ayudaron a elaborar este mundo y a aportar aspectos relevantes de la historia real. Y un agradecimiento especial a Milana Korchman, porque nunca habría seguido escribiendo esta historia si no hubiera sido por ella, por tu entusiasmo y tus cotilleos sobre mis personajes entre nuestras clases. Gracias también a Adina Kastner, quien pasó de ser compañera de clase de inglés a compañera de escritura y una fuente constante de ánimo.

Gracias a mis padres (y padrastros), por criarme para tener confianza en mí misma para empezar y terminar este proyecto, y por hacerlo con un amor por el arte y la música que ayudó a inspirar los temas de este libro. Prometo que ninguno de los padres de este libro está basado en vosotros.

Gracias, Moshe. Puedes estar harto de oírme hablar de cualquier cosa que tenga que ver con la publicación, pero solo tú tienes la culpa, ya que son tus palabras las que me animaron a tomar mi escritura en serio. Todos estos años, has sido la persona que ha mantenido nuestro hogar, y mi cordura, funcionando incluso cuando los plazos de entrega de los libros te hacían sentir como un padre soltero. Gracias por ser un compañero tan cariñoso que me ayuda a sacar lo mejor de mí. Si alguien cree que soy buena escribiendo historias de amor, tiene que agradecértelo por ser la musa perfecta. Y gracias a nuestro pequeño osito, quien me enseñó el verdadero

potencial de lo que un ser humano puede crear y el verdadero significado del amor.

Por último, pero no por ello menos importante, gracias a todos y cada uno de los lectores, libreros, bibliotecarios e *influencers* que alguna vez recomienda esta historia a alguien nuevo y ayuda al libro a encontrar su público.

«Lamnatzeach b'niginot mizmor shir». Para el Conductor, una canción.

Academia de musas 1. Exilio
Andrea Max

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan continuar desempeñando su labor. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47
Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

Título original: *The Art of Exile*
© del texto: Andrea Max, 2025
Publicado por acuerdo con Margaret K. McElderry Books, un sello de Simon & Schuster Children's Publishing Division.
© de la traducción: Albert Gómez, 2026
© Ilustración de la cubierta: Dominik Mayer

© Editorial Planeta S. A., 2026
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
crossbooks@planeta.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): marzo de 2026

ISBN: 978-84-08-31622-0 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta